

DAD A
CIÓN G



ORIENTAL

I



GENERAL DEPARTMENT

DS48

L35

V.1

C.1

L211N



1080046671



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

84:911

E#76#760

VIAGE

A ORIENTE.

Núm. Clas.	915.6
Núm. Autor	LDN7 v
Núm. Adq.	30992
Precedente	-5-
Exigido	
Clasificación	
Carácter	

11/60
760



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta de Schneider y Langrand, rue d'Erfurth, 4.



TIBERIADE Y EL MAR DE CALUIEA.

VIAGE

A ORIENTE,

1852-1855.

PAR M. ALFONSO DE LAMARTINE,

INDIVIDUO DE LA ACADEMIA FRANCESA.

traducido

POR E. DE OCHOA.

TOMO I.

PARIS,
LIBRERIA DE ROSA.

1842.



110634

30932

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
FONDO BIBLIOTECARIO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTERRAY, MEXICO



BIBLIOTECA

VERITAS

D 848

1-25

U. N. L.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

ADVERTENCIA

DEL TRADUCTOR.

Suelen los autores en sus prólogos rebajar el mérito y la importancia de sus obras, y, como suele decirse, *echarse por tierra*, alguna vez por verdadera, casi siempre por afectada modestia. En el prólogo que sigue no sucede así: el autor dice francamente lo que le parece de su obra, y aunque su juicio es algo severo, en el fondo es justo. Cualquiera que lea su obra, conocerá que en efecto la ha escrito, como dice, á la ligera, sin pensar en publicarla, dejando correr la pluma sin reflexionar mucho: — el que escribía era un hombre de gran talento, y así sus notas se leen con sumo agrado, pero todo, y particularmente el estilo, desaliñado y cortado á veces por demas, todo manifiesta que escribía sin ninguna especie de pretension, como quien escribe

para sí. Ahora bien, mi deber, como traductor de esta obra, era conservarle lo mas posible su caracter original : era menester, no solo decir lo que dice el autor, sino decirlo como él lo dice, con el desaliño, con los cortes, con la rapidez con que, en general, escribe él sus notas. — Esto he procurado hacer : así como otros castigan el estilo y lo liman para hacerlo fluido y armonioso, yo he tenido que poner mucho estudio en imitar el tono del autor, y los que han escrito en nuestra lengua, saben cuan indocil, cuan rebelde se muestra cuando se le piden tales imitaciones del frances. La índole de ambas lenguas es no solo diferente, sino diametralmente opuesta; ademas, nada es mas difícil de imitar que la naturalidad, y en mí ha tenido que ser efecto del estudio lo que en el autor es espontaneo y natural, — trabajo improbo y sin gloria, pero al que me he sometido gustoso por respeto al gran poeta que traducía, á cuyo raro ingenio profeso en mi corazon una especie de culto.

PROLOGO DEL AUTOR.

Esto no es un libro, ni un viage : nunca he pensado en escribir ni uno ni otro. Un libro, ó mas bien, un poema sobre el Oriente, existe ya en el *Itinerario* de M. de Chateaubriand ; este grande escritor y gran poeta no hizo mas que pasar por aquel suelo de prodigios, pero imprimió para siempre la huella de su genio sobre aquel polvo que han removido tantos siglos. Fue á Jerusalem como peregrino y como caballero, con la Biblia, el Evangelio y las Cruzadas en la mano ; yo he pasado por aquel suelo solo como poeta y filósofo, y de él he reportado profundas impresiones en mi corazon, altas y terribles en-

para sí. Ahora bien, mi deber, como traductor de esta obra, era conservarle lo mas posible su caracter original : era menester, no solo decir lo que dice el autor, sino decirlo como él lo dice, con el desaliño, con los cortes, con la rapidez con que, en general, escribe él sus notas. — Esto he procurado hacer : así como otros castigan el estilo y lo liman para hacerlo fluido y armonioso, yo he tenido que poner mucho estudio en imitar el tono del autor, y los que han escrito en nuestra lengua, saben cuan indocil, cuan rebelde se muestra cuando se le piden tales imitaciones del frances. La índole de ambas lenguas es no solo diferente, sino diametralmente opuesta; ademas, nada es mas difícil de imitar que la naturalidad, y en mí ha tenido que ser efecto del estudio lo que en el autor es espontaneo y natural, — trabajo improbo y sin gloria, pero al que me he sometido gustoso por respeto al gran poeta que traducía, á cuyo raro ingenio profeso en mi corazon una especie de culto.

PROLOGO DEL AUTOR.

Esto no es un libro, ni un viage : nunca he pensado en escribir ni uno ni otro. Un libro, ó mas bien, un poema sobre el Oriente, existe ya en el *Itinerario* de M. de Chateaubriand ; este grande escritor y gran poeta no hizo mas que pasar por aquel suelo de prodigios, pero imprimió para siempre la huella de su genio sobre aquel polvo que han removido tantos siglos. Fue á Jerusalem como peregrino y como caballero, con la Biblia, el Evangelio y las Cruzadas en la mano ; yo he pasado por aquel suelo solo como poeta y filósofo, y de él he reportado profundas impresiones en mi corazon, altas y terribles en-

señanzas en mi mente. Los estudios que he hecho allí sobre las religiones, la historia, las costumbres, las tradiciones, las fases de la humanidad, no son perdidos para mí; esos estudios que ensanchan el horizonte tan estrecho del pensamiento, que ponen delante de la razón los grandes problemas religiosos é históricos, que fuerzan al hombre á replegarse en sí mismo, á sondear sus convicciones, á formularse otras nuevas; esa grande é íntima educacion del pensamiento por medio del pensamiento, de los sitios, de los hechos, de las comparaciones de los tiempos con los tiempos, de las costumbres con las costumbres, de las creencias con las creencias, nada de eso es perdido para el viagero, el poeta ó el filósofo; todo eso forma los elementos de su poesía y de su filosofía para el porvenir. Cuando ha reunido, clasificado, coordinado, reasumido la innumerable multitud de impresiones, de imágenes, de pensamientos, que la tierra y los hombres ofrecen á quien los consulta; cuando ha madurado su alma y sus convicciones, habla á su vez, y, bueno ó malo, bien templado ó desa-

corde, da su pensamiento á su generacion, ó bajo la forma de poema, ó bajo la forma filosófica: — dice en fin su palabra decisiva, esa palabra que todo hombre que piensa está llamado á decir. Este momento llegará acaso para mí; todavía no ha llegado.

Por lo que hace á un viage, es decir á una descripcion completa y fiel de los países que uno ha recorrido, de los sucesos personales que le han ocurrido al viagero, del conjunto de las impresiones que han producido sobre él los sitios, los hombres y las costumbres, todavía he pensado menos en ello. Por lo que respecta al Oriente, esto está hecho tambien; está hecho en Inglaterra, y se está haciendo en Francia en este momento, con una conciencia, un talento y un éxito que yo no podria lisongearme de igualar. M. de Laborde escribe y dibuja con el talento del viagero en España, y el pincel de nuestros primeros artistas. M. Fontanier, consul en Trebizonda, nos da sucesivamente retratos exactos y vivos de las partes menos exploradas del imperio Otomano; y la *Correspondencia de Oriente*, por M. Mi-

chaud, de la Academia Francesa, y por su joven y brillante colaborador, M. Poujoulat, satisface completamente cuanto puede desear acerca del Oriente la curiosidad histórica, moral y pintoresca. M. Michaud, escritor esperto, hombre hecho, historiador clásico, enriquece la descripción de los sitios que recorre con todos los recuerdos, vivos para él, de las Cruzadas; hace la crítica de los sitios por medio de la historia, y la de la historia por medio de los sitios; su espíritu maduro y analítico se abre paso por entre los sucesos pasados como por entre las costumbres de los pueblos que visita, y derrama la sal de su dulce é ingeniosa filosofía, sobre las costumbres, los usos, las civilizaciones que recorre; — es el hombre avanzado en inteligencia y en años que lleva al joven por la mano, y le enseña con la sonrisa de la razón y de la ironía, escenas nuevas para él. M. Poujoulat es un poeta y un colorista; su estilo, empapado en la impresión y en la tinta de los sitios, los refleja espléndidos y calientes con la luz local. Se conoce que el sol de Oriente brilla y calienta todavía en

su pensamiento joven y fecundo, mientras escribe á su amigo. La diversidad de aquellos dos talentos, completándose mutuamente, hace de la *Correspondencia de Oriente*, la colección mas completa que podemos desear acerca de aquel admirable país, así es como es la lectura mas amena y entretenida.

Por lo que hace á la geografía, todavía tenemos poco; pero los trabajos de M. Caillet, joven oficial de estado-mayor á quien he encontrado en Siria, se publicarán sin duda en breve, y completarán el cuadro de esa parte del mundo. M. Caillet ha pasado tres años explorando la isla de Chipre, la Caramania, las diferentes partes de la Siria, con aquel celo y aquella intrepidez que caracterizan á los oficiales instruidos del ejército francés. De vuelta recientemente en su patria, le trae nociones que hubieran sido muy útiles para la expedición de Bonaparte, y que pueden preparar otras.

Las notas que he consentido en dar aquí á los lectores no tienen ninguno de estos méritos; las doy con sentimiento, porque solo servian para

mis recuerdos y solo á mí estaban destinadas. No hay en ellas ni saber, ni historia, ni geografía, ni costumbres; muy lejos estaba de mi pensamiento el público, cuando yo las escribía — y ¿cómo las escribía? A veces al mediodía, durante el descanso de esta hora, á la sombra de una palmera ó bajo las ruinas de un monumento del desierto; mas comunmente por la tarde, bajo nuestra tienda batida por el viento ó la lluvia, á la luz de una hacha de resina; un día en la celda de un convento maronita del Líbano; otro, al vaiven de una barca árabe, ó en el puente de un bergantin en medio de los gritos de los marineros, de los relinchos de los caballos, de las interrupciones, de las distracciones de toda especie propias de un viage por tierra ó por mar; á veces pasando ocho dias sin escribir, — á veces perdiendo las páginas sueltas de un album desgarrado por los chacales ó empapado en la espuma del mar.

De vuelta en Europa, yo hubiera podido, sin duda, revisar estos fragmentos de impresiones, reunirlos, proporcionarlos, componerlos y escri-

bir un viage como otro cualquiera; pero ya lo he dicho, escribir un viage no entraba en mi plan. Se necesitaba para eso tiempo, libertad de ánimo, atencion, trabajo; y yo no podia dar nada de esto á mi obra. Mi corazon estaba despedazado, mi pensamiento estaba en otra parte, me faltaba tiempo; era preciso ó quemarlas ó dejar estas notas tales cuales estaban. Circunstancias inútiles de explicar me han determinado á este último partido: me arrepiento, pero ya es tarde.

Ciérrelas pues el lector antes de haberlas recorrido si busca en ellas otra cosa que no sea las mas fugitivas y superficiales impresiones de un viagero que anda sin pararse. Solo pueden tener algun interés para los pintores; estas notas son casi esclusivamente pintorescas; son la mirada escrita, la ojeada de un transeunte sentado sobre su camello ó en el puente de un buque, que ve huir bellos países delante de sus ojos, y que, para acordarse de ellos al dia siguiente, echa algunos toques de lapiz sin color en las hojas de su diario. A veces el viagero, olvidando la escena que le rodea, se repliega en sí mismo, se habla á sí

mismo, se escucha á sí propio pensar, gozar ó sufrir, y graba tambien entonces una palabra de sus impresiones lejanas, para que el viento del Océano ó del desierto no se lleve su vida toda entera, y le quede algun rastro de ellas en otro tiempo, cuando esté de vuelta en el hogar solitario, procurando reanimar un pasado muerto, calentar recuerdos frios, anudar los eslabones de una vida que en tantos puntos han roto los sucesos... He aquí estas notas; de interés carecen; aplausos, no los pueden obtener; en cuanto á indulgencia, hartos derechos tienen para reclamarla.

A ORIENTE.



PRIMERA PARTE.

Marsella, 20 de mayo 1852.

Mi madre habia recibido de la suya, en el lecho de muerte, una hermosa Biblia de Royaumont⁴, en la que me enseñaba á leer cuando yo era niño. Aquella Biblia tenia estampas de asuntos sagrados en todas las páginas; cual representaba á Sara, cual á Tobias y su angel; esta á José, aquella á Samuel, y sobre todo se veian allí aquellas bellisimas escenas patriarcales en que la solemne y primitiva naturaleza del Oriente estaba mezclada á todos los actos de aquella sen-

⁴ Edicion espurgada, en que falta la division por versículos, y con estampas. — N. del T.

mismo, se escucha á sí propio pensar, gozar ó sufrir, y graba tambien entonces una palabra de sus impresiones lejanas, para que el viento del Océano ó del desierto no se lleve su vida toda entera, y le quede algun rastro de ellas en otro tiempo, cuando esté de vuelta en el hogar solitario, procurando reanimar un pasado muerto, calentar recuerdos frios, anudar los eslabones de una vida que en tantos puntos han roto los sucesos... He aquí estas notas; de interés carecen; aplausos, no los pueden obtener; en cuanto á indulgencia, hartos derechos tienen para reclamarla.

A ORIENTE.



PRIMERA PARTE.

Marsella, 20 de mayo 1852.

Mi madre habia recibido de la suya, en el lecho de muerte, una hermosa Biblia de Royaumont¹, en la que me enseñaba á leer cuando yo era niño. Aquella Biblia tenia estampas de asuntos sagrados en todas las páginas; cual representaba á Sara, cual á Tobias y su angel; esta á José, aquella á Samuel, y sobre todo se veian allí aquellas bellisimas escenas patriarcales en que la solemne y primitiva naturaleza del Oriente estaba mezclada á todos los actos de aquella sen-

¹ Edicion espurgada, en que falta la division por versículos, y con estampas. — N. del T.

cilla y maravillosa vida de los primeros hombres. Cuando yo daba bien mi lección y leía de corrido la media página de la Historia Santa, mi madre descubría la estampa, y con el libro abierto sobre sus rodillas, me la hacía contemplar explicándomela en premio de mi aplicación. Estaba mi madre dotada por la naturaleza de un alma tan piadosa como tierna y de la imaginación más sensible y lozana; todos sus pensamientos eran sentimientos, todos sus sentimientos eran imagen; su hermoso, noble y suave rostro reflejaba, en su radiante fisonomía, todo lo que ardía en su corazón, todo lo que se pintaba en su pensamiento, y el metal argentino, afectuoso, solemne y apasionado de su voz, daba á todo lo que decía un acento de vehemencia, de encanto y de amor que todavía en este instante resuena en mis oídos, ¡ay! al cabo de seis años de silencio! La vista de aquellas estampas, las explicaciones y los poéticos comentarios de mi madre, me inspiraban desde la más tierna niñez tendencias é inclinaciones bíblicas; del amor de las cosas al deseo de ver los sitios donde pasaron aquellas cosas, no había más que un paso, y así, ya desde la edad de ocho años, ardía yo en deseos de ir á visitar aquellas montañas adonde descendía Dios; aquellos desiertos donde los ángeles iban á enseñar á Agar el manantial escondido pa-

ra reanimar á su pobre hijo desterrado y sediento; aquellos ríos que salían del paraíso terrenal; aquel cielo donde se veía subir y bajar á los ángeles en la escala de Jacob. Jamás este deseo se había apagado en mí; siempre desde entonces pensaba yo en un viage á Oriente, como en un grande acto de mi vida interior; perpetuamente construía yo, en mi pensamiento, una vasta y religiosa epopeya cuya principal escena debían ser aquellos hermosos sitios; parecíame también que las dudas del entendimiento, las perplejidades religiosas, debían hallar allí su solución y su término. En fin, allí debía yo hallar colores para mi poema, porque la vida, para mi mente, ha sido siempre un gran poema, como ha sido amor para mi corazón. Dios, Amor y Poesía son las tres únicas palabras que desearía tener grabadas en mi losa, si algún día merezco una losa.

Tal es el origen de la idea que me impele ahora á las playas del Asia; esta es la razón porque estoy en Marsella y me tomo tanto afán por abandonar un suelo que amo, donde tengo amigos, donde me llorarán y me seguirán algunos pensamientos fraternales.

22 de mayo, Marsella.

He fletado un buque de 250 toneladas, de 16 hombres de tripulacion. El capitán es un sugeto excelente, y cuya fisonomía me gustó desde el primer momento. Su voz tiene aquel acento grave y sincero de la probidad firme y de la conciencia limpia; hay en la expresion de su semblante suma formalidad, y en su mirada aquel rayo de luz recto, franco y vivo, síntoma seguro de una resolucion rápida, enérgica é inteligente: es además hombre bondadoso, fino y bien educado. Le he examinado con la escrupulosidad que naturalmente debe emplearse en la eleccion del hombre á quien va uno á confiar no solo su hacienda y su vida, mas la vida de una esposa y de una hija única en quien la vida de los tres está eselusivamente concentrada. ¡Dios nos proteja y nos traiga con bien al puerto!

El buque se llama el *Alceste*; el capitán es M. Blanc, de la Ciotat; el armador es uno de los mas dignos comerciantes de Marsella, M. Bruno-Rostand, que nos colma de atenciones y agasajos. Ha residido mucho tiempo en el Levante; hombre instruido y capaz de los empleos

mas eminentes, su probidad y su talento le han grangeado en su ciudad natal una consideracion igual á su caudal, del que disfruta sin ostentacion, rodeado de una preciosa familia, sin ocuparse mas que en difundir entre sus hijos las tradiciones de honradez y de virtud. ¡Feliz pais aquel en que se hallan semejantes familias en todas las clases de la sociedad! Y ¡oh admirable institucion de la familia, que protege, conserva, perpetua la misma santidad de costumbres, la misma nobleza de sentimientos, las mismas dotes tradicionales en la cabaña, en el mostrador y en el palacio!

22 de mayo.

Marsella nos acoje como si fuéramos hijos de su hermoso cielo: este es un pais de generosidad de corazón y de poesia de alma. Los Marselleses reciben á los poetas como á hermanos; ellos tambien son poetas, y entre los hombres de la sociedad comun, de la academia, y entre los jóvenes que entran apenas en la vida, he hallado una multitud de caracteres y de talentos destinados á honrar no solo su patria, mas la Francia entera. — El mediodia y el norte de Francia me

parecen, bajo este concepto, muy superiores á las provinciales centrales. La imaginacion languidece en las regiones intermedias, en los climas muy templados, como si necesitase escesos de temperatura. La poesía es hija del sol ó de los hielos eternos: Homero ú Osian, el Taso ó Milton.

28 de mayo.

Mi corazon conservará un eterno recuerdo de la bondad de los Marselleses; no parece sino que quieren aumentar en mí esas angustias que oprimen el corazon cuando va uno á dejar su patria sin saber si la volverá á ver. Tambien conservará los nombres de las personas que me han agasajado mas particularmente, y cuyo recuerdo durará en mí como la última y dulce impresion del suelo natal: M. J. Freyssinet, M. de Montgrand, MM. de Villeneuve, M. Vangaver, M. Autran, M. Dufeu, M. Jauffret, etc., etc., sugetos todos notables por una cualidad eminente del corazon ó de la cabeza, sabios, administradores, escritores ó poetas. ¡Ojalá me sea dado volverlos á ver y pagarles á mi regreso todos esos tributos de gra-

titud y de amistad que es tan dulce deber y tan dulce pagar!

Esta mañana escribí la siguiente composicion paseándome entre las islas de Pomega y la costa de Provenza; es una despedida de Marsella, que abandono con sentimientos de hijo. Tambien hay en ella algunas estrofas que van todavía mas adentro en mi corazon:

DESPEDIDA.

A la Academia de Marsella.

Si abandono al capricho de las olas
Mi parte de ventura y de sosiego;
Si hija y esposa al piélago le entrego,
Y con ellas mi amante corazon:
Si lanzo al mar, al viento, á las arenas,
Esas vidas, mi gloria y mi embeleso,
Sin mas prenda de un próspero regreso,
Que un mastil que ha tronchado el aquilon;

No es, no, porque la sed del oro abraze
Mi pecho, dó mas noble afecto vive,
Ni porque de la gloria me cautive
El inconstante, engañador fanal:
No es, no, porque del Dante la fortuna
Me arroje al seno de estrangeros mares,
O me obliguen las iras populares
Del destierro á comer la amarga sal.

No: de un valle en las fértiles laderas
Sitios, dejo con lágrimas, amenos,

De recientes recuerdos dulces llenos,
Y que hoy muchos contemplan con dolor.
Dejo á la sombra de los altos robles
Un mágico retiró, dó mi alma
En perpetua ventura. y paz y calma
No oye de las facciones el rumor.

En nosotros pensando, un padre anciano
Tiembla allí al son del viento en las almenas,
Y pide al Hacedor que ondas serenas
Mezan la nave que nos lleva en sí;
Fieles criados, buenos labradores,
Nuestras pisadas buscan abatidos,
Y responden con lúgubres ahullidos
Mis perros, si oyen preguntar por mí.

Hermanas tengo, ramas que debieran
Del mismo tronco ser gala conmigo;
Tengo, precioso bien, mas de un amigo
Que lee en mis ojos y óyeme pensar.
Tengo desconocidos corazones,
Misteriosos amigos de mi mente,
Ecos donde mis cantos dulcemente,
Para volver á mí, van á sonar.

Mas tiene el alma instintos que natura
Desconoce, al instinto semejantes
De las aves, que el mar cruzando errantes
De un lejano sustento en busca van.
¿Qué piden á los climas de la aurora?
¿Bajo de nuestros techos musgo y nidos,
Y para sus polluelos los caidos
Granos de nuestras eras no hallarán?

Yo el cotidiano pan tengo cual ellas,
Y el espumante río y la colina;

Es, cual la suya, mi ambicion mezquina,
Y parto, y cual las aves volveré.
Mas ¿lgo. cual á ellas, á la aurora
Me llama; mas no he visto, ni tocado
Aquel suelo de Cam al hombre dado
Que del linage humano el barro fué.

No he surcado los piélagos de arena,
En la viviente nave del desierto;
En el pozo de tres palmas cubierto⁴
No he bebido; en el polvo dó de Job
Dios probó el sufrimiento, no he velado:
De noche entre los Arabes errantes,
Al rumor de las lonas palpitantes,
No he soñado los sueños de Jacob.

No conozco una página del mundo;
Ignoro como en ella el astro luce;
Qué impresion en el ánimo produce
El pensar que se acerca al Hacedor!
Al pie de una columna de dó baja
La sombra de los siglos al poeta,
No sé qué dicen á la uente inquieta
La soledad, el céfiro, la flor.

No he oido resonar entre los cedros
La voz de las naciones: sobre Tiro,
No he visto desplomarse en raudó giro,
De Dios á la suprema intimacion,
Las proféticas águilas del Libano:
Donde Palmira fué no he reclinado
Mi sien; b'jo mi pie no ha resonado
El imperio vacío de Memnon.

⁴ El pozo de Hebron.

No he oído cual del fondo de sus simas,
Mas que el profeta de Anatót⁴ sublime,
En sus orillas se lamenta y gime
La sagrada corriente del Jordán :
No he oído cual en mí canta mi alma
En la gruta dó el bardo rey sentía
Inundarle en torrentes de armonía
Los salmos que inmortales durarán.

Y no he seguido las divinas huellas
Donde bajo el olivo lloró Cristo :
La impresión de sus lágrimas no he visto
Que conserva su eterno resplandor :
En éstasis sublime sumergido,
No he velado una noche en aquel huerto
Donde de sangre y de sudor cubierto
Bebió el amargo caliz del dolor.

Y en el polvo mi frente no he inclinado
Donde impresa al partir quedó su planta :
Y no he besado con fervor la santa
Tumba donde su madre le lloró ;
Y no he doblado la rodilla en donde,
De su vida mortal rotos los lazos,
Para ceñir el mundo abrió los brazos,
Y para bendecirle se inclinó !

Por eso parto y doy á la ventura
De mi ya inútil existencia el resto.
Que el viento en este margen ó el opuesto
Sacuda el tronco estéril ¿qué mas da ?
Clama el vulgo : — ; Insensato ! — ; No ! do quiera
Todos aquí no encuentran su sustento :

⁴ Jeremías.

Es del poeta pan el pensamiento,
Su vida son las obras de Jehová !

Por eso, ¡oh padre mío ! adios os digo ;
Adios, mi hogar, adios, hermanas mías ;
Mis caballos, mi perro, mis umbrias
Florestas abandono por partir.
Vuestra imagen me sigue, de mis dichas
Cual sombra que á mi ausencia se resiste.
¡ Ah ! plegue á Dios que luzca menos triste
La hora que nos debe reunir !

Y tú ; oh suelo entregado á mas embates,
Que este á que me abandono, fragil pino :
¡ Oh suelo que contiene el destino
Del mundo, adios ! adios, suelo natal !
¡ Ojalá que rasgando Dios la nube
Que templos, trono y libertad rodea,
De tu inmortalidad lucir se vea
Pronto en tu sacra margen el fanal !

Y tú, Marsella, en la francesa orilla
Sentada cual matrona hospitalaria,
Nido seguro en la fortuna varia
De los bajeles, aves de la mar ;
Ciudad que dejo con dolor profundo,
Tú, cuya imagen en mi pecho vive,
Tú, mis últimos votos hoy recibe
Y mi primer saludo al regresar !

.....

15 de Junio.

Hemos ido á visitar nuestro buque, ¡nuestra casa por tantos meses! Está distribuido en cuartitos, en que tenemos espacio para una hamaca y un baul. El capitan ha hecho abrir ventanitas que dan un poco de luz y de aire á los camarotes y que podremos abrir cuando no esté la mar muy alta ó no se tumbe el bergantin de costado. La cámara mayor está reservada para mi muger y mi hija Julia; las doncellas dormirán en la camarita del capitan, que ha tenido la bondad de cedérnosla. Como la estacion es hermosa, comeremos sobre cubierta, bajo una tienda de campaña dispuesta al pie del palo mayor: el buque está atestado de todo género de provisiones, que exige un viage de dos años en paises sin recursos. Una biblioteca de quinientos volúmenes, todos escogidos entre obras de historia, de poesía ó de viages, forma el mas precioso ornato de la cámara mayor; en los rincones van sendos haces de armas, y he comprado ademas un arsenal particular de escopetas, pistolas y sables para nosotros y nuestros criados. Los piratas griegos infestan los mares del archipiélago, y estamos

resueltos á resistir á todo trance, como que tengo que defender dos vidas que me son mas caras que la mia. Cuatro cañones van sobre el puente, y la tripulacion, ~~que conoce la suerte que reservan los Griegos á los infelices marineros á quienes sorprenden, está resuelta á morir primero que rendirse.~~

.....

17 de Junio 1832.

Llevo conmigo tres amigos. El primero es uno de aquellos hombres que la Providencia une á nuestra suerte, cuando prevé que hemos de tener necesidad de un apoyo que no se doblegue bajo la desgracia ó el peligro, Amadeo de Parseval. Desde nuestra mas tierna niñez nos ha unido un cariño que ninguna época de nuestra vida ha hallado en falta; mi madre le queria como á un hijo; yo le he querido siempre como á un hermano; siempre que ha herido mi corazon algun golpe de la suerte adversa, le he hallado junto á mí, ó le he visto acudir para tomar su parte de mi dolor, la parte principal, la desgracia entera si hubiera podido; es un corazon que no vive mas que de la dicha ó que no sufre mas que de la desventura de los demas. Cuando yo es-

taba, hace quince años, en París, solo, enfermo, arruinado, desesperado y moribundo, él pasaba las noches velando junto á mi lámpara de agonía; cuando he perdido á algun ser adorado, siempre él ha sido quien ha venido á darme el golpe para mitigarle; cuando murió mi madre, él llegó junto á mí al mismo tiempo que la fatal noticia, y me llevó de doscientas leguas de distancia hasta la sepultura adonde en vano iba á buscar el supremo adios que ella me había dirigido, pero que yo nunca oí!... Mas adelante!... Pero todavía no han acabado mis desgracias, y aun hallaré su amistad mientras haya amarguras que restañar en mi corazón, mientras haya lágrimas que mezclar á las mías.

Dos hombres honrados, de talento, instruidos, dos hombres como hay pocos, han llegado también para acompañarnos en esta peregrinación: el uno es M. de Capmas, sub-prefecto, á quien la revolución ha cortado la carrera, y que ha preferido los precarios azares de un porvenir duro é incierto á la conservación de su empleo; un juramento hubiera repugnado á su honradez, porque hubiera parecido interesado. Es uno de esos hombres que nada calculan delante de un escrúpulo del honor, y en quienes las simpatías políticas tienen todo el calor y la virginidad de un sentimiento.

El otro de nuestros compañeros es un médico de Hondschoote, M. de la Royere, á quien conocí en casa de mi hermana, en la época en que yo meditaba este viage. La pureza de su alma, la gracia original y sin pretension de su ingenio, la elevación de sus sentimientos políticos y religiosos me hicieron una viva impresión, y me inspiraron el deseo de llevarle conmigo mas bien como recurso moral que como providencia de salud: luego me he felicitado mucho de haberlo hecho así; en mucho mas estimo su carácter y su alma que su saber, aunque ha probado que lo posee muy profundo. Mucho mas hablamos de política que de medicina: sus miras y sus ideas sobre el estado presente y el porvenir de Francia son muy vastas y sobre todo muy superiores á toda consideración de afecto ú odio personales: sabe que la Providencia no hace acepción de partido en su obra, y ve, como yo, en la política humana, ideas y no nombres propios. Su pensamiento va al fin sin curarse de por quien ó por donde hay que pasar, y su cabeza no tiene ninguna preocupación, ninguna ciega predilección, ni aun las de su fe religiosa, que es sincera y ferviente.

Seis criados, casi todos antiguos ó nacidos en la casa paterna, completan nuestra expedición: todos parten con júbilo y miran este viage con

un interés personal. Todos creen viajar para sí mismos y arrostran alegremente las penalidades y los peligros, que no les he disimulado.

En la rada, fondeado delante del pequeño golfo de Montredon, el 10 de Julio 1852.

Ya he partido : ya he confiado á las olas nuestro destino : solo me une ya al suelo natal el recuerdo de los seres queridos que dejo en él, el recuerdo sobre todo de mi padre y de mis hermanas.

Para explicarme á mí mismo como, frizando ya en el término de mi juventud, en aquella época de la vida en que el hombre se retira del mundo ideal para entrar en el de los intereses materiales, he dejado mi serena y apacible existencia de Saint-Point¹, y todas las inocentes delicias del hogar doméstico, endulzado por una esposa, embellecido por una hija ; para explicarme, digo, á mí mismo, como vogo ahora por el inmenso mar hácia unas playas y un porvenir desconocidos, tengo que remontarme á la fuente de todos mis pensamientos, y buscar en ella

¹ Hermosa quinta que posee el autor cerca de Macon, su patria, en la Borgoña. — N. del T.

las causas de mis simpatías y de mis gustos viajeros. — ¡ Ah ! ¡ la imaginacion tiene tambien sus necesidades y sus pasiones ! Yo he nacido poeta, es decir, mas ó menos inteligente de esa hermosa lengua que Dios habla á todos los hombres, pero mas claramente á algunos, por la via de sus obras. Joven, oí ese verbo de la naturaleza, esa palabra formada de imágenes y no de sonidos, en las montañas, en las selvas, en los lagos, á la orilla de los abismos y de los torrentes de mi pais y de los Alpes, y aun traduje á la lengua escrita algunos de sus acentos que me habian conmovido y que á su vez conmovian otras almas ; pero aquellos acentos no me bastaban ya : ya habia yo agotado esas pocas palabras divinas que nuestro suelo de Europa dice al hombre, y tenia sed de oír otras en mas sonoras y esplendentes riberas. Mi imaginacion estaba prendada del mar, de los desiertos, de las montañas, de las costumbres y de las huellas de Dios en el Oriente. Toda mi vida, el oriente habia sido el sueño de mis dias de tinieblas en las brumas de otoño y de invierno de mi valle natal. Mi cuerpo, como mi alma, es hijo del sol ; necesita luz, necesita aquel rayo de vida que vibra ese astro, no desde el rasgado seno de nuestras nubes de occidente, sino del fondo de aquel firmamento de púrpura que se parece á la encendida boca del

un interés personal. Todos creen viajar para sí mismos y arrostran alegremente las penalidades y los peligros, que no les he disimulado.

En la rada, fondeado delante del pequeño golfo de Montredon, el 10 de Julio 1852.

Ya he partido : ya he confiado á las olas nuestro destino : solo me une ya al suelo natal el recuerdo de los seres queridos que dejo en él, el recuerdo sobre todo de mi padre y de mis hermanas.

Para explicarme á mí mismo como, frizando ya en el término de mi juventud, en aquella época de la vida en que el hombre se retira del mundo ideal para entrar en el de los intereses materiales, he dejado mi serena y apacible existencia de Saint-Point¹, y todas las inocentes delicias del hogar doméstico, endulzado por una esposa, embellecido por una hija ; para explicarme, digo, á mí mismo, como vogo ahora por el inmenso mar hácia unas playas y un porvenir desconocidos, tengo que remontarme á la fuente de todos mis pensamientos, y buscar en ella

¹ Hermosa quinta que posee el autor cerca de Macon, su patria, en la Borgoña. — N. del T.

las causas de mis simpatías y de mis gustos viajeros. — ¡ Ah ! ¡ la imaginacion tiene tambien sus necesidades y sus pasiones ! Yo he nacido poeta, es decir, mas ó menos inteligente de esa hermosa lengua que Dios habla á todos los hombres, pero mas claramente á algunos, por la via de sus obras. Joven, oí ese verbo de la naturaleza, esa palabra formada de imágenes y no de sonidos, en las montañas, en las selvas, en los lagos, á la orilla de los abismos y de los torrentes de mi pais y de los Alpes, y aun traduje á la lengua escrita algunos de sus acentos que me habian conmovido y que á su vez conmovian otras almas ; pero aquellos acentos no me bastaban ya : ya habia yo agotado esas pocas palabras divinas que nuestro suelo de Europa dice al hombre, y tenia sed de oír otras en mas sonoras y esplendentes riberas. Mi imaginacion estaba prendada del mar, de los desiertos, de las montañas, de las costumbres y de las huellas de Dios en el Oriente. Toda mi vida, el oriente habia sido el sueño de mis dias de tinieblas en las brumas de otoño y de invierno de mi valle natal. Mi cuerpo, como mi alma, es hijo del sol ; necesita luz, necesita aquel rayo de vida que vibra ese astro, no desde el rasgado seno de nuestras nubes de occidente, sino del fondo de aquel firmamento de púrpura que se parece á la encendida boca del

horno ; aquellos rayos que no son solamente un resplandor, sino que llueven abrasantes, que calcinan al caer las rocas blancas, los chispeantes picos de las montañas, y que van á teñir el océano de carmin como un incendio flotando sobre sus olas ! Tenia necesidad de coger, de apretar con mis manos un poco de aquella tierra que fué la tierra de nuestra primera familia, la tierra de los prodigios ; de ver, de recorrer aquella escena evangélica, donde se realizó el gran drama de una sabiduría divina en lucha con el error y la perversidad humanas ! ¡ donde la verdad moral se hizo martir para fecundizar con su sangre una civilizacion mas perfecta ! Y luego yo era y habia sido, casi siempre, cristiano por el corazon y por la imaginación ; mi madre me habia hecho de esa suerte ; algunas veces habia dejado de serlo en los dias menos buenos y menos puros de mi primera juventud ; la desgracia y el amor, el amor completo que purifica todo lo que abrasa, me habian rechazado igualmente andando el tiempo á aquel primer asilo de mis pensamientos, á aquellos consuelos del corazon que pide uno á sus recuerdos y á sus esperanzas, cuando todo el tumulto del corazon cae por sí dentro de nosotros ; cuando todo el vacío de la vida nos aparece despues de una pasion apagada ó una muerte que no nos deja nada que amar !

Ese cristianismo de sentimiento habia vuelto á ser un dulce hábito de mi mente. Yo me decia muchas veces : ¿ Donde está la verdad perfecta, evidente, incontestable ? Si en alguna parte está es en el corazon, es en la evidencia sentida contra la cual no hay racionio que prevalezca ; pero la verdad del espíritu en ninguna parte está completa ; está con Dios y no con nosotros : nuestro ojo es demasiado estrecho para absorver un solo rayo de ella ; toda verdad, para nosotros, no es mas que relativa ; lo que sea mas util á los hombres será por consiguiente lo mas verdadero tambien ; la doctrina mas fecunda en virtudes divinas será, pues, la que contenga mas verdades divinas, porque lo que es bueno es verdadero : toda mi lógica religiosa se cifraba en esto ; mi filosofía no se elevaba mas allá, me vedaba las dudas, los diálogos interminables de la razon consigo misma, dejándome esa religion del corazon, que tan bien se asocia con todos los sentimientos infinitos de la vida del alma ; que nada resuelve, pero que lo acalla todo.

.....
 10 de Julio, á las 7 de la tarde.

Muchas veces me digo : — ¡ Esta peregrinacion, si no de cristiano, á lo menos de hombre y de

poeta, le hubiera gustado tanto á mi madre ! ¡Su alma era tan ardiente y se coloraba tan pronto y tan completamente con la impresion de los sitios y de las cosas ! ¡Cuanto no se hubiera exaltado su alma ante ese vacío y ságrado teatro del gran drama del evangelio, de ese drama completo donde la parte humana y la parte divina de la humanidad hacen cada cual su papel, la una crucificando, la otra crucificada ! Este viage del hijo á quien tanto amaba debe sonreírle todavía en la celestial morada donde la veo ; ella velará sobre nosotros : ella se colocará como una segunda providencia entre nosotros y las tempestades, entre nosotros y el *simun*¹, entre nosotros y el Arabe del desierto ! Ella protegerá en todos los peligros á su hijo, á su hija por adopción y á su nieta, ángel visible de nuestro destino, que llevamos con nosotros á todas partes. ¡ La quería tanto ! posaba su mirada con una ternura tan inefable, con un deleite tan penetrante en el hechicero rostro de esa niña, la última y la mas hermosa esperanza de sus numerosas generaciones ! Y si hay imprudencia en esta empresa que tantas veces habíamos meditado juntos, me la hará perdonar allá en su altura en gracia de los motivos que son : Amor, Poesía y Religión.

¹ Viento abrasador que revuelve las arenas del desierto como las olas del mar en una tempestad. — N. del T.

.....
El mismo día, al anochecer.

Aun aquí viene á acosarnos la política. Hermosa es de ver la Francia en un porvenir cercano ; la generacion que se levanta sabrá, por la virtud de su edad, prescindir absolutamente de nuestros rencores y de nuestras recriminaciones de cuarenta años : poco le importa que se haya pertenecido á tal ó cual odiosa denominacion de nuestros rancios partidos ; ella no tomó parte alguna en las contiendas, no tiene en su mente ni preocupaciones ni venganza. Se presenta pura y llena de fuerza á la entrada de una nueva carrera con el entusiasmo de una idea ; y nosotros, insensatos, llenamos todavía esa carrera con nuestras rencillas, nuestras pasiones, nuestras eternas disputas. ¡ Hagámosle sitio ! ¡ Cuanto hubiera yo celebrado entrar en ella en su nombre, mezclar mi voz á la suya en esa tribuna donde no resuenan todavía mas que repeticiones sin eco en el porvenir ! ¡ Donde se pelea con nombres de personas ! ¡ Ya hubiera llegado la hora de encender el faro de la razon y de la moral sobre nuestras tempestades políticas ; de formular el nuevo

símbolo social que el mundo empieza á presentir y á comprender ; el símbolo de amor y caridad entre los hombres, la política evangélica ! Yo á lo menos, por mi parte, no me echo en cara ningún egoismo sobre ese punto ; yo hubiera sacrificado á ese deber hasta este viage, hasta este sueño de mi imaginacion de diez y seis años ! ¡ Ojalá suscite el cielo hombres, porque nuestra política avergüenza al hombre, hace llorar á los ángeles ! El destino da una hora por siglo á la humanidad para regenerarse ; esa hora es una revolucion, y los hombres la pierden en despedazarse entre sí : — dan á la venganza la hora concedida por Dios á la regeneracion y al progreso.

El mismo día, al ancla, en el mismo fondeadero.

La revolucion de julio, que me ha afligido profundamente, porque amaba con un entrañable amor hereditario á la antigua y venerable familia de los Borbones, porque estos recibieron el amor y la sangre de mi padre, de mi abuelo, de todos mis parientes ; porque hubieran recibido la mia si hubieran querido ; esa revolucion sin embargo no me ha exasperado, porque no me ha

sorprendido. Yo la ví venir de lejos ; nueve meses antes del día fatal, la ruina de la nueva monarquía estaba escrita para mí en los apellidos de los hombres á quienes cometi6 el cargo de dirigirla. Aquellos hombres eran honrados y leales, pero eran de otro siglo, de otras ideas ; mientras que el pensamiento del siglo caminaba en un sentido, ellos iban á caminar en otro ; la separacion estaba consumada en la mente y no podia tardar en estarlo en las obras ; la cuestion no era mas que de días y de horas. ¡ Y lloré esa familia que parecia condenada al destino y á la ceguera de Edipo ! ¡ Lloré, sobre todo, ese divorcio innecesario entre el pasado y el porvenir ! ¡ El uno podia ser tan útil al otro ! La libertad, el progreso social hubieran recibido tanta fuerza de esa adopcion que las antiguas casas reales, las antiguas familias, las antiguas virtudes hubieran hecho de ellos ! ¡ Hubiera sido tan político y tan dulce no separar la Francia en dos campamentos, en dos afectos, y marchar todos juntos, unos apretando el paso y otros acortándole para no desunirse en el camino ! ¡ Todo esto no es ya mas que un sueño ! ¡ Justo es llorarlo, pero no perdamos el tiempo en repararlo inútilmente ! ¡ Es preciso trabajar, es preciso andar ; tal es la ley de las cosas, tal es la ley de Dios ! Siento que lo que se llama el partido realista, que encierra

tantas capacidades, influencia y virtudes, quiera hacer una parada en la cuestion de julio, porque él, como partido, no estaba interesado en ese negocio, negocio de palacio, de intriga, de pandilla, en que ninguna parte tenia la gran mayoría realista. Siempre es lícito y honroso tomar uno su parte de la desgracia ajena; pero no se debe tomar gratuitamente parte de una culpa que no se ha cometido; es preciso dejar á quien la reivindica la culpa de los llamados *golpes de estado* y de la direccion retrógada, compadecer y llorar á las augustas víctimas de un error fatal, no renegar nada de los afectos honrosos para ellas; no repeler las esperanzas remotas, pero legítimas y, en todo lo demas, volver á las filas de los ciudadanos; pensar, hablar, obrar, pelear con la familia de las familias, con la patria... ¡Pero dejemos esto! De aquí á dos años volveremos á ver la Francia. ¡Dios la proteja como á todos los seres amados y escelentes que dejamos en ella, en todos los partidos!

11 de Julio 1852, á la vela.

Hoy, á las cinco y media de la mañana, hemos dado la vela. Algunos amigos de pocos dias, pe-

ro de mucho cariño, habian madrugado mas que el sol para acompañarnos á algunas millas dentro del mar, y llevarnos mas lejos su despedida. Nuestro bergantin se deslizaba sobre un mar sereno, límpido y azul, como el agua de un manantial á la sombra, en el hueco de una peña: apenas el peso de las vergas, esos largos brazos del buque cargados de velas, hacian inclinarse ligeramente ya un bordo, ya otro: un joven de Marsella¹, nos recitaba unos versos admirables en que confiaba sus votos por nosotros á los vientos y á las olas; todo nos enternecia, — aquella separacion de la tierra, — aquellos pensamientos que volaban á la playa, cruzaban la Provenza ó iban hácia mi padre, mis hermanas, mis amigos; — aquellas palabras de despedida, — aquellos versos, — aquella hermosa sombra de Marsella que se alejaba, que disminuía bajo nuestros ojos, — aquel mar sin límites que iba á ser por mucho tiempo nuestra única patria.

¡Oh Marsella! ¡Oh Francia! ¡mas merecias tú! ¡Este tiempo, este pais, estos jóvenes eran dignos de contemplar un verdadaro poeta, uno de aquellos hombres que graban un mundo y una época en la memoria armoniosa del linage humano! Pero yo, profundamente lo siento,

¹ M. Autran.

nada soy mas que uno de esos hombres sin efigie, de una época transitoria y borrada, de quien algunos suspiros han tenido eco porque el eco es mas poético que el poeta. Sin embargo, yo pertenecía á otro tiempo por mis deseos; muchas veces he sentido en mí otro hombre; horizontes inmensos, infinitos, luminosos de poesía filosófica, épica, religiosa, nueva, se rasgaban delante de mí, pero, ¡justo castigo de una juventud insensata y perdida! aquellos horizontes se cerraban muy pronto. Yo los sentia demasiado vastos para mis fuerzas físicas, y cerraba los ojos para no caer en tentacion de precipitarme en ellos. ¡Adios, pues, á aquellos sueños de genio, de delicia intelectual! Ya es tarde, harto tarde; acaso bosquejaré algunas escenas, murmuraré algunos cantos, y esto será todo. La obra quedará para otros, y, con placer lo veo, otros vienen. Jamas la naturaleza fué mas fecunda en promesas de genio que en este momento. ¡Qué de hombres de aquí á veinte años, si todos llegan á ser hombres!

Sin embargo, si Dios quisiera acceder á mis ruegos, hé aquí lo que yo le pediria: ¡un poema segun mi corazon y segun el suyo! una imagen visible, viva, animada y colorada de su creacion visible y de su creacion invisible! — ¡hermosa herencia, en verdad, que dejar á este mundo de

tinieblas, de duda y de tristeza, un alimento que le sustentaria, que le rejuveneceria por un siglo! ¡Ah! ¡Ojalá pudiera yo dárselo! ó á lo menos, dármele á mí mismo aun cuando nadie mas que yo oyera de él un solo verso!

El mismo dia, á las tres, en alta mar.

El viento de este, que nos disputa el camino, ha soplado con mas fuerza; la mar ha crecido y blanqueado; el capitán declara que es preciso volver á tomar la costa y fondear en una bahía á dos horas de Marsella. Ya estamos en ella; las olas nos mecen blandamente; la mar habla, como dicen los marineros; se oye venir de lejos un murmullo semejante á ese rumor que sale de las grandes ciudades: — esa amenazante palabra del mar, la primera que oimos, resuena con solemnidad en los oidos y en el pecho de los que van á hablarle tan de cerca por tan largo tiempo.

A nuestra izquierda, vemos las islas de Pomega y el castillo de Yf, antigua fortaleza con torres redondas y pardas que coronan una roca pelada y pizarreña: en frente, sobre la alta costa cortada por peñascos blanquecinos, numerosos caserios cuyos huertos cercados con tapias no dejan

30992

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ver mas que las copas de los árboles y los verdes arcos de los emparrados; á cosa de una milla dentro de tierra, sobre un cerro aislado y despojado, se alzan el castillo y la capilla de Nuestra Señora de la Guarda, romería de los marinos provenzales antes de la partida y á la vuelta de todos sus viages. Esta mañana, sin saberlo nosotros, á la misma hora en que entraba el viento en nuestras velas, una muger de Marsella, acompañada de sus hijos, ha salido con el alba, y ha ido á rogar por nosotros á la cima de ese monte, desde donde su mirada amiga divisaba sin duda nuestro buque como un punto blanco en el mar.

¡Qué mundo el de la oracion! ¡Qué lazo invisible, pero omnipotente, el de unos seres conocidos ó desconocidos entre sí, y rezando juntos ó separados unos por otros! Siempre me ha parecido que la oracion, ese instinto tan verdadero de nuestra impotente naturaleza, era la única fuerza real, ó á lo menos la mayor fuerza del hombre! El hombre no concibe su efecto; pero ¿qué concibe? La necesidad que impulsa al hombre á respirar basta para probarle que el aire es necesario á su vida. El instinto de la oracion prueba tambien al alma la eficacia de la oracion: ¡oremos pues! ¡Y tú que nos has inspirado esa maravillosa comunicacion contigo, con los seres,

con los mundos invisibles! ¡tú, oh Dios mio, óyenos mucho, óyenos mas allá de nuestros deseos!

.....

El mismo dia, á las 11 de la noche.

Una luna espléndida parece como que se mece entre los mástiles, las vergas, las jarcias de los dos bergantines de guerra fondeados no lejos de nosotros entre nuestro anclage y las negras montañas del Var; cada cable de esos buques se destaca á la vista sobre el fondo azul y purpureo del cielo de la noche, como las fibras de un gigantesco y descarnado esqueleto visto de lejos al pálido é inmoble resplandor de las lámparas de Westminster ó de san Dionisio¹. Mañana, esos esqueletos recobrarán la vida, tenderán sus alas recogidas como nosotros, y echarán á volar, como aves del océano, para ir á posarse en otras playas. Desde el puente en que estoy oímos el agudo y compasado pito del maestro de la nave que manda la maniobra, los redobles del tambor, la voz del oficial de guardia. Los pabellones

¹ Abadías en que están los panteones de los reyes de Inglaterra y de Francia. — N. de T.

nes se deslizan del mastil; los botes, las embarcaciones suben á bordo como al ademan rápido y vivo de un ser animado. Todo es silencio en su bordo como en el nuestro.

En otro tiempo el hombre no se dormía sobre ese profundo y pérfido cauce del mar sin alzar su alma y su voz á Dios, sin rendir homenaje á su sublime autor en medio de todos esos astros, de todas esas olas, de todas esas cimas de montañas, de todos esos encantos, de todos esos peligros de la noche; por la noche se decía una plegaria comun á bordo de los buques! Desde la revolucion de Julio, se ha destruido esta costumbre: la oracion ha muerto en los labios de ese rancio liberalismo del siglo XVIII, que nada vivo tenia en sí mas que su frio odio contra las cosas del alma. Aquel sagrado aliento del hombre, que los hijos de Adan se habian trasmitido hasta nosotros con sus alegrías ó sus dolores, se ha apagado en Francia en nuestros dias de disputa y de orgullo: hemos mezclado á Dios en nuestras contiendas. La sombra de Dios amedrenta á ciertos hombres; esos insectos que acaban de nacer, que van á morir mañana, cuyo esteril polvo se llevará el viento en pocos dias, cuyos huesos blanqueados arrojarán estas eternas olas á algun arrecife, temen confesar, con una palabra, con un ademan, el ser infinito que confiesan los

cielos y los mares; se desdeñan de nombrar al que no se ha desdeñado de crearlos, y ¿porqué?; Porque esos hombres llevan un uniforme, porque saben calcular hasta cierta cantidad de números, y se llaman Franceses del siglo XIX! Por fortuna el siglo XIX va pasando, y veo acercarse otro mejor, un siglo verdaderamente religioso, en el que, si los hombres no confiesan á Dios en la misma lengua y bajo los mismos símbolos, le confesarán á lo menos bajo todos los símbolos y en todas las lenguas!

La misma noche.

Una hora me he paseado por el puente del buque, solo, haciendo estas tristes ó consoladoras reflexiones; en ella he murmurado con los labios ó con el corazon todas las oraciones que de niño aprendí de mi madre; los versículos, los retazos de salmos que tantas veces le he oido recitar en voz baja paseándose por la tarde en la alameda de Milly¹, se me venian á la memoria, y mi pecho sentia un íntimo y profundo deleite en echarlos á mi vez á las olas, al viento, á aquel

¹ Quinta donde se crió el autor. — N. del T.

oído siempre abierto, para el cual nunca es perdida ninguna voz del corazón ó de los labios! ¡ La oración que se ha oído proferir por alguno á quien se ha amado y á quien se ha visto morir es doblemente sagrada! ¿ Quien de nosotros no prefiere las pocas palabras que le ha enseñado su madre, á los mas bellos himnos que uno mismo pudiera componer? Esta es la causa porqué, de cualquier religion que nos haga ser nuestra razon en la edad de esta, la oración cristiana será siempre la oración del linage humano. Así he recitado yo solo la oración de la noche y del mar por esa muger que no calcula ningun peligro por unirse á mi suerte, por esa hermosa niña que jugaba entretanto sobre cubierta, en la chalupa, con la cabra que debe darle su leche, con los airosos y mansos lebreles que lamen sus blancas manos, que mordiscan sus largos y rubios cabellos.

.....
 42, por la mañana, á la vela.

Durante la noche, el viento ha cambiado y ha refrescado; yo oía desde mi camarote en los entrepuentes las pisadas, las voces y el canto triste de los marineros resonar largo tiempo sobre mi

cabeza con los golpes de la cadena del ancla que estaban atando á la proa. Mientras daban la vela y partiamos, me volví á dormir. Cuando me desperté y abrí la porta para mirar las costas de Francia á que estábamos tocando la víspera, no ví mas que el inmenso mar, vacío, desnudo, encrespado, con dos velas solamente, dos altas velas que se alzaban como dos términos, dos pirámides del desierto en aquella lontananza sin horizonte.

Las olas acariciaban blandamente los arqueados y recios costados de mi bergantín, y parlotaban graciosamente bajo mi angosta ventana donde á veces se alzaba la espuma en blancas guirnaldas; era aquello como el rumor desigual, variado, confuso del gorgojo de las golondrinas sobre una montaña, cuando se alza el sol sobre unos trigos. Hay armonías entre todos los elementos, como hay una general entre la naturaleza material y la naturaleza intelectual: cada pensamiento tiene su reflejo en un objeto visible que lo repite como un eco, lo refleja como un espejo y le hace perceptible de dos modos; á los sentidos por medio de la imagen, al pensamiento por medio del pensamiento; tal es la poesía infinita de la doble creación! Los hombres llaman á eso comparación; la comparación es el genio; la creación no es mas que un pensa-

oído siempre abierto, para el cual nunca es perdida ninguna voz del corazón ó de los labios! ¡ La oración que se ha oído proferir por alguno á quien se ha amado y á quien se ha visto morir es doblemente sagrada! ¿ Quien de nosotros no prefiere las pocas palabras que le ha enseñado su madre, á los mas bellos himnos que uno mismo pudiera componer? Esta es la causa porqué, de cualquier religion que nos haga ser nuestra razon en la edad de esta, la oración cristiana será siempre la oración del linage humano. Así he recitado yo solo la oración de la noche y del mar por esa muger que no calcula ningun peligro por unirse á mi suerte, por esa hermosa niña que jugaba entretanto sobre cubierta, en la chalupa, con la cabra que debe darle su leche, con los airosos y mansos lebreles que lamen sus blancas manos, que mordiscan sus largos y rubios cabellos.

.....
 42, por la mañana, á la vela.

Durante la noche, el viento ha cambiado y ha refrescado; yo oía desde mi camarote en los entrepuentes las pisadas, las voces y el canto triste de los marineros resonar largo tiempo sobre mi

cabeza con los golpes de la cadena del ancla que estaban atando á la proa. Mientras daban la vela y partiamos, me volví á dormir. Cuando me desperté y abrí la porta para mirar las costas de Francia á que estábamos tocando la víspera, no ví mas que el inmenso mar, vacío, desnudo, encrespado, con dos velas solamente, dos altas velas que se alzaban como dos términos, dos pirámides del desierto en aquella lontananza sin horizonte.

Las olas acariciaban blandamente los arqueados y recios costados de mi bergantín, y parlotaban graciosamente bajo mi angosta ventana donde á veces se alzaba la espuma en blancas guirnaldas; era aquello como el rumor desigual, variado, confuso del gorgojo de las golondrinas sobre una montaña, cuando se alza el sol sobre unos trigos. Hay armonías entre todos los elementos, como hay una general entre la naturaleza material y la naturaleza intelectual: cada pensamiento tiene su reflejo en un objeto visible que lo repite como un eco, lo refleja como un espejo y le hace perceptible de dos modos; á los sentidos por medio de la imagen, al pensamiento por medio del pensamiento; tal es la poesía infinita de la doble creación! Los hombres llaman á eso comparación; la comparación es el genio; la creación no es mas que un pensa-

miento bajo mil formas. Comparar es el arte ó el instinto de descubrir nuevas palabras en esa lengua divina de las analogías universales que solo Dios posee, pero de la que permite á ciertos hombres descubrir algo. Esta es la razon porqué el profeta, poeta sagrado, y el poeta, profeta profano, eran mirados antiguamente y en todas partes, como seres divinos. En el dia se los mira como á seres insensatos ó cuando menos inútiles, y es muy natural; los que cuentan por todo, el mundo material y palpable, esa parte de la naturaleza que se resuelve en cifras, en estension, en dinero ó en goces físicos, hacen bien en despreciar á esos hombres que no conservan mas que el culto de la belleza moral, la idea de Dios, y esa lengua de las imágenes, de las relaciones misteriosas entre lo invisible y lo visible! ¿Qué prueba esa lengua? ; Dios y la inmortalidad! ; Y esto es nada para ellos!

.....
 15 de Julio, anclados en el pequeño
 golfo de la Ciotat.

El viento favorable que ha soplado un momento, se ha desvanecido pronto en nuestras velas, que caian á lo largo de los palos, y los de-

jaban oscilar á merced de las mas flacas oleadas, — hermosa imagen de esos caracteres á quienes falta la voluntad, ese viento del alma humana, caracteres flotantes que cansan á los que los poseen; esos caracteres desgastan mas por la debilidad que los animosos esfuerzos que una voluntad vigorosa imprime á los hombres de energía y de accion, como los buques tambien que, en un mar sereno y sin viento, se cansan mas que bajo el impulso de un viento fresco que los impele y los sostiene sobre la espuma de las olas.

Sea casualidad, sea secreta maniobra de nuestros oficiales, nos vemos precisados por el viento á entrar á las tres en el risueño golfo de la Ciotat, pueblecillo de la costa de Provenza, donde nuestro capitan y casi todos nuestros marineros tienen sus casas, sus mugeres y sus hijos. Al abrigo de un pequeño muelle que se destaca de una graciosa colina, cubierta de vides, de olivos y de higueras, como una mano amiga que tienda la playa á los marineros, dejamos caer el ancla; no hay una arruga en la superficie del agua, y esta está tan trasparente que á veinte pies de profundidad vemos relucir las guijas y las conchas, ondear las largas yerbas marinas y correr millares de pescados de cambiantes escamas, tesoros escondidos del seno del mar, tan rico, tan inagotable como la tierra en vegeta-

cion y habitantes. ¡La vida es en todas partes como la inteligencia! ¡Toda la naturaleza está animada, toda la naturaleza siente y piensa! ¡El que no lo ve, nunca ha reflexionado sobre la inacabable fecundidad del pensamiento creador! Este no ha debido, no ha podido pararse; el infinito está poblado, y donde quiera que está la vida, allí está también el sentimiento: el pensamiento tiene grados desiguales sin duda, pero sin vacío. ¿Queremos una demostración física de esta verdad? ¡Miremos una gota de agua bajo el microscopio solar, y en ella veremos gravitar millares de mundos! ¡Mundos en la lágrima de un insecto! Y todavía si lográramos descomponer cada uno de aquellos millares de mundos, nos aparecerían millones de universos nuevos! Si, de esos mundos sin límites é infinitamente pequeños, nos elevamos de repente á los grandes globos innumerables de las bóvedas celestes, si penetramos en la vía lactea, incalculable polvo de soles, cada uno de los cuales rige un sistema de globo mas vasto que la tierra y la luna, el espíritu queda anonadado bajo el peso de los cálculos; pero el alma los soporta y se gloria de tener su lugar en esa obra, de tener fuerza para comprenderla, de tener un sentimiento para bendecir, para adorar á su autor. ¡Oh Dios mio! ¡Cuan digna oración

es la naturaleza para el que te busca, para el que te descubre en ella bajo todas las formas, y comprende algunas sílabas de su lengua muda, pero que lo dice todo!

.....

Golfo de la Ciotat, el 14, por la tarde.

El viento ha caído, y nada anuncia su vuelta. La superficie del golfo no tiene una arruga; el mar está tan terso que se distingue en él aquí y allí la impresión de las transparentes alas de los mosquitos que flotan sobre ese espejo, y que son lo único que le empaña en este momento. ¡Que á tal grado de serenidad y mansedumbre pueda descender ese elemento que levanta los navíos de tres puentes sin conocer su peso, que roe leguas de costa, devora colinas, raja peñascos y hiende montañas bajo el embate de sus rugientes olas! Nada es tan manso como lo que es fuerte.

Saltamos en tierra á instancias del capitán que quiere presentarnos á su muger y enseñarnos su casa. El pueblo se parece á las graciosas ciudades del reino de Nápoles en la costa de Gaeta: todo en él es radiante, alegre, sereno: la existencia es una fiesta continua en los climas del mediodía. ¡Feliz el hombre que nace y que muer-

re al sol ! ¡Feliz sobre todo el que tiene su casa, la casa y el huerto de sus padres, en las orillas de ese mar en el cual cada ola es una centella que arroja su luz y su brillo sobre la tierra ! Salvo las altas montañas que reciben la claridad de sus cimas y de sus horizontes de las nieves que las cubren, del cielo en que se pierden, ningún punto del interior de las tierras, por mas risueño, por mas gracioso que le hagan las colinas, los árboles y los rios, puede competir en hermosura con los sitios que bañan los mares del mediodía. El mar es á las escenas de la naturaleza lo que los ojos son á un rostro hermoso ; las ilumina, les da aquella radiacion, aquella fisonomía que las hace vivir, hablar, encantar, fascinar la mirada que las contempla.

.....

El mismo dia.

Es de noche, es decir, lo que se llama noche en estos climas. ¡ Cuantos dias menos luminosos he contado en las hermosas laderas de las colinas de Richemond, en Inglaterra ! ¡ En las nieblas del Támesis, del Sena, del Saona ó del lago de Ginebra ! Una luna redonda se alza en el firmamento, dejando en la sombra nuestro negro bergantin

que descansa inmovil á alguna distancia del espolon. La luna, avanzando, ha dejado en pos de sí como un reguero de ascua roja de que parece haber sembrado la mitad del cielo : lo restante es azul, y blanquea á medida que ella se acerca. En un horizonte de dos millas con corta diferencia, entre dos islitas de las cuales la una tiene bordes acantilados, altos y amarillos como el Cóliseo de Roma, y la otra es morada como flores de lila, se ve sobre el mar el espejo de una gran ciudad : la ilusion es tal que engaña la vista ; se ven relumbrar los cimborios de los palacios de deslumbradoras fachadas, largos espolones inundados de una luz blanda y serena : á derecha é izquierda, las olas blanquean y parece que lo envuelven: cree uno ver á Venecia ó Malta durmiendo en medio de las olas. No es ni una isla, ni una ciudad ; es la reverberacion de la luna en el punto en que su disco cae perpendicularmente sobre el mar ; mas cerca de nosotros, esa reverberacion se estiende y se prolonga, y arrastra un rio de oro y de plata entre dos márgenes de azur. A nuestra izquierda, el golfo estiende hasta un enhiesto cabo la larga y sombría cordillera de sus desiguales colinas ; á su derecha, se ve un estrecho y cerrado valle, donde corre una hermosa fuente á la sombra de algunos árboles ; detras, hay una colina mas alta cubierta hasta la cima de oliuos,

que la noche hace parecer negros; desde la cima de esa colina hasta el mar, pardas torres, casillas blancas cortan aquí y allí la monótona oscuridad de los olivos, y atraen la vista y el pensamiento á la morada del hombre. Mas lejos todavía, y en el confín del golfo, tres enormes peñascos se alzan sin bases sobre las olas; de formas extrañas, redondeados como guijarros alisados por las olas, las tempestades, esos guijarros son montañas,—caprichos gigantes de un océano primitivo del que nuestros mares no son sin duda mas que una debil imagen.

15 de Julio.

Hemos visitado la casa del capitán de nuestro bergantín, linda habitación, modesta, pero bien adornada; nos recibió su joven esposa, doliente y triste á causa de la precipitada partida de su marido. Ofrecíle tomarla á bordo y que nos acompañara en este viage, que debia ser mas largo que los viages ordinarios de un buque de comercio; pero su salud no se lo permitia, y la pobre señora iba sola, sin hijos y enferma á pasar largos dias y acaso largos años ausente de su marido: su dulce y sensible rostro llevaba el

sello de aquella melancolía de su porvenir y de aquella soledad de su corazón. La casa parecia una habitación flamenca; las paredes estaban entapizadas de retratos de los buques que habia mandado el capitán; no lejos de allí, este nos llevó á ver en la campiña una casita donde se preparaba, aunque joven, un asilo para retirarse de los vientos y de las olas. Mucho gusto tuve en ver el establecimiento campestre donde aquel hombre meditaba de antemano su descanso y su ventura para su ancianidad; siempre me ha gustado conocer el hogar, las circunstancias domésticas de aquellos con quien he tenido particulares relaciones; porque esos objetos son como una parte de ellos mismos,—son como una segunda fisonomía exterior que da la clave de su carácter y de su destino.

La mayor parte de nuestros marineros son tambien de estos pueblos. Hombres mansos, piadosos, trabajadores, que manejan el viento, la tempestad y las olas con aquella serena y silenciosa regularidad con que nuestros labradores de Saint-Point manejan el rastrillo ó el arado; labradores del mar, pacíficos y cantando alegres como los hombres de nuestros valles, siguiendo á los rayos del sol matinal sus largos sulcos humeantes en las laderas de sus colinas.

.....

16 de Julio.

Despierto muy de madrugada, oí esta mañana en el puente inmovil la voz de los marineros con el canto del gallo y el balido de la cabra y de nuestros carneros. Algunas voces de mugeres y de niños completaban la ilusion : hubiera podido creérmme acostado en la estancia de madera de una cabaña de labradores, en las márgenes del lago de Zuric ó de Soleura. Subí á cubierta; aquellos niños eran los hijos de algunos marineros que sus mugeres habian llevado á ver á sus padres : estos los sentaban sobre los cañones, los ponian de pie sobre las barandas del buque, los tendian en la chalupa, los cunaban en la hamaca con aquella ternura en el acento y aquellas lágrimas en los ojos que hubieran podido tener unas madres ó unas nodrizas. ¡ Hombres honrados, de corazones de bronce contra el peligro, de corazones de muger para lo que aman, ásperos y blandos como el elemento con que viven ! Sea pastor, sea marino, el hombre que tiene una familia tiene un corazon formado de sentimientos humanos y bondadosos. El espíritu de familia es la segunda alma de la humanidad ; los legislado-

res modernos lo han olvidado demasiado ; no piensan mas que en las naciones y en las individualidades ; omiten la familia, única fuente de las poblaciones fuertes y puras, santuario de las tradiciones y de las costumbres, donde se templan y robustecen todas las virtudes sociales. La legislacion, aun desde el establecimiento del cristianismo, ha sido bárbara bajo este concepto, pues aparta al hombre del espíritu de familia, en vez de brindarle con él ! Veda á la mitad de los hombres la muger, el hijo, la posesion del hogar y de la heredad ; debia estos bienes á todos, apenas llegan á la edad viril ; y solo debia privar de ellos á los culpados. La familia es la sociedad en pequeño, pero es la sociedad donde las leyes son naturales, porque son sentimientos. Escomulgar de la familia hubiera podido ser la mayor reprobacion, el último borron impuesto por la ley, — hubiera sido la única pena de muerte de una legislacion cristiana y humana. — La muerte sangrienta debiera haber desaparecido hace siglos.

.....

Julio, al ancla por los vientos.

A una milla al oeste, en la costa, las montañas

están partidas como á martillazos; los enormes fragmentos han caido, acá y allá, á las faldas de las montañas, ó bajo las azules y verdosas olas del mar que las baña. El mar se estrella en aquellos puntos sin cesar, y de la oleada que llega con un estruendo alternativo y sordo contra las rocas se lanzan como lenguas de blanca espuma que van á lamer las saladas riberas. Aquellos pedazos amontonados de montañas, porque son demasiado grandes para llamarlas riscos, estan arrojados y hacinados con tal confusion unos sobre otros, que forman una innumerable cantidad de angostas ensenadas, de bóvedas profundas, de sonoras grutas, de cavidades sombrías, cuyos caminos, recodos y salidas conocen solo los muchachos de dos ó tres chozas de pescadores de las cercanías. Una de aquellas cuevas, en la que se penetra por el arco rebajado de un puente natural, cubierto de un enorme pedazo de granito, da salida al mar y se abre en seguida sobre un angosto y oscuro valle que el mar llena todo entero con sus aguas límpidas y tersas como el firmamento en una hermosa noche. Es aquella una caleta conocida de los pescadores, donde, mientras las olas rugen espumantes por fuera, sacudiendo con sus embates las caderas de la costa, las mas pequeñas barcas están al abrigo de sus furoros; apenas se ve allí aquel ligero hervor de

un manantial que cae en una cascada. El mar conserva allí aquel hermoso color de un amarillo verdoso y ondeado que tan bien percibe el ojo de los pintores de marinas, pero que nunca pueden reproducir exactamente, porque el ojo ve mas de lo que puede imitar la mano.

Sobre las dos laderas de aquel valle marino se alzan, hasta perderse de vista, dos paredes de rocas casi perpendiculares, sombrías y de un color uniforme semejante al de la escoria de hierro poco despues que ha caido del horno. Ninguna planta, ningun musgo halla allí siquiera una grieta para suspenderse y arraigarse, para hacer ondear aquellas guirnaldas de enredaderas y aquellas flores que con tanta frecuencia se ven flotar en las paredes de las peñas de la Saboya á alturas donde solo Dios puede respirarlas; peladas, derechas, negras, repulsivas, no estan allí mas que para guarecer del aire del mar las colinas de viñas y de olivos que vegetan bajo su abrigo, imágenes de aquellos hombres que dominan una época ó una nacion, espuestos á todas las injurias del tiempo y de las tempestades por proteger á hombres mas débiles y mas felices. En el fondo de la caleta, el mar se ensancha un poco, serpea, toma una tinta mas clara á medida que descubre mas cielo, y remata enfin en una hermosa sábana de agua dormida sobre un cau-

ce de conchitas moradas trituradas y apretadas como arena. Si pone uno el pie fuera de la lancha que le ha llevado allá, halla á la izquierda, en el hueco de un barranco, un manantial de agua dulce, fresca y pura ; luego torciendo á la derecha, un vericuetto de cabras, pedregoso, rápido, desigual, sombreado por higueras silvestres y acerolos, que baja de las tierras cultivadas á aquella soledad de las olas. Pocos sitios me han sorprendido, me han encantado tanto en mis viages : esa mezcla perfecta de gracia y de fuerza es lo que forma la belleza cabal en la armonía de los elementos como en el ser animado ó pensador. Es aquel misterioso himeneo de la tierra y del mar, sorprendido, por decirlo así, en su union mas íntima y escondida ; es aquella imagen de la calma y de la soledad mas inaccesible, al lado de aquel agitado y tumultuoso teatro de las tempestades, al lado del estruendo de sus olas ; es una de aquellas numerosas obras maestras de la creacion , que Dios ha sembrado por todas partes como para jugar con los contrastes, pero que casi siempre se complace en esconder en las inaccesibles cumbres de los montes escarpados, en el fondo de los barrancos adonde no se puede bajar, en los mas inabordables escollos del océano, como joyas de la naturaleza, que no descubre sino rara vez á hombres sencillos, á

los pastores, á los pescadores, á los viajeros, á los poetas ó á la piadosa contemplacion de los solitarios.

14 de Julio 1832.

A las diez se alza una brisa de oeste ; á las tres levantamos el ancla ; pronto el cielo y las olas son nuestro único horizonte ; — mar esplendente, — movimiento blando y compasado del bergantin , — murmullo de las olas tan regular como la respiracion de un pecho humano. Esa alternacion regular de las olas, del viento en la vela se encuentra en todos los movimientos, en todos los rumores de la naturaleza : ¿ será que tambien ella respira ? — Sí, sin duda alguna, respira, vive, piensa, sufre y goza, siente, adora á su divino autor. Dios no ha hecho la muerte ; la vida es el signo de todas sus obras.

15 de Julio, 1832, en alta mar, á las ocho de la noche.

Hemos visto ir hundiéndose poco á poco en el

ce de conchitas moradas trituradas y apretadas como arena. Si pone uno el pie fuera de la lancha que le ha llevado allá, halla á la izquierda, en el hueco de un barranco, un manantial de agua dulce, fresca y pura; luego torciendo á la derecha, un vericuetto de cabras, pedregoso, rápido, desigual, sombreado por higueras silvestres y acerolos, que baja de las tierras cultivadas á aquella soledad de las olas. Pocos sitios me han sorprendido, me han encantado tanto en mis viages: esa mezcla perfecta de gracia y de fuerza es lo que forma la belleza cabal en la armonía de los elementos como en el ser animado ó pensador. Es aquel misterioso himeneo de la tierra y del mar, sorprendido, por decirlo así, en su union mas íntima y escondida; es aquella imagen de la calma y de la soledad mas inaccesible, al lado de aquel agitado y tumultuoso teatro de las tempestades, al lado del estruendo de sus olas; es una de aquellas numerosas obras maestras de la creacion, que Dios ha sembrado por todas partes como para jugar con los contrastes, pero que casi siempre se complace en esconder en las inaccesibles cumbres de los montes escarpados, en el fondo de los barrancos adonde no se puede bajar, en los mas inabordables escollos del océano, como joyas de la naturaleza, que no descubre sino rara vez á hombres sencillos, á

los pastores, á los pescadores, á los viajeros, á los poetas ó á la piadosa contemplacion de los solitarios.

.....

14 de Julio 1832.

A las diez se alza una brisa de oeste; á las tres levantamos el ancla; pronto el cielo y las olas son nuestro único horizonte; — mar esplendente, — movimiento blando y compasado del bergantin, — murmullo de las olas tan regular como la respiracion de un pecho humano. Esa alternacion regular de las olas, del viento en la vela se encuentra en todos los movimientos, en todos los rumores de la naturaleza: ¿será que tambien ella respira? — Sí, sin duda alguna, respira, vive, piensa, sufre y goza, siente, adora á su divino autor. Dios no ha hecho la muerte; la vida es el signo de todas sus obras.

.....

15 de Julio, 1832, en alta mar, á las ocho de la noche. ®

Hemos visto ir hundiéndose poco á poco en el

horizonte las últimas cimas de los pardos montes de las costas de Francia y de Italia, luego la línea azul, sombría, del mar en el horizonte lo ha sumergido todo; el ojo, en aquel momento en que el horizonte conocido se desvanece, recorre el espacio y el vacío flotante que le rodea, como un infeliz que ha perdido sucesivamente todos los objetos de su amor, de sus hábitos, y que busca en vano donde reposar su corazón.

El cielo llega á ser la grande y única escena de contemplacion; luego la mirada cae sobre ese punto imperceptible perdido en el espacio, sobre ese estrecho buque que es el universo entero para aquellos que lleva en sí.

El maestre está sentado junto al timon; su rostro varonil é impassible, su mirada firme y vigilante, clavada ya en la vitácora para buscar en ella la aguja, ya en la proa para descubrir en ella, entre las jarcias del trinquete, su rumbo al través de las olas; su brazo derecho tendido sobre la barra del timon, é imprimiendo con un movimiento su voluntad á la inmensa mole del buque; todo manifiesta en él la gravedad de su obra, el destino de la nave, la vida de treinta personas girando en su ancha frente y pesando en su robusta mano.

En la delantera del puente, los marineros estan en grupos, sentados, de pie, tendidos so-

bre las tablas de reluciente pino, ó sobre los cables arrollados en vastas espirales, — unos componiendo las velas rasgadas con gruesas agujas de hierro, como doncellas bordando el velo de sus bodas ó la colgadura de su lecho virginal; otros asomados á las barandas, mirando, sin verlas, las olas espumantes, como miramos las piedras de un camino cien veces andado, y echando al viento con indiferencia las bocanadas de humo de sus pipas de barro colorado. Estos dan de beber á las gallinas en sus largos dornajos; aquellos tienen en la mano un puñado de yerba y dan de comer á la cabra cuyos cuernos tienen cogidos con la otra mano; otros juegan con dos hermosos carneros que estan encaramados entre los dos palos en la alta chalupa suspendida; los pobres animales levantan su cabeza inquieta encima de los bordages, y no viendo mas que la ondeante llanura blanqueada por la espuma, balan tristemente recordando el peñasco y el árido musgo de sus montañas.

En la estremidad del buque, horizonte de este mundo flotante, se ve la aguda proa precedida de su mastil de bauprés inclinado sobre el mar; aquel mastil se esgrime delante del buque como el agujon de un monstruo marino. Los vaivenes del mar, casi insensibles en el centro de gravedad en medio del puente, hacen describir á la proa

oscilaciones lentas y gigantescas; unas veces parece que dirige el rumbo del buque hácia alguna estrella del firmamento; otras que le va á sumergir en algun profundo valle del océano, porque parece que el mar sube y baja sin cesar cuando está uno en la estremidad de un buque que, con su mole y su longitud, multiplica el efecto de aquellas revueltas olas.

Nosotros, separados por el palo mayor de aquella escena de costumbres marítimas, estamos sentados en los bancos de guardia, donde nos paseamos con los oficiales por el puente, mirando declinar el sol y crecer las olas.

En medio de todas aquellas figuras varoniles, severas, pensativas, una niña, el cabello destrenzado y ondeando sobre su vestido blanco, su hermoso rostro rosado, feliz y contento, rodeado de un sombrero de paja de marinero, atado debajo de la barba, juega con el gato blanco del capitán ó con una nidada de palomos de mar, cogidos la víspera, que se echan bajo la cureña de un cañon y á quienes desmigaja el pan de su merienda.

Entre tanto el capitán del buque, con su reloj marino en la mano, y espiondo en silencio en el occidente el segundo preciso en que el disco del sol, refractada su mitad, parece que toca las olas, y flota en ellas un momento antes de su-

mergirse todo entero, levanta la voz y dice: *Señores, la oracion!* Todas las conversaciones cesan, todos los juegos acaban, los marineros tiran al mar su cigarro todavía encendido, se quitan sus gorros griegos de lana roja, los llevan en la mano, y van á arrodillarse entre los dos mástiles. El mas joven de ellos abre el libro de oraciones, y canta el *Ave, maris stella* y las letanías sobre un tono tierno, lastimero y grave, que parece haber sido inspirado en medio del mar y de aquella inquieta melancolía de las últimas horas del dia, en que todos los recuerdos de la tierra, de la choza, del hogar, suben del corazon al pensamiento de aquellos hombres sencillos. Las tinieblas van á bajar nuevamente sobre las olas y á sepultar hasta por la mañana, en su peligrosa oscuridad, el rumbo de los navegantes y las vidas de tantos seres que ya no tienen mas faro que la Providencia, mas asilo que la mano invisible que los sostiene sobre las olas. Si la oracion no hubiera nacido con el hombre, allí, en el mar, es donde hubiera sido inventada, por hombres solos con sus pensamientos y sus flaquezas en presencia del abismo del cielo donde se pierden sus miradas, del abismo de los mares del que los separa una fragil tabla; — al estruendo del océano que ruge, silba, ahulla, brama como las voces de mil alimañas; — á los em-

bates del viento que hace espedir un sonido agudo á cada cuerda, — al acercarse la noche que abulta todos los peligros y multiplica todos los terrores.... Pero la oracion nunca se ha inventado; nació del primer suspiro, de la primera alegría, de la primera pena del corazon humano, ó mas bien, el hombre no nació mas que para la oracion; glorificar á Dios ó implorarle, fué su única mision en la tierra; todo lo demas perece antes que él ó con él; pero el grito de gloria, de admiracion ó de amor que eleva hácia su Criador, pasando sobre la tierra, no perece, antes bien asciende, resuena de edad en edad hasta los oidos de Dios, como el eco de su propia voz, como un reflejo de su magnificencia; es la única cosa completamente divina en el hombre y que este puede exhalar con júbilo y orgullo, porque este orgullo es un homenaje rendido á aquel que es el único que puede tenerle, al ser infinito.

Apenas habiamos revuelto en nuestras mentes estos ú otros semejantes pensamientos, cada cual en nuestro silencio, cuando se alzó un grito de Julia en el bordo del buque que miraba á Oriente: — ¡Un incendio en el mar! un buque ardiendo! Precipitámonos para ver aquel fuego lejano sobre las olas, y con efecto una ancha ascua flotaba en el oriente en el confin del hori-

zonte del mar, y luego, alzándose y redondeándose en pocos minutos, reconocimos la luna llena inflamada por el vapor del viento de oeste, y saliendo lentamente de las olas como un disco de hierro incandescente que el herrero saca del horno con sus tenazas y suspende sobre el agua donde va á apagarle. Del lado opuesto del cielo, el disco del sol que acababa de hundirse, habia dejado en el occidente como un banco de arena de oro, semejante á la playa de alguna tierra desconocida: nuestras miradas pasaban embebecidas de uno á otro bordo entre aquellas dos magnificencias del cielo. Poco á poco las claridades de aquel doble crepúsculo se apagaron; millares de estrellas nacieron sobre nuestras cabezas como para trazar el rumbo á nuestros mástiles que pasaron de una á otra. Mandóse la primera guardia de la noche, quitóse del puente todo lo que podia estorbar la maniobra, y los marineros fueron todos, uno despues de otro, á decir al capitán: ¡Dios guarde á Vm.!

Seguí paseándome un rato en silencio por el puente; luego bajé dando gracias á Dios en mi corazon de haberme permitido ver aquel aspecto desconocido de su naturaleza. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ver tu obra bajo todas sus faces, admirar tu magnificencia sobre las montañas ó sobre los mares, adorar y bendecir tu nombre que ningun-

na letra puede contener! Esto es toda la vida! Multiplica la nuestra para multiplicar el amor y la admiracion en nuestros corazones! Luego vuelve la página y haznos leer en otro mundo las maravillas sin fin del libro de tu grandeza y de tu bondad!

16 de Julio, 1832, en alta mar.

Toda la noche y todo el dia hemos tenido una mar hermosa, pero picada. Por la tarde, el viento refresca, se forma la marejada y empieza á rodar pesadamente sobre los costados del buque; — luna espléndida que prolonga torrentes de una blanca y ondeante claridad en los anchos valles líquidos, abiertos entre las grandes olas. Esos flotantes vislumbres de la luna parecen arroyos de agua corriente, cascadas de agua de nieve en el cauce de los verdes valles del Jura ó de la Suiza. El buque baja y sube tardamente cada una de aquellas profundas zanjas: por primera vez, en este viage, oímos las quejas, los gemidos de la madera: las apretadas costillas del bergantin exhalan, bajo el choque de cada oleada, un rumor al que nada puede compararse con mas propiedad que los últimos mugidos de un toro herido por el

hacha y tendido sobre el costado en las convulsiones de la agonía. Aquel rumor mezclado en la noche á los rugidos de cien mil olas, á los gigantes botes del buque, á los crugidos de los mástiles, al silbo de las ráfagas, al polvo de la espuma que lanzan y que se oye llover silbando sobre el puente, á las pisadas rápidas y recias de los hombres de guardia que corren á la faena, á las palabras raras, firmes y breves del oficial que manda, — todo esto forma un conjunto de sonidos significativos y terribles que conmueven muy mas profundamente el alma humana que el estruendo del cañon en el campo de batalla. ¡Es preciso haber asistido á estas escenas para conocer el lado penoso de la vida de los marinos, y para medir uno su propia sensibilidad moral y física!

Así se pasa la noche entera sin sueño. Al rayar el dia, el viento se aplanan un poco, cesa la marejada, las olas no se coronan de espuma; todo anuncia un dia hermoso; al trasluz de la bruma colorada del horizonte vemos las altas y largas cordilleras de los montes de Cerdeña. El capitán nos promete un mar sereno y terso como un lago entre esta isla y la Sicilia. Largamos ocho nudos, á veces nueve¹; á cada cuarto de ho-

¹ Un nudo equivale á una milla. — N. del T.

ra, las relucientes costas hácia las que nos impele el viento, se dibujan con mas limpieza; los golfos se abren, los cabos avanzan, las peñas blancas se alzan sobre las olas; las casas, las tierras labradas empiezan á distinguirse en las vertientes de la isla. A mediodia, tocamos á la entrada del golfo de San Pedro, pero en el momento de doblar los escollos que le cierran, estalla en nuestras velas un huracan repentino de viento norte; la marejada ya bastante crecida de la noche pone obstáculo al viento, y se hacina en verdaderos collados movedizos; todo el horizonte es un inmenso campo de espuma; el buque titubea sucesivamente sobre las crestas de todas las olas, luego se precipita casi perpendicularmente en las profundidades que las separan; en vano persistimos en querer buscar un abrigo en el golfo. En el momento en que doblamos el cabo para entrar en él, un viento furioso y silbador como una descarga de flechazos se escapa de cada valle, de cada ensenada de la costa, y tumba el bergantin sobre el costado; apenas hay tiempo para amainar las velas; solo conservamos las velas bajas en que recogemos el viento; el capitan corre al timon; entonces el buque, como un caballo contenido por una mano vigorosa y á quien acortan la rienda, parece como que piafa sobre la espuma del golfo; las

olas pasan ras con ras de nuestro bordo, del lado por donde está inclinado el buque, y todo el costado izquierdo, hasta la quilla, está fuera del agua; así navegamos cosa de veinte minutos, con la esperanza de llegar á la pequeña rada del lugar de san Pedro; ya vemos las viñas y las casitas blancas á un tiro de cañon, pero la tempestad arrecia, el viento nos azota como una bala; nos vemos precisados á ceder y á virar peligrosamente, bajo el mas violento embate de la ventisca. Conseguimos nuestro intento, salimos del golfo mediante la misma maniobra que nos ha lanzado á él, y nos hallamos en alta mar con un temporal horrible. La fatiga de la noche y del dia nos hace desear vivamente un abrigo antes de otra noche que todo nos hace temer como mas borrascosa todavia. El capitan se decide á arrostrarlo todo, hasta el rompimiento de sus mástiles, por hallar un fondadero en la costa de Cerdeña, y cabalmente á pocas leguas del punto en que nos hallamos, el golfo de Palma nos promete uno. Luchamos para entrar en él, contra la misma furia de los vientos que nos ha echado del golfo de San Pedro: al cabo de dos horas de lucha, vencemos y entramos, como un ave marina inclinada sobre sus alas, hasta el fondo del hermoso golfo de Palma. La tempestad no ha cesado; oimos el incesante mugido de la alta mar

á tres leguas detras de nosotros; el viento continua silbando en nuestras jarcias, pero en este estanque rodeado de altas montañas, no puede levantar mas que bocanadas de espuma con que riega y refresca el puente, y enfin, anclamos á unos seis cables ¹ de la playa de Cerdeña, en un fondo de yerbas acuáticas, y en una agua mansa y apenas rizada. Deliciosa impresion es la del navegante que ha escapado de la tempestad á fuerza de trabajo y afanes, cuando oye enfin rodar la cadena de hierro del ancla que va á clavar su nave á una ribera hospitalaria. Apenas ha mordido el ancla, los rostros contractados de los marineros se dilatan; se ve que sus pensamientos descansan tambien; bajan á los entrepuentes, van á mudar sus vestidos mojados, pronto vuelven á subir con su ropa de los domingos, y tornan á todos sus apacibles hábitos de su vida en tierra. Ociosos, alegres, locuaces, están sentados, con los brazos cruzados, sobre las barandas del bordage ó fuman tranquilamente sus pipas, mirando con indiferencia los paisages y las casas de la orilla.

¹ Unas 360 brazas.

17 de Julio, 1852.

Anclados en esta serena rada despues de una noche de sueño delicioso, almorzamos sobre cubierta al abrigo de una vela, que nos sirve de tienda; la costa abrasada, pero pintoresca, de la Cerdeña, se estiende delante de nosotros. Una embarcacion armada con dos piezas de artilleria se desprende de la isla de San Antioco, á dos leguas de nosotros, y parece acercarse adonde estamos. Pronto la distinguimos mejor; lleva marinos y soldados, y apenas llega al alcance de la voz, nos pregunta quienes somos, y nos manda ir á tierra; despues de haberlo deliberado, me decido á ir á acompañar al capitán del bergantin, nos armamos con varios fusiles y pistolas para resistir en caso de que quisiesen retenernos por fuerza, y damos la vela en el bote: apenas llegamos junto á la barca sarda que nos precede, saltamos en una playa en el fondo del golfo: aquella playa linda con un lla no inculto y pantanoso. Una arena blanca, grandes cardos, algunos especillos de zábilas, tal cual chaparral de un arbusto de corteza pálida y gris cuya hoja

se parece á la del cedro : nubes de caballos silvestres, paciendo libremente por aquellos matorrales, que vienen galopando á reconocernos y olfatearnos, y luego parten relinchando, como bandadas de cuervos ; á una milla de nosotros, montañas grises peladas, con solo algunas manchas de una vegetacion desmedrada en sus laderas ; un cielo de Africa sobre aquellas cumbreres calcinadas ; un vasto silencio sobre todas aquellas campiñas ; el aspecto de desolacion y de soledad que tienen todas las playas de mal aire en la Romaña, en la Calabria, á la vera de las lagunas Pontinas, tal es la escena ; siete ú ocho hombres de hermosa fisonomía, frente elevada, ojo atrevido y agreste, medio desnudos, medio vestidos con girones de uniformes, armados de largas carabinas, y llevando en la otra mano perchas de caña para tomar nuestras cartas ó presentarnos lo que tienen que ofrecernos, tales son los actores. Respondo en napolitano chapurrado á sus preguntas ; les nombro algunos de sus paisanos, de quienes he sido amigo en mi juventud, en Italia ; aquellos hombres se muestran atentos y serviciales despues de haber sido insolentes é imperiosos ; les compro un carnero que descuartizan en la playa. Eseribimos, toman nuestras cartas en la raja que han hecho en la punta de una larga caña ; echan yescas,

arrancan algunas ramas verdes de los arbustos que cubren la costa, encienden una hoguera, y pasan nuestras cartas, empapadas en agua de mar, por el humo de aquella hoguera, antes de tocarlas. — Nos prometen disparar un tiro al anochecer para avisarnos que volvamos á la costa cuando estén listas nuestras demas provisiones de verduras y agua dulce. — Luego, sacando de sus habitaciones un inmenso canasto de conchas, *frutti di mare*, nos las ofrecen, sin querer aceptar ninguna retribucion.

Volvemos á bordo : — horas de solaz y de deliciosas contemplaciones, pasadas en la popa del buque anclado, mientras todavía brama la tempestad en las puntas de los dos cabos que nos cubren, y miramos la espuma de la alta mar elevarse á una altura de treinta ó cuarenta pies por las doradas vertientes de aquellos cabos.

18 de Julio, 1832.

Salimos del golfo de Palma con una mar tersa como un espejo ; — leve soplo de oeste, suficiente apenas para secar el rocío de la noche que brilla sobre las recortadas ramas de los lentis-

cos, única verdura de aquellas costas, ya africanas; — en alta mar, dia silencioso, blanda brisa que nos hace largar seis ó siete nudos por hora; — hermosa tarde; — noche esplendente; — la mar duerme tambien.

19 de Julio, 1832.

Nos despertamos á 25 leguas de la costa de Africa. Repaso la historia de san Luis para recordar las circunstancias de su muerte en la playa de Tunez, junto al cabo de Cartago, que debemos ver esta tarde ó mañana.

Yo no sabia en mi juventud porqué ciertos pueblos me inspiraban una antipatia, por decirlo así, innata, al paso que otros me atraian involuntariamente y me embelesaban con su historia.

— Sucediame con esas vanas sombras de lo pasado, con esas memorias muertas de las naciones, exactamente lo que experimento con irresistible imperio en pro ó en contra de las fisionomías de los hombres con quienes vivo ó paso.

— Yo amo ó aborrezco en la acepcion fisica de la palabra; á primera vista, de una sola ojeada, juzgo á un hombre ó á una muger para siempre.

— La razon, la reflexion, la violencia misma, intentadas muchas veces por mí contra esas primeras impresiones, de nada sirven. — Cuando el bronce ha recibido su estampa del volante, por mas vueltas y revueltas que se le den entre los dedos, la conserva; — lo mismo le sucede á mi alma; — lo mismo á mi entendimiento; — cualidad propia de aquellos seres en quienes el instinto es pronto, fuerte, instantáneo, inflexible. Uno se pregunta á sí mismo: — ¿Qué es el instinto? y reconoce que es la razon suprema, pero la razon innata, la razon no razonada, la razon tal cual la ha hecho Dios y no tal cual la halla el hombre. — Nos hiere como el relámpago, sin que el ojo tenga el trabajo de buscarla. — Todo lo ilumina del primer arranque. — La inspiracion en todas las artes, como en un campo de batalla, es tambien ese instinto, esa razon adivinada. El genio tambien es instinto y no lógica y afan. Cuanto mas se reflexiona, mas se reconoce que el hombre no posee nada grande y bello que le pertenezca, que provenga de su fuerza ó de su voluntad, y que todo lo que tiene soberanamente bello viene inmediatamente de la naturaleza y de Dios. — El cristianismo, que lo sabe todo, lo ha comprendido desde el primer dia. — Los primeros apóstoles sintieron en sí aquella accion inmediata de la Divinidad y es-

cos, única verdura de aquellas costas, ya africanas; — en alta mar, dia silencioso, blanda brisa que nos hace largar seis ó siete nudos por hora; — hermosa tarde; — noche esplendente; — la mar duerme tambien.

19 de Julio, 1832.

Nos despertamos á 25 leguas de la costa de Africa. Repaso la historia de san Luis para recordar las circunstancias de su muerte en la playa de Tunez, junto al cabo de Cartago, que debemos ver esta tarde ó mañana.

Yo no sabia en mi juventud porqué ciertos pueblos me inspiraban una antipatia, por decirlo así, innata, al paso que otros me atraian involuntariamente y me embelesaban con su historia.

— Sucediame con esas vanas sombras de lo pasado, con esas memorias muertas de las naciones, exactamente lo que experimento con irresistible imperio en pro ó en contra de las fisionomías de los hombres con quienes vivo ó paso.

— Yo amo ó aborrezco en la acepcion fisica de la palabra; á primera vista, de una sola ojeada, juzgo á un hombre ó á una muger para siempre.

— La razon, la reflexion, la violencia misma, intentadas muchas veces por mí contra esas primeras impresiones, de nada sirven. — Cuando el bronce ha recibido su estampa del volante, por mas vueltas y revueltas que se le den entre los dedos, la conserva; — lo mismo le sucede á mi alma; — lo mismo á mi entendimiento; — cualidad propia de aquellos seres en quienes el instinto es pronto, fuerte, instantáneo, inflexible. Uno se pregunta á sí mismo: — ¿Qué es el instinto? y reconoce que es la razon suprema, pero la razon innata, la razon no razonada, la razon tal cual la ha hecho Dios y no tal cual la halla el hombre. — Nos hiere como el relámpago, sin que el ojo tenga el trabajo de buscarla. — Todo lo ilumina del primer arranque. — La inspiracion en todas las artes, como en un campo de batalla, es tambien ese instinto, esa razon adivinada. El genio tambien es instinto y no lógica y afan. Cuanto mas se reflexiona, mas se reconoce que el hombre no posee nada grande y bello que le pertenezca, que provenga de su fuerza ó de su voluntad, y que todo lo que tiene soberanamente bello viene inmediatamente de la naturaleza y de Dios. — El cristianismo, que lo sabe todo, lo ha comprendido desde el primer dia. — Los primeros apóstoles sintieron en sí aquella accion inmediata de la Divinidad y es-

clamaron desde la primera hora : *Todo don perfecto viene de Dios.*

Volvamos á los pueblos. — Nunca he podido amar á los Romanos ; nunca he podido tomarme el menor interés de corazon por Cartago, á pesar de sus desgracias y de su gloria. — Anibal no me ha parecido nunca mas que un general de la compañía de las Indias, haciendo una campaña industrial, una brillante y heroica operacion de comercio en las llanuras de Trasimeno. — ¡ Aquel pueblo, ingrato como todos los pueblos egoistas, le recompensó con el destierro y la muerte ! — En cuanto á su muerte, fué bella, fué patética, me reconcilia con sus triunfos ; toda mi vida me ha conmovido. — Siempre ha habido para mí, como para la humanidad entera, una sublime y heroica armonía entre la soberana gloria, el soberano genio, y el soberano infortunio. — Esa es una de las notas del destino que nunca deja de producir su efecto, su triste y voluptuosa modulacion en el corazon humano ! En efecto, no hay gloria simpática, ni virtud completa, sin la ingratitud, la persecucion y la muerte. — De ello fué Cristo un divino ejemplo, y su vida como su doctrina esplican ese misterioso enigma del destino de los grandes hombres por el destino del hombre divino !

Con el tiempo lo he descubierto ; el secreto de

mis simpatías ó de mis antipatías hácia la memoria de ciertos pueblos está en la naturaleza misma de las instituciones y de las acciones de esos pueblos. — Los pueblos como los Fenicios, Tiro, Sidon, Cartago, sociedades de comercio que beneficiaban la tierra en su provecho y no median la grandeza de sus empresas mas que por la utilidad material y actual del resultado, son para mí lo que eran para el Dante ; los miro y paso.

Non ragonar di lor, ma guarda e passa !

No hablemos de ellos. — Fueron ricos y prósperos, y nada mas. — No trabajaron mas que para el tiempo ; el porvenir no debe ocuparse en ellos. — *Receperunt mercedem.*

Pero los que, poco cuidadosos del presente que sentian que se les escapaba de entre las manos, llevaron, en virtud de un sublime instinto de inmortalidad, de una sed insaciable de porvenir, el pensamiento nacional mas allá de lo presente, y el sentimiento humano á mas altura que al bienestar, la riqueza y la utilidad material ; — los que han consumido generaciones y siglos en dejar en su camino una hermosa y eterna huella de su tránsito ; esas naciones desinteresadas y generosas que han agitado todas las grandes y

fecundas ideas del entendimiento humano, para construir con ellas sabidurías, legislaciones, teogonías, artes, sistemas; — las que han revuelto inmensas moles de marmol ó de granito para construir con ellos obeliscos y pirámides, sublime desafio propuesto por ellas al tiempo, muda voz con que hablarán perpetuamente á las almas grandes y generosas; — esas naciones poetas, como los Egipcios, los Judíos, los Indios, los Griegos, que han idealizado la política, y hecho predominar en su vida de pueblos el principio divino, — el alma, sobre el principio humano, — lo útil; á esas las amo, las venero, busco y adoro sus huellas, sus recuerdos, sus obras escritas, edificadas ó esculpidas; vivo de su vida, asisto cual conmovido y parcial espectador al patético y heróico drama de su destino, y cruzo gustoso los mares por ir á meditar algunos días sobre su polvo é ir á decir á su memoria el *memento* del porvenir; esas han merecido bien de los hombres, porque han elevado sus pensamientos encima de este globo de fango, mas allá de este dia fugitivo. — Esas naciones se han sentido formadas para un mas alto y grandioso destino, y no pudiendo darse á sí mismas la vida inmortal á que aspira todo corazón noble y grande, han dicho á sus obras: Inmortalizadnos, hablad de nosotras á los que atraviesen el desierto ó

pasen sobre las olas del mar Jónico, por delante del cabo Sigeo ó del promontorio de Sunio, donde Platon cantaba una sabiduría que será la sabiduría del porvenir.

En tales pensamientos iba yo engolfado, escuchando el rumor con que la proa, en que iba sentado, hendia las olas del mar de Africa, y mirando á cada minuto bajo la rosada bruma del horizonte si divisaria el cabo de Cartago.

Cayó la brisa, el mar se serenó, y el dia se nos pasó mirando en vano desde lejos la vaporosa costa de Africa; por la tarde se alzó una recia ventisca; el buque, bamboleado de uno á otro bordo, aplanado bajo las velas semejantes á las alas de un ave marina quebrantadas por el plomo, nos sacudia en sus entrañas con el terrible mugido de un edificio que se desploma. Paso la noche sobre cubierta, pasado el brazo alrededor de un cable; y de los blancos nubarrones que se apiñan, como una alta montaña, en el profundo golfo de Tunez, brotan relámpagos y arrancan los lejanos estampidos del trueno. El Africa me aparece como siempre me la he representado, desgarradas sus entrañas por los fuegos del cielo, y sus calcinadas cumbres escondidas entre las nubes. A medida que nos acercamos y que el cabo de San Vicente y luego el de Cartago, se destacan de la oscuridad, y parece que nos salen al

encuentro, todas las grandes imágenes, todos los nombres fabulosos ó heróicos que han resonado sobre aquella orilla, salen tambien de mi memoria, y me recuerdan los dramas poéticos ó históricos de que aquellos sitios han sido el teatro sucesivamente. Virgilio, como todos los poetas que quieren mejorar la verdad, la historia y la naturaleza, mas bien ha estropeado que embellecido la imagen de Dido. — La Dido histórica, viuda de Siqueo, y fiel á los manes de su primer esposo, hace encender su hoguera en el cabo de Cartago, y sube á él, sublime y voluntaria víctima de un amor puro y de una fidelidad, aun á la muerte! Algo mas bello, algo mas santo, algo mas patético es esto que los frios galanteos que le presta el poeta romano, con el ridículo y pio Eneas, y su amorosa desesperacion con la que no puede simpatizar el lector.

Pero la *Anna Soror* y la magnífica despedida, y la inmortal imprecacion que siguen, harán siempre perdonar á Virgilio.

La parte histórica de Cartago es mas poética que su poesía. La muerte celestial y las exequias de san Luis; — el ciego Belisario; — Mario expiando entre las fieras, sobre las ruinas de Cartago, fiera tambien como ellas, los crímenes de Roma; — el lamentable dia en que, semejante al escorpion rodeado de fuego que se traspasa á

sí mismo con su aguijon emponzoñado, Cartago, cercada por Escipion y Masinisa, prende fuego ella misma á sus edificios y á sus riquezas; — la muger de Asdrubal, encerrada con sus hijos en el templo de Júpiter, echando en cara á su marido el no haber sabido morir, y encendiendo con sus manos la tea que va á consumirla á ella y á sus hijos y á todo lo que queda de su patria, para no dejar mas que ceniza á los Romanos! — Caton de Utica, los dos Escipiones, Anibal, todos estos grandes nombres se alzan todavía sobre el cabo abandonado, como columnas en pie delante de un templo derruido. — El ojo no ve nada mas que un promontorio pelado, alzándose sobre un mar desierto, algunas cisternas vacías ó atestadas con sus propios escombros, algunos acueductos arruinados, algunos muelles devorados por las olas y cubiertos por la marejada; una ciudad bárbara al lado, donde estos mismos nombres son desconocidos como aquellos hombres que viven demasiado y llegan á ser extranjeros en su propio pais, pero lo pasado basta donde brilla con tanto esplendor de recuerdos. — ¿Y aun qué sé yo si no me gusta mas solo, aislado en medio de sus ruinas, que profanado y turbado por el bullicio y la muchedumbre de las generaciones nuevas? Sucede con las ruinas lo mismo que con las sepulturas; — en medio del estré-

pito de una gran ciudad y del fango de nuestras calles, afligen y entristecen la vista, son como una mancha en medio de toda esa vida bulliosa y agitada; — pero en la soledad, en las orillas del mar, en un cabo abandonado, en un agreste arenal, tres piedras amarilleadas por los siglos y quebrantadas por el rayo, hacen reflexionar, discurrir ó llorar.

La soledad y la muerte, la soledad y lo pasado, que es la muerte de las cosas, se enlazan necesariamente en el pensamiento humano: su concierto es una misteriosa armonía: yo prefiero el pelado promontorio de Cartago, el melancólico cabo de Sunio, la esteril é infesta playa de Pesto, para colocar en ellos las escenas de los tiempos pasados, á los templos, los arcos, los coliseos de Roma muerta, hollados en Roma viva, con la indiferencia de la costumbre ó la profanación del olvido.

20 de Julio 1853.

A las diez, el viento se calma, podemos subir á cubierta, y largando siete nudos por hora,

pronto nos hallamos á la altura de la isla solitaria de Pantelaria, la antigua isla de Calipso, deliciosa todavía por su vegetacion africana y la frescura de sus valles y de sus aguas. A ella desterraron sucesivamente los emperadores á los reos políticos.

La isla no nos aparece mas que como un cono negro saliendo del mar, y vestido hasta los dos tercios de su vértice de una bruma blanca arrojada por el viento de la noche. Ningun buque puede abordar á ella; no tiene puertos mas que para las barquillas que llevan á sus arenas á los desterrados de Nápoles y de Sicilia, que se consumen hace diez años expiando algunos precoces sueños de libertad.

¡Desgraciados aquellos que, en cualquier género, se anticipan á su siglo! Su siglo los aplana. — Tal es nuestra suerte, la suerte de los hombres imparciales, políticos, racionales de Francia. — La Francia está todavía á siglo y medio de nuestras ideas. — Ella quiere en todo hombres é ideas de secta y de partido; ¿qué le importan el patriotismo y la razón? ¡Odios, rencores, persecucion alternativa es lo que necesita su ignorancia! Y odios y rencores y persecuciones tendrá hasta que, herida con las armas mortales de que quiere absolutamente servirse, ó caiga ó las arroje lejos de sí para volverse hácia su única es-

peranza de toda mejora política, Dios, su ley; y la razon, su ley innata.

21 de Julio, 1852.

El mar, al despertarme, despues de una noche borrascosa, parece como que juega con el resto del viento de ayer; — la espuma le cubre todavia como los copos mal enjugados que manchan los lomos del caballo cansado de una larga carrera, — ó como los que sacude su freno cuando baja y levanta la cabeza, impaciente por emprender una carrera nueva. — Las olas corren con rapidez, irregularmente, pero leves, poco profundas, transparentes; ese mar se asemeja á un sembrado de hermosa avena ondeando á las brisas de una mañana de primavera, despues de una noche lluviosa: — vemos las islas de Gozzo y de Malta alzarse sobre la bruma á cinco ó seis leguas en el horizonte.

22 de Julio, 1852. Llegada á Malta.

A medida que nos acercamos á Malta, la costa baja se eleva y se articula, pero el aspecto es triste y esteril; pronto vemos sus fortificaciones y los golfos formados por los puertos; una nube de barquillas, montadas cada una por dos remeros, sale de aquellos golfos y vuela á la proa de nuestro buque; la mar está hinchada, y las olas los precipitan á veces en el profundo sulco que abrimos en las aguas; parece que van á hundirse en él, pero las oleadas los levantan; corren sobre nuestras huellas, se bambolean á los costados de nuestro buque, y nos echan cuerdas para remolcarnos hasta la rada.

Los pilotos nos anuncian una cuarentena de diez dias y nos llevan al puerto reservado bajo las altas fortificaciones de la ciudad Valetta. — El consul de Francia, M. Miede, noticia nuestra llegada al gobernador sir Federico Ponsomby, quien reúne la junta de salubridad y reduce nuestra cuarentena á tres dias.

Obtenemos el favor de entrar en una lancha y pasearnos por la tarde á lo largo de los canales que prolongan el puerto de cuarentena. — Es un

peranza de toda mejora política, Dios, su ley; y la razon, su ley innata.

21 de Julio, 1852.

El mar, al despertarme, despues de una noche borrascosa, parece como que juega con el resto del viento de ayer; — la espuma le cubre todavia como los copos mal enjugados que manchan los lomos del caballo cansado de una larga carrera, — ó como los que sacude su freno cuando baja y levanta la cabeza, impaciente por emprender una carrera nueva. — Las olas corren con rapidez, irregularmente, pero leves, poco profundas, transparentes; ese mar se asemeja á un sembrado de hermosa avena ondeando á las brisas de una mañana de primavera, despues de una noche lluviosa: — vemos las islas de Gozzo y de Malta alzarse sobre la bruma á cinco ó seis leguas en el horizonte.

22 de Julio, 1852. Llegada á Malta.

A medida que nos acercamos á Malta, la costa baja se eleva y se articula, pero el aspecto es triste y esteril; pronto vemos sus fortificaciones y los golfos formados por los puertos; una nube de barquillas, montadas cada una por dos remeros, sale de aquellos golfos y vuela á la proa de nuestro buque; la mar está hinchada, y las olas los precipitan á veces en el profundo sulco que abrimos en las aguas; parece que van á hundirse en él, pero las oleadas los levantan; corren sobre nuestras huellas, se bambolean á los costados de nuestro buque, y nos echan cuerdas para remolcarnos hasta la rada.

Los pilotos nos anuncian una cuarentena de diez dias y nos llevan al puerto reservado bajo las altas fortificaciones de la ciudad Valetta. — El consul de Francia, M. Miede, noticia nuestra llegada al gobernador sir Federico Ponsomby, quien reúne la junta de salubridad y reduce nuestra cuarentena á tres dias.

Obtenemos el favor de entrar en una lancha y pasearnos por la tarde á lo largo de los canales que prolongan el puerto de cuarentena. — Es un

domingo. — El sol ardiente del día se ha puesto en el fondo de una estrecha y serena ensenada del golfo que está detrás de la proa de nuestro buque; el mar está allí, liso y brillante, ligeramente aplomado, en un todo semejante á cobre recién estañado. — El cielo, en el cenit, ofrece un matiz anaranjado, que tira un poco á rosa. — A medida que se eleva sobre nuestras cabezas y se aleja del occidente se va descolorando; en el oriente es de un azul gris y pálido, y no recuerda ya el esplendente azur del golfo de Nápoles, — ó la negra profundidad del firmamento encima de los Alpes de la Saboya. — La tinta del cielo africano participa de la abrasante atmósfera y de la rígida severidad de aquel continente; la reverberacion de aquellas peladas montañas impregna el firmamento de sequia y de calor, y el polvo inflamado de aquellos desiertos de árida arena parece que se mezcla al aire que la rodea, y que empaña la bóveda de aquella tierra. — Nuestros remeros nos llevan lentamente á algunas toesas de la orilla. — La orilla baja y lisa de un arenal que va á morir á algunas pulgadas sobre el mar está cubierta, por espacio de media milla, de una hilera de casas que se tocan unas á otras, y parece que se han acercado lo mas posible á las olas para respirar su frescura y oír su murmullo. Hé aquí una de

esas casas, y una de las escenas que vemos repetidas en cada portal, en cada azotea, en cada balcon. — Multiplicando esta escena y esta vista por quinientas ó seiscientas casas semejantes, se tendrá un recuerdo exacto de aquel paisaje, único para un Europeo que no conoce á Sevilla, Córdoba ó Granada, recuerdo que se debe grabar en la mente todo entero y con sus pormenores de costumbres para volverle á hallar una vez en la sombría é insulsa uniformidad de nuestros pueblos de Occidente. Estos recuerdos hallados en la memoria durante nuestros días y nuestros meses de nieve, niebla y lluvia, son como una lontananza sobre el cielo sereno durante una larga tempestad. — Un poco de sol en los ojos, un poco de amor en el corazón, un rayo de fe ó de verdad en el alma, todo es una misma cosa. — Yo no puedo vivir sin estos tres consuelos del destierro en este mundo. — Mis ojos son del Oriente, mi alma es amor, y mi entendimiento es de los que llevan en sí un instinto de luz, una coincidencia irreflexionada que no se prueba, pero que no engaña y que consuela. Hé aquí, pues, el paisaje.

Luz dorada, blanda y serena, como la que sale de los ojos y del semblante de una virgen, antes de que el amor haya grabado un pliegue sobre su frente, echado una sombra sobre sus ojos. — Esa luz, estendida igualmente sobre el agua, so-

bre la tierra, en el cielo, hiere la piedra blanca y amarilla de las casas, y deja todos los dibujos de las cornisas, todos los lados de los ángulos, todas las balaustradas de las azoteas, todas las molduras de los balcones, articulados, firmes y limpios sobre el horizonte azul, bajo aquel temblor aereo, bajo aquella incierta y brumosa vaguedad de que nuestro occidente ha hecho una belleza para sus artes, no pudiendo corregir ese vicio de su clima. — Esa cualidad del aire, ese color blanco, amarillo, dorado de la piedra, ese vigor de los contornos, da al menor edificio del mediodia una firmeza y un lustre que tranquilizan y hieren agradablemente la vista. — Cada casa parece no haber sido construida piedra á piedra, con argamasa y arena, sino haber sido esculpida entera y en pie en la peña viva, y estar asentada sobre la tierra, como una roca salida de su seno y tan duradera como el mismo suelo. — Dos anchas y elegantes pilastras se alzan á ambos ángulos de la fachada, solo hasta la altura de piso y medio; allí una elegante cornisa, esculpida en la brillante piedra, las corona y sirve de base á una rica y maciza balaustrada, que se estiende en toda la longitud del remate, y reemplaza esos tejados chatos, irregulares, puntiagudos, estravagantes que deshonran toda arquitectura, que rompen toda línea armoniosa con el horizonte

en nuestros hacinamientos de estraños edificios, que llamamos ciudades en Alemania, en Inglaterra y en Francia. — Entre esas dos anchas pilastras, que salen algunas pulgadas delante de la fachada, solo hay tres aberturas dispuestas por el arquitecto, una puerta y dos ventanas. — La puerta, alta y en arco de medio punto, no tiene su umbral sobre la calle, sino que se abre sobre una escalinata exterior, que sale sobre el malecon unos siete ú ocho pies. Esa escalinata, rodeada de una balaustrada de piedra tallada, sirve de salon exterior lo mismo que de ingreso á la casa. — Describamos una de estas escalinatas y las habremos descrito todas. — Uno ó dos hombres, en chaqueta blanca, de tez morena y ojos africanos, con una larga pipa en la mano, están tendidos indolentemente sobre un divan de junco, al lado de la puerta: delante de ellos, graciosamente asomadas á la balaustrada, tres mugeres, en diferentes actitudes, miran silenciosamente pasar nuestra lancha, ó sonrien entre si de nuestro aspecto estrangero. — Un vestido negro que no baja mas que hasta la mitad de la pierna, un corpiño blanco con anchas mangas plegadas y flotantes, un gran rodete de negro cabello, y por cima de los hombros y de la cabeza, una capita de seda negra, semejante al vestido, que tapa la mitad de la cara, uno de los hombros y

uno de los brazos que retiene la capita; esta, que es de un tegido ligero, inflada por la brisa, se dibuja en la forma de una vela hinchada sobre un esquife, y en sus caprichosos pliegues, unas veces oculta, otras descubre el rostro misterioso que rodea. — Unas levantan graciosamente la cabeza para conversar con otras muchachas que estan asomadas al balcon superior y les tiran granadas ó naranjas; otras hablan con mancebos de largo bigote, de negra y poblada cabellera, en chaquetita corta y ceñida, con pantalon blanco y faja encarnada. — Sentados en el pretil de la escalinata, dos jóvenes abates, con casaca negra y zapato de hevilla de plata, departen familiarmente, y juegan con anchos abanicos verdes, mientras que al pie de las últimas gradas, un hermoso fraile mendicante, descalzo, la frente pálida, calva y despejada, rodeado el cuerpo con los pesados pliegues de su hábito pardo, se apoya como una estatua de la mendicidad en el dintel del hombre rico y feliz, y mira con ojos de desprendimiento é indiferencia aquel espectáculo de ventura, de bienestar y de alegría. — En el piso superior, se ve en un espacioso balcon, sostenido por hermosas cariátides y coronado por una *viranda* india guarnecida de colgaduras y de flecos, una familia de Ingleses, felices é impasibles conquistadores de la Malta actual. — Allí,

algunas nodrizas moriscas, de llameantes ojos, de tez aplomada y negra, tienen en sus brazos aquellos hermosos niños de la Gran Bretaña cuyos cabellos rubios y rizados, cuyo cutis de nieve y rosa resisten al sol de Calcuta como al de Malta ó Corfú. — Aquellos niños bajo el manto negro y la ardiente mirada de aquellas mugeres semi africanas, parecen hermosos y blancos corderillos colgados de los pezones de las tigres del desierto. — En la azotea, la escena es diferente; los Ingleses y los Malteses se la dividen. — A un lado, se ven algunas muchachas de la isla con la guitarra bajo el brazo, y entonando algunas notas de un antiguo canto nacional, agreste como aquel pais; al otro, una joven y hermosa Inglesa, melancólicamente reclinada sobre su codo, contempla con indiferencia la escena de vida que pasa bajo sus miradas, y recorre las páginas de los inmortales poetas de su patria.

Añádanse á esta vista los caballos árabes montados por los oficiales ingleses, y corriendo, la crin revuelta, sobre la arena del muelle; — los carruages malteses, especies de literas con dos ruedas, tiradas por un solo caballo berberisco que el zagal sigue á pie galopando, ceñida la cintura con una faja encarnada con largas franjas, y cubierta la frente con la redecilla ó el gorro colorado, pendiente hasta la cintura, del arriero Es-

pañol⁴; — la gritería de los muchachos desnudos que se precipitan en el mar y nadan junto á nuestra lancha, los cantos de los Griegos ó de los Sicilianos anclados en el puerto vecino y respondiéndose en coro de un puente de un buque á otro, y las monótonas y saltarinas notas de la guitarra formando como un blando zumbido del aire de la tarde debajo de todos aquellos sonos agudos, y se tendrá una idea de un muelle de la Empsida el domingo por la tarde.

24 de Julio, 1852.

Libre entrada en el puerto de la ciudad Valetta; el gobernador, sir Federico Ponsomby, que ha vuelto de su quinta para agasajarnos, nos recibe en el palacio del Gran Maestre á las dos. — Escelente fisonomía de un honrado inglés: — la probidad es el caracter de esas caras varoniles: — elevacion, gravedad y nobleza, tal es el tipo del verdadero gran señor ingles. Admiramos el palacio; — magnífica y digna sencillez: —

⁴ Escusado es advertir la inexactitud de esta comparacion: la redcecilla no se usa ya en España hace medio siglo, y los gorros colorados, pendientes hasta la cintura, son peculiares de los catalanes.

belleza en el conjunto y en la falta de vanas decoraciones por fuera y por dentro; — espaciosas salas; — largas galerías; — pinturas severas; — escalera ancha, cómoda y sonora; — sala de armas de doscientos pies de longitud, que encierra todas las armaduras de todas las épocas de la historia de la orden de San Juan de Jerusalem. — Biblioteca de 40,000 volúmenes, donde nos recibe el director, el presbítero Bollanti, joven eclesiástico maltes, en un todo semejante á los abates romanos de la rancia escuela; — ojo penetrante y dulce, boca meditativa y sonriente, frente pálida y articulada, lenguaje elegante y compasado, urbanidad sencilla, natural y fina. — Hablamos mucho tiempo, porque esa es la especie de hombres mas propia para una larga y grata conversacion. — Hay en él, como en tantos eclesiásticos apreciables que he hallado en Italia, algo de triste, de indiferente y de resignado, que recuerda la noble resignacion de un poder caido. — Criados entre ruinas, — sobre las ruinas mismas de un monumento derruido, han tomado de ellas la melancolia y la indiferencia de lo presente. — ¿Cómo, le dije, un hombre como vm. soporta el destierro intelectual y la reclusion en que vm. vive en este palacio desierto y entre el polvo de estos libros? — Es verdad, me respondió; vivo solo y triste; el horizonte de esta isla es

muy limitado; el ruido que podría yo hacer aquí con mis escritos no resonaría á mucha distancia, y aun el que otros hombres hacen en otras partes tiene aquí muy poco eco, pero mi alma ve mas allá un horizonte mas libre y mas vasto, adonde mi pensamiento se complace en volar; tenemos un hermoso cielo sobre la cabeza, un aire tibio en derredor de nosotros, un mar dilatado y azul bajo los ojos; esto basta para la vida de los sentidos; en cuanto á la vida de la inteligencia, en ninguna parte es mas intensa que en el silencio y la soledad. — Esta vida asciende así directamente á la fuente de donde emana, á Dios, sin estraviarse y alterarse con el contacto de las cosas y de los cuidados del mundo. — Cuando san Pablo, yendo á llevar la fecunda palabra del cristianismo á las naciones, naufragó en Malta, y pasó aquí tres meses para sembrar el grano de mostaza, no se quejó de su naufragio y de su destierro, que valieron á esta isla el conocimiento precoz del Verbo y de la moral divina, — y ¿me quejaré por ventura, yo, nacido en estas áridas peñas, si el Señor me confina en ellas para conservar su verdad cristiana en los corazones donde tantas verdades están á punto de extinguirse? — Esta vida tiene su poesía, añadió; cuando me desembarace de mis clasificaciones y de mis catálogos, acaso escribiré tambien

esta poesía de la soledad y de la oracion! — Me separé de él con sentimiento y deseo de volverle á ver.

La iglesia de San Juan, catedral de la isla, tiene todo el caracter, toda la gravedad que pueden esperarse de semejante monumento en semejante sitio, — grandeza, nobleza, riqueza; las llaves de Rodas, que se llevaron los caballeros, despues de su derrota, estan suspendidas á ambos lados del altar, símbolo de eterno sentimiento ó de esperanzas para siempre defraudadas. — Bóveda soberbia, pintada toda por el Calabrés; — obra digna de Roma moderna en sus mejores tiempos de la pintura.

Un solo cuadro me sorprende en la capilla de la Eleccion; — es de Miguel Angel de Caraveggio, á quien los caballeros de su época llamaron á la isla para que pintara la bóveda de San Juan. Empezóla en efecto, pero pudieron mas la violencia y la irascibilidad de su áspera condicion; — tuvo miedo de una larga obra y se fué, — dejando en Malta su obra maestra, la Degollacion de San Juan Bautista. Si nuestros pintores modernos, que buscan el romanticismo por sistema, en vez de hallarle por naturaleza, viesan este magnífico cuadro, conocerian que su soñada invencion se inventó mucho antes que ellos nacieran. — Hé ahí el fruto nacido en el arbol, y

no el fruto artificial moldado en cera y pintado con falsos colores: — actitudes pintorescas, energía, profundidad de sentimiento, verdad y dignidad reunidas; — vigor de contrastes, y sin embargo unidad y armonía, horror y belleza juntamente, tal es el cuadro. — Es uno de los mas bellos que he visto en mi vida. — Es el cuadro que buscan los pintores de la escuela actual. — No busquen mas; ya está hallado. — Nada hay nuevo en la naturaleza ni en las artes; — todo lo que se hace, ha sido ya hecho; — todo lo que se dice, se ha dicho ya; — todo lo que se piensa, ya lo han pensado otros. — Todo siglo es plagario de otro siglo, porque todos, todos sin excepcion, artistas ó pensadores perecederos y fugitivos, copiamos de diferentes maneras un modelo inmutable y eterno, la naturaleza, — ¡ese pensamiento uno y diverso del Criador!...

25 de Julio, 1852.

Desde lo alto del observatorio que señorea el palacio del Gran Maestro, — vista general de las ciudades, puertos y campos de Malta; — tierras peladas, sin forma, sin colores, áridas como el desierto; — ciudad semejante á una concha de

tortuga encallada en la peña; — parece que ha sido labrada en un solo pedazo de roca viva; — escenas de azoteas al anochecer; — mugeres sentadas en esas azoteas. — Así vió David á Betsabé. — Nada mas gracioso ni mas seductor que esas figuras blancas ó negras, semejantes á sombras, apareciendo así á los rayos de la luna sobre los techos de esa muchedumbre de casas. — A las mugeres no se las ve sino allí, en la iglesia ó en los balcones; todo lenguaje está en los ojos; todo amor es un largo misterio que no alteran las palabras: — así se enlaza y se desenlaza sin palabras un largo drama. — Ese silencio, esas apariciones á ciertas horas, esos encuentros en los mismos sitios, esas intimidades á distancia, esas espresiones mudas, son acaso el primero y el mas divino lenguaje del amor, ese sentimiento superior á las palabras y que, como la música, espresa en una lengua aparte lo que ninguna lengua puede espresar.

Estos aspectos, estos pensamientos rejuvenecen el alma; ellos hacen conocer el único encanto inagotable que Dios ha derramado sobre la tierra, y lamentar que sean tan rápidas y variadas las horas de la vida. Dos solos sentimientos le bastarian al hombre, aun cuando alcanzase la edad de esas peñas del mar, — la contemplacion de Dios y el amor. — El amor y la religion son

los dos pensamientos ó mas bien, el pensamiento uno de los pueblos del mediodia; — así es que no buscan otra cosa : eso les basta. — Nosotros los compadecemos, cuando deberíamos envidiarlos. — ¿Qué hay de comun entre nuestras pasiones facticias, entre la tumultuosa agitacion de nuestros vanos pensamientos, y esos dos solos pensamientos verdaderos que ocupan la vida de esos hijos del sol : — la religion, y el amor, — una encantando lo presente, otra encantando el porvenir? Así es que siempre he admirado, á pesar de las preocupaciones contrarias, la serenidad profunda y rara vez turbada de las fisonomías meridionales, — y esa espresion de sosiego, de calma, de felicidad estampada en los hábitos y en los semblantes de esa muchedumbre silenciosa que respira, vive, ama y canta... ¡El canto! esa superabundancia de la ventura y de las impresiones en un alma demasiado llena! En Roma, en Nápoles, en Génova, en Malta, en Sicilia, en Grecia, en Jonia, se canta en las playas, sobre las olas, sobre las azoteas; no se oye mas que el lento recitativo del pescador, del marinero, del zagal, ó los vagos zumbidos de la guitarra en las noches serenas. — Esa es la felicidad, dígame lo que se quiera. — Son esclavos, dirán algunos. ¿Y qué saben ellos? ¡Esclavitud ó libertad! ¡Desgracia ó felicidad de convencion! La desgracia ó

la felicidad verdadera están mas cerca de nosotros. ¿Qué les importa á esas pacíficas muchedumbres que respiran la brisa del mar ó se tienden bajo los tibios rayos del sol de Sicilia, de Malta ó del Bósforo, que les haga la ley un sacerdote, un bajá ó un parlamento? ¿Altera eso en algo sus relaciones con la naturaleza, las únicas que los ocupan? No, seguramente: toda sociedad libre ó absoluta se resuelve siempre en servidumbres mas ó menos sentidas. — Nosotros somos esclavos de las leyes variables y caprichosas que nos hacemos, y ellos lo son de la ley inmutable de la fuerza que les hace Dios; — todo esto, para la felicidad ó la desgracia, se reduce á lo mismo; — para la dignidad humana y para el progreso de la inteligencia y de la moral del hombre, — no, — no; y todavía seria preciso examinar bien la cuestion antes de pronunciar este no. — Tomemos á la ventura cien hombres entre esos pueblos esclavos, y ciento entre nuestros pueblos llamados libres, y cotejemos. — ¿Donde se hallan mas ó menos moral y virtudes? — Bien lo sé, pero tiemblo de decirlo. — Si alguno leyese esto despues de mí, me acusaria de parcialidad hácia el despotismo ó de desprecio á la libertad. — ¡Y se engañaria! — Yo amo la libertad como un esfuerzo difícil y ennobecedor para la humanidad, — como amo la

virtud por su mérito y no por su recompensa; pero se trata de felicidad, y en filosofía examino y digo como Montaigne: — *¿Qué sé yo?* La verdad es que nuestras cuestiones políticas, tan capitales en nuestros liceos, ó en nuestros cafés, ó en nuestros clubs, son muy pequeñas vistas de lejos, en medio del océano, desde la cima de los Alpes, á la altura de la contemplacion filosófica ó religiosa. — Esas cuestiones no interesan mas que á algunos hombres que tienen pan y tiempo de sobra: — la multitud no tiene que ver mas que con la naturaleza: — una buena, hermosa y divina religion, esta es la política al uso de las masas. Este principio de vida falta á la nuestra, y hé aquí porqué tropezamos, caemos, volvemos á caer, no vamos adelante; — el aliento de vida nos falta; creamos formas y el alma no baja á ellas. — ¡Oh Dios mio! volvednos vuestro aliento ó perecemos.

Malta, 28, 29 y 30 de Julio, 1852.

Residencia forzada en Malta á causa de una indisposicion de Julia. Se restablece, y nos decidimos á ir á Esmirna, pasando por Atenas: allí estableceré á mi muger y á mi hija, é iré solo, cru-

zando el Asia menor, á visitar las demas partes del Oriente. Levantamos el ancla, y ya vamos á salir del puerto cuando llega una vela del Archipiélago y anuncia la captura de varios buques por los piratas griegos y la matanza de las tripulaciones. El consul de Francia, M. Miége, nos aconseja que aguardemos algunos dias; el capitán Lyons, de la fragata inglesa *Madagascar*, nos ofrece escoltar nuestro bergantin hasta Nauplia, en Morea, y aun llevarnos á remolque si no puede el bergantin seguir á la fragata, y como acompaña esta oferta con todas las atenciones que pueden realzar su valor, aceptamos, y partimos el miércoles primero de agosto á las ocho de la mañana. Apenas salimos á alta mar, el capitán, cuyo buque vuela y nos deja muy atras, hace cargar las velas y nos aguarda; — nos tira al mar un barril al que está atado un cable; pesamos el barril y el cable, y seguimos, como un caballo de mano, la flotante mole que yende las olas y parece que no se apercebe de nuestro peso.

Yo no conocia al capitán Lyons, comandante hace seis años de uno de los buques del apostadero inglés del Levante; él no me conocia á mi, ni aun de nombre; no me hallé con él en casa alguna en Malta, porque estaba haciendo cuarentena, y sin embargo, hé aquí un oficial de otra

virtud por su mérito y no por su recompensa; pero se trata de felicidad, y en filosofía examino y digo como Montaigne: — *¿Qué sé yo?* La verdad es que nuestras cuestiones políticas, tan capitales en nuestros liceos, ó en nuestros cafés, ó en nuestros clubs, son muy pequeñas vistas de lejos, en medio del océano, desde la cima de los Alpes, á la altura de la contemplacion filosófica ó religiosa. — Esas cuestiones no interesan mas que á algunos hombres que tienen pan y tiempo de sobra: — la multitud no tiene que ver mas que con la naturaleza: — una buena, hermosa y divina religion, esta es la política al uso de las masas. Este principio de vida falta á la nuestra, y hé aquí porqué tropezamos, caemos, volvemos á caer, no vamos adelante; — el aliento de vida nos falta; creamos formas y el alma no baja á ellas. — ¡Oh Dios mio! volvednos vuestro aliento ó perecemos.

Malta, 28, 29 y 30 de Julio, 1852.

Residencia forzada en Malta á causa de una indisposicion de Julia. Se restablece, y nos decidimos á ir á Esmirna, pasando por Atenas: allí estableceré á mi muger y á mi hija, é iré solo, cru-

zando el Asia menor, á visitar las demas partes del Oriente. Levantamos el ancla, y ya vamos á salir del puerto cuando llega una vela del Archipiélago y anuncia la captura de varios buques por los piratas griegos y la matanza de las tripulaciones. El consul de Francia, M. Miége, nos aconseja que aguardemos algunos dias; el capitán Lyons, de la fragata inglesa *Madagascar*, nos ofrece escoltar nuestro bergantin hasta Nauplia, en Morea, y aun llevarnos á remolque si no puede el bergantin seguir á la fragata, y como acompaña esta oferta con todas las atenciones que pueden realzar su valor, aceptamos, y partimos el miércoles primero de agosto á las ocho de la mañana. Apenas salimos á alta mar, el capitán, cuyo buque vuela y nos deja muy atras, hace cargar las velas y nos aguarda; — nos tira al mar un barril al que está atado un cable; pesamos el barril y el cable, y seguimos, como un caballo de mano, la flotante mole que yende las olas y parece que no se apercebe de nuestro peso.

Yo no conocia al capitán Lyons, comandante hace seis años de uno de los buques del apostadero inglés del Levante; él no me conocia á mi, ni aun de nombre; no me hallé con él en casa alguna en Malta, porque estaba haciendo cuarentena, y sin embargo, hé aquí un oficial de otra

nacion, de una nacion muchas veces rival y hostil que, á la primera señal nuestra, consiente en retrasar su marcha dos ó tres dias, en someter su buque y su tripulacion á una faena muy peligrosa (el remolque), á oír acaso al rededor de sí á los marinos de su bordo murmurar de semejante condescendencia con un Francés desconocido, — todo por solo un sentimiento de nobleza de alma y de simpatía por las inquietudes de una señora y los padecimientos de una niña. — Tal es el oficial inglés en toda su generosidad ; tal es el hombre en toda la dignidad de su caracter y de su mision. — Jamas olvidaré ni la accion ni el hombre. — El hombre que viene á veces á nuestro bordo á informarse de nuestra salud y á reiterarnos las protestas del placer que experimenta en protegernos, me parece uno de los mas leales y francos que he conocido en mi vida. — Nada en él recuerda esa supuesta aspereza del marino ; pero la firmeza del hombre, acostumbrado á luchar con el mas terrible de los elementos, se mezcla admirablemente, en su rostro todavía juvenil y agraciado, con la dulzura del alma, la elevacion de los pensamientos y la amabilidad del caracter.

Despues de haber llegado desconocidos á Malta, no sin sentimiento vemos sus blancas paredes hundirse á lo lejos bajo las olas. — Esas ca-

sas, que, hace pocos dias, mirábamos con indiferencia, tienen ahora una fisonomia y un lenguaje para nosotros. — Conocemos á los que las habitan, y muchas miradas benévolas siguen desde lo alto de sus azoteas las lejanas velas de nuestros dos buques.

Los Ingleses son un gran pueblo moral y político, — pero en general, no son un pueblo social. — Concentrados en la santa y dulce intimidad del hogar doméstico, cuando salen de él, lo que los conduce no es el placer, ni la necesidad de comunicar su alma ó de derramar su simpatía, sino el uso ó la vanidad. — La vanidad es el alma de toda sociedad inglesa ; — ella es la que construye esa forma de sociedad fria, compasada, ceremoniosa ; — ella la que ha creado esas gerarquias de clases, títulos, dignidades y riquezas, que son lo único porque se diferencian los hombres, y que han hecho una abstraccion completa del hombre para no considerar mas que el nombre, el vestido, la forma social. — ¿ Son diferentes en sus colonias ? Me inclinaria á creerlo en vista de lo que hemos experimentado en Malta. — Desde el momento en que llegamos á este punto, recibimos de todo lo que compone esa hermosa colonia las muestras mas desinteresadas y cordiales de interés y benevolencia. — Nuestra residencia no ha sido mas que una con-

tinua y brillante hospitalidad. — Sir Federico Ponsonby y lady Emilia Ponsonby, su esposa, pareja digna de representar en todas partes, una la virtuosa y noble sencillez de los grandes señores ingleses, la otra la dulce y graciosa modestia de las señoras de alta cuna en su patria. — La familia de sir Federico Hankey, M. y madama Nugent, M. Greig, M. Freyre, antiguo embajador en España, nos han recibido menos como á viageros que como á amigos. Ocho dias los hemos visto y acaso no los volveremos á ver, pero llevamos de su amabilísima cordialidad una impresion que alcanza hasta el fondo del pecho. Malta ha sido para nosotros la colonia de la hospitalidad, — un no sé qué de caballeresco y de hospitalario, que recuerda sus antiguos poseedores, que se encuentra en sus palacios, poseidos ahora por una nacion digna del alto puesto que ocupa en la civilizacion. Se puede no amar á los ingleses, pero es imposible no estimarlos.

El gobierno de Malta es duro y estrecho; no es digno de los Ingleses, que han enseñado la libertad al mundo, tener en una de sus posesiones dos clases de hombres, los ciudadanos y los libertos.

El gobierno provincial y los parlamentos locales se asociarian fácilmente en las colonias inglesas á la alta representacion de la madre-patria.

Los gérmenes de libertad y de nacionalidad, respetados en los pueblos sometidos, son para el porvenir gérmenes de virtud, de fuerza, de dignidad para la humanidad entera. La sombra del pabellon inglés no deberia cubrir mas que hombres libres.

4 de agosto, á las 12 de la noche.

Despues de haber partido esta mañana con una mar picada, un calmazo absoluto nos ha sorprendido á doce leguas de la costa, y todavía dura: ningun viento en el cielo, salvo algunas brisas perdidas que vienen de cuando en cuando á arremolinar las velas de los dos buques, y que les hacen espedir una palpitation sonora, un latido irregular, semejante al convulsivo batir de las alas de un pájaro que se muere; el mar está liso y terso como la hoja de un sable; ni una arruga riza su superficie, pero de trecho en trecho, y á grandes distancias se advierten anchas ondulaciones cilíndricas que se deslizan bajo el buque y le bambolean como un terremoto. Toda la mole de las velas rechina y tiembla como bajo un viento muy pesado. No avanzamos una línea en una

hora; las cáscaras de naranja que Julia tira al mar flotan sin declinacion al rededor del bergantin, y el timonero mira indiferente las estrellas, sin que la barra haga desviarse su mano distraida. Hemos soltado el cable de remolque que nos sujetaba á la fragata inglesa, porque como ninguno de los dos buques atiende á la faena, hubieran podido estrellarse uno contra otro en las tinieblas.

Ahora estamos á sobre quinientos pasos de la fragata. Las lámparas encendidas brillan por las troneras en el fondo de los espaciosos camarotes de los oficiales que coronan su popa. Un fanal, que la vista puede confundir con uno de los luceros del firmamento, sube y se ata á la punta del palo de mesana para reunirnos por la noche; y mientras nuestros ojos están clavados en aquel faro flotante que debe guiarnos, una deliciosa música sale de repente del luminoso seno de la fragata y resuena bajo una nube de velas, como bajo las sonoras bóvedas de una iglesia.

Así varían y se suceden las armonías por espacio de muchas horas, derramando á lo lejos, sobre aquel mar encantado y dormido, todos los acentos que hemos oido en las mas deliciosas horas de nuestra vida. Todas las reminiscencias melodiosas de nuestras ciudades, de nuestros teatros, de nuestros cantares campestres, asaltan

nuestro pensamiento para trasportarle á unos tiempos que ya pasaron, á unos seres separados ahora de nosotros por la muerte ó por el espacio!

Mañana, dentro de algunas horas tal vez, los terribles rugidos del huracan que hace crugir los mástiles, los repetidos embates de las olas sobre los huecos costados de la nave, el cañonazo de socorro, el trueno, las voces convulsivas de dos elementos en guerra, y del hombre que lucha contra su furor combinado, sucederán á esta música serena y magestuosa.

Estos pensamientos se agitan en todos los corazones y un completo silencio reina en ambos puentes. Cada cual recuerda algunas de aquellas notas significativas y grabadas por una fuerte impresion en la memoria, que ha oido en otro tiempo en alguna circunstancia feliz ó triste de la vida de su corazon; cada cual piensa mas tiernamente en los seres que ha dejado en su patria. Se siente un vago temor de aquel desafio con que parece que el hombre provoca á las tempestades: semejantes momentos son de aquellos que debe uno escribir en su pensamiento para siempre, pues contienen en algunos minutos mas impresiones, mas colores, mas años enteros trascurridos en las prosáicas vicisitudes de la vida comun. El corazon está lleno y quisiera

rebosar; entonces el hombre mas vulgar se siente poeta en todas las fibras; entonces lo finito y lo infinito penetran por todos los poros; entonces se quiere estallar delante de Dios, ó revelar solamente á un corazon simpático, ó á todos los hombres, en la lengua de los espíritus, lo que pasa en nuestro espíritu; entonces se improvisarian divinos cantares de la tierra y del cielo... ¡Ah! ¡Si se supiera una lengua! Pero no hay lengua, sobre todo para nosotros, Franceses; no, no hay lengua para la filosofía, el amor, la religion, la poesia; las matemáticas son la lengua de este pueblo; sus palabras son secas, puntuales, descoloridas como cifras. — Vamos á dormir.

Las 2 de la madrugada, del mismo dia.

No puedo dormir; he sentido demasiado; vuelvo á subir sobre cubierta; — pintemos; — la luna ha desaparecido bajo la anaranjada bruma que vela el horizonte sin otros límites. Es de noche, pero es de noche en el mar, es decir, en un elemento trasparente que refleja la menor claridad del firmamento, que parece que conserva una luminosa impresion del dia. Esta noche no es negra, es solamente pálida y aljofarada como

el color de un espejo cuando se pone la luz al lado ó detras de él. Tambien el aire parece muerto ó dormido sobre esa soñolienta capa de las olas. Ni un rumor, ni un soplo, ni siquiera una vela que resuene contra la verga, ni una espuma que zumbe y trace la estela del bergantin en sus costados que tambien parecen dormidos.

Contemplaba yo esa muda escena de sosiego, de vacío, de silencio y de serenidad; respiraba ese ambiente tibio y ligero del que no siente el pecho ni el calor, ni la frescura ni el peso, y me decia: — Tal debe ser el aire que se respira en el pais de las almas, en las regiones de la inmortalidad, en aquella atmósfera divina donde todo es inmutable, voluptuoso, perfecto.

Veamos otro aspecto del cielo. — Yo habia olvidado la fragata inglesa, pues miraba hácia el lado opuesto; allí estaba en el mar, á algunas brazas de nosotros; volvíme por casualidad, mis ojos cayeron sobre aquel majestuoso coloso que reposaba inmovil, inmenso, sin el menor balance de su quilla, como sobre un pedestal de labrado marmol.

La gigantesca y negra mole del buque se destacaba en sombra de la plateada superficie del agua, y se dibujaba sobre el fondo azul del cielo, del aire y del mar; ni un resuello de vida

salía de aquel magestuoso edificio; nada indicaba á la vista ni al oído que estuviese animado por tanta inteligencia y vida, poblado de tantos seres pensadores y activos: se le hubiera podido tomar por uno de aquellos grandes despojos de las tempestades, flotando sin timón, que el navegante encuentra con espanto en las soledades del mar del Sud, y donde no queda una sola voz para decir como pereció la nave; asiento mortuario sin nombre y sin fecha, que el mar deja flotar algunos días antes de tragársele.

Encima del sombrío cuerpo del buque, la nube de todas sus velas estaba agrupada pintorescamente y piramidaba al rededor de sus mástiles, alzándose de piso en piso, de verga en verga, recortadas en mil estrañas formas, desarrolladas en anchos y profundos pliegues, semejantes á las numerosas y altas torrecillas de un castillo gótico, agrupadas al rededor de la gran torre del homenaje; no tenían ni el movimiento, ni el color brillante y dorado de las velas vistas de lejos en el mar durante el día; inmóviles, mates y teñidas por la noche de un color gris apizarrado, parecían una inmensa bandada de murciélagos ó de pájaros desconocidos de los mares, posados, apiñados unos contra otros en la copa de un árbol gigantesco, y suspendidos de su tronco despojado á la luz de la luna en una noche de

invierno. La sombra de aquella nube de velas descendía sobre nosotros y nos ocultaba la mitad del horizonte; jamás vision del mar mas colossal y estraña se apareció en un ensueño á la fantasía de Osian. Toda la poesía de las olas estaba allí: la línea azul del horizonte se confundía con la del cielo, todo lo que reposaba encima y debajo tenía la apariencia de un solo fluido etereo en el que nadábamos. Todo aquel ámbito vago sin cuerpo y sin límites abultaba el efecto de aquella gigantesca aparición de la fragata sobre las olas, y sumergía la vista y el alma en la misma ilusión. Parecíame que la fragata, la pirámide aerea de su velamen y nosotros tambien nos hallábamos alzados, arrebatados, como cuerpos celestes, en los líquidos abismos del eter, no sostenidos sobre objeto alguno, cerniéndonos en virtud de una fuerza interna sobre el azulado vacío de un firmamento universal.

Así pasamos varios días y varias noches en alta mar, — bonanza perfecta, cielo de fuego; — las olas giran inmensas del golfo Adriático al mar de Africa, como vastos cilindros ligeramente estriados y dorados por la mañana, y por la tarde, semejantes á las columnas de los templos de Roma ó de Pesto.

Paso los días sobre cubierta; escribo algunos versos á M. de Montherot, mi cuñado:

;Oh amigo ! Mas que amigo, por la sangre
 Y por el alma hermano, que lloroso
 Sobre el mar con los ojos me seguías;
 Cruzando con la mente los espacios
 Y el dilatado mar que nos separa .
 ; Pienso en tí! Los momentos deleitosos
 Que pasábamos juntos, á la margen
 De nuestros arroyuelos, sombreados
 Por los pomposos sauces y los tilos
 Perpetuamente en mi memoria viven.
 Pienso en nuestros paseos solitarios,
 En nuestras dulces pláticas, cortadas
 Por tus versos tal vez, ya por los míos;
 — Por tus versos, relámpagos del alma,
 Que sin esfuerzo brotan de tu lira,
 Y que sembrando vas por tu camino,
 Como esas gotas, llanto de la aurora,
 Que á el alba toda la campiña esmaltan,
 Que un rio inmenso formarían juntas,
 Mas que bajo los pies caen silenciosas
 Y entre aromas el sol y el viento aspiran.
 A otros tiempos, amigo, otros cuidados ;
 A cada fruto su estacion : de niño,
 En la feliz edad, en que una madre
 A su amante regazo nos estrecha ;
 Cuando el llanto y la risa en nuestro rostro
 Por la mas leve causa se suceden,
 Yo tambien á los niños, mis iguales,
 En su lenguaje y juegos imitaba.
 En los primeros meses de las flores,
 Cuando la savia de los troncos brota,
 En la margen del rio que fecunda
 Los campos dó nació, la verde rama
 Iba á cortar del inclinado sauce.
 Con mi aliento sus jugos calentando,
 Entera la corteza desprendía,
 De un soplo la animaba, y al instante
 Un blando y triste acento en la espesura

Empezaba á sonar. Aquel acento
 Que no ajustaba el arte á su medida,
 No era mas que un rumor vano, un murmullo
 Suave y vagaroso, semejante
 A esas voces del viento y de las aguas
 Que halagan el oido dulcemente,
 Sin que en ellos busquemos un sentido;
 Mero preludio de temprano ingenio
 Que al canto y á las lágrimas se ensaya !

;Ya ese tiempo pasó ; ya al mediodia
 De mi vida he llegado, y he sufrido
 Y mi espíritu en mi grande se ha hecho !
 Aquellas cañas frágiles, juguetes
 De mi infancia, el aliento, que me oprime
 No pueden contener; no hay lengua, ritmo,
 Ni guerrero clarín, ni arpa sagrada,
 Que el soplo de mi alma no rompiera
 Mil y mil veces con su recio impulso.
 ;Todo á su llama se derrite, todo
 A su terrible embate se doblega !
 Para exhalar su acento impetuoso
 Ha renunciado á los mortales verbos,
 Cuyos frágiles símbolos haría
 Con su choque estallar. Si los usara,
 Resonarían cual la voz del trueno,
 Como la luz del rayo brillarian,
 Y los hombres las frentes inclinando,
 Aterrados clamaran : — « ; Oh Dios mio,
 Que nos hable mas quedo ó perecemos! »

Ya no les habla, no; se habla á sí mismo
 En la mística lengua sin palabras,
 En el supremo verbo que ninguna
 Mano carnal ha escrito, en que habla al alma
 El alma, y á la mente habla la mente !
 De las humanas lenguas olvidado

Así su adusta soledad consuela!
 Siempre dentro de mí ruga y se agita
 Como un mar en continuo movimiento;
 Hace en mis sienes martillar mi sangre;
 Y resonar así cual de deshecha
 Tempestad, rauda vuelo, cual torrento
 De abismos en abismos derrumbado,
 Cual los ecos del rayo en las montañas,
 Como la voz de los furiosos ciezos
 Qué del Libano al mar se precipitan,
 O como los embates con que fiera
 Sobre enhiesto peñon la marejada
 Sube, monte de agua, y baja, espuma.
 Esas son, esas son las solas voces
 Que lo que siento en mí decir podrían!

No esperes, pues, de mí versos sujetos
 A la comun medida, en que la idea
 Cual de un arco sonoro desprendida
 Vibra sobre sonidos semejantes,
 Docil sirva de armónicos caprichos.
 Ese eco frío de los versos, ora
 A mi oído repugna, y si el recuerdo
 De los pasados tiempos se despierta
 En mí mente tal vez; si desde el mudo
 Desierto de este límpido Oriente
 Se torna á tí, risueño mi semblante;
 Si pienso en mis amigos, que esta aurora
 Cual yo verán, y quiere todavía
 Confundirse mi alma con las suyas,
 Con otra voz mi corazón amante
 Les envía y les pide sus recuerdos.
 ¡ La oración es mi voz! Voz soberana,
 Lengua alada y sublime, que confunde
 Todos los corazones que se aman
 En un solo suspiro; que visibles
 A los ojos del alma hace, y presentes

Ante Dios á mil seres adorados,
 Dispersos por los ámbitos del mundo.
 ; Lenguage universal que al cielo llega,
 Inestinguible incienso que perfuma
 Al que le da y á aquel que lo recibe!

Así mi corazón se comunica
 Contigo; las palabras de la tierra
 Son á mis ojos vanidad, son nada.
 Y si la causa del desprecio quieres
 Saber con que las miro, signe ahora
 Mi vela que los céfiros impelen,
 Y ven á este teatro donde el mundo
 Algun día pasó, donde el desierto
 Sobre el borrado imperio ora florece,
 Entre las sepulturas de los dioses,
 De los heroes y sabios, tres escenas
 Tan solo á ver y á contemplar tres noches.

Acababa yo apenas de ausentarme
 Del suelo cuyo estruendo á gran distancia
 Acosa sobre el mar al pasajero:
 De esa Europa decrepita dó todo
 Cruje, y se desmorona y lucha; en donde
 Dos opuestos espiritos se arrojan
 Templos y tronos, leyes y costumbres,
 Con su perpetua lid abriendo paso
 A la mente de Dios, que aun no penetran.
 Mi nave que invisible mano impele
 Por el mar espumante resbalaba.
 Doce veces el sol teñido había
 De púrpura y de oro el Occidente,
 Y doce, como un águila de fuego,
 Su vuelo desde Oriente había lanzado.
 Los palos y las velas de mi nave
 Duermen; muerde la arena el ancla aguda,
 ; Y en Atenas estoy!

Era la hora

En que esa gran ciudad, en otros tiempos
Tan bulliciosa, del descanso breve
De la nocturna oscuridad saliendo,
Ya gloriosa, ya infame, se llenaba
De inmensa muchedumbre, semejante
Del revuelto océano á la marea.
Distintas ambiciones impulsaban
A unos á la virtud, á otros al crimen.
Pericles iba al foro; á las riberas
Temistocles, los heroes á las armas,
Al pórtico filósofos y sabios.
Aristides y Sócrates, el uno
Al ostracismo y á la muerte el otro,
Mientras se agita el pueblo á la ventura
Hoy criminal, mañana arrepentido.
Al pie del Partenon que un Turco guarda,
A la naciente luz tiendo la vista.

Del alto Citeron parte el aurora;
De cien peladas cumbres el contorno
Su luz va á herir, resbala en sus laderas,
Y de Iliso se estiende hasta los mares,
Sin que ningun objeto la colorea,
O en el mar, ó en los campos la refleja,
Ni fúlgidas ciudades á lo lejos,
Ni al aura matinal humo ondeante,
Ni chozas en las faldas de los montes,
Ni una flor, ni en las aguas una barca.
La luz sobre aquel suelo estéril, muerto,
Sin rebatar en él tambien cae muerta:
Solo el mas alto rayo de la aurora
Hierde el soberbio Partenon, y luego
Por sus negras almenas resbalando
Donde duerme el genizaro tendido
Con la pipa en la mano, cual si fuera
A llorar la cornisa destruida,

Va á morir sobre el templo de Teseo!
Dos destellos de luz en dos ruinas
Es todo cuanto hoy dice: « Allí está Atenas! »

6 de agosto 1832, en alta mar.

El 6, á mediodia, divisamos bajo las blancas
nubes del horizonte las desiguales cimas de los
montes de Grecia; el cielo estaba pálido y gris
como sobre el Támesis ó el Sena en el mes de
octubre; una borrasca rasga, en el poniente, la
negra cortina de nieblas que arrastra sobre el
mar; — estalla el trueno, brotan los relámpa-
gos, y una seria brisa de sudeste nos trae la fres-
cura y la humedad de nuestros vientos lluviosos
de otoño.

El huracan nos arroja fuera de nuestro rumbo
y nos hallamos muy cerca de la costa de Navari-
no; distinguimos los dos islotes que cierran la
entrada de su puerto, y la hermosa montaña de
dos cumbres que corona á Navarino. Allí fué
donde el cañon de Europa gritó no ha mucho
tiempo á la Grecia resucitada: la Grecia ha res-
pondido mal; emancipada del poder de los tur-
cos por el heroismo de sus hijos y por la asisten-
cia de la Europa, ahora es víctima de sus propios

Era la hora

En que esa gran ciudad, en otros tiempos
Tan bulliciosa, del descanso breve
De la nocturna oscuridad saliendo,
Ya gloriosa, ya infame, se llenaba
De inmensa muchedumbre, semejante
Del revuelto océano á la marea.
Distintas ambiciones impulsaban
A unos á la virtud, á otros al crimen.
Pericles iba al foro; á las riberas
Temistocles, los heroes á las armas,
Al pórtico filósofos y sabios.
Aristides y Sócrates, el uno
Al ostracismo y á la muerte el otro,
Mientras se agita el pueblo á la ventura
Hoy criminal, mañana arrepentido.
Al pie del Partenon que un Turco guarda,
A la naciente luz tiendo la vista.

Del alto Citeron parte el aurora;
De cien peladas cumbres el contorno
Su luz va á herir, resbala en sus laderas,
Y de Iliso se estiende hasta los mares,
Sin que ningun objeto la colorea,
O en el mar, ó en los campos la refleja,
Ni fúlgidas ciudades á lo lejos,
Ni al aura matinal humo ondeante,
Ni chozas en las faldas de los montes,
Ni una flor, ni en las aguas una barca.
La luz sobre aquel suelo estéril, muerto,
Sin rebatar en él tambien cae muerta:
Solo el mas alto rayo de la aurora
Hierde el soberbio Partenon, y luego
Por sus negras almenas resbalando
Donde duerme el genizaro tendido
Con la pipa en la mano, cual si fuera
A llorar la cornisa destruida,

Va á morir sobre el templo de Teseo!
Dos destellos de luz en dos ruinas
Es todo cuanto hoy dice: « Allí está Atenas! »

6 de agosto 1832, en alta mar.

El 6, á mediodia, divisamos bajo las blancas
nubes del horizonte las desiguales cimas de los
montes de Grecia; el cielo estaba pálido y gris
como sobre el Támesis ó el Sena en el mes de
octubre; una borrasca rasga, en el poniente, la
negra cortina de nieblas que arrastra sobre el
mar; — estalla el trueno, brotan los relámpa-
gos, y una seria brisa de sudeste nos trae la fres-
cura y la humedad de nuestros vientos lluviosos
de otoño.

El huracan nos arroja fuera de nuestro rumbo
y nos hallamos muy cerca de la costa de Navari-
no; distinguimos los dos islotes que cierran la
entrada de su puerto, y la hermosa montaña de
dos cumbres que corona á Navarino. Allí fué
donde el cañon de Europa gritó no ha mucho
tiempo á la Grecia resucitada: la Grecia ha res-
pondido mal; emancipada del poder de los tur-
cos por el heroismo de sus hijos y por la asisten-
cia de la Europa, ahora es víctima de sus propios

furores : ha derramado la sangre de Capo de Istria, que habia consagrado su vida á su causa : el asesinato de uno de sus primeros ciudadanos abre mal una era de resurreccion y de virtud. Es doloroso que el pensamiento de un gran crimen sea uno de los primeros que asaltan el ánimo á la vista de aquel suelo, adonde se va á buscar imágenes de patriotismo y de gloria.

A medida que se acerca el buque al golfo de Modon, las costas del Peloponeso se destacan y se articulan, saliendo de la flotante niebla que las rodea. Aquellas orillas, de que los viajeros hablan con desprecio, me parecen, por el contrario, perfectamente dibujadas por la naturaleza, pues presentan grandes cortes de montañas y una graciosa ondulacion de líneas : trabajo me cuesta desprender de ellas mis ojos. La escena está vacía, pero llena de lo pasado; la memoria lo puebla todo. Ese grupo negruzco de collados, de cabos, de valles que la vista abarca desde aquí en su conjunto, como una pequeña isla sobre el océano, y que no es mas que un punto en el mapa, ha producido él solo mas ruido, mas gloria, mas esplendor, mas virtudes y mas crímenes que continentes enteros. Ese monton de islas y de montañas, de donde salian casi á la vez Milciades, Leonidas, Trasibulo, Epaminondas, Demóstenes, Alcibiades, Pericles, Platon, Aristides,

Sócrates, Fidas; ese suelo que devoraba los ejércitos de dos millones de hombres de Jerjes, que enviaba sus colonias á Bisancio, á Asia, á Africa; que creaba ó renovaba las artes del espíritu y las de la mano, y las elevaba en siglo y medio á aquel punto de perfeccion en que llegan á ser tipos y no se pasa mas allá; aquel suelo, cuya historia es nuestra historia, cuyo Olimpo es todavía el cielo de nuestra imaginacion; aquel suelo de donde tendieron su vuelo la filosofía y la poesía hácia lo restante del globo, y adonde vuelven sin cesar, como criaturas á su cuna, ahí está! Cada nueva ola me impele hácia él : ya le toco. Su aparicion me conmueve profundamente, mucho menos sin embargo de lo que me conmoveria si todos esos recuerdos no estuvieran ajados en mi pensamiento á fuerza de haber pasado y repasado por mi memoria antes de que los comprendiese mi mente. La Grecia es para mí como un libro cuyas bellezas estan desvirtuadas para nosotros, porque nos le hacen leer antes de poder comprenderle.

No todo, empero, está desencantado; todavía queda para todos esos grandes nombres algun eco en mi corazon : un no sé qué de dulce, de santo, de perfumado sube con esos horizontes á mi alma, y doy gracias á Dios por haber visto, en mi paso por la tierra, ese pais *de los hacedores*

de grandes cosas, como llamaba Epaminondas á su patria.

Durante toda mi juventud he deseado hacer lo que hago, ver lo que veo : un deseo satisfecho en fin es una felicidad. Siento á la vista de esos horizontes en que tantas veces he pensado, lo que toda mi vida he sentido con la posesion de todo lo que he deseado ardientemente, — un placer sereno y contemplativo que se replega en sí mismo ; un reposo del espíritu y del alma que se paran un momento, que se dicen ; — parémonos aquí y gocemos ; pero en el fondo esos placeres del espíritu y de la imaginacion son muy frios. No es esa la felicidad del alma ; esta no reside mas que en el amor humano ó divino, siempre en el amor.

La misma fecha, por la tarde.

Navegamos deliciosamente con un viento favorable que nos impele entre el cabo Matapan y la isla de Cérigo.

Un pirata griego se acerca á nosotros mientras la fragata está á algunas leguas en alta mar persiguiendo á un buque sospechoso. El bergantín griego no dista de nosotros mas que 420 bra-

zas ; todos subimos á cubierta y nos preparamos al combate ; se cargan los cañones, se cubre el puente de fusiles y pistolas. El capitán intima al comandante del bergantín griego que se retire ; este, viendo veinticinco hombres bien armados en nuestro puente, se decide á no aventurar el abordage. Se aleja, vuelve segunda vez y casi toca á nuestro buque ; vamos á hacer fuego, pero se retira, y por espacio de un cuarto de hora se queda á cosa de un tiro de pistola : asegura que es, como nosotros, un buque mercante que vuelve al Archipiélago. Observo su tripulacion ; en mi vida he visto caras en que el crimen, el asesinato y el pillage estuviesen escritos en caracteres mas horribles. Se ven quince ó veinte bandoleros, unos en traje albanés, otros con harapos de vestimentas europeas, sentados, tendidos ú ocupados á bordo en la faena : todos estan armados de pistolas y de cuchillos, en cuyos mangos relucen cinceladuras de plata. Se ve una lumbrada sobre el puente, donde dos viejas están cociendo pescado ; una muchacha de quince á diez y seis años aparece de cuando en cuando entre aquellas megeras, — figura celestial, aparicion angélica en medio de aquellas fachas infernales. Una de las viejas la empuja muchas veces al entrepuente, adonde baja llorando ; suscítase una quimera, á la cuenta por este motivo,

entre algunos marineros. Veo desenvainar y blandir dos cuchillos; el capitán, que está fumando indolentemente su pipa reclinado sobre la barra del timón, se precipita entre los dos facinerosos y tira á uno al suelo; todo se sosiega; la muchacha Griega sube á cubierta, enjuga sus ojos con las largas trenzas de su cabello y se sienta al pie del palo mayor. Una de las viejas se arrodilla detras de ella y peina la larga melena de la muchacha. El viento refresca: el pirata griego endereza el rumbo hácia Cérigo, en un momento se cubre de velas, y pronto no es mas que un punto blanco en el horizonte.

Nos ponemos en facha para aguardar la fragata que dispara un cañonazo para avisarnos: al cabo de pocas horas, se reuné con nosotros. El pirata griego, á quien perseguia, se le ha escapado, entrando en una de aquellas ensenadas inaccesibles de la costa, donde siempre se refugian en semejantes casos.

El mismo día, á las 11.

Siempre que una fuerte impresion conmueve mi alma, experimento la necesidad de decir, de escribir á alguno lo que siento, de hallar en al-

guna parte una repetición de mi alegría, un eco de lo que me ha herido. El sentimiento aislado no es completo; el hombre ha sido creado doble.

¡Ah! cuando tiendo ahora la vista en derredor de mí, encuentro ya mucho vacío. Julia y Mariana¹ lo llenan todo ellas solas, pero Julia es todavía tan niña que no le digo mas que lo que está al alcance de su edad. Ella es todo el porvenir, y pronto será todo el presente para nosotros, pero lo pasado ¿donde está ya?

La persona que mas hubiera gozado con mi felicidad en este momento, es mi madre: en todo lo que me sucede, favorable ó adverso, mi pensamiento se vuelve involuntariamente hácia ella. Creo oirla, verla, hablarle, escribirle. Una persona de quien uno se acuerda tanto, no está ausente; lo que vive tan completa, tan poderosamente en nosotros, no ha muerto para nosotros. ¡Siempre le reservo su parte, como mientras vivia, de todas mis impresiones, que tan pronto y tan enteramente se convertian en impresiones suyas; que se embellecian, se coloraban, se inflamaban en su radiante imaginación, imaginación que siempre tuvo diez y seis años! La busco mentalmente en la modesta y piadosa

¹ Madama de Lamartine.

soledad de Milly, donde nos crió á mí y á mis hermanas, donde pensaba en nosotros mientras que nos separaban las vicisitudes de mi juventud: la veo aguardando, recibiendo, leyendo, comentando mis cartas, saboreando mas que yo mismo mis impresiones. ¡Vano sueño! ya no está allí; ahora habita el mundo de las realidades; nuestros sueños fugitivos no son ya nada para ella, pero su espíritu está con nosotros, nos visita, nos sigue, nos protege; *nuestra conversacion está con ella en las regiones eternas.*

Así he perdido antes de la edad madura la mayor parte de los seres que he amado y que mas me han amado en este mundo. Mi vida amante se ha concentrado, mi corazón no tiene ya mas que algunos corazones para refugiarse; mis recuerdos no tienen ya mas que sepulturas donde posarse sobre la tierra; vivo mas con los muertos que con los vivos; si Dios descargase todavía dos ó tres de esos golpes en derredor de mí, conozco que me desprenderia enteramente de mí mismo, porque no me contemplaria ya, no me amaria ya en los demas, — y solo en los demas me es posible amarme.

Cuando era muy joven, me amaba en mí; la infancia es egoísta. Eso era regular entonces, á diez y seis ó diez y ocho años, cuando todavía no me conocia, cuando todavía conocia menos la

vida; pero ahora he vivido demasiado, he conocido demasiado para apegarme á esta forma de existencia que se llama el *yo* humano. ¿Qué es un hombre, Dios mio? ¡Qué miseria es dar la menor importancia á lo que siento, á lo que pienso, á lo que escribo! ¿Qué lugar ocupo en las cosas? ¿Qué vacío dejaré en el mundo? un vacío de algunos dias en uno ó dos corazones; un puesto al sol; mi perro que me buscará; algunos árboles que he amado y que se admirarán de no verme volver bajo su sombra, — ¡y nada mas! Y luego todo eso pasará á su vez. No se empieza á sentir la vanidad de la existencia sino desde el dia en que no es ya uno necesario á nadie, desde la hora en que ya no se puede ser querido: la única realidad de este mundo, — siempre me lo ha dicho el corazón, — ¡es el amor! el amor bajo todas sus formas.

.....
7 de agosto, á las seis de la tarde.

Allí estan las elevadas costas de la Laconia, á algunos tiros de cañon de nuestros ojos. Las seguimos impelidos por una fresca brisa, y parece que se deslizan magestuosamente delante de no-

sotros. Apoyado sobre el antepecho del buque, mis miradas estudian, para retenerlas en la memoria, esas formas clásicas de las montañas de Grecia, que se desarrollan tambien como olas de piedra y de tierra, se alzan, se bajan, se agrupan delante de mí como las nubes de la patria de su alma delante de la mente de Osian. Empleo una ó dos horas en pasar en silencio esa revista de las colinas y de los nombres sonoros de esa tierra muerta. Los montes Cromios, donde nace el Eurotas, lanzan á los aires sus redondeadas cumbres; el disco del sol descende sobre ellas y las hiere como cimborios de cobre dorado; inflama en derredor de sí su lecho de nubes; aquellas cimas aparecen transparentes como el aire que las rodea, y del que cuesta trabajo distinguir las; juraría uno que ve al trasluz el resplandor de otro sol ya puesto, ó la inmensa reverberacion de un incendio lejano.

Una de esas montañas, entre otras, presenta á nuestros ojos la forma de una media luna volcada; parece que se hiende á medida para abrir un sulco aereo al astro del dia que gira allí entre el polvo de oro del vapor que sube á él. Las crestas mas cercanas que el sol ha traspasado ya, se tiñen de púrpura amoratada ó de color de lila pálido, y nadan en una atmósfera tan rica como la paleta de un pintor; mas cerca de noso-

tros todavía, otras colinas, cubiertas ya de la sombra de la tarde, parecen vestidas de negras selvas; enfin, las que forman el primer plano, las que casi tocamos con la mano y cuyas faldas lava la espuma del mar, estan todas sumergidas en tinieblas; la vista no distingue en ellas mas que algunas ensenadas donde se refugian los numerosos piratas de estas costas, y algunos promontorios que sostienen, como Napoli de Malvasia, ciudades ó fortalezas sobre su escarpada cima. Esas montañas, vistas así desde el puente de un buque, á esta hora en que la noche las rodea de sus mil ilusiones de color, son acaso las mas hermosas formas terrestres que jamas han contemplado mis ojos; — y luego el buque flota tan blandamente inclinado como un balcon movedido sobre el mar, que murmulla acariciando su quilla; el aire está tan tibio y perfumado; las velas espiden tan bellos sonos á cada bocanada de la brisa de la tarde! Casi todo lo que amo está aquí á mi lado, tranquilo, feliz, en seguridad, mirando, gozando conmigo. Julia y su madre estan apoyadas junto á mí en los obenques. El rostro de la niña relumbra á todos los aspectos, á todos los nombres, á todos los hechos históricos que su madre le va refiriendo; sus ojos vagan con los nuestros sobre todas esas escenas cuyos maravillosos dramas le son ya conocidos! Hay

genio en su mirada; en ella se ve el pensamiento profundo, vivo, caliente, rápido, de un alma que se abre como una flor bajo el alma ardiente y amante de su madre; parece que goza tanto como nosotros, y sobre todo porque nos ve interesados y contentos, porque el alma de esa niña vive de la nuestra; una lágrima se asoma á sus ojos si me ve triste y meditabundo; sus facciones son un reflejo simultaneo de las mias, y la sonrisa de todas nuestras alegrías no espera nunca una sonrisa semejante sobre sus labios. ;Qué hermosa está así!

Muchas veces he visto, y bajo todos sus aspectos, las montañas de Roma y de la Sabinia; estas las sobrepujan en variedad de grupos, en magestad de formas, en espléndido brillo de matices: sus líneas son infinitas; se necesitaría un tomo para decir lo que un cuadro diría en una sola mirada, pero para ser vistas en toda su belleza imaginaria, es preciso verlas así al declinar la tarde; entonces se las ve vestidas, como en su juventud, de bosques y verdes praderas, y de cabañas rústicas y de rebaños y pastores; las sombras las encapotan; no tienen otros vestidos, así como la historia de los hombres que las han ilustrado necesita las nubes de lo pasado y los prestigios de la distancia para cautivar y seducir nuestros pensamientos; nada debe verse á la

plena luz del sol, á la claridad de lo presente; en este triste mundo nada es completamente bello mas que lo que es ideal; la ilusion en todas las cosas es un elemento de belleza, excepto en virtud y en amor.

.....

La misma fecha, á las ocho de la noche.

El viento refresca; vogamos con un mar sereno delante de la embocadura de varios golfos: nos acercamos al cabo San-Angelo, antiguo cabo Malia; pronto llegaremos á él.

.....

8 de agosto, por la mañana.

Nos ha faltado el viento: hemos pasado la noche sin avanzar, á corta distancia del cabo Malia.

.....

La misma fecha, á las doce del día.

Una templada brisa nos echa hácia el cabo. La

genio en su mirada; en ella se ve el pensamiento profundo, vivo, caliente, rápido, de un alma que se abre como una flor bajo el alma ardiente y amante de su madre; parece que goza tanto como nosotros, y sobre todo porque nos ve interesados y contentos, porque el alma de esa niña vive de la nuestra; una lágrima se asoma á sus ojos si me ve triste y meditabundo; sus facciones son un reflejo simultaneo de las mias, y la sonrisa de todas nuestras alegrías no espera nunca una sonrisa semejante sobre sus labios. ;Qué hermosa está así!

Muchas veces he visto, y bajo todos sus aspectos, las montañas de Roma y de la Sabinia; estas las sobrepujan en variedad de grupos, en magestad de formas, en espléndido brillo de matices: sus líneas son infinitas; se necesitaría un tomo para decir lo que un cuadro diría en una sola mirada, pero para ser vistas en toda su belleza imaginaria, es preciso verlas así al declinar la tarde; entonces se las ve vestidas, como en su juventud, de bosques y verdes praderas, y de cabañas rústicas y de rebaños y pastores; las sombras las encapotan; no tienen otros vestidos, así como la historia de los hombres que las han ilustrado necesita las nubes de lo pasado y los prestigios de la distancia para cautivar y seducir nuestros pensamientos; nada debe verse á la

plena luz del sol, á la claridad de lo presente; en este triste mundo nada es completamente bello mas que lo que es ideal; la ilusion en todas las cosas es un elemento de belleza, excepto en virtud y en amor.

.....

La misma fecha, á las ocho de la noche.

El viento refresca; vogamos con un mar sereno delante de la embocadura de varios golfos: nos acercamos al cabo San-Angelo, antiguo cabo Malia; pronto llegaremos á él.

.....

8 de agosto, por la mañana.

Nos ha faltado el viento: hemos pasado la noche sin avanzar, á corta distancia del cabo Malia.

.....

La misma fecha, á las doce del día.

Una templada brisa nos echa hácia el cabo. La

fragata que nos remolca abre delante de nosotros un camino liso y murmurante por el que volamos sobre sus huellas entre copos de espuma que su quilla hace rebotar huyendo. El capitán Lyons, que conoce aquellas aguas, quiere hacernos disfrutar de la vista del cabo y de las tierras, pasando á cien toesas, cuando mas, de la costa.

En la estremidad del cabo San Angelo ó Malia, que avanza mucho en el mar, empieza el estrecho paso que los marinos tímidos evitan dejando la isla de Cérigo á su izquierda. Ese cabo es el cabo de las tempestades para los marineros griegos: solo los piratas arrostran sus peligros porque saben que allí no los perseguirán. El viento cae de ese cabo con tanto peso é ímpetu sobre el mar, que muchas veces arroja piedras rodadas de la montaña hasta sobre el puente de los buques.

En la escarpada é inaccesible pendiente de la roca que forma el diente del cabo, diente aguzado por los huracanes y por la espuma de las olas, la casualidad ha suspendido tres peñascos desprendidos de la cima y parados en la mitad de su camino: allí se ven como un nido de aves marinas inclinado sobre el espumante abismo de los mares. Un poco de tierra rojiza, detenida también por aquellas tres desiguales peñas, da raíz

á cinco ó seis higueras achaparradas que penden con sus tortuosos ramos y sus anchas hojas grises sobre la estrepitosa sima que ruge girando á sus pies. El ojo no puede divisar ningún sendero, ninguna pendiente practicable por donde pueda llegarse á aquella aislada muestra de vegetación: sin embargo se distingue una casita baja junto á las higueras, casa gris y sombría como la roca que le sirve de base y con la que se la confunde á primera vista. Encima del techo chato de la casita se alzó un pequeño arco ovalado vacío, como encima de la puerta de los conventos de Italia; una campana pende de él; á la derecha, se ven unas ruinas antiguas de ladrillos, en que estan abiertos tres arcos, que conducen á un terrado que se estiende delante de la casa. Un águila hubiera temido labrar su nido en semejante sitio, sin un tronco de árbol, sin una mata para guarecerse del viento que ruge siempre, del eterno ruido del mar que se estrella en la peña, de su espuma, que lame sin cesar su pálida pared, bajo un cielo siempre ardiente. ¡Pues bien! un hombre ha hecho lo que la misma ave hubiera osado á penas hacer; un hombre ha elegido ese asilo. Allí vive: nosotros le vimos; es un ermitaño. Doblábamos el cabo tan de cerca que distinguíamos su larga barba blanca, su báculo, su rosario, su capucha de fieltro pardo, semejante

á la de los marineros en invierno. Hincóse de rodillas mientras pasábamos, vuelto de cara al mar, como si hubiera implorado el auxilio del cielo por unos extranjeros desconocidos en aquel peligroso paso. El viento, que se escapa con furor de las gargantas de la Laconia, apenas se ha doblado la roca del cabo, empezaba á resonar en nuestras velas, á cimbrar y hacer titubear los dos buques, y á cubrir el mar de espuma en cuanto alcanzaba la vista. Un nuevo mar se abrió delante de nosotros; el ermitaño subió, para seguirnos mas de lejos con la vista, sobre la cresta de una de las tres peñas, y allí le distinguimos, de rodillas é inmóvil, mientras estuvimos á la vista del cabo.

¿Qué hombre es ese? Preciso es que tenga un alma muy bien templada para haber elegido esa horrible morada; preciso es que tenga un corazón y unos sentidos muy ávidos de fuertes y eternas sensaciones para vivir en ese nido de buitres, solo con el horizonte sin límites, los huracanes y los rugidos del mar: su único espectáculo es, de cuando en cuando, un buque que pasa, los crugidos de los mástiles, la rasgadura de las velas, el cañonazo de socorro, los clamores de los marineros sin esperanza.

Esas tres higueras, ese pequeño campo inaccesible, ese espectáculo de la lucha convulsiva de los elementos, esas impresiones ásperas, severas,

meditativas en el alma, son uno de los sueños de mi infancia y de mi juventud. Por efecto de un instinto que el conocimiento de los hombres ha confirmado con el tiempo, nunca he colocado la ventura mas que en la soledad; solamente que entonces colocaba en ella el amor, y ahora colocaria el amor, Dios y el pensamiento: ese desierto suspendido entre el cielo y el mar, sacudido por el incesante choque de los vientos y de las olas, seria todavía uno de los encantos de mi corazón: — esa es la actitud del ave de las montañas tocando todavía con el pie la aguda cima de la roca, y batiendo ya las alas para lanzarse mas arriba á las regiones de la luz. No hay ningun hombre bien organizado que no llegase á ser, en semejante morada, ó un santo ó un gran poeta, uno y otro tal vez... Pero; qué recio sacudimiento de la vida no ha sido menester para darme á mí semejantes pensamientos y semejantes deseos!; y para reducir á ese estado á otros hombres que veo en él! Dios lo sabe. Sea de esto lo que fuere, no puede ser un hombre vulgar el que ha sentido la delicia y la necesidad de asirse, como la pendiente enredadera, á las paredes de semejante abismo, y mecerse en ellas durante toda una vida al estruendo de los elementos, á la terrible armonía de las tempestades, solo con su idea, delante de la naturaleza y delante de Dios.

La misma fecha.

A algunas leguas del cabo, la mar aparece mas bella. Ligeras embarcaciones griegas, sin puente y cubiertas de velas, pasan junto á nosotros en los profundos valles de las olas, llenas de mugeres y de niños que van á vender á Hydra canastillos de melones y de uvas. El menor soplo de viento las hace inclinarse sobre el mar hasta bañar en él sus velas. No tienen para defenderse de la marejada mas que un lienzo estirado que eleva algunos pies el bordo espuesto á las olas; muchas veces nos las ocultan el agua y la espuma, y luego suben como un corcho flotando en el mar. ¡Qué vida! esa es la vida de casi todos los Griegos; su elemento es el mar; lo mismo juegan en él que el hijo de nuestras aldeas entre las malezas de nuestras montañas. El destino del pais está escrito por la naturaleza; — es el mar.

La misma fecha.

Ahi estan las lejanas cimas de la isla de Creta que se alzan á nuestra derecha; allí el Ida cubierto de nieves que aparece como las altas velas de un buque en el mar.

Entramos en un espacioso golfo, que es el de Argos; navegamos viento en popa con la rapidez de una bandada de gaviotas; las rocas, las montañas, las islas de las dos orillas huyen como sombrías nubes delante de nosotros. La noche cae, ya vemos el fondo del golfo, y eso que tiene diez leguas de profundidad; los mástiles de las tres escuadras fondeadas delante de Nauplia se dibujan como una selva de invierno sobre el fondo del cielo y de la llanura de Argos. Pronto es completa la oscuridad; brillan varias hogueras en las faldas de los montes y en los bosques, donde los pastores griegos guardan sus rebaños; los buques disparan el cañonazo de la noche. Vemos brillar sucesivamente todas las troneras de esos sesenta buques anclados como las calles de una gran ciudad iluminadas por sus faroles; entramos en ese laberinto de naves, y vamos á anclar, ya enteramente de noche cerrada, cerca

de un castillejo que protege la rada de Nauplia enfrente de la ciudad y bajo la sombra del castillo de Palamida.

9 de agosto.

Me levanto con el sol para ver en fin de cerca el golfo de Argos, Argos, Nauplia, la capital actual de la Grecia. ; Triste y completo desengaño! Nauplia es un miserable lugaron, construido en la orilla de un estrecho y profundo golfo, en una margen de tierra rodeada de las altas montañas que cubren toda esta costa; las casas no tienen ningun caracter extranjero, y todas ofrecen la forma de las mas vulgares habitaciones de los lugares de Francia ó de Saboya. La mayor parte estan derruidas, y las tapias derribadas por el cañon de la última guerra, yacen todavia tendidas en medio de los escombros. Dos ó tres casas nuevas, revocadas de colores chillones, se alzan sobre el muelle, y algunos cafés y tiendas de madera avanzan sobre cimientos de estacadas en el mar; esos cafés y esos balcones sobre el agua están cubiertos de algunos centenares de Griegos vestidos al uso de su pais con mucha elegancia, pero muy sucios; están sentados ó tendidos en

las tablas ó en la arena, formando mil grupos pintorescos. Todas las fisonomías son hermosas, pero tristes y feroces; la carga de la ociosidad pesa en todas sus actitudes. La holgazanería de los Napolitanos es dulce, serena y alegre; es la indolente indiferencia de la felicidad; la holgazanería de los Griegos es pesada, tétrica y sombría: es un vicio que se castiga á sí mismo. Apartamos los ojos de Nauplia, admiramos la hermosa fortaleza de Palamida que reina sobre toda la montaña que domina la ciudad; las murallas almenadas se parecen á los dientes de un peñasco natural.

Pero ¿donde está Argos? Una vasta llanura esteril y desnuda, cortada por frecuentes pantanos, se estiende y se comba en el fondo del golfo, limitada por todos lados por cordilleras de montañas grises. Al fin de esa llanura, á cosa de dos leguas en el interior de las tierras, se ve un collado que sostiene algunas murallas fortificadas sobre su cima y que protege bajo su sombra una aldea arruinada: esa aldea es Argos. A su lado está el sepulcro de Agamenon. Pero ¿qué me importan Agamenon y su imperio? Esas anticuallas históricas y políticas han perdido el interés de la juventud y de la verdad. Quisiera ver solamente un valle de la Arcadia; prefiero un arbol, un manantial bajo una peña, una adelfá

en la orilla de un rio, bajo el ojo derruido de un puente entapizado de parietaria, al monumento de uno de esos reinos clásicos que nada recuerdan ya á mi mente mas que el tedio que me han causado en mi niñez.

10 de agosto.

Hemos pasado dos dias en Nauplia : Julia me inquieta de nuevo, y me detengo todavía algunos dias para aguardar á que esté completamente restablecida; estamos en tierra en un cuarto de una mala posada, en frente de un cuartel de tropas griegas. Los soldados pasan todo el dia tendidos á la sombra de las tapias arruinadas en medio de las calles y de las plazas del pueblo; sus trages son lujosos y pintorescos; sus semblantes llevan el sello de la miseria, de la desesperacion y de todas las pasiones feroces que enciende y fomenta la guerra civil en esas almas incultas. La mas completa anarquía reina actualmente en la Morea; cada dia una faccion triunfa de otra, y continuamente oimos los tiros de los Kleftos, de los Colocotroni, que se batan al otro lado del golfo contra las tropas del gobierno. Cada correo que baja de la montaña trae la

noticia del incendio de una ciudad, del saqueo de una llanura, de la matanza de una poblacion por uno de los partidos que despedazan su propia patria. No se puede salir de las puertas de Nauplia sin esponerse al fuego de los insurgentes. El principe Karadja tiene la bondad de proponerme una escolta de sus palikaros para ir á visitar el sepulcro de Agamenon, y el general Corbet, que manda las tropas francesas, me hace el favor de ofrecerse á añadir á ella un destacamento de sus soldados, pero lo rehuso por no esponer, por una vana curiosidad, la vida de algunos hombres, cosa que nunca me perdonaria.

12 de agosto 1852.

He asistido esta mañana á una sesion del parlamento griego. La sala es un sotechado de madera; las paredes y el techo son de tablas de pino mal unidas entre sí : los diputados están sentados en bancos al rededor de un terrado de arena, y hablan desde su asiento.

Nos sentamos, para verlos llegar, sobre un monton de piedras, á la puerta de la sala, y van llegando sucesivamente á caballo, acompañados

cada cual de una escolta mas ó menos numerosa segun su importancia personal. El diputado se apea de su caballo, y sus palikaros, magníficamente armados, van á agruparse á alguna distancia en el pequeño llano que rodea la sala. Ese llano presenta la imagen de un campamento ó de una caravana.

La actitud de esos diputados es marcial y soberbia; hablan sin confusion, sin interrumpirse, con acento conmovido, pero firme, mesurado y armonioso. No son esas ya aquellas fisonomías feroces que asustan en las calles de Nauplia; son los caudillos de un pueblo heróico que todavía tienen en la mano el fusil ó el sable con que acaban de pelear por su independencia, y que deliberan juntos sobre los medios de asegurar el triunfo de su libertad; su parlamento es un consejo de guerra.

No puede imaginarse nada mas sencillo y al mismo tiempo mas imponente que el espectáculo de esa nacion armada deliberando de esa suerte sobre las ruinas de su patria, bajo un techo de tablas alzado en campo raso, mientras los soldados acicalan sus armas á la puerta de ese senado, y relinchan los caballos impacientes por volver á sus montañas. Hay cabezas admirables por su hermosura y su expresion de inteligencia y heroismo entre esos jefes: tales son las

de los montañeses. Los Griegos traficantes de las islas se reconocen fácilmente por sus facciones mas afeminadas y por la astuta expresion de sus fisonomías. El comercio y la ociosidad de sus ciudades han hecho desaparecer la nobleza y la energía de sus semblantes, para grabar en ellos el sello de la habilidad vulgar y de la astucia que los caracterizan.

15 de agosto 1852.

Hermosa funcion dada á su bordo por el almirante Hotham, que manda el apostadero inglés en la rada de Nauplia. Nos hace visitar su navio de tres puentes, *el San Vicente*, y hace ejecutar para nosotros el simulacro de un combate naval. Un navio montado por mil seiscientos hombres, y visto así en el momento del combate, es la obra maestra de la inteligencia humana.

El almirante es un sugeto escelente, cuya fisonomía y modales reunen aquella rara mezcla de la nobleza del antiguo guerrero y de la bondadosa dulzura del filósofo, caracter comun de las hermosas fisonomías de los hombres de la aristocracia inglesa. Nos propone uno de sus buques de guerra para acompañarnos hasta Esmirna:

no lo admito, y reclamo la misma bondad del almirante Hugon, que manda la escuadra francesa. Este tiene la bondad de darnos el bergantin *el Genio*, mandado por el capitán Cuneo de Ornano, pero no nos escoltará mas que hasta Rodas.

Como en casa de M. Rouen, ministro de Francia en Grecia, empleo que yo debí ocupar en tiempo de la restauracion. Me felicita de no haberle obtenido. M. Rouen, que ha pasado en Nauplia todos los malos dias de la anarquía griega, suspira por salir de donde está, pero se consuela de la severidad de su destierro acogiendo con suma bondad á sus paisanos, y representando con una finura y una cordialidad sin iguales la alta proteccion de la Francia en un país que es preciso amar en su pasado y en su porvenir.

15 de agosto 1832.

No escribo nada; mi alma está marchita y triste como el horrible país que me rodea; riscos pelados, tierra rojiza ó negra, arbustos rastreros y empolvados, llanuras pantanosas donde el helado cierzo, aun en el mes de agosto, silba sobre dilatados jarales, — y nada mas. Este suelo de

Grecia no es mas que la mortaja de un pueblo; esto se parece á un antiguo sepulcro despojado de sus huesos, y cuyas piedras mismas estan dispersadas y ennegrecidas por los siglos. ¿Donde está la hermosura de esa Grecia tan ponderada? ¿Donde está su cielo dorado y trasparente? Todo aparece mustio y nebuloso como en un desfiladero de la Saboya ó de Auvernia en los últimos dias del otoño. La violencia del viento del norte que penetra con estrepitosas oleadas hasta el fondo del golfo en que estamos anclados, nos impide partir.

18 de agosto, en la mar. fondeados delante de los jardines de Hydra.

Enfin partimos anoche con una buena brisa de sudeste; dormimos en nuestras hamacas. A las 7 estamos fuera del golfo; el mar está hermoso y hiere armoniosamente las paredes del bergantin. Estamos en el canal que se prolonga entre la tierra firme y las islas de Hydra y Spezzia.

Hacia el mediodia, nos echa el viento á la costa del continente en frente de Hydra. Terribles vendabales, que parten de todos los puntos del compas, hacen peligrosa la faena. Se nos rasgan

no lo admito, y reclamo la misma bondad del almirante Hugon, que manda la escuadra francesa. Este tiene la bondad de darnos el bergantin *el Genio*, mandado por el capitán Cuneo de Ornano, pero no nos escoltará mas que hasta Rodas.

Como en casa de M. Rouen, ministro de Francia en Grecia, empleo que yo debí ocupar en tiempo de la restauracion. Me felicita de no haberle obtenido. M. Rouen, que ha pasado en Nauplia todos los malos dias de la anarquía griega, suspira por salir de donde está, pero se consuela de la severidad de su destierro acogiendo con suma bondad á sus paisanos, y representando con una finura y una cordialidad sin iguales la alta proteccion de la Francia en un país que es preciso amar en su pasado y en su porvenir.

15 de agosto 1832.

No escribo nada; mi alma está marchita y triste como el horrible país que me rodea; riscos pelados, tierra rojiza ó negra, arbustos rastreros y empolvados, llanuras pantanosas donde el helado cierzo, aun en el mes de agosto, silba sobre dilatados jarales, — y nada mas. Este suelo de

Grecia no es mas que la mortaja de un pueblo; esto se parece á un antiguo sepulcro despojado de sus huesos, y cuyas piedras mismas estan dispersadas y ennegrecidas por los siglos. ¿Donde está la hermosura de esa Grecia tan ponderada? ¿Donde está su cielo dorado y trasparente? Todo aparece mustio y nebuloso como en un desfiladero de la Saboya ó de Auvernia en los últimos dias del otoño. La violencia del viento del norte que penetra con estrepitosas oleadas hasta el fondo del golfo en que estamos anclados, nos impide partir.

18 de agosto, en la mar. fondeados delante de los jardines de Hydra.

Enfin partimos anoche con una buena brisa de sudeste; dormimos en nuestras hamacas. A las 7 estamos fuera del golfo; el mar está hermoso y hiere armoniosamente las paredes del bergantin. Estamos en el canal que se prolonga entre la tierra firme y las islas de Hydra y Spezzia.

Hacia el mediodia, nos echa el viento á la costa del continente en frente de Hydra. Terribles vendabales, que parten de todos los puntos del compas, hacen peligrosa la faena. Se nos rasgan

las velas, y estamos á pique de que se nos rompan los mástiles ; por espacio de tres horas luchamos sin tregua contra furiosos huracanes ; los marineros están rendidos de cansancio ; el capitán parece inquieto por la suerte del buque ; en fin consigue llegar al abrigo de una costa elevada y á un fondeadero conocido de los marinos enfrente de una graciosa colina llamada los jardines de Hydra, donde echamos el ancla á una milla de la playa y no lejos del bergantín de guerra *el Genio*, que ha seguido el mismo rumbo.

Día de descanso en un mar siempre agitado, y bajo los vendabales que silban en nuestros mástiles:—bajamos á la costa, que es el mas hermoso punto que hemos visitado hasta ahora en Grecia. Altas montañas dominan el pais ; todavía ofrecen algunas capas de tierra, algunos prados de un verde pálido en sus cóncavas laderas;—bajan blandamente y esconden su pié en algunos bosques de olivos ; mas lejos, se extienden en suave declive hasta el canal de Hydra que corre á su pié, como un ancho rio mas bien que como un mar. Allí descansa la vista sobre una ó dos quintas rodeadas de jardines ó huertos ; se ven tierras cultivadas, grupos de castaños y encinas verdes, rebaños, algunos aldeanos Griegos que labran la tierra ; soltamos nuestros perros y caza-

mos todo el dia en la montaña, no sin fruto.

La ciudad de Hydra que cubre toda la pequeña isla de este nombre, brilla al otro lado del canal, blanca, resplandeciente, tersa como un peñasco tajado de ayer. Esta isla no ofrece una pulgada de tierra á la vista ; todo es piedra ; la ciudad lo cubre todo ; las casas se alzan perpendicularmente unas sobre otras, refugio de la libertad del comercio, de la opulencia de los Griegos durante el dominio de los Turcos. Se puede medir la civilizacion creciente ó decreciente de una nacion por los aspectos de sus ciudades y de sus aldeas ; cuando la seguridad y la independencia aumentan, las ciudades bajan de las montañas á las llanuras ; cuando renacen la anarquía y la tiranía, vuelven á subir á los montes ó se refugian sobre los riscos del mar. En la edad media, en Italia, en el Rin, en Francia, las ciudades eran nidos de águila en las puntas de inaccesibles rocas.

.....
La misma fecha. ®

La noche está serena. Pasamos una tarde deliciosa sobre cubierta. Mañana saldremos si no sopla el cierzo con la misma violencia que hoy.

19 de agosto 1832, en alta mar.

Hemos levantado el ancla á las tres de la madrugada. Un viento regular nos ha dejado acercarnos á la punta del continente que se avanza en el mar de Atenas, pero allí nos ha acometido una nueva tempestad, mas violenta todavía que la de la vispera, y hemos estado separados un momento de los dos buques que navegaban de conserva con nosotros. El mar se puso terrible; rodábamos de un abismo á otro; las vergas entraban en el agua y la espuma bañaba el puente. El capitán se obstina en doblar el cabo, y lo consigue, al fin de muchas horas de impotentes faenas; ya estamos en alta mar, pero el viento es tan recio, que el bergantín deriva considerablemente; tenemos que enderezar la proa hácia las montañas que se dibujan al otro lado del mar de Atenas. Andamos diez millas en una nube de polvo húmedo y bajo los copos de espuma que saltan de la proa y de los dos costados del buque. De cuando en cuando el horizonte se despeja y nos deja vislumbrar el cabo Colona que ya blanquea delante de nosotros. Esperamos llegar á la noche á fondear al pie de aquellas columnas.

y á saludar la memoria del divino Platon que iba á meditar dos mil años antes que nosotros sobre ese mismo promontorio de *Sunio*. Mis miradas no se apartan de las montañas de Atenas de donde nos rechaza la tempestad; enfin, al declinar el sol, el viento cede, y damos una bordada sobre la isla de Egina: caemos casi en calma al abrigo de la isla y de la costa del continente, y entramos al anochecer en otro golfo formado por la isla y por las hermosas márgenes de Corinto. La mar está como un espejo, y nos parece que navegamos sobre un río sin olas cuya insensible corriente nos lleva al fondeadero. Echamos el ancla en el momento en que la noche cae en un inmenso y encantado lago, que rodean sombrías montañas, y donde la luna que se alza del horizonte hiere con su blanca luz el Acrópolis de Corinto y las columnas del templo de Egina. Estamos á algunos centenares de pasos de la isla, enfrente de unos jardines sombreados por hermosos plátanos: algunas casas blancas brillan en medio de la yerba.—Descanso y cena tranquilos sobre cubierta despues de un día de afanes y de peligros; — vida de los viajeros y del hombre sobre la tierra.

A nuestra derecha, la isla de Egina, suavizando sus negras y rápidas vertientes, estiende sobre un golfo una lengua de tierra sembrada de algu-

nos cipreses, de vides y de higueras : la ciudad la termina ; su situacion es menos singular que la de las pocas ciudades griegas que hemos visto hasta ahora : el gimnasio elevado por Capo de Istria blanquea en medio : — su museo, — no voy á verle... estoy harto de museos, — cementerio de las artes ; — los fragmentos desprendidos de su puesto, de su destino y del conjunto, son cuerpos muertos ; polvo de marmol que ya no tiene vida. — Bajo solo á tierra y paso dos horas deliciosas en un jardin de cipreses y naranjos perteneciente á Georgio-Bey, de Hydra. A las diez vuelvo al buque ; al bajar la escalera, hallo la mitad del puente literalmente cubierta de sandías y de melones, de inmensos canastos llenos de uvas de todas formas y de todos colores, de las cuales hay racimos que pesan de tres á cuatro libras, de higos del Atica, y de todas las flores que pueden dar la estacion y el clima. Me dicen que es un regalo del gobernador de Egina, Nicolas Scuffo, que habiendo sabido la víspera por mi piloto griego, mi paso por el golfo, ha ido á visitarme en una barca llena de frutas y flores ; — ha reconocido en mi nombre el de un amigo de la Grecia, y me ha traído la primera prenda de aquella prosperidad que tantos corazones generosos han deseado para ella ! Ha anunciado que volveria al anochecer. Pido un bote al capitan

Cuneo de Ornano y voy á Egina á dar las gracias al gobernador ; le encuentro en el mar y volvemos juntos á bordo. Es persona muy apreciable, de excelente conversacion ; hablamos de la Grecia, de su estado futuro y de su crisis presente ; veo con dolor que el sentimiento religioso está apagado en Grecia : el clero ignorante es despreciado ; el espíritu mercantil no tiene bastante virtud para resucitar á un pueblo... Tiemblo por este ; á la primera crisis europea se descompondrá de nuevo. Sucede aquí lo mismo que en Italia ; hay los hombres mas inteligentes y mas valerosos ; hombres, individualidades brillantes, pero sin un lazo comun : — ; hay Griegos, y no hay nacion !

Salimos de Egina el 18 á mediodia y vemos al sol apagarse en el valle dorado que se abre bajo el istmo de Corinto, entre el Acro-Corinto y las montañas del Atica ; inflama toda esta parte del cielo, y aquí es donde por primera vez hallamos aquel esplendor del firmamento que comunica su encanto y su gloria al Oriente. Salamina, tumba de la armada de Jerjes, está á pocos pasos delante de nosotros ; costa gris, tierra negruzca, sin mas atractivo que su nombre : — su batalla naval y la memoria de Temístocles, hacen al marino saludarla con respeto. Las montañas del Atica alzan sus negras cimas encima de Salami-

na; y á la derecha, sobre una de las menguantes cumbres de Egina, el templo de Júpiter Panhelénico, dorado por los últimos rayos del día, se alza sobre aquella escena, una de las mas hermosas de la naturaleza histórica, y derrama su religioso recuerdo sobre aquella memoria de los sitios y de los tiempos; el pensamiento religioso de la humanidad se mezcla á todo y lo consagra todo; pero la religion de los Griegos, religion del entendimiento y de la imaginacion, y no del corazon, no produce en mí la menor impresion; se sabe que aquellos dioses del pueblo no eran mas que el capricho de la poesia y del arte, dioses fingidos y soñados; — nada grave hay en ella, nada real, nada sacado de las profundidades de la naturaleza y del alma humana, antes de Sócrates y Platon! ; Allí empieza la religion de la razon! Luego viene el cristianismo que recibió de su divino fundador el secreto y la clave del destino humano!... Los siglos de barbarie que tuvo que cruzar para llegar á nosotros, le han alterado y desfigurado muchas veces; pero si hubiera caído sobre Platones y Pitágoras ¿adonde no habriamos llegado? — Pero llegaremos, gracias á él, por él, y con él.

Renace la calma, y nadamos seis horas sin movimiento por las trasparentes aguas y en los colorados vapores del mar de Atenas. El Acrópo-

lis y el Partenon, semejantes á un altar, se alzan á tres leguas delante de nosotros, desprendidos del monte Pentélico, del monte Himeto y del monte Anquesmo: — en efecto, Atenas es un altar á los dioses, el mas hermoso pedestal en que han podido los siglos pasados colocar la estatua de la humanidad! En el día su aspecto es sombrío, triste, negro, árido, desolado; un peso sobre el corazon: nada vivo, verde, gracioso, animado; naturaleza agotada que Dios solo podría vivificar: la libertad no bastará á conseguirlo: — para el poeta y para el pintor, está escrito sobre esas montañas estériles, sobre esos cabos coronados de templos derruidos, sobre esos arenales pantanosos ó pedregosos á quienes ya no quedan mas que nombres sonoros, está escrito: « Se acabó. » — Suelo apocalíptico que parece herido por alguna maldicion divina, por alguna gran palabra de un profeta; Jerusalem de las naciones donde ni aun queda un sepulcro! Tal es la impresion que producen Atenas y todas las orillas del Atica, de las islas y del Peloponeso.

Llegamos al Pireo á las 8 de la mañana el 49 de agosto, y echamos el ancla. Tomamos en la playa caballos y un borrico, al que hago poner una silla de muger para Julia, y echamos á andar. Por espacio de media legua, el terreno, aunque

de buena calidad, está enteramente inculto y pelado; los Turcos, durante la guerra, destruyeron todo el bosque de olivos que se extendia hasta el mar, y del que solo subsisten algunos troncos negros; luego entramos en el bosque de olivos y de higueras que rodea el grupo de las colinas de Atenas, como una verde faja. — Seguimos los cimientos, evidentes todavía, de la larga muralla, construida por Temistocles, que unia la ciudad al Pireo. — Algunas fuentes turcas, en forma de pozos, rodeadas de pilones rústicos, de piedra sin labrar, se ven de trecho en trecho. — Varios labradores griegos y algunos soldados turcos están tendidos junto á las fuentes y se dan recíprocamente de beber. — En fin, pasamos bajo las altas murallas y las negras rocas que sirven de pedestal al Partenon, el cual no nos parece que se agranda, sino que se achica á medida que nos acercamos á él. — El efecto de ese edificio, el mas bello que la mano del hombre ha erigido sobre la tierra, en opinion de todos los siglos, no corresponde en nada á lo que de él se espera, visto así; y las pomposas palabras de los viajeros, pintores ó poetas se le caen á uno tristemente sobre el corazon cuando ve esa realidad tan diferente de sus imágenes. — No parece que le han dorado los rayos petrificados del sol de Grecia; no se lanza en los aires como una isla

aerea que sostiene un monumento divino; no brilla de lejos sobre el mar y sobre las tierras como un faro que dice: ¡Aquí está Atenas! ¡Aquí el hombre ha echado el resto de su ingenio y desafiado á los siglos! — No, nada de todo eso — Ve uno alzarse sobre su cabeza algunas tapias viejas y negruzcas, señaladas con manchas blancas. — Esas manchas son marmol, restos de los monumentos que coronaban ya el Acrópolis, antes de su restauracion por Pericles y Fidias. Esas tapias, flanqueadas de trecho en trecho por otras tapias que las sostienen, están coronadas por una torre cuadrada bizantina y por almenas venecianas, y circundan un alto cerro que contenia casi todos los monumentos sagrados de la ciudad de Teseo. En el extremo de este cerro, del lado del mar Egeo, se presenta el Partenon ó el templo de Minerva, virgen que salió de la cabeza de Júpiter. — Este templo, cuyas columnas son negruzcas, está salpicado de manchas blancas, — cicatrices de las balas turcas ó del martillo de los iconoclastas. Su forma es un cuadrilongo; parece demasiado bajo y pequeño para su situación monumental, — no dice por sí mismo: — Yo soy, soy el Partenon, no puedo ser otra cosa. — Tiene uno que preguntárselo á su guia, y cuando ha respondido, todavía duda uno; mas adelante, al pie del Acrópolis, pasa

uno por debajo de una puerta oscura y baja junto á la cual están tendidos algunos Turcos desarrapados al lado de sus ricas y hermosas armas, y se halla uno en Atenas. — El primer monumento digno de atencion es el templo de Júpiter Olimpico, cuyas magnificas columnas se alzan solas sobre una plaza desierta y desnuda, á la derecha de lo que fué Atenas, digno pórtico de la ciudad ruinosa! A algunos pasos de allí, entramos en la ciudad, es decir, en un intrincado laberinto de senderos estrechos y sembrados de tapias desmoronadas, de tejas rotas, de piedras y de mármoles hacinados; unas veces bajando al patio de una casa arruinada, otras subiendo la escalera y aun al tejado de otra; entre aquellas paredes chicas, blancas, vulgares se ven algunas miserables y sucias viviendas en que estan metidas y como enterradas algunas familias de labradores griegos. — Aquí y allí, algunas mugeres notables por los ojos negros y la graciosa boca de las Atenienses, salian al ruido de las pisadas de nuestros caballos á los dinteles de sus puertas, se nos sonreian con bondad y asombro, y nos enviaban el gracioso saludo del Atica: «¡Bien venidos, señores extranjeros, á Atenas!» Llegamos, al cabo de un cuarto de hora de camino, siempre por entre las mismas escenas de desolacion y los mismos montones de paredones y

techos derruidos, á la modesta habitacion de M. Gaspari, agente del consulado de Grecia en Atenas, á quien por la mañana habia yo enviado la carta que me recomendaba á su bondad, — carta inutil por cierto, pues la bondad es el caracter distintivo de casi todos nuestros agentes en los países extranjeros. M. Gaspari nos recibió como á amigos desconocidos, y mientras enviaba á su hijo á buscar una casa para nosotros entre las ruinas del pueblo, una de sus hijas, Ateniese, linda y graciosa imagen de aquella hermosura hereditaria de las mugeres de su patria, nos servia con agasajo y modestia zumo de naranja helado en vasos de barro poroso, de formas antiguas. Despues de haber refrescado y descansado un momento en aquel humilde asilo de una sencilla y cordial hospitalidad, que le es á uno tan dulce encontrar bajo un cielo ardiente, á ochocientas leguas de su patria, despues de un dia de tempestad, de sol y de polvo, M. Gaspari nos condujo á la otra parte de la ciudad, atravesando las mismas ruinas, hasta una casa blanca y aseada donde un Italiano, el señor ***, ha establecido una posada. Varios cuartos blanqueados con cal y decentemente amueblados, un patio refrescado por una fuente y un poco de sombra, al pie de la escalera una hermosa leona de marmol blanco, frutas y verduras en abundancia, miel del Hymeto ca-

lumniada por M. de Chateaubriand, criados griegos, que entienden el italiano, listos é inteligentes, todo esto tenia doble valor para nosotros, en medio de la desolacion y de la absoluta desnudez de Atenas.

No se hallaría mejor posada en un camino de Italia, de Inglaterra ó de Suiza. ; Ojalá se sostenga y prospere esta para consuelo y bien estar de los futuros viajeros ! Pero por desgracia, cuarenta y ocho dias hacia que ningun extranjero cruzaba sus umbrales ni turbaba su silencio.

Por la tarde, M. Gropius tiene la suma bondad de ponerse á nuestra disposicion para enseñarnos y comentarnos las bellezas de Atenas. No menos felices que M. de Chateaubriand, conducido entre las ruinas de Atenas por M. Fauvel, nosotros tuvimos en M. Gropius un segundo Fauvel, que se ha hecho Ateniense hace treinta y dos años, y que construye, como su maestro, la morada de su ancianidad entre estas reliquias de una ciudad donde ha pasado su juventud, y á la que ayuda, en cuanto puede, á salir por centésima vez de entre su poético polvo. — Consul de Austria en Grecia, hombre de erudicion y de talento, M. Gropius une al mas concienzudo y profundo conocimiento de la antigüedad aquel caracter de candor y gracia inofensiva que es el tipo de los verdaderos y dignos hijos de la Alemania

sabia. Injustamente atacado por lord Byron en sus mordaces notas sobre Atenas, M. Gropius no pagaba ofensa con ofensa á la memoria del gran poeta; solo sentia que hubiese arrastrado su nombre de edicion en edicion, y entregádole al rencor de los fanáticos ignorantes de la antigüedad; pero no ha querido justificarse, y cuando ha estado uno en los sitios, y ha sido testigo de los constantes esfuerzos que hace este hombre ilustre para restituir una palabra á una inscripcion, un fragmento estraviado á una estatua, ó una forma y una fecha á un monumento, de antemano está uno seguro de que M. Gropius jamas ha profanado lo que adora, ni hecho un tráfico vil del mas noble y desinteresado de los estudios, el estudio de las antigüedades.

Con un hombre así los dias valen por años para el viajero ignorante como yo. — Supliqué que pasase por alto todas las antigüedades dudosas, todas las celebridades de convencion, todas las bellezas sistemáticas: aborrezco la mentira y el esfuerzo en todo, pero especialmente en admiracion: no quiero ver mas que lo que Dios ó el hombre han hecho bello; la belleza presente, real, palpable, que habla á los ojos y al alma, y no la belleza de sitio y de época; — la belleza histórica ó crítica quédese para los sabios. — Nosotros, poetas, necesitamos una belleza eviden-

te y sensible; — no somos seres de abstraccion, sino hombres de naturaleza y de instinto: — así he recorrido varias veces la ciudad y los campos de Roma; así he visitado los mares y las montañas; así he leído á los filósofos, á los historiadores y á los poetas; así he visitado á Atenas.

Hacia una tarde hermosísima: el sol abrasador declinaba ahogado en una bruma morada sobre la negra y angosta barra que forma el istmo de Corinto, y hería con sus últimos destellos luminosos las almenas del Acrópolis, que se redondean, como la media naranja de una torre, sobre el ancho y ondeante valle donde duerme silenciosa la sombra de Atenas. Salimos por senderos sin nombre y sin huellas, atravesando á cada instante brechas de tapias de huertas ó casas sin techos, ó escombros amontonados sobre el polvo blanco de la tierra de Atica; á medida que bajábamos hácia el fondo del desierto y profundo valle á que dan sombra el templo de Teseo, el Pnix, el Areopago y la colina de las Ninfas, descubríamos una mas vasta estension de la ciudad moderna, que se desplegaba á nuestra izquierda, semejante en todo á lo que antes habíamos visto. — Confuso, vasto, desordenado, triste hacinamiento de casas derruidas, de paredones en pié, de techos desmoronados, de huertos y de patios saqueados, de rimeros de piedras amontonadas

estorbando el paso y rodando bajo los pies; todo esto de color de ruinas recientes, — de ese color gris frio, pálido, sin consistencia, que no tiene siquiera para la vista la santidad del tiempo ni la gracia de las ruinas. — Ninguna vegetacion, salvo tres ó cuatro palmas semejantes á minaretes turcos en pie sobre la ciudad destruida; aquí y allí algunas casas de formas vulgares y modernas, recientemente construidas por algunos Europeos ó algunos Griegos de Constantinopla. — Casas de nuestros lugares de Francia ó de Inglaterra, tejados elevados sin gracia, ventanas numerosas y estrechas; — ausencia de azoteas, de líneas arquitectónicas, de decoraciones: — posadas para la vida, construidas con la prevision de una nueva destruccion, — pero nada de aquellos palacios que un pueblo civilizado alza con confianza para sí y para las generaciones venideras. — En medio de todo ese caos, algunas tapias de estadio, pero raras, algunas columnas negruzcas del arco de Adriano ó de Lazora, el cimborio de la torre de los Vientos ó de la Linterna de Diógenes, llaman la vista y no la paran. — Delante de nosotros se agrandaba y se desprendía del cerro gris donde tiene asiento, el templo de Teseo, aislado, descubierto por todas partes, en pie todo entero sobre su pedestal de peñascos: — aquel templo, el mas bello segun la ciencia, despues del

Partenon, de cuantos erigió la Grecia á sus dioses ó á sus heroes

A medida que me acercaba, convencido por la lectura de la belleza del monumento, me admiraba de sentirme frio y estéril; mi corazón quería conmovirse, mis ojos querían admirar; — ¡ nada! — Solo sentía lo que se siente á la vista de una obra sin defectos, un placer negativo, — pero no una impresión real y vehemente, una delicia nueva, poderosa, involuntaria. — Ese templo es demasiado pequeño; es un verdadero juguete del arte! No es un monumento para los dioses, para los hombres, para los siglos. Solo tuve un momento de éxtasis, y fué cuando sentado en el ángulo occidental del templo, en sus últimos escalones, mis miradas abarcaron á la vez, con la magnífica armonía de sus formas y la magestuosa elegancia de sus columnas, el espacio vacío y más sombrío de su pórtico, y en su friso interior los admirables bajo-relieves de los combates de los Centauros y de los Lapitas; y encima, por la abertura del centro, el cielo azul y resplandeciente, derramando su mística y serena luz sobre las cornisas y las formas salientes de las figuras de los bajo-relieves, que entonces, parecían vivir y moverse. Solo los grandes artistas en todos géneros tienen ese don de vida, — ¡ ay! ¡ á sus espensas! — En el Par-

tenon no quedan ya más que dos figuras, Marte y Venus, medio aplastadas por dos enormes fragmentos que han resbalado sobre sus cabezas, pero esas dos figuras valen para mí, en escultura, más que todo lo que he visto en mi vida; viven como jamás han vivido el lienzo ó el mármol. — Sufre uno del peso que las oprime; quisiera uno aligerar sus miembros que parece que se doblan y se esfuerzan bajo aquella mole; se conoce que el cincel de Fidias temblaba, ardía en su mano cuando esas sublimes figuras nacían bajo sus dedos. — Se conoce, — y no es una ilusión, sino la verdad, verdad dolorosa! — que el artista infundía su propia individualidad, su propia sangre, en las formas, en las venas de los seres que creaba, y que lo que se ve palpitar en esas formas vivas, en esos miembros prontos á moverse, en esos labios prontos á hablar, es una parte de su vida.

No, el templo de Teseo no es digno de su fama; no vive como monumento, no dice nada de lo que debe decir; hay en él belleza sin duda, pero belleza fría y muerta de la cual solo el artista debe levantar la mortaja y sacudir el polvo; yo por mí la admiro y me voy sin ningún deseo de volverla á ver. Las hermosas piedras de la columnata del Vaticano, las magestuosas y colosales sombras de San Pedro de Roma jamás me han

dejado salir sin sentimiento, sin esperanza de volverlas á ver!

Mas arriba, subiendo una negra colina cubierta de cardos y de gujarros rojizos, se llega al Pnyx, teatro de las asambleas borrascosas del pueblo de Atenas y de las inconstantes ovaciones de sus oradores y de sus favoritos. — Enormes pedazos de piedra negra, algunos de los cuales tienen hasta doce ó trece pies cúbicos, descansan unos encima de otros, y sostenian el terrado donde se reunia el pueblo. Mas arriba aun, y á una distancia como de hasta cincuenta pasos, se ve un enorme peñon cuadrado en el que están labrados unos escalones que sin duda servian al orador para subir á aquella tribuna que señoreaba el pueblo, la ciudad y el mar: esto no tiene ningun caracter de la elegancia del pueblo de Pericles: — parece cosa de Roma: los recuerdos que esto ofrece son bellos. — Desde aquí hablaba Demóstenes, y agitaba ó serenaba ese mar popular mas tempestuoso que el mar Egeo al que tambien podia oír bramar á sus espaldas. Sentéme allí, solo y pensativo, y allí me estuve hasta mas del anochecer, reanimando sin esfuerzos toda aquella historia, la mas hermosa, la mas llena, la mas palpitante de todas las historias de hombres que han manejado la espada ó la palabra. ¡Qué tiempo aquel para el

genio! ; y qué de genio, de grandeza, de sabiduría, de luz, y aun de virtud (porque por entonces murió Sócrates) para aquel tiempo! Este momento se le parece, en Europa, y sobre todo en Francia, la Atenas vulgar de los tiempos modernos... — ¡Pero solo la flor de Francia y de Europa es Atenas; la masa es bárbara todavía! Supongamos á Demóstenes hablando su lengua ardiente, sonora, colorada, á una reunion popular de una de nuestras ciudades actuales; ¿quien la comprenderia? — La desigualdad de la educacion y de las luces es el grande obstáculo á nuestra civilizacion completa moderna. ¡El pueblo es señor, pero no es capaz de serlo; esta es la razon porque destruye en todas partes, y no hace en ninguna nada bello, duradero, magestuoso! Todos los Atenienses comprendian á Demóstenes, sabian su lengua, juzgaban bien su legislacion y sus artes. — Era un pueblo de hombres escogidos; tenia las pasiones del pueblo, sin tener su ignorancia; cometia crímenes y no hacia maja-

* A qui el pensamiento del autor está claro, pero la prisa y el desaliño con que redactó estos apuntes, le hacen decir literalmente una simpleza. Es evidente que si Demóstenes resucitara y se pusiera á hablar en griego en las calles de París, solo le entenderia tal cual sabio helenista. Lo que quiso y debió decir el autor es que un orador moderno, con las mismas dotes que Demóstenes, no seria tan comprendido por sus compatriotes como lo era por los suyos el célebre orador griego.

derías. — En el dia no es así, y hé aquí porqué la democracia, necesaria en derecho, parece imposible en la realidad en las grandes poblaciones modernas. — El tiempo solo puede hacer á los pueblos capaces de gobernarse á sí mismos.—Su educacion se hace por medio de las revoluciones.

La suerte del orador, como Demóstenes ó Mirabeau, los dos únicos hombres dignos de este nombre, es mas seductora que la del filósofo ó el poeta; el orador participa á la vez de la gloria del escritor y del poder de las masas sobre las cuales obra; — es el filósofo-rey, si es filósofo; pero su terrible arma, el pueblo, se rompe entre sus manos, le hiere y le mata; — y luego lo que hace, lo que dice, lo que agita en la humanidad, pasiones, principios, intereses pasajeros, no es duradero, no es eterno por su naturaleza; — el poeta por el contrario, y entiendo por poeta á todo el que crea ideas en bronce, en piedra, en prosa, en palabras ó en ritmos, el poeta no agita mas que lo que es imperecedero en la naturaleza y en el corazon humano: — los tiempos pasan, las lenguas se desgastan, pero él vive siempre todo entero, siempre *tan él*, tan grande, tan nuevo, tan poderoso, sobre el alma de sus lectores: su suerte es menos humana, pero mas divina! Es superior al orador.

Lo hermoso, lo grande seria reunir los dos destinos: ningun hombre lo ha hecho, pero no hay sin embargo ninguna incompatibilidad entre la accion y el pensamiento en una inteligencia completa: — la accion es hija del pensamiento, —pero los hombres, envidiosos de toda preeminencia, jamas conceden dos poderes á una misma cabeza; — ¡la naturaleza es mas liberal! — Los hombres proscriben del dominio de la accion al que descuella en el de la inteligencia y la palabra: —no quieren que Platon haga leyes reales, ni que Sócrates gobierne una aldea.

Envié á pedir al bey turco, Jusuf-Bey, comandante del Atica, permiso para subir á la ciudadela con mis amigos y visitar el Partenon. — Me despachó un jenízaro para acompañarnos y salimos el 20, á las cinco de la mañana, acompañados de M. Gropius. — Todo se acalla ante la impresion incomparable del Partenon, de ese templo de los templos construido por Setino, decretado por Pericles, decorado por Fidias; — tipo único y exclusivo de lo bello, en las artes de la arquitectura y de la escultura, — especie de revelacion divina de la belleza ideal, recibida un dia por el pueblo artista por escelencia, y transmitida por él á la posteridad, en pedazos de marmol imperecederos y en esculturas que vivirán eternamente. — Este monumento, tal cual estaba

con el conjunto de su situacion, de su natural pedestal, de sus escaleras decoradas de estatuas sin rivales, de sus grandiosas formas, de su ejecucion acabada en todos los pormenores, de su materia, de su color, luz petrificada; — este monumento confunde, hace siglos, la admiracion sin saciarla; cuando se ve de él lo que yo he visto solamente, con sus magestuosos pedazos mutilados por las bombas venecianas, por la explosion del polvorin bajo Morosini, por el martillo de Teodoro, — por los cañones de los Turcos y de los Griegos; — sus enormes columnas tendidas en el pavimento, sus capiteles derruidos, sus triglifos rotos por los agentes de lord Elgin, sus estatuas arrebatadas por buques ingleses; — lo que de él queda es suficiente para que yo sienta que ese es el mas hermoso poema escrito en piedra sobre la faz de la tierra; pero, tambien lo siento, es demasiado pequeño: su efecto está destruido. — Paso horas deliciosas tendido á la sombra de las Propileas, fijos los ojos en el ruinoso frontispicio del Partenon; percibo la antigüedad toda entera en la obra mas divina que ha producido; — ¡lo demas no merece la palabra que lo describe! ¡El aspecto del Partenon hace aparecer, mas que la historia, la colosal grandeza de un pueblo. ¡Pericles no debe morir! ¡Qué civilizacion tan sobrehumana la que

halló un grande hombre para decretar, un arquitecto para concebir, un escultor para decorar, estatuarios para ejecutar, jornaleros para construir, un pueblo para costear, y ojos para comprender y admirar semejante edificio! ¿Donde, cuando se volverán á hallar una época y un pueblo semejantes? Nada lo anuncia. A medida que el hombre envejece, pierde la savia, el fuego, el desinterés necesarios para las artes! — Las Propileas, — el templo de Erecteo ó el de las Cariátides estan al lado del Partenon. — Son obras maestras, pero están como ahogadas en esa otra grande obra maestra; el alma, herida con demasiada fuerza á la vista del primero de esos edificios, no tiene ya energía para admirar los demas: ¡es preciso ver é irse! — llorando menos sobre la devastacion de esa obra sobrehumana del hombre que sobre la imposibilidad para el hombre de igualar jamas su sublimidad y su armonía; — esa es una de aquellas revelaciones que el cielo no envia dos veces á la tierra: — es como el poema de Job ó el cantar de los cantares, como el poema de Homero ó la música de Mozart! Esas cosas se hacen, se ven, se oyen, y luego no se vuelven á hacer, á ver ni á oír hasta la consumacion de los siglos: — ¡felices los hombres por quienes pasan esas divinas inspiraciones! — ¡Mueren, pero han probado al hombre lo que puede

ser el hombre! ¡Y Dios los llama á sí para celebrarle en otros sitios y en una lengua mas poderosa todavía!—Ando errante todo el dia, silencioso, entre estas ruinas, y vuelvo á la posada, deslumbrados los ojos con aquellas formas y aquellos colores, lleno el corazon de recuerdos y admiracion. — El género gótico es bello, pero le faltan el orden y la luz, — el orden y la luz, los dos principios de toda creacion eterna! — Adios para siempre al género gótico.

De todos los libros que pueden hacerse, el mas difícil, en mi concepto, es una traduccion. Ahora bien, viajar es traducir; es traducir á la vista, á la mente, al alma del lector, los sitios, los colores, las impresiones, los sentimientos que la naturaleza ó los monumentos humanos dan al viajero. Es preciso saber juntamente ver, sentir y espresar; y espresar, ¿cómo? no con líneas y colores, como el pintor, cosa facil y sencilla; no con sonidos, como el músico, sino con palabras, con ideas que no encierran ni sonidos, ni líneas, ni colores. Estas reflexiones hacia yo, sentado en las gradas del Partenon, teniendo delante de mis ojos á Atenas y el bosque de olivos del Pireo y el azul mar de Egeo, y sobre mi cabeza la magestuosa sombra del friso del templo de los templos. — Quería llevarme para mí un recuerdo escrito de aquel momento de mi vida! sentía que

aquel caos de marmol, tan sublime, tan pintoresco en mis ojos, se desvaneceria de mi memoria, y queria poder volver á hallarle cuando quisiera en la vulgaridad de mi vida futura. — Escribamos pues; lo que voy á escribir no será el Partenon, pero será á lo menos una sombra de esa gran sombra que se alza hoy sobre mí.

De en medio de las ruinas que fueron Atenas, y que los cañones de los Griegos y de los Turcos han pulverizado y sembrado en todo el valle y sobre las dos colinas donde se estendia la ciudad de Minerva, se alza una montaña tajada perpendicularmente por todos lados. — Rodéanla inmensas paredes, que formadas en su base con fragmentos de marmol blanco, y mas arriba con restos de frisos y de columnas antiguas, rematan por algunos puntos en almenas venecianas. Aquella montaña se parece á un magnífico pedestal, labrado por los mismos dioses para asentar sobre él sus altares. Su cima, allanada para recibir las areas de aquellos templos, no tiene arriba de quinientos pies de longitud sobre dos ó trescientos de anchura, y domina todas las colinas que formaban el suelo de Atenas antigua y las vegas del Pentélico, la corriente del liso, la llanura del Pireo, la cordillera de valles y de cimas que se redondea y se estiende hasta Corinto, y el mar, en fin, sembrada de las islas de Sala-

mina y de Egina, donde brillan en la altura los frontispicios del templo de Júpiter Panhelenio. — Ese horizonte es admirable todavía, ahora que todas esas colinas están peladas y reflejan, como un bronce pulimentado, los rayos reverberados del sol de Atica.... pero ¿qué horizonte debía tener desde allí Platon á la vista, cuando Atenas, viva y vestida de sus mil templos inferiores, zumbaba á sus pies como una colmena demasiada llena; cuando la gran muralla del Pireo trazaba hasta el mar una calle de piedra y de marmol llena de movimiento, y por donde la poblacion de Atenas discurría en todas direcciones como una marejada; cuando el Pireo mismo, y el puerto de Falera, y el mar de Atenas y el golfo de Corinto estaban cubiertos de bosques de mástiles ó de relucientes velas; cuando las laderas de todas las montañas, desde las que ocultan á Maraton hasta el Acrópolis de Corinto, anfiteatro de cuarenta leguas de semi círculo, estaban salpicadas de selvas, dehesas, oliuos y viñas, y las aldeas y las ciudades decoraban por todas partes aquel espléndido ceñidor de montañas!

— Desde aquí veo los mil caminos que bajaban de aquellas montañas, trazados en las vertientes del Himeto, en todas las sinuosidades de las gargantas y de las vegas que van todas, como cauces de torrentes, á desembocar en Atenas,—

oigo los rumores que se alzan de ellas, los martillazos de los jornaleros en las canteras de marmol del monte Pentélico, el ruido de las piedras que ruedan por las pendientes de sus precipicios, y todas aquellas voces que llenan de vida y de bullicio las cercanías de una gran capital. — Por el lado de la ciudad, veo subir por la via sacra, labrada en la vertiente misma del Acrópolis, la religiosa poblacion de Atenas que va á implorar á Minerva y á hacer humear el incienso de todas sus divinidades domésticas en el sitio mismo en que estoy sentado ahora y donde respiro el polvo solo de aquellos templos.

Reconstruyamos el Partenón, cosa facil, pues no ha perdido mas que su friso y sus compartimentos interiores: las paredes exteriores cinceladas por Fidias, las columnas ó los fragmentos de las columnas subsisten todavía. El Partenon estaba enteramente construido con marmol blanco, llamado marmol pentélico, del nombre de la vecina montaña de donde se sacaba: — consistía en un cuadrilongo rodeado de un peristilo de cuarenta y seis columnas de orden dórico. — Cada columna tiene seis pies de diámetro en su base, y treinta y cuatro de elevacion. — Las columnas asientan sobre el pavimento mismo del templo y no tienen base. — En cada estremidad del templo existe ó existía un pórtico de seis co-

lumnas. — La dimension total del edificio era de doscientos veintiocho pies de longitud, sobre doscientos de anchura : su altura era sesenta y seis pies. No presentaba á la vista mas que la magestuosa sencillez de sus lineas arquitectónicas : — era un solo pensamiento de piedra, uno é inteligible de una sola mirada, como el pensamiento antiguo. — Era preciso acercarse para contemplar la riqueza de los materiales y la inimitable perfeccion de los adornos y de los pormenores. — Pericles habia querido hacer de él tanto una reunion de todas las obras maestras del ingenio y de la mano del hombre como un homenaje á los dioses ; — ó mas bien, era el ingenio griego todo entero, ofreciéndose bajo aquel emblema, como un homenaje á la divinidad. Los nombres de todos los que han labrado una piedra, ó modelado una estatua del Partenon se han hecho inmortales.

Olvidemos lo pasado, y contemplemosle cual está ahora al cabo de dos mil años que llevan de estarle hollando los siglos, la guerra de las religiones bárbaras y pueblos estúpidos.

Solo faltan algunas columnas, que se ven derribadas en brillantes y enteros pedazos sobre el pavimento ó en los templos vecinos ; algunas, como los grandes robles del bosque de Fontainebleau, han quedado inclinadas sobre las otras

columnas ; otras han resbalado desde lo alto del parapeto que ciñe el Acrópolis, y yacen, en enormes fragmentos quebrantados, unas sobre otras, como en una cantera las piedras que ha desechado el arquitecto. — Sus lados están dorados por aquella corteza de sol que los siglos estienden sobre el marmol : sus rajadas aparecen blancas como marfil labrado de ayer. Hacia esta parte del templo forman un caos reluciente de marmol de todas formas, de todos colores, tirado, amontonado en el mas estraño y magestuoso desorden ; de lejos, creeria uno ver la espuma de enormes oleadas que van á estrellarse en un cabo batido por los mares. La vista no acierta á arrancarse de aquellas ruinas ; uno las contempla, las sigue, las admira, las compadece con aquel sentimiento que inspirarian unos seres que hubieran tenido ó que tuvieran todavía el sentimiento de la vida. Es el mas sublime efecto de ruinas que jamas han podido producir los hombres, porque es la ruina de lo mas bello que han hecho jamas !

Si se entra bajo el peristilo y bajo los pórticos, todavía puede uno creerse en el momento en que se estaba acabando de construir el edificio ; las paredes interiores están tan bien conservadas, la faz de los mármoles está tan reluciente y tan tersa, las columnas están tan derechas, las

partes conservadas del edificio tan admirablemente intactas, que todo parece que está saliendo de manos del artifice; solamente que el espléndido azul del cielo es el único techo del Partenon, y que por entre las grietas de las paredes la vista penetra hasta el inmenso y voluminoso horizonte del Atica. Todo el suelo en derredor está atestado de fragmentos de escultura ó de pedazos de arquitectura que parece que aguardan la mano que debe levantarlos á su sitio en el monumento que los espera. — Los pies tropiezan á cada paso en las obras maestras del cincel griego; uno las coge y luego las tira para coger otras mas curiosas, hasta que se cansa uno de este inutil afan: todo aquello no es mas que obras maestras pulverizadas. — Las pisadas se imprimen en un polvo de marmol; acaba uno por mirarle con indiferencia, y queda insensible y mudo, sumergido en la contemplacion del conjunto y en los mil pensamientos que salen de cada una de aquellas ruinas. Estos pensamientos son de la misma naturaleza que la escena en que se respiran; son graves como aquellas ruinas de los tiempos pasados, como aquellos magestuosos festigos de la vanidad de las cosas humanas, pero serenos como el cielo que está sobre nuestras cabezas; están inundados de una luz armoniosa y pura, son elevados

como ese pedestal del Acrópolis que parece que domina la tierra, resignados y religiosos como ese monumento erigido á un pensamiento divino que Dios ha dejado desmoronarse para dar cabida á mas divinos pensamientos! No siento aquí tristeza en mí; el alma está ligera aunque pensativa; mi mente abarca el orden de las voluntades divinas, de los destinos humanos; admira que le haya sido dado al hombre elevarse á tanta altura en las artes y en una civilizacion material; concibe que Dios haya roto luego ese admirable molde de un pensamiento incompleto; que la unidad de Dios, reconocida en fin por Sócrates en estos mismos sitios, haya retirado el soplo de vida de todas aquellas religiones que habia producido la imaginacion de los primeros tiempos; que esos templos se hayan desplomado sobre sus dioses; — la idea del Dios único encerrada en el entendimiento humano vale mas que todos esos templos de marmol donde no se adoraba mas que su sombra. Esta idea no tiene necesidad de templos contruidos por la mano del hombre; la naturaleza entera es el templo en que adora. A medida que las religiones se espiritualizan, los templos desaparecen; la misma religion cristiana que ha construido el género gótico para animarle con su aliento, deja irse arruinando poco á poco sus admirables basíli-

cas. Los millares de estatuas de sus semidioses van bajando por grados de sus aereos zócales al rededor de sus catedrales: — ella tambien se trasforma, y sus templos van quedando mas desnudos y siendo mas sencillos á medida que ella por su parte se despoja de las supersticiones de sus siglos de tinieblas, y reasume mas el gran pensamiento que propagó sobre la tierra, pensamiento del Dios único probado por la razon y adorado por la virtud!



VISITA AL BAJA.

El 20 por la tarde, fuí á dar gracias á Jusuf, bey de Negroponto y de Atenas. Entré en un patio moruno; las anchas galerías de los dos pisos estaban sostenidas por columnitas de marmol negro. Habia en medio del patio una fuente vacía, y cuadras alrededor. Subí una escalera de madera á cuyo pie estaban formados varios espahys¹, y me introdujeron en la habitacion del bey. En el fondo de una espaciosa y rica habitacion decorada de ensambladuras de pequeños compartimentos sembrados de flores, de arabescos y oro, en el rincon de un ancho divan de ca-

¹ Soldados de caballeria entre los Turcos.

simir de las Indias, estaba sentado el bey á la manera turca; — su cabeza estaba entre las manos de su barbero, bizarro mancebo vestido con un riquísimo trage militar y con soberbias armas en la cintura; ocho ó diez esclavos, en varias actitudes, estaban diseminados por la estancia. El bey mandó que se me pidiese perdón de haberse dejado sorprender en el momento de estarse afeitando la cabeza, y me hizo sentar en el divan no lejos de él: — sentéme en efecto y empezó la conversacion. Hablamos del objeto de mi viaje, del estado de la Grecia, de los nuevos límites señalados por la conferencia de Lóndres, de las negociaciones terminadas de M. Stratford Canning, cosas que el bey parecia ignorar profundamente y sobre las que me preguntaba con el mas vivo interés. Pronto un esclavo que traia en la mano una larga pipa cuya boquilla era de ambar amarillo y cuyo tubo estaba cubierto de seda rizada, se acercó á mí á pasos contados y mirando al suelo; luego que hubo calculado exactamente entre sí la distancia rigurosa desde el punto del piso donde dejaba la pipa hasta mi boca, la dejó en el suelo, y andando circularmente para no torcerla, se llegó á mi dando un rodeo y me puso, inclinándose, la boquilla de ambar en las manos al alcance de mis labios. Inclinéme á mi vez hácia el bajá, que me volvíó mi

cas. Los millares de estatuas de sus semidioses van bajando por grados de sus aereos zócales al rededor de sus catedrales: — ella tambien se trasforma, y sus templos van quedando mas desnudos y siendo mas sencillos á medida que ella por su parte se despoja de las supersticiones de sus siglos de tinieblas, y reasume mas el gran pensamiento que propagó sobre la tierra, pensamiento del Dios único probado por la razon y adorado por la virtud!



VISITA AL BAJA.

El 20 por la tarde, fuí á dar gracias á Jusuf, bey de Negroponto y de Atenas. Entré en un patio moruno; las anchas galerías de los dos pisos estaban sostenidas por columnitas de marmol negro. Habia en medio del patio una fuente vacía, y cuadras alrededor. Subí una escalera de madera á cuyo pie estaban formados varios espahys¹, y me introdujeron en la habitacion del bey. En el fondo de una espaciosa y rica habitacion decorada de ensambladuras de pequeños compartimentos sembrados de flores, de arabescos y oro, en el rincon de un ancho divan de ca-

¹ Soldados de caballeria entre los Turcos.

simir de las Indias, estaba sentado el bey á la manera turca; — su cabeza estaba entre las manos de su barbero, bizarro mancebo vestido con un riquísimo trage militar y con soberbias armas en la cintura; ocho ó diez esclavos, en varias actitudes, estaban diseminados por la estancia. El bey mandó que se me pidiese perdón de haberse dejado sorprender en el momento de estarse afeitando la cabeza, y me hizo sentar en el divan no lejos de él: — sentéme en efecto y empezó la conversacion. Hablamos del objeto de mi viaje, del estado de la Grecia, de los nuevos límites señalados por la conferencia de Lóndres, de las negociaciones terminadas de M. Stratford Caning, cosas que el bey parecia ignorar profundamente y sobre las que me preguntaba con el mas vivo interés. Pronto un esclavo que traia en la mano una larga pipa cuya boquilla era de ambar amarillo y cuyo tubo estaba cubierto de seda rizada, se acercó á mí á pasos contados y mirando al suelo; luego que hubo calculado exactamente entre sí la distancia rigurosa desde el punto del piso donde dejaba la pipa hasta mi boca, la dejó en el suelo, y andando circularmente para no torcerla, se llegó á mi dando un rodeo y me puso, inclinándose, la boquilla de ambar en las manos al alcance de mis labios. Inclinéme á mi vez hácia el bajá, que me volvíó mi

saludo, y empezamos á fumar. Un galgo blanco de Atenas, con la cola y las patas pintadas de amarillo, dormia á los pies del bey : cumplimentéle por la hermosura de aquel animal y le pregunté si era cazador, á lo que me respondió que no, pero que su hijo, que se hallaba á la sazón en Negroponto, era muy apasionado á aquel ejercicio; añadió que me habia visto pasar por las calles de Atenas con un galgo blanco tambien, pero de raza mas pequeña, y que le habia parecido incomparablemente hermoso, y que, si yo tenia varios, seria para él la mayor satisfaccion poseer uno como el mio. Prometile de vuelta en mi patria enviarle uno, en señal de recuerdo y gratitud de sus bondades, en Atenas. Otro esclavo trajo entonces el café en unas tazitas muy chicas de China metidas en unas especies de marcelinas de filigrana.

La fisonomía de aquel turco tenia el caracter que luego he reconocido en todas las caras de los musulmanes que he tenido ocasion de ver en Siria y en Turquía; — nobleza, dulzura, y aquella sosegada y serena resignacion que da á esos hombres la doctrina de la predestinacion, y á los verdaderos cristianos la fe en la Providencia; — en unos y en otros existe el mismo culto de la voluntad divina, — uno llevado hasta el error, hasta lo absurdo, — otro, expresion triste y ver-

dadera de la universal y misericordiosa sabiduría que preside al destino de todo lo que se ha dignado crear. Si una conviccion pudiera ser una virtud, el fatalismo, ó mas bien, el providentismo seria la mia! Yo creo en la accion completa, siempre en actividad, siempre presente, de la voluntad de Dios: — el mal solo se opone en nosotros á que esa voluntad divina produzca siempre el bien! Desde el momento en que nuestro destino está alterado, malogrado, pervertido, si lo consideramos bien, reconoceremos siempre que es por efecto de una voluntad nuestra, de una voluntad humana, es decir, corrompida y perversa; si dejáramos obrar á la sola voluntad siempre buena, seriamos siempre buenos y siempre felices! ; el mal no existiria! ; Esos dogmas del Coran no son mas que el cristianismo alterado, pero esa alteracion no ha podido desnaturalizarlos! ; Ese culto está lleno de virtudes, y amo á ese pueblo, porque es el pueblo de la oracion!

.....
22 de agosto 1852. ®

Vivas inquietudes por la salud de mi hija; — triste paseo al templo de Júpiter Olimpico y al

Stadi. Hemos bebido agua del fangoso é infecto arroyo, que es el Iliso! Apenas tiene bastante profundidad para cubrir mi mano. — Esterilidad, desnudez, color de escoria de hierro, derramados sobre toda esa campiña de Atenas! ; Oh campos de Roma, sepulturas doradas de los Escipiones, verde y sombría fuente de Egeria! ; Qué diferencia! ; Y cuan superior es tambien el cielo de Roma á este cielo tan decantado del Atica!

23 de agosto 1852.

Salimos por la noche. — Bella aurora bajo el bosque de olivos del Pireo, al ir al mar.

El bergantin de guerra, *el Genio*, capitan Cuneo de Ornano, nos aguardaba, y levantamos el ancla. — Una fresca brisa del norte nos pone en tres horas delante del cabo Sunio, cuyas amarillas columnas vemos señalar en el horizonte la estampa siempre viva del verbo de la filosofía griega, de aquel Platon, de quien yo seria discípulo, si Cristo no hubiera hablado, ni vivido, ni padecido, ni perdonado al espirar.

Noche terrible pasada en medio de las Cícladas. — El viento cede al amanecer. — Hermosa y dulce navegacion hasta la tarde: — á la noche,

furiosos vendabales entre la isla de Amorgos y la de Stampalia. — Gemido doloroso del buque; sordos embates de la marejada en la popa. — Vaivenes que nos echan ya sobre una ola, ya sobre otra. — Paso la noche velando á la niña y paseándome sobre cubierta. ; Noche dolorosa! ; Cuántas veces me estremezco pensando que he confiado tantas vidas á un solo azar! ; Qué ventura la mia si un espíritu celestial llevase á Julia bajo las serenas sombras de Saint-Point! ; Mi propia vida, medio gastada ya, ha perdido mas de la mitad de su valor para mí! ; pero esa otra vida, mia tambien, que brilla en esos hermosos ojos, que palpita en ese pecho juvenil, me es cien veces mas cara que la mia propia! ; Por ella sobre todo ruego al soplo que levanta las olas que no se ensañe en esa cuna que tan imprudentemente le he confiado! — Sin duda oye mi ruego; las olas se serenán, el día aparece, las islas huyen á nuestras espaldas, Rodas se muestra á la derecha, en la brumosa lontananza del horizonte de Asia; y las altas cimas de la costa de Caramania, blancas como la nieve de los Alpes, se elevan resplandecientes encima de las flotantes nubes de la noche. — ; Ya veo en fin el Asia!

La impresion que produce su vista escede á la de los horizontes de la Grecia! ; Siente uno un aire mas suave; el mar y el cielo están teñidos de

un color azul mas sereno y mas pálido; la naturaleza se dibuja en masas mas magestuosas! ¡Respiro y conozco que entro en una region mas vasta! La Grecia es pequeña, — nudosa, pobre; — ¡es el esqueleto de un enano! — ¡Ese otro es el de un gigante! — Negras selvas cubren las laderas de los montes de Marmoriza, y se ve de lejos caer torrentes blanqueados con la espuma en las profundas barrancas de la Caramania.

Rodas sale, como un ramillete de verdura, del seno de las olas; los ligeros y graciosos minaretes de sus blancas mezquitas se alzan encima de sus bosques de palmas, de algarrobos, de sicomoros, de plátanos, de higueras, y atraen de lejos las miradas del navegante sobre aquellos deliciosos retiros de los cementerios turcos, donde todas las noches se ve á los Musulmanes, tendidos sobre el cespèd de las sepulturas de sus amigos, fumar y hablar tranquilamente como centinelas que esperan á que vayan á relevarlas, como hombres indolentes que gustan de echarse en sus camas y ensayar el sueño antes de la hora del último reposo. A las diez de la mañana, nuestro bergantin se halla de repente rodeado de cinco ó seis fragatas turcas que cruzan á toda vela por delante de Rodas; — una de ellas se acerca al alcance de la voz y nos pregunta en francés quienes somos: — nos saludan

cortesmente, y pronto echamos el ancla en la rada de Rodas, en medio de treinta y seis buques de guerra del capitan-baja, Halil-Bajá. — Dos buques de guerra franceses, uno de vapor, el *Esfinge*, mandado por el capitan Sarlat, y el otro, una corveta, el *Acteon*, mandado por el capitan Vaillant, están fondeados no lejos de nosotros. Los oficiales vienen á nuestro bordo á pedirnos noticias de Europa. Por la tarde damos las gracias al comandante del bergantin el *Genio*, M. de Ornano, que se vuelve con el *Acteon*. — Continuaremos solos nuestra navegacion hácia Chipre y la Siria.

Pasamos dos dias en Rodas recorriendo esta primera ciudad turca: — caracter oriental de los mercados, tiendas moriscas de madera tallada; — calle de los caballeros, donde todas las casas conservan todavía intactos, sobre el portal, los escudos de las antiguas casas de Francia, de España, de Italia y de Alemania. — Rodas conserva hermosos restos de sus antiguas fortificaciones; la rica vegetacion de Asia que las corona y las rodea les comunica la belleza que tienen las de Malta: — una orden que pudo dejarse arrojar de tan magnífica posesion recibia el golpe mortal! El cielo parece que ha querido hacer de esta isla un puesto avanzado sobre el Asia: — una potencia europea que fuera dueña de ella

poseeria juntamente la llave del Archipiélago, de la Grecia, de Esmirna, de los Dardanelos, del mar de Egipto y del mar de Siria. — No conozco en el mundo una posicion militar marítima mas ventajosa, ni un cielo mas hermoso, ni un suelo mas risueño y fecundo. — Los Turcos han impreso en esta isla ese caracter de inaccion é indolencia que llevan adonde quiera que van! Todo está allí en la inercia y en una especie de miseria; — pero ese pueblo, que no crea nada, que no renueva nada, tampoco rompe ni destruye cosa alguna; deja á lo menos á la naturaleza obrar libremente en rededor suyo; respeta los árboles hasta en medio de las calles y de las casas que habita; agua y sombra, el murmullo que adornece y la frescura voluptuosa, son sus primeras, sus únicas necesidades. — Así es que apenas se acerca uno, en Europa ó en Asia, á un país poseido por los Musulmanes, le reconoce uno de lejos por el rico y sombrío velo de verdura que flota sobre él; — árboles para sentarse á su sombra, surtidores, manantiales para meditar á su blando rumor, silencio y mezcitas de ligeros minaretes, alzándose á cada paso del seno de un suelo piadoso, — esto es todo lo que necesita ese pueblo, que no sale de esta dulce y filosófica apatía mas que para montar sus caballos del desierto y volar sereno á la muerte por

su profeta y por su Dios. El dogma del fatalismo ha hecho de los Turcos el pueblo mas valiente del mundo; y aunque la vida es para él leve y dulce, la que le promete el Coran en premio de una vida sacrificada es á tal punto mas deliciosa todavía que solo necesita hacer un pequeñísimo esfuerzo para lanzarse desde este mundo al mundo celestial que ve delante de sí radiante de hermosura, de holganza y de amor! ¡Su religion es la religion de los heroes! pero esa religion palidece en la fe del musulman, y el heroismo se apaga con la fe que es su principio; á medida que los pueblos vayan creyendo menos, sea en un dogma sea en una idea, morirán menos voluntaria y menos noblemente. — Sucederá como en Europa: ¿para qué morir si la vida vale mas que la muerte, si ninguna inmortalidad se gana inmóndose á un deber? Así es que la guerra va á disminuir y á acabar en Europa, hasta que una fe cualquiera se reanime y hable en el corazon del hombre con mas fuerza que el vil instinto de la vida.

Hechiceras figuras de mugeres vistas por la noche sentadas en las azoteas á la luz de la luna. — Sus ojos son los de las Italianas, pero mas dulces, mas tímidos, mas penetrados de ternura y de amor; su talle es el de las griegas, pero mas redondeado, mas flexible, con movimientos mas

suaves y graciosos. Su frente es espaciosa, tersa, blanca, lisa como la de las mas hermosas mugeres de Inglaterra ó de Suiza, pero la linea regular, recta y ancha de la nariz, da mas magestad y nobleza antigua á sus fisonomías. — Los escultores griegos hubieran sido mucho mas perfectos, si hubieran tomado por modelo á las mugeres del Asia! — Y luego es cosa tan dulce para un europeo, acostumbrado á las caras cansadas, á la fisonomía trabajada y contractada de las mugeres de Europa, y sobre todo de las mugeres de los salones, ver en fin caras tan sencillas, tan puras, tan serenas como el marmol que acaba de salir de la cantera! ¡Caras que no tienen mas que una sola espresion, el reposo y la ternura, y en las cuales el ojo lee tan pronto y tan fácilmente como en las letras mayúsculas de una magnífica edicion de lujo!

La sociedad y la civilizacion son evidentemente enemigas de la belleza física. Multiplican demasiado las impresiones y los sentimientos, y como la fisonomía recibe y conserva involuntariamente su estampa, se complica y se altera en su esencia; adquiere un no sé qué de confuso é incierto que destruye su sencillez y su encanto: — es una lengua que tiene demasiadas voces y que ya no se entiende porque es demasiado rica.

.....

27 de agosto, 1852.

A medio dia, damos la vela de Rodas para Chipre con un tiempo delicioso: mis ojos no se apartan de Rodas hasta que al fin se hunden en el mar. — Siento alejarme de esa hermosa isla, en la que de buena gana me estableceria si estuviera menos separada del mundo vivo con el que el destino y el deber nos imponen la ley de vivir! ¡Qué deliciosos retiros en las faldas de esas altás montañas y en esas laderas sombreadas por todos los árboles de Asia! Me han enseñado una casa magnífica perteneciente al antiguo bajá, rodeada de tres grandes y ricos jardines regados por abundantes fuentes, adornados de bellísimas glorietas. — Piden por ella 16,000 piastras de capital, es decir sobre 4,000 francos. — ¡Felicidad verdaderamente barata!

.....

28 de agosto, 1852.

La mar está hermosa, pero pesada, sin viento; inmensas oleadas vienen del oeste á rodar

magestuosamente bajo nuestra popa y nos echan por espacio de tres dias y de tres noches, ya sobre un costado, ya sobre otro. — ¡Qué insopor- table martirio es un movimiento sin resultado! — ¡es el tormento de Sísifo! El cuarto dia di- visamos la punta oriental de Chipre; pasamos un dia costeando la isla, y no echamos el ancla en la rada de Larnaca hasta el sexto por la ma- ñana.

M. Bottu, consul de Francia en Chipre, reco- noce el buque donde sabe que estamos embar- cados, y envia á bordo una de las personas de su consulado para convidarnos á ir á hospedar- nos á su casa y á aceptar una hospitalidad á la que no tenemos mas derecho que su estremada amabilidad: — acepto y vamos á tierra: — M. y madama Bottu nos reciben con la mayor finura y cordialidad: — M. Perthier y M. Guillois, agre- gados al consulado, nos colman tambien de aten- ciones; recibimos y pagamos visitas; — regalos, — café, vino de Chipre, enviados por M. Mathei, uno de los magnates de la isla.

.....
51 de agosto.

Pasamos dos dias en Chipre, disfrutando el

placer del descanso despues de una larga nave- gacion, y entre los agasajos de la mas grata é inesperada hospitalidad: tal es el estado de mi ánimo en Chipre, pero esto es todo. Este pais, que me habian ponderado como el jardin mági- co de las islas del Mediterraneo, se parece ente- ramente á todas las islas peladas, mustias y po- bres del Archipiélago; — es el casco de una de aquellas islas encantadas donde la antigüedad habia colocáo la escena de uno de sus mas poé- ticos cultos: — verdad es que, impaciente por llegar á Asia, no he visitado mas que con la vista los puntos lejanos y pintorescos de que se dice que está llena esta isla: — á mi regreso pienso detenerme en ella un mes y recorrer despacio las montañas de Chipre.

La isla es fertil en todas sus partes; naranjas, aceitunas, uvas, higos, vino, algodón, todo se da en este suelo, hasta la caña de azucar. Esta tier- ra de promision, este hermoso reino para un caballero de las cruzadas ó para un general de Bonaparte, mantenia en otro tiempo hasta dos millones de habitantes; en el dia no contiene mas que treinta mil habitantes griegos y algunos turcos. Nada seria mas facil que apoderarse de esta soberanía; un aventurero lo conseguiria sin dificultad con un puñado de valientes y algunos millones de piastras; la empresa mereceria la

pena de intentarse, si hubiera probabilidad de conservar lo adquirido; pero la Europa que tiene tanta necesidad de colonias, se opone á que se las den; las rivalidades de las potencias auxiliarían á los Turcos, sembrarían la discordia en la nueva conquista, y el conquistador experimentaría la suerte del rey Teodoro. — ¡Qué lástima! Esto no es mas que un hermoso sueño, y ocho días lo convertirían en una hermosa realidad.

.....

A la vela, 25 de setiembre, 1852.

Dimos la vela anoche á las doce: nuestros amigos de Chipre, MM. Bottu y Perthier pasaron la noche con nosotros sobre cubierta en el bergantín, y no se retiraron hasta las doce, dejándonos los mas vivos sentimientos de gratitud por las bondades que han tenido con nosotros. Singular destino es el del viagero; por todas partes va sembrando afectos y recuerdos dulces ó tristes; nunca deja un sitio sin el deseo y la esperanza de volver á él para ver á los que pocos dias antes no conocia. Cuando llega, todo le es indiferente en la tierra por donde tiende la vista; cuando se va, siente que hay ojos y corazones que le siguen desde la playa que ve alejarse de tras de sí. Él tambien fija en ella sus miradas y

deja en ella algo de su propio corazon; luego el viento le impele hácia otro horizonte, donde van á renovarse para él las mismas escenas, las mismas impresiones. Viajar es multiplicar con la llegada y la partida, con los conocimientos y las despedidas, las impresiones que los sucesos de una vida sedentaria no ofrecen sino de tarde en tarde; es experimentar cien veces en el año un poco de lo que se experimenta en la vida ordinaria conociendo, amando y perdiendo á seres que la Providencia ha puesto en nuestro camino. Partir, es como morir cuando se dejan esos paisajes lejanos adonde el destino no conduce dos veces al viagero. Viajar, es reasumir una larga vida en pocos años; es uno de los mas recios ejercicios que el hombre puede dar á su corazon como á su pensamiento. El filósofo, el hombre político, el poeta, deben haber viajado mucho. Mudar de horizonte moral, es mudar de pensamiento.

.....

5 de setiembre, 1852.

Nos despertamos en alta mar: ya no vemos las blancas costas de esa isla, ni la redonda cumbre del Olimpo. El mar está sereno como un gran lago; una densa y argentada bruma ciñe por todas partes el horizonte. Una debil brisa, lenta y

desigual, viene de cuando en cuando á morir en nuestras anchas velas: un sol de plomo quema las tablas de nuestro puente que regamos para refrescarlas. Los marineros están tendidos en los barrotes y en las jarcias, sin palabra, sin movimiento, chorreádoles el sudor de las frentes. El aire falta á la respiracion: — es un verdadero incendio en el mar: parece que se respira anticipadamente la húmeda y ardiente reverberacion de las aronas del desierto, del que todavía estamos sin embargo á ciento cincuenta leguas. Así se pasan las horas. No tiene uno fuerza para hablar ni aun para leer. Entreatro de cuando en cuando la Biblia para buscar en ella lo relativo al Libano, primeras cumbres que deben en breve herir nuestra vista. Leo la historia de Herodes en el historiador Josefo.

4 de setiembre, 1832.

La misma ausencia de viento; el mismo incendio del cielo. La mar humea de calor, y sus aguas muertas están veladas por una niebla que no agita ningun viento. Espiamos hasta donde alcanza la vista las ligeras arrugas que trazan en su superficie algunas brisas perdidas; vemos á una de ellas acercarse lentamente al bergantín

animando un poco el color del mar, é hinchando un poco al fin nuestras velas: el bajel cruge y levanta un poco de espuma hácia la proa. Los pechos se dilatan; todos se acercan al bordo por donde sopla la brisa. Siente uno deslizarse un poco de frescura sobre su frente, bajo los mechones húmedos de su cabello, y luego todo vuelve al calmazo y al horno acostumbrados. El agua que bebemos está tibia; nadie tiene aliento para comer. Si este estado se prolongase, el hombre no viviría mucho tiempo; por fortuna ya no nos quedan mas que seis semanas de estos calores, que acaban á mediados de octubre.

4 de setiembre, por la noche.

Desde las cinco hasta las ocho, un viento fresco que soplabá del golfo de Alejandreta, nos ha hecho andar algunas leguas. Debemos estar con corta diferencia á mitad de camino entre la isla de Chipre y las costas de Siria; acaso mañana al despertarnos estaremos á la vista de las costas.

5 de setiembre, 1832.

He oído al despertarme el ligero murmullo

desigual, viene de cuando en cuando á morir en nuestras anchas velas: un sol de plomo quema las tablas de nuestro puente que regamos para refrescarlas. Los marineros están tendidos en los barrotes y en las jarcias, sin palabra, sin movimiento, chorreádoles el sudor de las frentes. El aire falta á la respiracion: — es un verdadero incendio en el mar: parece que se respira anticipadamente la húmeda y ardiente reverberacion de las aronas del desierto, del que todavía estamos sin embargo á ciento cincuenta leguas. Así se pasan las horas. No tiene uno fuerza para hablar ni aun para leer. Entreabro de cuando en cuando la Biblia para buscar en ella lo relativo al Libano, primeras cumbres que deben en breve herir nuestra vista. Leo la historia de Herodes en el historiador Josefo.

4 de setiembre, 1832.

La misma ausencia de viento; el mismo incendio del cielo. La mar humea de calor, y sus aguas muertas están veladas por una niebla que no agita ningun viento. Espiamos hasta donde alcanza la vista las ligeras arrugas que trazan en su superficie algunas brisas perdidas; vemos á una de ellas acercarse lentamente al bergantín

animando un poco el color del mar, é hinchando un poco al fin nuestras velas: el bajel cruge y levanta un poco de espuma hácia la proa. Los pechos se dilatan; todos se acercan al bordo por donde sopla la brisa. Siente uno deslizarse un poco de frescura sobre su frente, bajo los mechones húmedos de su cabello, y luego todo vuelve al calmazo y al horno acostumbrados. El agua que bebemos está tibia; nadie tiene aliento para comer. Si este estado se prolongase, el hombre no viviría mucho tiempo; por fortuna ya no nos quedan mas que seis semanas de estos calores, que acaban á mediados de octubre.

4 de setiembre, por la noche.

Desde las cinco hasta las ocho, un viento fresco que soplaba del golfo de Alejandreta, nos ha hecho andar algunas leguas. Debemos estar con corta diferencia á mitad de camino entre la isla de Chipre y las costas de Siria; acaso mañana al despertarnos estaremos á la vista de las costas.

5 de setiembre, 1832.

He oído al despertarme el ligero murmullo

producido por la estela del buque cuando anda, y me he dado prisa á subir á cubierta para ver las costas, pero aun no se divisaba nada. Las corrientes, frecuentes en este mar, podian habernos llevado muy lejos de nuestra estima; acaso estábamos á la altura de las costas bajas de la Idúmea ó del Egipto. Todos estábamos con la mayor impaciencia.



La misma fecha, á las dos de la tarde.

El capitán del bergantín ha reconocido las cimas del monte Líbano, y me llama para enseñármelas, pero yo las busco en vano en la inflamada bruma donde me las indica su dedo: nada veo mas que la trasparente niebla que levanta el calor y encima algunas capas de nubes de un color blanco mate. Él insiste, y vuelvo á mirar, pero siempre en vano; todos los marineros me enseñan sonriendo el Líbano; el capitán no comprende como no le veo como él. — Pero ¿dónde le busca vm.? me dice: no le busque vm. tan lejos: aquí, mas cerca, sobre nuestras cabezas. — En efecto, alzé los ojos hácia al cielo y ví la blanca y dorada cuesta del Sannin que se alzaba en el firmamento encima de nosotros. — La

bruma del mar me impedía ver su base y sus vertientes: solo su cabeza aparecía radiante y serena entre el azul del cielo. Aquella fué una de las mas magníficas y dulces impresiones que he experimentado en el trascurso de mis largos viajes: ya veía en fin la tierra adonde tendían entonces todos mis pensamientos, como hombre y como viagero; — la tierra sagrada, la tierra adonde iba desde tan lejos á buscar los recuerdos de la humanidad primitiva; — y sobre todo, la tierra adonde iba por último á hacer descansar en un clima delicioso, á la sombra de los naranjos y de las palmeras, los objetos que mas amaba en este mundo, mi esposa y Julia. No dudo que uno ó dos años pasados bajo aquel hermoso cielo robustecerán la salud de Julia que, de seis meses á esta parte, me da algunas veces funestos presentimientos: saludo esas montañas de Asia como un asilo adonde Dios la lleva para sanarla; una secreta y profunda alegría llena mi corazón, y no puedo desprender mis ojos del monte Líbano.

Comemos á la sombra del toldo estendido sobre el puente. La brisa continúa y se reanima á medida que declina el sol; á cada momento corremos á la proa para medir la marcha del buque por el ruido que hace hendiendo la mar: en fin, el viento refresca; las alas se rizan; largamos

cinco nudos de hora en hora; las laderas de las altas montañas cortan la niebla y se nos salen al encuentro como aereos cabos: empezamos á distinguir los profundos y negros valles que se abren en las costas; las barrancas blanquean, las peñas de las crestas se destacan á la vista; los primeros collados que arrancan de la inmediacion del mar redondean sus contornos; poco á poco creemos reconocer algunos pueblecillos en las faldas de las colinas, y grandes monasterios que coronan, como góticos castillos, las cimas de los montes intermedios. Cada objeto que alcanzamos con la vista es una alegría en el corazon; todos estamos sobre cubierta: cada uno hace observar á su vecino un objeto en que no habia reparado; uno ve los cedros del Líbano, como una mancha negra en el costado de una montaña; otro como una torre en la cumbre de los montes de Trípoli; algunos creen distinguir la espuma de las cascadas en las pendientes de los precipicios.

— Quisiera uno poder antes de la noche arribar á aquella playa tan anhelada; temblamos de que en el momento de asirla, un calmazo aduerma nuestro buque durante largos dias sobre esas olas que nos impacientan, ó que nos venga de la costa un viento contrario que nos rechace al mar de Candia: ese mar de Siria, golfo inmenso, rodeado de las altas cimas del Líbano y del Tau-

ro, es pérfido para los marinos:—no hay en él mas que temporales ó calmazos y corrientes que arrastran invenciblemente al buque muy lejos de su rumbo; y luego, no hay puertos en las costas; es preciso fondear en radas peligrosas á gran distancia de la playa; una marejada casi constante trabaja esas radas y corta las anclas; no estaremos tranquilos y seguros de haber llagado hasta que saltemos á tierra. Mientras así discurriamos y titubeábamos entre la esperanza y el temor, cae la noche de repente, no como en nuestros climas, con la lentitud y la gradacion de un crepúsculo, sino como un telon que se corre sobre el cielo y sobre la tierra. Todo se apaga; todo se borra en los negros costados del Líbano, y ya no vemos mas que las estrellas entre las cuales se balancean nuestros mástiles. El viento cae tambien, la mar duerme, y todos bajamos cada cual á nuestro camarote, en la inseguridad de nuestra suerte de mañana.

Yo no dormia; mi espíritu estaba agitado:—oía, por entre las mal trabadas tablas que separaban mi cuarto del de Julia, el resuello de mi hija dormida, y todo mi corazon reposaba sobre ella: pensaba que mañana tal vez, yo dormiria tambien mas tranquilo por esa vida tan cara que me arrepentia de haber aventurado así sobre el mar,— que una tempestad podia arrebatar en

flor.— Rogaba á Dios en mi pensamiento que me perdonase esta imprudencia, que no me castigase por haberme confiado demasiado en él, por haberle pedido mas de lo que tenia derecho para pedirle. Luego me tranquilizaba y me decía á mí mismo : — Esa niña es un angel visible que protege juntamente su propio destino y todos los nuestros : el cielo nos tomará en cuenta su inocencia y su pureza por rescate ; nos llevará al puerto, nos volverá á la patria á causa de ella. Ella habrá visto, en la mas hermosa edad de la vida, en esa edad en que todas las impresiones se incorporan, por decirlo así, con nosotros, y llegan á ser los elementos mismos de nuestra existencia, ella habrá visto lo mas bello que hay en la naturaleza, en la creacion ; los recuerdos de su infancia serán los maravillosos monumentos, las obras maestras, de las artes en Italia : — Atenas y el Partenon quedarán impresos en su memoria, como lugares paternos ; las hermosas islas del Archipiélago, el monte Tauro, las montañas del Líbano, Jerusalem, las Pirámides, el desierto, las tiendas del Arabe, las palmeras de la Mesopotamia serán cosas que contará en su edad avanzada : Dios le ha dado la hermosura, la inocencia, el genio y un corazón en el que todo se enciende en sentimientos generosos y sublimes : — ¡ así le habré dado yo lo que podia añadir á

esos dones celestiales, el espectáculo de las escenas mas maravillosas, mas encantadas de la tierra ! ¡ Qué será á veinte años ! ¡ Todo habrá sido ventura, piedad, cariño y maravillas en su vida ! — Oh ! ¿ Quien será digno de completarla con el amor ? — Y yo lloraba y oraba con fervor y confianza, porque nunca puedo tener un sentimiento fuerte en el corazón, sin que tienda al infinito, sin que se resuelva en un himno ó en una invocacion al que está al fin de todos nuestros sentimientos, al que los produce y los absorbe todos, — á Dios.

Cuando iba á dormirme, oí sobre el puente algunos pasos precipitados como para una faena, lo que me admiró, porque hacia tiempo que el silencio era completo, y el mar no espedia mas que un ligero estremecimiento de las olas, que me anunciaba que el bergantín seguia navegando. Pronto oí los sonoros eslabones de la cadena del ancla desarrollarse pesadamente del cabestante ; luego sentí aquel golpe seco que hace vibrar todo el buque cuando el ancla ha rodado hasta el fondo sólido y muerde en fin la arena ó las yerbas marinas. Levantéme y abrí mi estrecha ventana ; ya habíamos llegado : estábamos en la rada delante de Beirut : veia algunas luces diseminadas en una playa distante ; oia los ladridos de los perros en la costa, que fué el primer

ruido que me llegó de la tierra de Asia; verdaderamente me regocijó el corazón. Eran las doce de la noche: di gracias á Dios y me dormí dulce y profundamente: nadie sino yo se había despertado debajo de cubierta.

6 de setiembre, 1832, á las nueve de la mañana.

Estábamos delante de Beirut, una de las ciudades mas pobladas de la costa de Siria, llamada antiguamente Berite, hecha colonia romana bajo Augusto, que le dió el nombre de *Felix Julia*: atribuyósele este epíteto de feliz á causa de la fertilidad de sus cercanías, de su incomparable clima y de la magnificencia de su situación. La ciudad ocupa una graciosa colina que desciende en suave declive hácia el mar; algunos brazos de tierra ó de peñascos avanzan dentro de las olas, sustentando fortificaciones turcas del efecto mas pintoresco; cierra la rada una lengua de tierra que defiende el mar de los vientos de este; toda esa lengua de tierra, igualmente que las colinas circunvecinas, estan cubiertas de la mas rica vegetacion; por todas partes se ven plantadas moreras, elevadas de piso en piso sobre terrados artificiales; los algarrobos de som-

bria verdura y magestuosa copa, las higueras, los plátanos, los naranjos, los granados y otra multitud de árboles ó arbustos agenos de nuestros climas, estienden, en todos los puntos de la ribera cercanos al mar, el armonioso yelo de sus diversos follages; mas lejos, en las primeras pendientes de las montañas, los bosques de olivos tiñen el pais con su verdura gris y cenicienta; á cosa de una legua del pueblo, empiezan á alzarse las altas montañas de las cordilleras del Líbano, abriendo aquí sus profundas gargantas donde la vista se pierde en las tinieblas de la distancia, derramando allí sus anchos torrentes, que son rios, y tomando diferentes direcciones, unas hácia Tiro y Sidon, otras hácia Trípoli y Latakia, y sus desiguales cimas, perdidas entre las nubes ó blanqueadas por la repercusion del sol, se parecen á nuestros Alpes cubiertos de nieves eternas.

El muelle de Beirut, que las olas lavan sin cesar y á veces cubren de espuma, estaba lleno de una multitud de Arabes en todo el esplendor de sus brillantes trages y de sus lujosas armas. Veiase en él un movimiento tan activo como en los muelles de nuestras grandes ciudades marítimas; multitud de buques europeos estaban anclados junto á nosotros en la rada, y las chalupas, cargadas de mercancías de Damasco y de

ruido que me llegó de la tierra de Asia; verdaderamente me regocijó el corazón. Eran las doce de la noche: di gracias á Dios y me dormí dulce y profundamente: nadie sino yo se había despertado debajo de cubierta.

6 de setiembre, 1832, á las nueve de la mañana.

Estábamos delante de Beirut, una de las ciudades mas pobladas de la costa de Siria, llamada antiguamente Berite, hecha colonia romana bajo Augusto, que le dió el nombre de *Felix Julia*: atribuyósele este epíteto de feliz á causa de la fertilidad de sus cercanías, de su incomparable clima y de la magnificencia de su situación. La ciudad ocupa una graciosa colina que desciende en suave declive hácia el mar; algunos brazos de tierra ó de peñascos avanzan dentro de las olas, sustentando fortificaciones turcas del efecto mas pintoresco; cierra la rada una lengua de tierra que defiende el mar de los vientos de este; toda esa lengua de tierra, igualmente que las colinas circunvecinas, estan cubiertas de la mas rica vegetacion; por todas partes se ven plantadas moreras, elevadas de piso en piso sobre terrados artificiales; los algarrobos de som-

bria verdura y magestuosa copa, las higueras, los plátanos, los naranjos, los granados y otra multitud de árboles ó arbustos agenos de nuestros climas, estienden, en todos los puntos de la ribera cercanos al mar, el armonioso yelo de sus diversos follages; mas lejos, en las primeras pendientes de las montañas, los bosques de olivos tiñen el pais con su verdura gris y cenicienta; á cosa de una legua del pueblo, empiezan á alzarse las altas montañas de las cordilleras del Líbano, abriendo aquí sus profundas gargantas donde la vista se pierde en las tinieblas de la distancia, derramando allí sus anchos torrentes, que son rios, y tomando diferentes direcciones, unas hácia Tiro y Sidon, otras hácia Trípoli y Latakia, y sus desiguales cimas, perdidas entre las nubes ó blanqueadas por la repercusion del sol, se parecen á nuestros Alpes cubiertos de nieves eternas.

El muelle de Beirut, que las olas lavan sin cesar y á veces cubren de espuma, estaba lleno de una multitud de Arabes en todo el esplendor de sus brillantes trages y de sus lujosas armas. Veiase en él un movimiento tan activo como en los muelles de nuestras grandes ciudades marítimas; multitud de buques europeos estaban anclados junto á nosotros en la rada, y las chalupas, cargadas de mercancías de Damasco y de

Bagdad, iban y venian sin cesar de la playa á los buques; las casas de la ciudad se alzaban confusamente agrupadas, sirviendo los tejados de unas de azoteas á otras; aquellas casas de tejados horizontales, y algunas con balastradas almenadas, aquellos agimeces dobles, aquellas rejas de madera pintada que los cerraban herméticamente como un velo de los zelos orientales; aquellas copas de las palmeras que parecia que brotaban de las piedras y que se alzaban hasta por cima de los tejados como para llevar un poco de verdura á la vista de las mugeres prisioneras en los harenes, todo aquello cautivaba nuestros ojos y nos anunciaba el Oriente; oiamos el agudo chillido de los Arabes del desierto que disputaban en los muelles, y los asperos y lúgubres gemidos de los camellos que exhalan gritos de dolor cuando se los hace doblar las rodillas para recibir sus cargas. Ocupados en contemplar aquel espectáculo tan nuevo y sorprendente para nosotros, no pensábamos en bajar á nuestra nueva patria; el pabellon de Francia ondeaba sin embargo en la punta de un palo sobre una de las casas mas elevadas de la ciudad, y parecia que nos brindaba á ir á descansar bajo su sombra de nuestra larga y ardua navegacion.

Pero llevábamos demasiada gente y demasiado

bagage para resolernos á desembarcar antes de haber reconocido el pais y elegido una casa, si podiamos hallar una. Dejé á mi muger, á Julia y á dos de mis compañeros de viage en el bergantín é hice botar la chalupa al agua para ir á la descubierta.

A los pocos minutos, una hermosa oleada ancha y plateada me echó á la playa, y varios Arabes, remangados los pantalones hasta el muslo, me llevaron en brazos hasta la entrada de una calle oscura y rápida que conducia al consulado de Francia. El consul, M. Guys, para quien traia cartas, y á quien ví en Marsella, no habia llegado todavía á su destino; hallé en su lugar á M. Jorelle, agente del consulado y dragoman de Francia en Siria, joven cuya agraciada y bondadosa fisonomía nos previno en su favor, y cuyas bondades con nosotros, durante nuestra larga residencia en Siria, justificaron aquella primera impresion. Ofreciónos una parte de la casa del consulado para primer asilo, y nos prometió hacer buscar una habitacion en las cercanías del pueblo, donde podriamos sentar nuestros reales. En pocas horas, las chalupas de varios buques y los esportilleros de Berut, bajo la vigilancia de los genizaros del consulado, acabaron de desembarcar nuestra gente y nuestras provisiones de todos géneros, y antes del anochecer, ya estába-

mos todos en tierra, alojados interinamente, y colmados de atenciones y de agasajos por M. y madama Jorelle. Cierta que es un momento delicioso aquel en que, despues de una larga y borrascosa travesía, recién llegado á un pais desconocido, echa uno la vista desde lo alto de una azotea perfumada y risueña al elemento que acaba en fin de dejar por mucho tiempo, al bergantín que le ha llevado en medio de las tempestades, y que todavía se mece en una rada ondeante, sobre la umbrosa y serena campiña que le rodea, sobre todas esas escenas de la vida en tierra, que tan dulces parecen cuando se ha estado privado de ellas mucho tiempo: — hay algo del sentimiento de la convalecencia, despues de una larga enfermedad, en la impresion de las primeras horas, de los primeros dias pasados en tierra despues de una navegacion. Toda la tarde hemos disfrutado esas deliciosas impresiones. Madama Jorelle, joven y hermosa señora, natural de Alepo, ha conservado el rico y noble traje de las mugeres árabes, — el turbante, la chaqueta bordada, el puñal en la cintura. No nos cansábamos de admirar aquella magnífica vestimenta que realzaba su hermosura enteramente oriental.

Cuando llegó la noche, nos sirvieron una cena á la Europea, en un kiosko cuyas anchas venta-

nas enrejadas se abrían sobre el puerto, y donde el fresco viento de la marina agitaba la llama de las bugías; hice abrir una caja de vinos de Francia que añadí á aquel festin de la hospitalidad, y así pasamos nuestra primera noche hablando de las dos patrias que dejábamos y que íbamos á buscar: una pregunta sobre Francia respondía á una pregunta sobre el Asia. Julia jugaba con las largas trenzas de algunas mugeres árabes ó de algunas esclavas negras que vinieron á visitarnos, admiraba aquellos trages nuevos para ella; su madre trenzaba los largos rizos de su rubia cabellera á imitacion de las damas de Berut, ó le ponía su chal á manera de turbante en la cabeza. Nada he visto mas hechicero, entre todas las caras de muger que se me han quedado impresas en la memoria, que la cara de Julia tocada de aquella suerte con el turbante de Alepo, con la gorrita de oro cincelado, de donde caían franjas de perlas y cadenas de zequies de oro, con las trenzas de su pelo pendientes sobre sus hombros, y con aquella mirada atónita, alzada sobre su madre y sobre mí, y aquella sonrisa que parecia decirnos: — ¡Gozad y ved cuan hermosa estoy así!

Despues de haber hablado cien veces de la patria, y citado todos los nombres de sitios y de personas que un recuerdo comun podia hacer

interesantes para nosotros; luego que nos hubimos dado todas los informes mutuos que podian importarnos, se habló de poesía: madama Jorelle me pidió que le hiciese oír algunos trozos de poesía francesa, y nos tradujo algunos fragmentos de poesía de Alepo. Díjele que la naturaleza es siempre mas poética que los poetas, y que ella, en aquel momento, á aquella hora, en aquel hermoso sitio, á la luz de la luna, con aquel trage extranjero, con aquella pipa oriental en la mano, y aquel puñal con mango de diamantes en la cintura, era un objeto de poesía mas bello que todos los que habiamos recorrido con el pensamiento, — y como me respondiese que le seria muy agradable tener un recuerdo de nuestro viage que enviar á su padre, á Alepo, en algunos versos hechos para ella, me retiré un momento y le presenté los versos siguientes que no tienen mas mérito que el sitio en que fueron escritos y el sentimiento de gratitud que me los inspiró:

¿Tú? ¿tú á mi numen le pides
 Incienso de poesía?
 ¿Tú, á los vientos del desierto,
 Hija de Oriente, nacida,
 Flor de Alepo, que Bulbul¹
 A todas preferiria,

¹ Nombre del ruiseñor en Oriente.

Para exhalar en su caliz
 Sus lánguidas melodías?
 ¿Se le vuelve su fragancia
 Al bálsamo que la espira?
 ¿Que le den rayos de luz
 La alba oriental necesita,
 O el nocturno firmamento
 Estrellas de oro infinitas?
 No, no hacen falta aquí versos;
 Mas si tu mirada aspira
 A contemplar lo mas bello
 Que tiene la poesía,
 En el agua de esa fuente¹
 Contéplate tú á ti misma;
 ; No tiene imagen el verso
 Que con tu beldad compita!
 Cuando de noche, del kiosko
 Junto á la enrejada ogiva,
 Que da á la luz de la luna
 Paso y al aura marina,
 Te sientas en las esteras
 Esmaltadas en Palmira,
 Do humea el amargo moka
 En labradas marcelinas:
 Cuando tu mano á tus labios
 Entreabiertos aproxima
 Ese tubo de jazmin
 Que aureos flecos atavian,
 Y aspirando los aromas
 De las rosas purpurinas,
 Hacés murmurar el agua
 En el fondo de tu pipa: —
 Cuando la ondeante nube,
 Que te cerca y te acaricia

¹ Todos los patios de las casas en Oriente tienen un surtidor de agua en medio y un pilon de marmol.

Con sus fragantes vapores,
 A enagenarte principia,
 Y los lejanos ensueños
 De nuestras antiguas dichas,
 Se nos figura que nadan
 En el aire que respiras;
 Cuando del Arabe errante
 La ardiente yegua nos pintas,
 Tascando el freno espumoso
 Bajo tu mano de niña,
 É iguala el oblicuo rayo
 Que tus bejos ojos vibran,
 El dulce y ardiente rayo
 De su triunfante pupila;
 Cuando en tu brazo arqueado,
 Cual asa de urna antigua,
 Tu frente meditabunda
 Dulcemente se reclina,
 Y del astro de la noche
 Bajo la vislumbre viva,
 Del puñal que al lado ciñes,
 Los puros diamantes brillan,
 No hay nada, nada en los sonos
 Con que los hombres se esplican,
 Ni de los bardos, cual yo,
 En la frente pensativa;
 Nada en los tiernos acentos
 Que un alma pura suspira,
 Tan poético y tan bello,
 Cual tú, bellísima Siria!
 Ya pasé la edad feliz
 En que la flor de la vida,
 El amor, se abre en el alma,
 Y la perfuma y reanima;
 Ya mi corazón no tiene
 En mi pecho que la admira,
 Mas que un rayo sin calor
 Para la beldad divina;

Ya por el tiempo entibiado,
 Su amor en la arpa se cifra,—
 Mas en mi edad juvenil,
 Cuantos versos dado habría,
 ; Ah ! por una sola de esas
 Ondeantes nubecillas,
 Que lentamente se exhalan
 De tu boca distraida,
 O por ver bajo mi dedo
 La hechicera forma fija,
 Que un invisible pincel
 Encierra en oscuras líneas,
 Cuando la luz de la luna
 Que de lleno te ilumina,
 Sobre la pared, en sombra,
 Tu gallardo talle imita.

No acertábamos á arrancarnos á aquella primera escena de la vida árabe; en fin fuimos, por primera vez, al cabo de tres meses, á descansar en camas y á dormir sin temor de las olas¹. Un viento impetuoso bramaba en el mar, sacudía las paredes de la alta estancia en que estábamos acostados, y nos hacia sentir mas deliciosamente lo que vale una morada tranquila despues de tantas sacudidas. Yo pensaba con indecible placer que Julia y mi muger estaban ya

¹ Ligero descuido del autor, en no acordarse que se detuvo algunas noches en Malta, en Atenas, en Rodas y en Chipre, segun resulta de su diario. Sin duda quizo decir que por primera vez descansaba libre de todo cuidado, y del afan de continuar su navegacion. — N. del T.

en fin por mucho tiempo á cubierto de todo peligro, y combinaba en mi acalorada fantasía los medios de prepararles una residencia agradable y segura mientras yo proseguia mi viage por estos sitios que al fin tocaban mis pies.

7 de setiembre 1832.

Me he levantado con el alba, he abierto la persiana de madera de cedro, única cerradura de las alcobas en este hermoso clima, y he echado mi primera mirada sobre el mar y sobre la brillante cordillera de las costas que se estienden redondeándose desde Berut hasta el cabo de Batrun, á mitad de camino de Trípoli.

Jamas vista alguna de montañas me ha producido una impresion semejante. El Líbano tiene un caracter que no he hallado en los Alpes ni en el Tauro; es la mezcla de la imponente sublimidad de las lineas y de las cumbres, con la gracia de los pormenores y la variedad de las tintas; es una montaña solemne como su nombre; son los Alpes bajo el cielo del Asia, hundiendo sus aereas cimas en la profunda serenidad de un eterno resplandor. Parece que el sol reposa eternamente sobre los ángulos dorados de aquellas

crestas; la blancura deslumbradora de que las impregna se deja confundir con la de las nieves que duran hasta en el rigor del verano sobre las cumbres mas altas. La cordillera se desarrolla á la vista en una longitud de sesenta leguas por lo menos, desde el cabo de Saide, la antigua Sidon, hasta las cercanías de Latakia donde empieza á declinar para dejar al monte Tauro echar sus raíces en las llanuras de Alejandreta.

Unas veces las cordilleras del Líbano se alzan casi perpendicularmente sobre el mar con pueblecillos y grandes monasterios suspendidos sobre sus precipicios; otras se separan de la playa, forman inmensos golfos y dejan verdosas marcas ó linderos de arena dorada entre ellas y las olas. Numerosas velas surcan aquellos golfos y van á abordar á las muchas radas que hay en la costa. El mar presenta allí la tinta mas azul y sombría, y aunque casi siempre hay marejada, las olas, que son grandes y anchas, ruedan formando vastos pliegues sobre las arenas y reflejan las montañas como un espejo sin mancha: aquellas olas derraman por todas partes en la costa un murmullo sordo, armonioso, confuso, que sube hasta bajo la sombra de las vides y de los algarrobos, y llena las campiñas de vida y sonoridad. A mi izquierda, la costa de Berut era muy baja, y la formaba una continuidad de pequeñas len-

guas de tierra alfombradas de verdura y defendidas de las olas solamente por una linea de peñascos y arrecifes cubiertos casi todos de ruinas antiguas. Mas lejos, colinas de arena roja como la de los desiertos de Egipto, avanzan como un cabo y sirven de reconocimiento á los marinos; en la cúspide de ese cabo, se ven las anchas copas en forma de quitasol de un bosque de pinos de Italia, y la vista, deslizándose entre sus troncos diseminados, va á descansar en las laderas de otra cordillera del Líbano, y hasta en el promontorio avanzado en que estaba fundada la ciudad de Tiro (hoy Sour.)

Cuando me volvia hácia el lado opuesto al mar, veia los altos minarets de las mezquitas, como columnas aisladas, alzarse en el aire azul y ondeante de la mañana; las fortalezas morunas que dominan la ciudad y cuyos muros rajados dan raíz á un bosque de plantas rastreras, de higueras silvestres y de alelies; luego los almenages ovalados de las murallas; luego las cimas iguales de los campos plantados de moreras; aquí y allí los techos horizontales y las paredes blancas de las quintas ó de las cabañas de los ganaderos sirios; y en fin, mas allá, las combadas praderas de las colinas de Berut, bases todas de pintorescos edificios, de conventos griegos, de conventos maronitas, de mezquitas tur-

cas, y alfombradas de follage y de espacios cultivados como las mas fértiles colinas de Grenoble ó de Chambéry. Por fondo de todo esto, siempre el Líbano; el Líbano que toma mil curvas, que se agrupa en gigantescas moles, que derrama sus grandes sombras ó hace relumbrar sus altas nieves sobre todas las escenas de aquel horizonte.

.....

La misma fecha.

He pasado el dia entero recorriendo las cercanías de Berut, y buscando un sitio de reposo para establecer en él una casa.

He alquilado cinco casas que forman un grupo y que reuniré por medio de escaleras de madera, galerías y pasadizos. Aquí cada casa no se compone mas que de una cueva que sirve de cocina, y de una pieza en donde duerme toda la familia, por numerosa que sea: en un clima como este, la verdadera casa es el tejado construido en forma de azotea: allí es donde las mugeres y los niños pasan el dia y muchas veces la noche. Delante de las casas, entre los troncos de algunas moreras ó de algunos olivos, el Arabe construye un fognon con tres piedras, y allí es

guas de tierra alfombradas de verdura y defendidas de las olas solamente por una linea de peñascos y arrecifes cubiertos casi todos de ruinas antiguas. Mas lejos, colinas de arena roja como la de los desiertos de Egipto, avanzan como un cabo y sirven de reconocimiento á los marinos; en la cúspide de ese cabo, se ven las anchas copas en forma de quitasol de un bosque de pinos de Italia, y la vista, deslizándose entre sus troncos diseminados, va á descansar en las laderas de otra cordillera del Líbano, y hasta en el promontorio avanzado en que estaba fundada la ciudad de Tiro (hoy Sour.)

Cuando me volvia hácia el lado opuesto al mar, veia los altos minarets de las mezquitas, como columnas aisladas, alzarse en el aire azul y ondeante de la mañana; las fortalezas morunas que dominan la ciudad y cuyos muros rajados dan raíz á un bosque de plantas rastreras, de higueras silvestres y de alelies; luego los almenages ovalados de las murallas; luego las cimas iguales de los campos plantados de moreras; aquí y allí los techos horizontales y las paredes blancas de las quintas ó de las cabañas de los ganaderos sirios; y en fin, mas allá, las combadas praderas de las colinas de Berut, bases todas de pintorescos edificios, de conventos griegos, de conventos maronitas, de mezquitas tur-

cas, y alfombradas de follage y de espacios cultivados como las mas fértiles colinas de Grenoble ó de Chambéry. Por fondo de todo esto, siempre el Líbano; el Líbano que toma mil curvas, que se agrupa en gigantescas moles, que derrama sus grandes sombras ó hace relumbrar sus altas nieves sobre todas las escenas de aquel horizonte.

.....

La misma fecha.

He pasado el dia entero recorriendo las cercanías de Berut, y buscando un sitio de reposo para establecer en él una casa.

He alquilado cinco casas que forman un grupo y que reuniré por medio de escaleras de madera, galerías y pasadizos. Aquí cada casa no se compone mas que de una cueva que sirve de cocina, y de una pieza en donde duerme toda la familia, por numerosa que sea: en un clima como este, la verdadera casa es el tejado construido en forma de azotea: allí es donde las mugeres y los niños pasan el dia y muchas veces la noche. Delante de las casas, entre los troncos de algunas moreras ó de algunos olivos, el Arabe construye un fognon con tres piedras, y allí es

donde su muger le hace la comida : se tiende una estera sobre un palo que va desde la tapia de la casa hasta las ramas del arbol, y debajo de aquel sotechado se evacuan todos los quehaceres. Las mugeres casadas y las muchachas están allí todo el dia sentadas en el suelo, ocupadas en peinar sus largos cabellos, en trenzarlos, en lavar sus velos, tejer sus sedas, dar de comer á sus gallinas, ó jugar y departir unas con otras, como en nuestros lugares del mediodia, los domingos por la mañana, se reunen las muchachas en las puertas de las cabañas.

.....

La misma fecha, por la tarde.

Todo el dia se ha empleado en descargar el bergantín y en llevar de la ciudad á nuestra casa de campo los bagages de nuestra caravana. Cada uno de nosotros tendrá su cuarto: un ancho campo de moreras y de naranjos se estiende al rededor de las cinco casas reunidas, y ofrece á cada uno algunos pies de terreno para pasear delante de la puerta, y un poco de sombra para respirar. He comprado esteras de Egipto y alfombras de Damasco, para que nos siryan de camas y de divanes. He hallado carpinteros árabes muy

activos y diligentes que ya han puesto manos á la obra para hacernos puertas y ventanas, y esta noche iremos ya á dormir en nuestra nueva habitacion.

.....

8 de setiembre 1852.

Nada mas delicioso que la mañana que sigue á la primera noche que hemos pasado en nuestra casa. Nos hemos hecho llevar el almuerzo á la mas ancha de nuestras azoteas, y hemos reconocido con la vista todas las cercanías.

La casa está á diez minutos de la ciudad, y se llega á ella por senderos sombreados de inmensos aloes que dejan pender sus espinosos higos sobre la cabeza de los transeuntes : se siguen algunos arcos antiguos, y una inmensa torre cuadrada, construida por el emir de los Drusos, Farkardin, torre que sirve hoy de atalaya á algunos centinelas del ejército de Ibrahim-Bajá, que desde allí observan toda la campiña; luego se pasa entre los troncos de las moreras, y se llega á un grupo de casas bajas escondidas entre los árboles y flanqueadas por un bosque de limoneros y de naranjas. Esas casas son irregulares, y la de en medio se alza como una torre cuadrada sobre las

demas. Los tejados de todas esas casillas comunican por medio de algunas gradas de madera, y forman así un conjunto bastante cómodo para huéspedes que acaban de pasar tantos dias en el entrepuente de un buque mercante.

A unos cien pasos de nosotros, el mar avanza en el continente, y visto desde aquí, por cima de las verdes copas de los limoneros y de los aloes, parece un hermoso lago interior ó un ancho rio del que no se ve mas que un pedazo. Algunas barcas árabes están ancladas en él y se balancean blandamente sobre sus insensibles ondulaciones. Si subimos á la azotea superior, ese hermoso lago se convierte en un inmenso golfo, cerrado, á un lado, por el castillo moruno de Beirut, y á otro, por las inmensas y sombrías paredes de la cordillera de montes que corre hácia Trípoli: pero en frente de nosotros, el horizonte se estiende mas, empieza por correr sobre una llanura de tierras admirablemente cultivadas, salpicadas de árboles que cubren enteramente el suelo y de casas semejantes á la nuestra, que elevan sus tejados como otras tantas velas blancas sobre un océano de verdura; luego se estrecha entre una larga y graciosa colina, en cuya cima un convento griego ostenta sus paredes blancas y sus cúpulas azules; algunas copas de pinos quitasoles estienden sus ramas, un poco mas ar-

riba hasta sobre las mismas cúpulas del convento. La colina descende por escalones sostenidos con tapias de piedra, y en que se ven bosques de olivos y de moreras: el mar va á bañar los últimos escalones: luego se separa, y una segunda llanura mas distante se comba y se abre para dejar pasar un rio que serpentea mucho tiempo entre bosques de verdes encinas, y va á lanzarse en el golfo que sus aguas amarillean hácia las márgenes. Esta llanura no remata sino en las doradas faldas de las montañas. Estas montañas no se elevan de un solo golpe: empiezan por enormes collados semejantes á inmensos peñones, unos redondos, otros cuadrados; un poco de vegetacion cubre sus cimas, y cada una de ellas sostiene ó un monasterio ó una aldea, que refleja el resplandor del sol y atrae las miradas. Las laderas de los collados relucen como oro; son unas paredes de arcilla amarillenta, rajadas por los terremotos, y cada partícula de las cuales refleja y vibra la luz. Encima de esos primeros collados, las gradas del Líbano se ensanchan, á tal punto que hay mesetas de una ó dos leguas, — desiguales, partidas, surcadas de barrancas, de profundos cauces de torrentes, de negras gargantas en que se pierde la vista. Despues de esas mesetas, empiezan á alzarse casi perpendicularmente las altas montañas; sin embargo se ven

las manchas negras de los cedros y de los pinos que lás cubren, y algunos conventos inaccesibles, algunos lugares desconocidos que parecen inclinados sobre sus derrumbaderos. En la cumbre mas aguda de esa segunda cordillera, multitud de árboles, que parecen gigantes, forman como una cabellera rala sobre una frente calva. Desde aquí se distinguen sus desiguales y dentadas copas que parecen almenas sobre lo alto de una ciudadela.

Detras de esas segundas cordilleras se alza en fin el verdadero Líbano : no se puede distinguir si sus vertientes son rápidas ó suaves, si están peladas ó cubiertas de vegetacion : la distancia es demasiado grande. Sus vertientes se confunden, en la transparencia del aire, con el aire mismo, del que parece que forman parte; no se ve mas que la reverberacion ambiente de la luz del sol, que las rodea, y sus crestas inflamadas que se confunden con las nubes purpúrinas de la mañana y que flotan como islas inaccesibles en las olas del firmamento.

Si nuestras miradas bajan de ese sublime horizonte de las montañas, no hallan por do quiera donde posarse como no sea sobre magestuosas gavillas de palmeras plantadas aquí y allá en la campiña junto á las casas de los Arabes, sobre las verdes ondulaciones de las copas de los pinos

Laryx, sembrados como ramilletes de verdura por el llano ó en las vertientes de las colinas, sobre los setos de nópalos ó de otros frutales cuyas pesadas hojas caen como decoraciones de piedra sobre las tapias bajas que sostienen los terrados. Esas mismas tapias están á tal punto entapizadas de líquenes en flor, de hiedras, de parrizas, de plantas bulbosas esmaltadas de flores de todos matices, de racimos de todas formas que no se pueden distinguir las piedras con que están labradas; — son unas verdaderas paredes de verdura y de flores.

En fin, junto á nosotros, dos ó tres casas semejantes á las nuestras, y medio cubiertas por las copas de naranjos en flor y llenos de fruto, nos ofrecen esas escenas animadas y pintorescas que son la vida de todo paisage. Varios Arabes sentados sobre esteras fuman en los tejados de las casas; algunas mugeres se asoman á las ventanas para vernos, y se esconden cuando notan que las miramos. Debajo de nuestra misma azotea, dos familias árabes, padres, hermanos, mugeres y niños, comen á la sombra de un pequeño plátano en el dintel de sus casas, y á pocos pasos mas allá, debajo de otro arbol, dos jóvenes sirias, de incomparable hermosura, se están vistiendo á la vista de todos y cubren su cabello de flores blancas y coloradas : una de ellas tiene el

pelo tan largo y tan espeso que la cubre enteramente, como las ramas de un sauce lloron cubren todo el tronco; solo se ven, cuando sacude aquella ondeante melena, su hermosa frente y sus ojos radiantes de inocente contento que penetran un instante aquel velo natural. Parece que goza de ver nuestra admiracion; le echo un puñado de *gharis*, moneditas de oro con que las mugeres sirias se hacen collares y braceletes ensartándolas con un cabo de seda: — junta las manos y las pone sobre su cabeza para darme gracias, y entra en la estancia baja para enseñárselas á su madre y á su hermana.

42 de setiembre 1852.

Habib-Bárbara, Griego sirio, establecido en Berut y vecino nuestro, nos sirve de dragoman, es decir de intérprete. Agregado como tal hace veinte años á los diferentes consulados de Francia, habla el francés y el italiano, y es ademas uno de los hombres mas amables é inteligentes que he encontrado en mis viages: sin su asistencia y la de M. Jorelle hubieramos tenido mil dificultades para completar nuestro establecimiento en Siria: uno y otro nos proporcionan cria-

dos, unos griegos y otros árabes: — compro primeramente seis caballos árabes de segunda raza, y los instalo, como hacen las gentes del pais, al sol, en un prado delante de la puerta, sujetas las piernas con una argolla de hierro y atados á una estaca clavada en el suelo. Hago levantar una tienda junto á los caballos para los *sais* ó palafreneros árabes. Estos hombres parecen buenos é inteligentes; por lo que hace á los caballos, á los dos dias nos conocen y nos siguen como perros. Habib-Bárbara nos presenta á su muger y á su hija, á quien va á casar dentro de pocos dias: nos convida á la boda, y curiosos de observar una boda siria, aceptamos, y Julia prepara sus regalos para la novia. Yo le regalo un relojito de oro de que he traído provision para casos de esta especie, y ella añade á mi agasajo una cadenita de perlas. Montamos á caballo para reconocer las cercanías de Berut: madama Jorelle lleva un soberbio potro árabe, con arreos de terciopelo azul chapado de plata; — pretal de bollos del mismo metal labrado que ondean formando guirnaldas y resuenan sobre el pecho del bizarro bruto. M. Jorelle me vende uno de sus caballos para mi muger; mando hacer sillones y frenos árabes para catorce caballos.

A cosa de media legua de la ciudad, por la parte del levante, el emir Fakardin ha plantado

un bosque de pinos quitasoles en un prado arenoso, que se extiende entre el mar y la llanura de Bagdad, lindo pueblecillo árabe situado al pie del Líbano; se dice que el emir plantó ese magnífico bosque para oponer una barrera á la invasión de las inmensas colinas de arena roja que se alzan un poco mas lejos y amenazaban sepultar á Berut, y todos sus ricos plantíos. El bosque es verdaderamente soberbio; los troncos de los árboles tienen sesenta y ochenta pies de altura, y extienden de uno á otro sus anchas copas inmóviles que cubren de sombra un espacio inmenso; mil senderos de arena se deslizan entre los troncos de los pinos y ofrecen un piso suavísimo á las pisadas de los caballos. Lo restante del terreno está cubierto de una ligera alfombra de césped sembrado de florecillas de un color rojo brillantísimo; las cebollas de flor de jacintos silvestres son tan gordas, que no se aplastan bajo las herraduras de los caballos. Por entre las columnatas de esos troncos de pinos, se ven á un lado los blancos y rojizos mogotes de arena que ocultan el mar, al otro la llanura de Bagdad y el curso del rio en esa llanura, y una punta del golfo, semejante á un pequeño lago, tan bien ceñido está por el horizonte de las tierras, y las doce ó quince aldeas árabes sembradas en las últimas faldas del Líbano, y en fin los gru-

pos del Líbano, que forman el último término de esta escena. La luz es tan trasparente y el aire tan puro que se distinguen, á muchas leguas de elevacion, las formas de los cedros ó de los algorrobos sobre las montañas, ó las grandes águilas que nadan, sin mover las alas, en el océano del eter. Este bosque de pinos es sin duda el punto mas magnífico que he visto en mi vida. El cielo, las montañas, las nieves: el horizonte azul del mar, el rojo y fúnebre horizonte del desierto de arena; las serpeantes líneas del rio; las copas aisladas de los cipreses; los racimos de las palmeras esparcidas por las campiñas; el gracioso aspecto de las cabañas cubiertas de naranjos y de vides cuyas ramas y cuyos vástagos caen sobre los tejados; el aspecto severo de los altos monasterios maronitas formando grandes manchas de sombra ó anchos rios de luz en las cinceladas laderas del Líbano; las caravanas de camellos cargados de géneros de Damasco que pasan silenciosamente entre los árboles; los grupos de pobres judíos montados en burros, que llevan dos chicos en cada brazo; las mugeres embozadas en velos blancos, á caballo, andando al son del pífano y del tamboril, rodeadas de una multitud de chiquillos vestidos de ropas coloradas bordadas de oro, y que van bailando delante de sus caballos; algunos ginetes árabes corriendo el

dgerid al rededor de nosotros en ligeros caballos cuyas crines barren literalmente la arena; varios grupos de Turcos sentados delante de un café de enramada y fumando sus pipas ó haciendo oracion; un poco mas lejos las desiertas colinas de arena sin fin que se tiñen de oro á los rayos del sol de la tarde, y donde el viento levanta nubes de polvo inflamado; enfin, el sordo bramido del mar que se mezcla al armónico son del viento en las copas de los pinos y al canto de millares de pájaros desconocidos: — todo esto ofrece á la vista y al pensamiento la mezcla mas sublime, mas dulce y mas melancólica juntamente que jamas ha embriagado mi alma. Iré con frecuencia á ese bosque. —

16 de setiembre 1832.

Hemos pasado todos estos días en el placer del conocimiento general que teniamos que adquirir de los hombres, de las costumbres, de los sitios, y en los entretenidos pormenores de un establecimiento en el seno de un pais enteramente nuevo. Nuestras cinco casas se han convertido, con la asistencia de nuestros amigos y de los menes-

⁴ Juego parecido al de correr cañas. — N. del T.

trales árabes, en una especie de *villa italiana*, como las que tan deliciosamente hemos habitado en las montañas de Luca ó en las costas de Lior-na, en otros tiempos. Cada uno de nosotros tiene su cuarto, y una sala, precedida de un terrado lleno de flores, es el centro de reunion. En él hemos hecho poner divanes, y colocar en estantes nuestra biblioteca del buque; mi muger y Julia han pintado al fresco las paredes, han colocado, sobre una mesa de cedro, sus libros, sus bastidores, sus almohadillas, y todas esas chucherías de señora que adornan, en Londres y en París, los veladores de marmol y de cahoba; allí nos reunimos en las horas ardientes del dia, porque por la tarde nuestro salon es la azotea, y en ella recibimos las visitas de todos los Europeos á quienes el comercio con Damasco, cuya escala es Berut, fija en este hermoso pais. El gobernador egipcio, por Ibrahim-Bajá, ha venido á ofrecernos con una cortesía y una cordialidad mas que europeas, su proteccion y sus servicios para nuestra residencia en el campo, y para los viages que queramos emprender. Hoy le he tenido á comer; es persona que no haria un papel desairado en ninguna reunion de hombres. Antiguo soldado del bajá de Egipto, tiene á su amo y sobre todo á Ibrahim, aquel amor absoluto, aquella ciega confianza en su fortuna que re-

dgerid al rededor de nosotros en ligeros caballos cuyas crines barren literalmente la arena; varios grupos de Turcos sentados delante de un café de enramada y fumando sus pipas ó haciendo oracion; un poco mas lejos las desiertas colinas de arena sin fin que se tiñen de oro á los rayos del sol de la tarde, y donde el viento levanta nubes de polvo inflamado; enfin, el sordo bramido del mar que se mezcla al armónico son del viento en las copas de los pinos y al canto de millares de pájaros desconocidos: — todo esto ofrece á la vista y al pensamiento la mezcla mas sublime, mas dulce y mas melancólica juntamente que jamas ha embriagado mi alma. Iré con frecuencia á ese bosque. —

16 de setiembre 1832.

Hemos pasado todos estos días en el placer del conocimiento general que teniamos que adquirir de los hombres, de las costumbres, de los sitios, y en los entretenidos pormenores de un establecimiento en el seno de un pais enteramente nuevo. Nuestras cinco casas se han convertido, con la asistencia de nuestros amigos y de los menes-

⁴ Juego parecido al de correr cañas. — N. del T.

trales árabes, en una especie de *villa italiana*, como las que tan deliciosamente hemos habitado en las montañas de Luca ó en las costas de Lior-na, en otros tiempos. Cada uno de nosotros tiene su cuarto, y una sala, precedida de un terrado lleno de flores, es el centro de reunion. En él hemos hecho poner divanes, y colocar en estantes nuestra biblioteca del buque; mi muger y Julia han pintado al fresco las paredes, han colocado, sobre una mesa de cedro, sus libros, sus bastidores, sus almohadillas, y todas esas chucherías de señora que adornan, en Londres y en París, los veladores de marmol y de cahoba; allí nos reunimos en las horas ardientes del dia, porque por la tarde nuestro salon es la azotea, y en ella recibimos las visitas de todos los Europeos á quienes el comercio con Damasco, cuya escala es Berut, fija en este hermoso pais. El gobernador egipcio, por Ibrahim-Bajá, ha venido á ofrecernos con una cortesía y una cordialidad mas que europeas, su proteccion y sus servicios para nuestra residencia en el campo, y para los viages que queramos emprender. Hoy le he tenido á comer; es persona que no haria un papel desairado en ninguna reunion de hombres. Antiguo soldado del bajá de Egipto, tiene á su amo y sobre todo á Ibrahim, aquel amor absoluto, aquella ciega confianza en su fortuna que re-

cuerto haber observado en otro tiempo en los generales del emperador Bonaparte, pero ese amor y esa confianza de los Turcos tienen algo de mas patético y noble, porque son hijos de un sentimiento religioso y no de un interés personal. Ibrahim-Bajá es el destino, es Alá, para sus oficiales; Napoleon no era mas que la gloria y la ambicion para los suyos. Ha bebido con gusto vino de Champaña, y se ha prestado á todos nuestros usos como si nunca hubiera conocido otros; las pipas y el café, tomados repetidas veces, nos han entretenido toda la tarde. Le he entregado una carta para Ibrahim-Bajá en que le anuncio la llegada de un viagero europeo al pais sometido á sus armas, y le pido la proteccion que debe esperarse de un hombre que pelea por la causa de la civilizacion europea. Ibrahim pasó hace poco tiempo por aquí con su ejército; ahora está por la parte de Homs, ciudad grande entre Alepo y Damasco, en el desierto; ha dejado pocas tropas en Siria; las principales ciudades, como Berut, Saide, Jafa, Acre, Trípoli, están ocupadas, de acuerdo con Ibrahim, por los soldados del emir Beschir, ó gran príncipe de los Drusos, que reina sobre el Líbano. Este príncipe no ha resistido á Ibrahim; ha abandonado la causa de los Turcos, en apariencia á lo menos, despues de la toma de San Juan de Acre por

Ibrahim, y confunde sus tropas con las del bajá. Si Ibrahim fuese batido en Homs, el emir Beschir podria cortarle la retirada y acabar con los restos del ejército egipcio. Este príncipe, habil y guerrero, reina hace cuarenta años sobre todas las montañas del Líbano: ha fundido en un solo pueblo á los Drusos, los Metualis, los Maronitas, los Sirios y los Arabes que viven bajo su dominio; tiene hijos, guerreros como él, á quienes envia á gobernar las ciudades que le ha confiado Ibrahim; uno de sus hijos está acampado á un cuarto de milla de aquí, en la llanura que linda con el Líbano, con quinientos ó seiscientos ginetes árabes. Iremos á verle, pues nos ha enviado un emisario para felicitarnos por nuestra llegada.

Un Arabe me contaba hoy la entrada de Ibrahim en la ciudad de Berut. A corta distancia de la puerta, mientras atravesaba una hondonada cuyos lados estan cubiertos de plantas rastreras y de arbustos entretejidos, salió de entre las malezas una serpiente enorme y se adelantó lentamente, rastreando sobre la arena, hasta debajo de los pies del caballo de Ibrahim; el caballo, asustado, se puso de manos, y como algunos esclavos que seguian á pie al bajá se precipitaron para matar á la serpiente, Ibrahim les hizo ademán de que se estuviesen quedos y desenvainan-

do su alfange, cortó la cabeza del reptil que se esgrimia contra él, y holló su cuerpo bajo los pies de su caballo : la multitud prorrumpió en un grito de admiracion, é Ibrahim, la sonrisa en los labios, prosiguió su camino, muy contento de aquella circunstancia que es un seguro agüero de la victoria entre los Arabes. Este pueblo no ve ningun accidente de la vida, ningun fenómeno natural sin atribuirle un sentido profético y moral : — ¿ es un recuerdo confuso de aquella primera lengua mas perfecta que entendian en otro tiempo los hombres, lengua en la que toda la naturaleza se esplicaba por medio de toda la naturaleza? ¿ Es una vivacidad de imaginacion mas grande que busca entre las cosas correlaciones que no le es dado al hombre percibir? No sé, pero me inclino á la primera interpretacion ; la humanidad no tiene instintos sin motivos, sin objeto, sin causa ; el instinto de la adivinacion ha atormentado á todas las edades y á todos los pueblos, sobre todo á los pueblos primitivos, luego la adivinacion ha debido ó podria tal vez existir, pero es una lengua cuya clave ha perdido el hombre al salir de aquel estado superior, de aquel Eden del que todos los pueblos conservan una tradicion confusa : entonces sin duda, la naturaleza hablaba mas alto y mas claro á su espíritu ; el hombre concebía la oculta relacion de

todos los hechos naturales, y su encadenamiento podia conducirle á la percepcion de verdades ó de sucesos futuros, porque el presente es siempre el germen generador é infalible del porvenir : — no se trata mas que de verle y de comprenderle.

.....

17 de setiembre 1852.

Siempre continuamos la misma vida : el dia se pasa en hacer y recibir visitas de Arabes y de Francos, y en recorrer los deliciosos alrededores de nuestro retiro : — hemos hallado las mas amables bondades en los cónsules europeos de Siria, concentrados todos en Berut á causa de la guerra. El consul de Cerdeña, el señor Bianco ; el de Austria, el señor Laurella ; los cónsules de Inglaterra, MM. Farren y Abost, nos han puesto, en muy poco tiempo, en relacion con todos los Arabes que pueden ayudarnos en nuestros proyectos de viages por el interior. Es imposible hallar mejor acogida y mas hospitalidad. Algunos de estos caballeros habitan hace muchos años la Siria y están en relacion con familias árabes de Damasco, de Alepo, de Jerusalem, las cuales las tienen con los principales gefes de los Arabes de los desiertos que vamos á recorrer :

así vamos formando anticipadamente una cadena de recomendaciones, de relaciones y de hospitalidad sobre diferentes líneas que podrian conducirnos hasta Bagdad.

M. Jorelle me ha proporcionado un excelente dragoman ó intérprete en la persona de M. Mazoyer, joven de origen francés, pero que, nacido y criado en Siria, está muy versado en la lengua árabe y en los varios dialectos de las regiones que vamos á recorrer. Desde hoy se instala en mi casa, y le entrego el gobierno de toda la parte árabe de mi servidumbre. Compónese esta de un cocinero árabe de Alepo, llamado Abulias; de un joven sirio del pais, llamado Elias, que por haber servido ya á algunos cónsules, sabe un poco de italiano y de francés; de una doncella siria, que habla tambien el francés, y que servirá de intérprete para las mugeres; enfin, de cinco ó seis palafreneros griegos, árabes y sirios destinados á cuidar nuestros caballos, á clavar las tiendas y á servirnos de escolta en nuestros viages.

La historia de nuestro cocinero árabe es demasiado singular para que no conservemos su memoria.

Era cristiano, joven, é inteligente; habia establecido en Alepo un pequeño comercio de tejidos del pais que él mismo iba á vender, monta-

do en un borrico, entre las tribus de árabes errantes que van los inviernos á acamparse en los llanos de las inmediaciones de Antioquia. Su comercio prosperaba, pero como su calidad de infiel le daba algunas inquietudes, juzgó acertado asociarse con un Arabe mahometano de Alepo. Ganó con la asociacion su comercio, y Abulias se halló, al cabo de algunos años, uno de los mercaderes mas acreditados del pais; pero estaba enamorado de una joven Griega-Siria, no querian concedérsela sino á condicion de dejar á Alepo y de ir á establecerse en las cercanías de Saide, donde vivia la familia de su hermosa querida, y fuéle preciso liquidar su caudal, con cuyo motivo se suscitó una químera entre los dos socios para el repartimiento de las riquezas adquiridas entre ambos. El Arabe mahometano tendió una emboscada al pobre Abulias; apostó testigos ocultos que, en una disputa con su asociado, le oyeron blasfemar de Mahoma, crimen mortal para un infiel: Abulias fué conducido á presencia del bajá y condenado á la pena de horca. Ejecutóse la sentencia, pero habiéndose roto la cuerda, el pobre Abulias cayó al pié del patíbulo, y lo dejaron por muerto en la plaza de las ejecuciones de muerte. Como los parientes de su novia habian obtenido que se les entregase el cadáver para enterrarle con arreglo á los ritos de su

religion, se llevaron el cuerpo á su casa, y advirtiendo que Abulias daba todavía señal de vida, le hicieron volver en sí, le escondieron en un sótano por algunos días, y enterraron un ataúd vacío para no dar ninguna sospecha á los Turcos; pero estos se habían maliciado la superchería, y de nuevo fué preso Abulias una noche, en el momento en que se escapaba por las puertas de la ciudad. Llevado á presencia del bajá, contóle como se había salvado independientemente de toda voluntad de su parte, y el bajá, en virtud de un testo del Coran, que era favorable al acusado, le ofreció la alternativa de ser ahorcado segunda vez ó de hacerse turco. Abulias prefirió esto último y practicó por algun tiempo el islamismo. Luego que se olvidó su aventura y no quedó duda de la sinceridad de su conversion, halló medio de escaparse de Alepo y de embarcarse para Chipré, donde de nuevo se hizo cristiano: casóse con la muger á quien amaba, púsose bajo la proteccion de los Franceses, y pudo volver impunemente á Siria, donde continuaba su tráfico de buhonero entre los Drusos, los Maronitas y los Arabes. Este era el hombre que necesitábamos para viajar por aquellos paises. Su habilidad en punto á cocina consistia en encender lumbre en el campo con arbustos espinosos ó boñiga seca de camello; en colgar una olla de cobre de

dos estacas que se cruzan en su estremidad superior, y en hacer cocer arroz y gallinas ó pedazos de carnero en dicha olla. Tambien calienta en el fogon guijarros redondos, y cuando están casi incandescentes, los baña con una pasta de harina de cebada que él mismo amasa, y ese es nuestro pan.

.....

17 de setiembre 1852.

Hoy la muger y la hija de un jeque árabe de las cercanías han convidado á mi muger y á Julia á pasar el día en el baño, que es la diversion de las mugeres del Oriente entre sí: un baño se anuncia con quince dias de anticipacion, como un baile en Europa. Hé aquí la descripcion de esa fiesta, tal cual me la ha hecho mi muger.

Las salas de baño son un sitio público cuya entrada les está vedada á los hombres todos los dias hasta cierta hora, para reservársele á las mugeres, y todo el dia, cuando se trata de un baño para una novia, como el que voy á describir. Las salas están escasamente alumbradas por pequeñas claraboyas cubiertas de vidrios iluminados; su pavimento es de mármoles de varios colores, trabajados con mucho primor: tambien

las paredes están cubiertas de mármoles formando mosaicos, ó esculpidos en molduras ó columnillas moriscas. En esas salas el calor está graduado; — las primeras, á la temperatura del aire exterior, las segundas tibias, las otras sucesivamente mas calientes, hasta la última, en que el vapor del agua casi hirviendo se alza de las cubas ó pilones, llenando el cuarto de un insoportable calor. En general, no hay un pilon labrado en mitad de las salas; solamente hay espitas siempre abiertas que vierten sobre el pavimento de marmol como hasta media pulgada de agua: el agua se escapa luego por trageas y se renueva sin cesar. Lo que se llama baños en el Oriente no es una inmersión completa, sino una aspersión sucesiva, mas ó menos caliente, y la impresión del vapor sobre el cutis.

Doscientas mugeres de la ciudad y de los alrededores estaban convidadas aquel día al baño, entre ellas varias jóvenes europeas; todas llegaron embozadas en la inmensa sábana de lienzo blanco que cubre enteramente el soberbio traje de las mugeres, cuando salen. Todas iban acompañadas de sus esclavas negras ó de sus criadas libres; á medida que iban llegando, se reunían en grupos, se sentaban sobre esteras ó almohadones dispuestos en el primer vestíbulo, sus criadas les quitaban el lienzo que las cubría, y

aparecían en toda la rica y pintoresca magnificencia de sus vestidos y de sus joyas. Estos vestidos tienen mucha variedad en cuanto al color de las telas y el número y brillo de los adornos, pero son muy informes en el corte.

Consisten en un pantalon con anchos pliegues, de raso listado, anudado á la cintura con una faja de seda encarnada, y cerrado sobre los tobillos con una manija de oro ó de plata; una saya recamada de oro, abierta por delante y anudada debajo de los pechos, dejándolos descubiertos; las mangas son estrechas debajo del sobaco, y están abiertas desde el codo hasta la muñeca, dejando pasar una camisa de gasa de seda que cubre el pecho. Llevan por encima de esta saya una chaqueta de terciopelo de color brillante, forrada de piel de armiño ó de marta, y bordada de oro en todas las costuras, con las mangas igualmente abiertas.

El pelo se divide en mitad de la cabeza; una parte cae sobre el cuello; lo demás está trenzado y cae hasta los pies, alargado con otras trenzas de seda negra que imitan el pelo, de cuyas puntas penden otras trenzillas de plata ú oro que con su peso las hacen flotar al rededor del talle; toda su cabeza está además sembrada de cadenas de perlas, de zequies de oro ensartados y de flores naturales, todo ello revuelto y tirado con

increible profusion. Este lujo bárbaro produce el efecto mas pintoresco en las jóvenes de quince á veinte años ; en lo alto del craneo, algunas mugeres se ponen ademas un gorrito de oro cincelado en forma de copa volcada ; de su centro sale una orla de oro que sostiene un moño de perlas, que ondea sobre la parte posterior de la cabeza.

Las piernas están desnudas, y su calzado es unas babuchas de tafilete amarillo que llevan en chancas.

Los brazos están cubiertos de manijas de oro, de plata, de perlas; la garganta, de una multitud de collares que forman un tejido de oro ó de perlas sobre los pechos descubiertos.

Cuando estuvieron reunidas todas las mugeres, resonó una música bárbara : varias mugeres, con la parte superior del cuerpo envuelta en una simple gasa roja, lanzaban chillidos agudos y lastimeros y tocaban el pifano y el tamboril; aquella música que no cesó en todo el día, daba á aquella escena de placer y de diversion un caracter de algazara y frenesí enteramente selvático.

Cuando se presentó la novia, acompañada de su madre y de sus amigas, y vestida con tanta magnificencia que su cabellera, su cuello, sus brazos y su pecho desaparecian enteramente bajo

un flotante velo de guirnaldas de piezas de oro y de perlas, todas las bañadoras se apoderaron de ella y le fueron quitando, uno á uno, todos sus vestidos ; entre tanto las demas se dejaban desnudar por sus esclavas, y en seguida empezaron las diferentes ceremonias del baño. Pasaron, siempre al son de la misma música, siempre con ceremonias y palabras cada vez mas estravagantes, de una sala á otra ; tomaron los baños de vapor, luego los baños de ablucion, luego hicieron correr sobre las mugeres las aguas perfumadas y untuosas ; luego enfin principiaron los juegos, y todas aquellas mugeres hicieron, con ademanes y gritos diversos, lo que hace una catterva de muchachos á quienes se lleva á nadar á un rio, — empujarse, zambullirse, tirarse agua á la cara ; y la música ahullaba cada vez mas estrepitosa, cada vez que alguna de aquellas travесuras provocaba las ruidosas carcajadas de las muchachas árabes. Enfin, salieron del baño ; las esclavas y las doncellas trenzaron de nuevo los cabellos húmedos de sus amas, les prendieron los collares y los brazaletes, les pusieron las sayas de seda y las chaquetas de terciopelo, tendieron cogines sobre las esteras en las salas, despues de haber enjugado el piso, y sacaron de los canastos y de los envoltorios de seda las provisiones dispuestas para la colacion, — pasteles y dulces de

toda especie, en que los Turcos y los Arabes son excelentes; sorbetes, aguas de azahar y todas aquellas bebidas heladas de que hacen uso los Orientales á todas las horas del dia: tambien trageron pipas y *narguilés* ¹ para las mugeres de alguna edad; una nube de humo aromático llenó y oscureció la atmósfera; el café, servido en tazas de China, metidas en marcelinas de filigrana de oro y plata, no cesó de circular, y las conversaciones se animaron; luego entraron las bailarinas que ejecutaron, á los sonidos de aquella misma música, las danzas egipcias y las monótonas evoluciones de la Arabia. Así se pasó todo el dia, y solo hácia el anochecer aquella multitud de mugeres fué acompañando á la novia hasta casa de su madre. Esta ceremonia del baño suele hacerse algunos dias antes del de la boda.

20 de setiembre 1852.

Ya que he completado nuestro establecimiento, me ocupo en organizar mi caravana para el viage al interior de la Siria y la Palestina. He comprado catorce caballos árabes, unos del Libano, otros

¹ Pipas persas mas complicadas que las ordinarias. — N. del T.

de Alepo y del desierto; he mandado hacer las sillas y los frenos al uso del pais, ricos y adornados de franjas de seda y de hilillo de oro y de plata. El respeto que se obtiene de los Arabes está en proporcion directa del lujo que se ostenta; es preciso deslumbrarlos para herir su imaginacion y viajar con entera seguridad entre sus tribus; hago preparar nuestras armas y compro otras mas hermosas para armar á nuestros carvas. Éstos carvas son unos Turcos que reemplazan á los genizaros que la Puerta concedia en otro tiempo á los embajadores ó á los viajeros á quienes queria proteger, y que reúnen el caracter de soldados al de magistrados; vienen á corresponder á los cuerpos de gendarmería de los estados de Europa. Cada consul tiene uno ó dos de ellos agregados á su persona; viajan á caballo con ellos, los anuncian en las ciudades por donde deben pasar; van á avisar al jeque, al bajá, al gobernador; van á hacer desalojar y á disponer para ellos la casa de la ciudad ó de los pueblos que han elegido; protegen con su presencia y su autoridad toda caravana á que se los agrega: — llevan vestidos mas ó menos espléndidos, segun el lujo ó la importancia de la persona que los emplea. Los embajadores ó los cónsules europeos son los únicos extranjeros que están autorizados para tenerlos; pero, gracias á los em-

toda especie, en que los Turcos y los Arabes son excelentes; sorbetes, aguas de azahar y todas aquellas bebidas heladas de que hacen uso los Orientales á todas las horas del dia: tambien trageron pipas y *narguilés* ¹ para las mugeres de alguna edad; una nube de humo aromático llenó y oscureció la atmósfera; el café, servido en tazas de China, metidas en marcelinas de filigrana de oro y plata, no cesó de circular, y las conversaciones se animaron; luego entraron las bailarinas que ejecutaron, á los sonidos de aquella misma música, las danzas egipcias y las monótonas evoluciones de la Arabia. Así se pasó todo el dia, y solo hácia el anochecer aquella multitud de mugeres fué acompañando á la novia hasta casa de su madre. Esta ceremonia del baño suele hacerse algunos dias antes del de la boda.

20 de setiembre 1852.

Ya que he completado nuestro establecimiento, me ocupo en organizar mi caravana para el viage al interior de la Siria y la Palestina. He comprado catorce caballos árabes, unos del Libano, otros

¹ Pipas persas mas complicadas que las ordinarias. — N. del T.

de Alepo y del desierto; he mandado hacer las sillas y los frenos al uso del pais, ricos y adornados de franjas de seda y de hilillo de oro y de plata. El respeto que se obtiene de los Arabes está en proporcion directa del lujo que se ostenta; es preciso deslumbrarlos para herir su imaginacion y viajar con entera seguridad entre sus tribus; hago preparar nuestras armas y compro otras mas hermosas para armar á nuestros carvas. Éstos carvas son unos Turcos que reemplazan á los genizaros que la Puerta concedia en otro tiempo á los embajadores ó á los viajeros á quienes queria proteger, y que reúnen el caracter de soldados al de magistrados; vienen á corresponder á los cuerpos de gendarmería de los estados de Europa. Cada consul tiene uno ó dos de ellos agregados á su persona; viajan á caballo con ellos, los anuncian en las ciudades por donde deben pasar; van á avisar al jeque, al bajá, al gobernador; van á hacer desalojar y á disponer para ellos la casa de la ciudad ó de los pueblos que han elegido; protegen con su presencia y su autoridad toda caravana á que se los agrega: — llevan vestidos mas ó menos espléndidos, segun el lujo ó la importancia de la persona que los emplea. Los embajadores ó los cónsules europeos son los únicos extranjeros que están autorizados para tenerlos; pero, gracias á los em-

peños de M. Jorelle y á la bondad del gobernador egipcio de Berut, se me han concedido varios. Dejaré algunos en casa para el servicio de mi muger y de mi Julia, y para su seguridad cuando tengan que salir, y me llevo al mas joven, entendido y valiente de todos, para que vaya al frente de nuestro destacamento. Estos hombres son humildes, serviciales, atentos, y no exigen casi nada mas que hermosas armas, hermosos caballos y hermosos trages; viven, como casi todos los otros Arabes que tengo á mi servicio, de tortas de harina de cebada y de fruta; duermen á cielo raso, debajo de las moreras de los huertos ó en una tienda que he hecho levantar junto al sitio en que estan los caballos.

El consul de Cerdeña, el señor Bianco, á quien vemos todos los dias como á un amigo de muchos años, nos facilita todos estos arreglos interiores, que me tendrán tranquilo por mi muger y mi hija durante mi ausencia, y contribuirán tambien á nuestra propia seguridad en el camino; compro varias tiendas, y él me presta la mejor de las suyas.

.....

22 de setiembre 1852.

Los terribles calores de setiembre dilatan nuestra partida. Pasamos los dias haciendo y recibiendo visitas de todos nuestros vecinos, Griegos, Arabes, Maronitas, y formando relaciones que deben hacernos grata esta residencia. En ninguna parte hallariamos, en Europa, mas bondades que las que nos prodigan aquí: estos pueblos no están acostumbrados á ver mas que Europeos dados al comercio, y cuyas relaciones tienen todas un objeto interesado; no comprenden al principio que se venga á habitar y á viajar entre ellos únicamente para conocerlos y admirar su hermosa naturaleza y sus monumentos derruidos; empiezan por recelarse de las intenciones de un viagero, y como las tradiciones les hacen creer que en todas las ruinas estan enterrados grandes tesoros, creen que tenemos el secreto de desenterrarlos y que este es el objeto de nuestros gastos y de nuestras fatigas; pero cuando una vez se ha logrado convencerlos de que no se viaja con esta mira, de que se va solamente á admirar la obra de Dios en las mas hermosas regiones del mundo, á estudiar las costumbres, á ver y á

amar á los hombres ; cuando ademas se les ofrecen regalos sin pedirles en cambio mas que su amistad ; cuando lleva uno consigo, como llevamos nosotros, un médico y una botica, y se les distribuyen gratuitamente las recetas, las consultas y las medicinas ; cuando ven que el extranjero que les llega es atendido y agasajado por los otros Francos, que dispone de un hermoso buque que le lleva á su arbitrio de un puerto á otro, y que no quiere cargarse con ningún objeto de comercio, su imaginacion concibe una idea de poder, de grandeza y desinterés que da al traste con todos sus sistemas, y pronto pasan de la desconfianza á la admiracion y de la admiracion á una especie de cariño entusiasta.

Tal es su disposicion con respecto á nosotros. Todo el dia está lleno nuestro patio de Arabes de las montañas, de monges maronitas, de jeques drusos, de mugeres, de niños, de enfermos, que vienen ya de quince y veinte leguas para vernos, pedirnos consultas y ofrecernos la hospitalidad si queremos pasar por sus pueblos ; casi todos hacen que los precedan regalos de vinos ó frutas del pais. Los recibimos bien, les hacemos tomar café, fumar, tomar sorbetes y helados ; les doy, en cambio de sus regalos, telas de Europa, algunas armas, un reloj, alhajas de poco valor, de que he traído gran provision, y se vuelven en-

cantados de nuestra acogida, y van á llevar á su tierra la reputacion del *emir Frangi*, (el *príncipe de los Francos*) que es el nombre que me han puesto, y el único con que soy conocido en todas las cercanías de Berut y aun en el pueblo ; y como esta consideracion puede sernos de mucho provecho en nuestras correrías por esas montañas, M. Jorelle y los cónsules europeos tienen la bondad de no desengañarlos y de dejar pasar al humilde poeta por un personaje poderoso en Europa.

Es imposible figurarse la rapidez con que circulan las noticias de boca en boca en la Arabia ; ya se sabe en Damasco, en Alepo, en Latakíe, en Saide, en Jerusalem, que ha llegado un extranjero á Siria y que va á recorrer estas regiones. En un pais donde hay poco movimiento en las cosas y en los ánimos, el mas pequeño suceso inusitado llega á ser de repente el objeto de todas las conversaciones ; circula, con la rapidez de la palabra, de una tribu á otra ; la imaginacion sensible, exaltada, de los Arabes, lo abulta y colora todo, y en quince dias se forma una fama á cien leguas de distancia. Estas disposiciones de este pais, disposiciones de que lady Stanhope ha hecho esperiencia en otro tiempo, en circunstancias muy parecidas á las mías, nos son demasiado favorables para que nos quejemos de ellas :

les dejamos que hagan y que digan, y acepto, sin desengañarlos, los títulos, las riquezas, las virtudes imaginarias de que me ha dotado la imaginación árabe, para deponerlos en seguida humildemente, volviendo á las justas proporciones de mi nativa medianía.

ALERE FLANMAN

27 de setiembre, 1852, torre de Facardin.

Hemos pasado todo el día en la boda de la joven Siria Griega. La ceremonia empezó por una larga procesion de mugeres griegas, árabes y sirias que han venido, unas á caballo, otras á pié, por los senderos de aloes y de moreras, á asistir á la novia durante este fatigoso día. Ya de algunos días y de algunas noches á esta parte, cierto número de esas mugeres no sale de la casa de Habib-Bárbara, ni cesa de prorumpir en gritos, cánticos y gemidos agudos y prolongados por el estilo de la gritería que arman los vendedores y los segadores en los collados de Francia en la época de la cosecha. Esos clamores, esos lamentos, esas lágrimas y esas alegrías de convención deben impedir á la novia pegar los ojos algunas noches antes de la boda. Los viejos y los mozos de la familia del marido hacen otro tanto

por su parte y no le dejan sosegar lo menos en ocho días. No puedo explicarme los motivos de este uso.

Introducidos en los jardines de la casa de Habib, han hecho entrar á las mugeres en el interior de los divanes para dar el parabien á la novia, admirar su atavío y ver las ceremonias: á nosotros nos dejaron en el patio ó nos hicieron entrar en un divan inferior, donde estaba servida una mesa á la Europea, cargada de una multitud de frutas en dulce, de bizcochos y tortas, de licores y sorbetes, y toda la tarde se estuvo renovando esta colacion á medida que la despachaban los convidados, que eran muy numerosos. Yo logré por escepcion introducirme hasta el divan de las mugeres en el momento en que el arzobispo griego daba la bendicion nupcial. La novia estaba de pie al lado del novio, cubierta desde la cabeza hasta los pies de un velo de gasa colorada bordada de oro: el sacerdote separó un instante el velo, y el joven pudo vislumbrar por primera vez á la muger con quien iba á unir su vida, y que era admirablemente hermosa. La palidez de que cubrian sus mejillas el cansancio y la emocion, palidez realzada por los reflejos del velo colorado y los innumerables aderezos de oro, plata, perlas y diamantes de que estaba cubierta, y por las largas trenzas de su

pelo negro que caian alrededor de su talle, sus pestañas pintadas de negro igualmente que sus cejas y el borde de sus ojos, sus manos en que se veían las puntas de los dedos y de las uñas teñidas de encarnado, con el *hené*⁴, formando dibujos moriscos; todo daba á su hechicera hermosura un caracter de novedad y de solemnidad para nosotros que nos dejó verdaderamente pasmados. Apenas tuvo tiempo su marido para mirarla; parecia rendido bajo el peso de las vigili-
 y de las fatigas con que aquellos raros usos agotan hasta las fuerzas del mismo amor. El obispo tomó de manos de uno de sus sacerdotes una corona de flores naturales, la puso sobre la cabeza de la novia, la volvió á coger, la colocó sobre la cabeza del novio, otra vez la volvió á coger para ponerla sobre el velo de la esposa, y así la pasó varias veces de una cabeza á otra: luego les pusieron igualmente y les quitaron varias veces un anillo: partieron en seguida el mismo pan, bebieron el vino consagrado en la misma copa, hecho lo cual se llevaron á la novia á otras piezas adonde solo las mugeres pudieron seguir-la para hacerla mudar de trage. El padre y los amigos del marido le llevaron por su parte al

⁴ En latin *lausonia*, planta polipétala, cuyo jugo tiene un color encarnado muy subido. — N. del T.

jardin, donde le hicieron sentarse al pie de un arbol, rodeado de todos los varones de su familia: entonces llegaron los músicos y los bailarines, y continuaron hasta despues de puesto el sol sus sinfonías bárbaras, sus agudos gritos y sus contorsiones al rededor del joven, que se habia dormido al pie del arbol y á quien sus amigos despertaban en vano á cada instante.

Cuando llegó la noche, le llevaron solo y en procesion hasta la casa de su padre: solo al cabo de ocho dias se le permite al nuevo esposo ir á buscar á su muger y llevársela á su casa.

Las mugeres que atronaban con sus gritos la casa de Habib-Bárbara salieron tambien un poco mas tarde. No hay nada mas pintoresco que aquella inmensa procesion de mugeres y de muchachas vestidas del modo mas extraño y espléndido, cubiertas de brillantes pedrerías, reodeadas de sus criadas y sus esclavas, que llevaban hachas de pino resinoso para alumbrar su marcha, y prolongando así su luminosa fila por entre los largos y angostos senderos de aloes y de naranjos, en la orilla del mar, á veces en silencio, á veces prorumpiendo en gritos que resonaban hasta sobre las olas ó sobre los grandes plátanos del pie del Líbano. Volvimos á nuestra casa, inmediata á la quinta de Habib, donde todavía oíamos el ruido de las conversaciones de

las mugeres de la familia; subimos á nuestras azoteas y por largo rato seguimos con la vista aquellos fuegos errantes que circulaban por todas partes por entre los árboles en la llanura.

29 de setiembre 1832.

Se habla de una derrota de Ibrahin. Si el ejército egipcio llegase á experimentar un reves, la venganza de los Turcos, oprimidos hoy aquí por los cristianos del Líbano, seria de temer, y podrian ocurrir graves escesos en las quintas y caseríos aislados, particularmente como el nuestro. Me he decidido á alquilar tambien por precaucion una casa en la ciudad; esta mañana hallé una que puede alojarnos á todos; se compone, como todos los palacios árabes, de un pasadizo oscuro que remata en la calle por una puerta de arco rebajado; este pasadizo conduce á un patio empedrado de marmol, y rodeado de divanos ó salas abiertas: en verano se pone un toldo sobre ese patio, y allí es donde están los árabes para recibir las visitas; un surtidor de agua corre y murmura en mitad del patio, y cuando no hay manantial, hay á lo menos un pozo cerrado en uno de los ángulos; de ese patio se pasa

á varias grandes piezas enlosadas de mosaicos ó de baldosas de marmol, y decoradas hasta una altura de como hasta dos pies, ó de marmol esculpido en nichos, ó de ensambladuras de cedro amarillo admirablemente labrado; para pasar de la primera parte de esos divanes á la segunda hay que subir un escalon, y dicha segunda mitad está defendida por una balaustrada de madera primorosamente tallada; los esclavos y los criados están en la primera parte, de pié, con la taza de café, el sorbete ó la pipa en la mano; los amos están sentados sobre alfombras y reclinados sobre almohadones en la segunda: — en general, en el fondo de la pieza, se halla una escalerita de madera escondida en la ensambladura y que conduce á una especie de tribuna elevada que ocupa el fondo de la estancia: esa tribuna da, á un lado, sobre la calle por ventanillas de arco diagonal guarnecidas de graciosos enrejados, y por el lado de la habitacion tiene tambien otros enrejados de madera, en que los ebanistas del pais ostentan todo el arte de sus dibujos y de su ejecucion: esas tribunas son muy angostas, y no pueden contener mas que un divan cubierto de colchones y cogines de seda: allí es donde los Turcos y los Arabes ricos se retiran por la noche; los demas se contentan con echar almohadones en el suelo y sobre ellos duermen

vestidos, sin mas manta ni sábana que las hermosas pieles que llevan generalmente.

Cinco ó seis piezas por este estilo hay en mi casa de la ciudad en el primer piso, y otras tantas en el segundo, ademas de un gran número de piececitas altas é independientes para criados europeos; los jenizaros y los *sais*, (criados árabes) duermen en la puerta de la calle, ó bajo el pasadizo ó portal, ó en el patio; nunca se piensa en buscarles un sitio ó una cama; el pueblo aquí no tiene mas cama que el suelo y una estera de Egipto; la belleza del clima ha provisto á todo, y nosotros mismos experimentamos que no hay cielo de cama mas delicioso que este hermoso firmamento estrellado, adonde las ligeras brisas del mar traen un poco de frescura y brindan al sueño; hay poco ó ningun rocío, y basta cubrirse los ojos con un pañuelo de seda para dormir á cielo raso sin ningun inconveniente.

Esta casa no es mas que una seguridad para mi muger y mi hija, en caso de retirarse Ibrahim-Bajá; me he contentado con recojer las llaves, y no la ocupariamos sino en el caso de que el resto del pais fuese inhabitable. Bajo la garantía de los cónsules europeos, en una ciudad cerrada con murallas, y al lado de un puerto donde siempre estan fondeados buques de todas las naciones, no puede haber peligro inminente para

unos viageros. He alquilado la casa de la ciudad por un año, á razon de mil piastras, es decir sobre mil doscientos reales; las cinco casas reunidas no me cuestan mas que tres mil piastras, es decir, entre todo, unos cinco mil trescientos reales al año, por tener seis casas, de las cuales una sola, la de la ciudad, costaria por lo menos mil duros en Europa.

Hay, en una lengua de tierra, á la izquierda de la ciudad, una de las mas deliciosas habitaciones que pueden desearse en el mundo; pertenece á un rico comerciante turco, á quien he hecho proponer que me la ceda: no ha querido alquilármela, pero me ha ofrecido vendérmela por treinta mil piastras, es decir sobre dos mil duros: se levanta en medio de un jardin muy espacioso, plantado de cedros, de naranjos, de vides, de higueras, y regado por una hermosa fuente de agua manantial; el mar la rodea por dos lados, y la espuma va á bañar el pie de las tapias; toda la hermosa rada de Berut se estiende á la vista con sus buques anclados, oyéndose desde allí el son del viento en las jarcias; la limita un antiguo castillo moruno que avanza dentro del mar, y está unido á hermosas praderas verdes por medio de puentes, y cuyas altas almenas se dibujan en sombra sobre el fondo de las nieves del Sannin, dejando ver en sus in-

térvalos los centinelas de Ibrahim que se pasean por ellas mirando el mar.

La casa es mucho mas hermosa que la que acabo de alquilar. Todas las paredes están cubiertas de mármoles admirablemente esculpidos; surtidores de agua eternos murmuran en medio de las piezas del piso bajo, y largos balcones enrejados y salientes que dan la vuelta á los pisos superiores, permiten á las mugeres pasar, sin ser vistas, los días y las noches á cielo raso, y recrear sus miradas en el admirable espectáculo del mar, de las montañas y de las animadas escenas del puerto. El Turco, dueño de la casa, me ha recibido perfectamente; me ha prodigado los sorbetes, las pipas y el café, y él mismo me acompañó á todas las piezas, despues de haber enviado á un eunuco negro á prevenir á sus mugeres que se retirasen á un pabellon del jardin; pero cuando llegamos á su habitacion ó haren, todavía no se habia ejecutado esta orden, y vimos cinco ó seis jóvenes, unas de quince á diez y seis años á lo mas, otras de veinte á treinta, en aquel lindo y hermoso traje de las mugeres árabes, y en todo el desorden de su atavio casero, que se levantaban precipitadamente de sus esteras y de sus divanes, las piernas al aire y descaldas, unas tapándose la cara con un velo, otras llevando en los brazos criaturas de pecho, con

toda la vergüenza, con toda la confusion naturales en semejante sorpresa; metiéronse en un corredor oscuro y el eunuco se puso á la puerta. El comerciante árabe no pareció en manera alguna incomodado por aquella circunstancia, y visitamos todas las piezas interiores del haren, como hubiéramos podido visitar una casa de Europeos.

.....

VISITA A LADY ESTER STANHOPE.

Lady Ester Stanhope, sobrina del célebre ministro M. Pitt, despues de la muerte de su tío, dejó la Inglaterra y recorrió la Europa. Joven, hermosa y rica, en todas partes fué recibida con el agasajo y el interés que debian merecerle su clase, su caudal, su talento y su hermosura, pero siempre se negó á unir su suerte á la de sus mas dignos admiradores, y despues de haber pasado algunos años en las principales capitales de Europa, se embarcó con una numerosa comitiva para Constantinopla. Nunca se ha sabido el motivo de aquella espatriacion; unos la han atribuido á la muerte de un joven general inglés,

térvalos los centinelas de Ibrahim que se pasean por ellas mirando el mar.

La casa es mucho mas hermosa que la que acabo de alquilar. Todas las paredes están cubiertas de mármoles admirablemente esculpidos; surtidores de agua eternos murmuran en medio de las piezas del piso bajo, y largos balcones enrejados y salientes que dan la vuelta á los pisos superiores, permiten á las mugeres pasar, sin ser vistas, los días y las noches á cielo raso, y recrear sus miradas en el admirable espectáculo del mar, de las montañas y de las animadas escenas del puerto. El Turco, dueño de la casa, me ha recibido perfectamente; me ha prodigado los sorbetes, las pipas y el café, y él mismo me acompañó á todas las piezas, despues de haber enviado á un eunuco negro á prevenir á sus mugeres que se retirasen á un pabellon del jardin; pero cuando llegamos á su habitacion ó haren, todavía no se habia ejecutado esta orden, y vimos cinco ó seis jóvenes, unas de quince á diez y seis años á lo mas, otras de veinte á treinta, en aquel lindo y hermoso traje de las mugeres árabes, y en todo el desorden de su atavio casero, que se levantaban precipitadamente de sus esteras y de sus divanes, las piernas al aire y descaldas, unas tapándose la cara con un velo, otras llevando en los brazos criaturas de pecho, con

toda la vergüenza, con toda la confusion naturales en semejante sorpresa; metiéronse en un corredor oscuro y el eunuco se puso á la puerta. El comerciante árabe no pareció en manera alguna incomodado por aquella circunstancia, y visitamos todas las piezas interiores del haren, como hubiéramos podido visitar una casa de Europeos.

.....

VISITA A LADY ESTER STANHOPE.

Lady Ester Stanhope, sobrina del célebre ministro M. Pitt, despues de la muerte de su tío, dejó la Inglaterra y recorrió la Europa. Joven, hermosa y rica, en todas partes fué recibida con el agasajo y el interés que debian merecerle su clase, su caudal, su talento y su hermosura, pero siempre se negó á unir su suerte á la de sus mas dignos admiradores, y despues de haber pasado algunos años en las principales capitales de Europa, se embarcó con una numerosa comitiva para Constantinopla. Nunca se ha sabido el motivo de aquella espatriacion; unos la han atribuido á la muerte de un joven general inglés,

muerto por entonces en España, y que un eterno dolor debia conservar siempre presente en el corazon de lady Ester ; otros á una simple afición á aventuras que el caracter animoso y emprendedor de aquella joven hacia probable en ella. Como quiera que sea, púsose en camino, pasó algunos años en Constantinopla y se embarcó en fin para la Siria en un buque inglés que llevaba tambien la mayor parte de sus tesoros, y valores inmensos en alhajas y regalos de toda especie.

Asaltó al buque una tempestad en el golfo de Macri, en la costa de Caramania, en frente de la isla de Rodas, y fué á estrellarse en un arrecife á pocas millas de la playa. El buque se hizo pedazos y los tesoros de lady Stanhope fueron á fondo ; ella se salvó de la muerte á duras penas, y fué llevada en una tabla á una isleta desierta donde pasó veinticuatro horas sin alimentos ni socorros hasta que al fin unos pescadores de Marmoriza, que buscaban los despojos del naufragio, la descubrieron y la llevaron á Rodas, donde se hizo reconocer por el consul inglés. No entibió su resolucion aquel fatal suceso ; volvióse á Inglaterra pasando por Malta, reunió los restos de su hacienda, vendió una parte de sus bienes, cargó un segundo buque de riquezas y de regalos para las regiones que se proponia recorrer, y dió la vela. Despues de una feliz travesía, de-

sembarcó en Latakié, la antigua Laodicea, en la costa de Siria, entre Trípoli y Alejandreta : establecióse en las cercanías, aprendió el árabe, se rodeó de todas las personas que podian facilitarle relaciones con las diferentes poblaciones árabes, drusas y maronitas del pais, y se preparó, como yo, á hacer viages y descubrimientos en las partes menos accesibles de la Arabia, de la Mesopotamia y del desierto.

Luego que se familiarizó bien con la lengua, el trage, las costumbres y los usos de los paises, organizó una numerosa caravana, cargó algunos camellos de ricos regalos para los Arabes, y recorrió todas las partes de la Siria. Residió en Jerusalem, en Damasco, en Alepo, en Koms, en Balbeck y en Palmira ; hallándose en esta última residencia fué cuando las numerosas tribus de Arabes errantes que le habian facilitado la entrada en aquellas ruinas, reunidas en número de cuarenta ó cincuenta mil personas, y prendadas de su hermosura, de su gracia y de su magnificencia, la proclamaron reina de Palmira, y le espidieron cédulas en virtud de las cuales todo Europeo protegido por ella podria visitar con toda seguridad el desierto y las ruinas de Balbeck y de Palmira, con tal que se obligase á pagar un tributo de mil piastras. Este tratado existe todavía, y los Arabes le cumplirian fielmente si se les die-

sen pruebas positivas de la proteccion de lady Stanhope.

Sin embargo, á su vuelta de Palmira, estuvo á punto de ser robada por una numerosa tribu de Arabes, enemigos de los de Palmira. Avisóselo á tiempo uno de los suyos, y debió su salvacion y la de su caravana á una marcha forzada de noche, y á la velocidad de sus caballos que anduvieron un espacio increíble por el desierto en veinticuatro horas. Volvió entonces á Damasco, donde residió algunos meses bajo la proteccion del bajá turco á quien la Puerta la habia recomendado con empeño.

Despues de una vida errante por todas las provincias del Oriente, lady Ester Stanhope se fijó por fin en una soledad casi inaccesible en la cima de una de las montañas del Libano, cercana á Saide, la antigua Sidon. El bajá de San Juan de Acre, Abdala-Bajá, que le profesaba el mayor respeto y un afecto ilimitado, le concedió los restos de un convento y la aldea de Djioun, poblada por Drusos: lady Ester hizo construir varias casas, rodeadas de una muralla, por el estilo de nuestras fortificaciones de la edad media, formó artificialmente un delicioso jardin, al uso de los Turcos, — jardin lleno de flores y de frutas, de emparrados y de kioskos enriquecidos con esculturas y pinturas arabescas,—aguas corrientes

en tageas de marmol, surtidores de agua viva en medio de los kioskos, — bóvedas de naranjos, de higueras y de limoneros. Allí vivió lady Stanhope algunos años con un lujo enteramente oriental, rodeada de gran número de dragomanes europeos ó árabes, de un numeroso séquito de mugeres, de esclavos negros, y en relaciones de amistad y aun de política con la Puerta, con Abdala-Bajá, con el emir Beschir, soberano del Libano, y sobre todo con los jeques árabes de los desiertos de Siria y de Bagdad.

Pronto su caudal, considerable todavía, disminuyó de resultas del trastorno de sus negocios ocasionado por su ausencia, y se halló reducida á seis ó siete mil duros de renta que todavía bastan en este pais para el tren de vida que lady Stanhope tiene precision de conservar. Con el tiempo las personas que la vinieron acompañando de Europa murieron ó se ausentaron; la amistad de los Arabes, que es preciso estar siempre fomentando con regalos, se entibió; las relaciones se hicieron menos frecuentes, y lady Ester cayó en el completo aislamiento en que yo la encontré: — pero entonces cabalmente fué cuando mas manifestó el heroico temple de su caracter, toda la energía, toda la constancia de resolucion de aquella alma. No pensó en volverse atrás; no dió una sola lágrima al mundo ni á lo

pasado; no flaqueó bajo el abandono, bajo el infortunio, bajo la perspectiva de la vejez y del olvido de los vivos; quedóse sola donde todavía está, sin libros, sin periódicos, sin cartas de Europa, sin amigos, hasta sin criados, rodeada solo de algunas negras y de algunos niños esclavos negros, y de cierto número de labradores árabes para cuidar su huerto, sus caballos, y atender á su seguridad personal. Se cree generalmente en el país, y mis relaciones con ella me mueven á mí tambien á creer, que halla la fuerza sobrenatural de su alma y de su resolución, no solo en su carácter, mas tambien en la exaltación de sus ideas religiosas, en las que el iluminismo de Europa se halla confundido con algunas creencias orientales y sobre todo con las maravillas de la astrología. Sea como quiera, lady Stanhope es un gran nombre en Oriente, y un grande asombro para Europa⁴. Hallándome tan cerca de ella, deseaba verla: su pensamiento de soledad y meditación tenia tanta simpatía aparente con mis propios pensamientos, que quise averiguar qué puntos de contacto habia tal vez entre nosotros; pero nada es mas difícil para un Europeo que ser admitido á su presencia, pues se niega á toda

⁴ Hace algunos años que los periódicos ingleses y franceses han anunciado la muerte de esta muger extraordinaria. — N. del T.

comunicación con los viajeros ingleses, con las mugeres y hasta con los individuos de su familia. Poca esperanza tenia yo pues de serle presentado, y no llevaba ademas para ella ninguna carta de recomendación; pero sabiendo que conservaba algunas relaciones con los Arabes de la Palestina y de la Mesopotamia, y que una recomendación de su puño cerca de aquellas tribus podria serme de suma utilidad en mis futuras correrías, tomé el partido de enviarle un Arabe portador de esta carta:

« Milady,

« Viagero como vm., estrangero como vm. en el Oriente, adonde, como vm., solo vengo á buscar el espectáculo de su naturaleza, de sus ruinas y de las obras de Dios, acabo de llegar á Siria con mi familia, y contaré en el número de los días mas interesantes de mi viage el día en que conozca á una muger que es una de las maravillas de este Oriente que vengo á visitar.

« Si tiene vm. la bondad de recibirme, sírvase hacerme saber el día que mas le convenga, y decirme si debo ir solo, ó si puedo llevarle á vm. algunos de mis amigos que me acompañan y que no apreciarían menos que yo el honor de serle á vm. presentados.

« Deseo, milady, que esta súplica no fuerce en

nada su cortesía de vm. á concederme lo que pueda repugnar á sus hábitos de retiro absoluto. Comprendo harto bien el precio de la libertad y el encanto de la soledad, para no comprender su negativa de vm. y para no respetarla.

« Quedo de vm., etc. »

No aguardé mucho tiempo la respuesta; el 50 á las tres de la tarde, el caballero de lady Stanhope, que es al mismo tiempo su médico, llegó á mi casa con orden de acompañarme á Djoun, residencia de aquella muger extraordinaria.

A las cuatro de la tarde nos pusimos en camino, yo, el doctor Leonardi, M. de Parseval, un criado y un guia, todos á caballo. Atravesé, á media hora de Berut, un bosque de pinos magníficos plantados por el emir Fakardin sobre un alto promontorio, cuya vista se estiende á la derecha sobre el tempestuoso mar de Siria, y á la izquierda, sobre el magnífico valle del Líbano, — punto de vista admirable, donde las riquezas de la vegetacion del occidente, la vid, la higuera, la morera, el álamo piramidal, se unen á algunas enhiestas columnas de palmeras del Oriente, cuyas anchas hojas hacia ondear el viento como un penacho sobre el fondo azul del firmamento. A pocos pasos de allí, se entra en una especie de desierto de arena roja acumulada en enormes y

movibles olas como las del océano. — Hacia una tarde de recia brisa, y el viento las surcaba, las enrespaba, las revolvía como enrespa y revuelve las olas del mar. — Aquel espectáculo era nuevo y triste como una aparición del verdadero y vasto desierto que pronto iba yo á recorrer. — Ninguna huella de hombres ni de animales subsistía sobre aquella ondulosa arena; solo nos guiábamos por el rugido de las olas á un lado y al otro por las transparentes cumbres del Líbano. — Pronto hallamos una especie de camino ó sendero sembrado de enormes peñones angulares. — Aquel camino, que sigue el mar hasta Egipto, nos condujo hasta una casa arruinada, resto de una antigua torre fortificada, donde pasamos las sombrías horas de la noche, tendidos sobre una estera y embozados en nuestras capas. — Apenas salió la luna, volvimos á montar á caballo. — Hacia una de aquellas noches en que el cielo está todo cubierto de estrellas, en que parece que la mas perfecta serenidad reina en aquellas profundidades etereas que contemplamos desde esta tan baja hondura, pero donde la naturaleza al rededor nuestro parece que gime y se retuerce en siniestras convulsiones. — El desolado aspecto de la costa contribuía á agravar, hacia algunas leguas, esta penosa impresión. — Habíamos dejado á nuestra espalda,

con el crepúsculo, las hermosas laderas sombreadas, los verdes valles del Líbano. — Asperas colinas, sembradas de arriba á abajo de piedras negras, blancas y grises, reliquias de antiguos terremotos, se alzaban al lado de nosotros; á nuestra izquierda y á nuestra derecha, el mar, agitado desde por la mañana por una sorda tempestad, desarrollaba sus ponderosas y amenazantes olas, que veíamos venir de lejos por la sombra que proyectaban delante de ellas, que azotaban luego la ribera, lanzando cada cual su trueno, y prolongaban en fin su ancha é hirviente espuma hasta el lindero de húmeda arena por donde caminábamos, inundando cada vez los cascotes de nuestros caballos y amenazando arrastrarnos consigo; — una luna, tan brillante como un sol de invierno, derramaba bastantes rayos de luz sobre el mar para descubrirnos su furor, y no suficiente claridad sobre el suelo que pisábamos para tranquilizar la vista en punto á los riesgos del camino. — Pronto el resplandor de un incendio se mezcló sobre la cima de las montañas del Líbano con las brumas blancas ó sombrías de la mañana, y derramó sobre toda aquella escena una tinta falsa y cenicienta, que no es ni el día ni la noche, que no tiene ni el brillo del uno ni la serenidad de la otra; hora triste á la vista y al pensamiento, lucha de dos princi-

píos contrarios de que la naturaleza suele ofrecer el doloroso espectáculo, y que con mas frecuencia hallamos en nuestro propio corazón. — A las siete de la mañana, con un sol abrasador, salimos de Saide, la antigua Sidon, que se avanza sobre las olas como un glorioso recuerdo de una dominación pasada, y trepábamos unos cerros calizos, desnudos, desgarrados, que, alzándose de piso en piso, nos llevaban á la soledad que en vano buscábamos con los ojos. A cada cerro que subíamos, descubrimos otro mas alto que era preciso torcer ó subir; las montañas se encadenaban con las montañas, como los eslabones de una cadena, no dejando entre sí mas que profundas barrancas sin agua, blanqueadas, sembradas de peñones grises. Esas montañas están completamente despojadas de vegetación y de tierras: son esqueletos de colinas que las aguas y los vientos han roído hace muchos siglos. — No me esperaba yo ciertamente á hallar allí la morada de una muger que ha visitado el mundo, y que ha podido escoger su retiro en todo el universo. — En fin, desde lo alto de uno de aquellos pelados riscos tendí la vista sobre un valle mas profundo, mas ancho, limitado por todos lados por montañas mas magestuosas, pero no menos estériles. En medio de aquel valle, como la base de una ancha torre, nacia la mon-

taña de Djioun, y se redondeaba en bancos de rocas circulares que, adelgazándose á medida que se acercaban á sus cimas, formaban enfin un llano de algunos centenares de toesas de anchura y se coronaban de una graciosa y verde vegetacion. — Una tapia blanca, flanqueada de un kiosko en uno de sus ángulos, rodeaba aquella masa de verdura. — Aquella era la morada de lady Ester : á las doce del día llegamos á ella. La casa no es lo que se llama así en Europa, — no es siquiera lo que se llama casa en Oriente ; es una estraña y confusa reunion de diez ó doce casitas, cada una de las cuales no contiene mas que una ó dos piezas en el piso bajo, sin ventanas, y separadas unas de otras por pequeños patios ó jardines, conjunto en un todo semejante al aspecto de esos pobres conventos que se hallan en Italia ó en España sobre las altas montañas y pertenecen á órdenes mendicantes. — Segun su costumbre, lady Stanhope no se dejaba ver antes de las tres ó las cuatro de la tarde, por lo que, para esperarla, nos llevaron á cada uno á una especie de celda estrecha, sin luz y sin muebles. Sirviéronnos de almorzar y nos tendimos sobre un divan aguardando á que se despertase la invisible señora de aquella romántica morada. — Quedéme dormido, y á las tres entraron á despertarme para anunciarme que me es-

peraba milady : — atravesé un patio, un jardín, un bellissimo kiosko, luego dos ó tres corredores oscuros, y fuí introducido por un negrilla de seis á ocho años en el gabinete de lady Ester. — Reinaba en él una oscuridad tan profunda que apenas pude distinguir las facciones nobles, graves, dulces y magestuosas de la blanca figura que, en traje oriental, se levantó del divan y se adelantó alargándome la mano. Lady Ester parece tener unos cincuenta años ; sus facciones son de aquellas que los años no pueden alterar ; la frescura, los colores, la gracia se van con la juventud, pero cuando la belleza reside en la forma misma, en la pureza de las líneas, en la dignidad, en la magestad, en el pensamiento de un semblante de hombre ó de muger, la belleza cambia en las diferentes épocas de la vida, pero no pasa. — Tal es la de lady Stanhope. — Llevaba en la cabeza un turbante blanco, en la frente una venda ó tira de lana de color de púrpura que le caía por ambas sienas sobre los hombros. Un largo chal amarillo de Cachemira, un inmenso ropage turco de seda blanca, con mangas bobas, rodeaban toda su persona en sencillos y magestuosos pliegues, y solamente se veía en la abertura que dejaba aquella primera túnica sobre su pecho, un segundo vestido de tejido de lana de Persia, floreado, que subia has-

ta el cuello prendido con un broche de perlas. Unos borceguies turcos de taflete amarillo bordado de seda completaban aquel hermoso trage oriental que ella manejaba con la soltura y la gracia de una persona que nunca ha usado otro desde su juventud.

— De muy lejos ha venido vm. para ver á una ermitaña, me dijo; sea vm. bien venido; recibo pocos extranjeros, uno ó dos todo lo mas al año, pero su carta de vm. me ha gustado, y he deseado conocer á una persona que ama, como yo, á Dios, la naturaleza y la soledad. Una secreta voz me decia ademas que nuestras estrellas son amigas, y que nos convendriamos mutuamente: veo con placer que mi presentimiento no me ha engañado, y sus facciones de vm., el solo ruido de sus pisadas mientras atravesaba vm. ese corredor, me han hecho conocerle á vm. lo bastante para que no me arrepienta de haber querido verle.

— Sentémonos y hablemos.— Ya somos amigos.

— ¿Cómo, le dije, milady, honra vm. tan pronto con el título de amigo á un hombre cuyo nombre y cuya vida le son completamente desconocidos? Vm. ignora quien yo soy. — Es verdad, repuso; no sé ni lo que vm. es segun el mundo, ni lo que ha hecho mientras ha vivido entre los hombres; pero sé ya lo que es vm. delante de Dios. No me tome vm. por una loca, como me

llama muchas veces el mundo, pero no puedo resistir á la necesidad de hablarle á vm. con el corazon en la mano. Hay una ciencia, perdida hoy en Europa, ciencia que nació en Oriente, donde nunca ha perecido y donde todavía vive.

— Yo la poseo.— Yo leo en los astros.— Todos somos hijos de alguna de esas celestes luminarias que presidieron á nuestro nacimiento, y cuya feliz ó maligna influencia está escrita en nuestros ojos, en nuestras frentes, en todas nuestras facciones, en los lineamentos de nuestra mano, en la forma de nuestro pie, en nuestros ademanes, en nuestro porte; no hace mas que un minuto que le estoy viendo á vm., y sin embargo le conozco como si hubiéramos vivido juntos un siglo. — ¿Quiere vm. que le revele á sí mismo? — ¿Quiere vm. que le prediga su destino? — Guárdese vm. de hacerlo, milady, le respondí sonriendo; no niego lo que ignoro; no aseguraré que en la naturaleza visible é invisible en que todo se enlaza, todo se encadena, seres de un orden inferior, como el hombre, no están bajo la influencia de seres superiores, como los astros ó los ángeles, pero no tengo necesidad de su revelacion para conocerme á mí mismo, — corrupción, debilidad, miseria! — Y en cuanto á los arcanos de mi destino futuro, temeria profanar á la Divinidad, que me los oculta, si se los

preguntase á la criatura.—En punto á porvenir, no creo mas que en Dios, en la libertad y en la virtud.—No importa, me dijo, crea vm. lo que quiera; yo en cuanto á mí, veo evidentemente que vm. ha nacido bajo la influencia de tres estrellas prósperas, poderosas y buenas, que le han dotado de cualidades análogas, y le conducen á un fin que yo podria, si quisiera, indicar á vm. hoy mismo.—Dios le trae á vm. aquí para iluminar su alma; vm. es uno de esos hombres de deseo y de buena voluntad que él necesita, como instrumentos, para las obras maravillosas que pronto va á consumir entre los hombres.—¿Cree vm. que ya ha llegado el reinado del mesías?—He nacido cristiano, le dije; con esto le respondo á vm.—¡Cristiano! replicó frunciendo ligeramente el ceño;—yo tambien soy cristiana, pero el que vm. llama Cristo ¿no ha dicho:—«Yo os hablo todavia por parábolas, pero el que ha de venir despues de mí os hablará «en espíritu y en verdad?»—¡Pues bien, ese es el que aguardamos! Ese es el mesías que no ha venido aun, que no está lejos, que veremos con nuestros ojos, y para cuya venida todo se prepara en el mundo!—¿Qué responderá vm.?—¿Y como podrá vm. negar ó retorcar las palabras mismas de su evangelio que acabo de citarle?—¿Qué motivos tiene vm. para creer en Cristo?—

Permítame vm., milady, repuse; que no entre con vm. en semejante discusion, en que tampoco entro conmigo mismo.—Hay dos luces para el hombre; una que ilumina la mente, que está sujeta á la discusion, á la duda, y que muchas veces no conduce mas que al error y al extravío; otra que ilumina el corazón, y que nunca engaña, porque es juntamente evidencia y conviccion, y para nosotros, míseros mortales, la verdad no es mas que una conviccion. ¿Dios solo posee la verdad de otro modo y como verdad; nosotros no la poseemos mas que como fé!—Yo creo en Cristo, porque ha traído á la tierra la doctrina mas santa, mas fecunda y mas divina que ha deparado jamas su luz sobre la inteligencia humaná.—Una doctrina tan celestial no puede ser el fruto de la ilusion y de la mentira.—Cristo lo ha dicho como lo dice la razon.—Las doctrinas se conocen por su moral, como el arbol por sus frutos; los frutos del cristianismo, —hablo de sus frutos venideros mas aun que de sus frutos ya recogidos y corrompidos, son infinitos, perfectos y divinos;— luego la doctrina en sí misma es divina;— luego su autor es un verbo divino, como él se llamaba á sí mismo.—He aquí porqué soy cristiano, hé aquí toda mi controversia religiosa conmigo mismo; con los demas no tengo ninguna;— no se le prueba al

hombre sino lo que ya cree. — Pero en fin, repuso lady Ester, ¿encuentra vm. el mundo social, político y religioso bien ordenado? ¿Y no siente vm. lo que todos sienten, la falta, la necesidad de un revelador, de un redentor, del mesías que aguardamos y que ya vemos en nuestros deseos? — ¡Oh! en cuanto á eso, le dije, esa es ya otra pregunta. Nadie mas que yo padece y gime oyendo el gemido universal de la naturaleza, de los hombres y de las sociedades: nadie declara mas sin rebozo los enormes abusos sociales, políticos y religiosos; nadie desea ni espera mas un reparador de esos intolerables males de la humanidad; nadie está mas convencido de que ese reparador ha de ser necesariamente divino! — Si á esto llama vm. esperar un mesías, le espero como vm., y mas que vm. suspiro por su próxima aparición; como vm., y mas que vm., veo, en las vacilantes creencias del hombre, en el tumulto de sus ideas, en el vacío de su corazón, en la depravacion de su estado social, en los repetidos sacudimientos de sus instituciones políticas, todos los síntomas de un trastorno, y por consiguiente de una cercana é inminente renovacion. Creo que Dios se manifiesta siempre en el momento preciso en que todo lo que es humano es insuficiente, en que el hombre confiesa que nada puede para sí mismo. A esa situacion ha lle-

gado el mundo; creo pues en un mesías cercano á nuestra época, pero en ese mesías no veo á Cristo, que nada mastiene que darnos en punto á virtud y verdad; veo al que Cristo ha anunciado que vendrá despues de él, — á ese espíritu santo, siempre en accion, siempre asistiendo al hombre, siempre revelándole, segun el tiempo y las necesidades, lo que debe hacer y saber. — Que ese espíritu divino se encarne en un hombre ó en una doctrina, en un hecho ó en una idea, poco importa; siempre es él; hombre ó doctrina, hecho ó idea, espero en él y le aguardo, y mas que vm., milady, le invoco! Ya ve vm. que podemos entendernos, y que nuestras estrellas no son tan divergentes como ha podido hacérselo á vm. creer esta conversacion. — Sonrióse oyendo esto, y sus ojos, á veces algo sombríos mientras me oia confesarle mi racionalismo cristiano, se iluminaron con una ternura de mirada y una luz casi sobrenatural. — Crea vm. lo que quiera. me dijo, no por eso deja vm. de ser uno de aquellos hombres que yo esperaba, que la Providencia me envia, y que tienen una gran parte de trabajo reservado en la obra que se prepara: pronto volverá vm. á Europa; la Europa acabó; la Francia solo tiene una gran mision que cumplir aun; vm. tendrá parte en ella, no sé todavía cómo, pero puedo decírselo á vm. esta noche, cuando

haya consultado sus estrellas. — Todavía no sé los nombres de todas; ahora veo mas de tres; cuatro distingo, acaso cinco, y, ¿qué sé yo? mas aun. Una de ellas es seguramente Mercurio, que da la claridad y el color á la inteligencia y á la palabra: vm. debe ser poeta: eso se lee en sus ojos de vm. y en la parte superior de su rostro; mas abajo, está vm. bajo el imperio de astros enteramente diferentes, casi opuestos; hay una influencia de energía y de accion; tambien hay algo de sol, añadió de repente, en la postura de su cabeza de vm. y en el modo como la inclina vm. sobre el hombro izquierdo. — Dé vm. gracias á Dios; hay pocos hombres que hayan nacido bajo mas de una estrella, pocos cuya estrella sea próspera, menos aun cuya estrella, aunque sea favorable, no esté equilibrada por el influjo maligno de una estrella opuesta: vm., por lo contrario, tiene muchas, y todas están en armonía para servirle, y todas se ayudan entre sí en su favor. — ¿Cual es su nombre de vm.? — Se lo dije. — ¡Nunca le habia oido! repuso con el acento de la verdad. — He ahí, milady, lo que es la gloria. — He compuesto algunos versos en

¹ Sin embargo la carta que le escribió el autor probablemente iria firmada. A la cuenta lady Ester, que, á lo que parece, estaba algo tocada de la cabeza, lo habria olvidado. — N. del T.

mi vida que han hecho repetir un millon de veces mi nombre por todos los ecos literarios de Europa; pero ese eco es demasiado debil para atravesar sus mares y sus montañas de vm., y aquí soy un hombre enteramente nuevo, un hombre completamente desconocido, un nombre nunca pronunciado! Eso mismo me hace mas lisonjera la benevolencia que vm. me prodiga, pues no la debo mas que á vm. y á mí.—Si, me dijo, poeta ó no, vm. me es simpático y espero en vm.: ¡nos volveremos á ver, esté vm. seguro! Vm. regresará al Occidente, pero no tardará mucho en volver á Oriente: esta es su patria de vm. — Es á lo menos, le dijo, la patria de mi imaginacion.— No se ria vm., repuso; esta es la verdadera patria de vm., la patria de sus padres. Ahora estoy segura de ello; mire vm. su pie.— No veo en él, le dije, mas que el polvo de esos senderos que le cubre, y de que me avergonzaria en un salon de Europa: — No, no es eso, prosiguió: — mire vm. su pie: — ni yo misma lo habia reparado. — Mire vm.; el empeine es muy elevado y cuando el pie está posado en el suelo, deja entre el talon y los dedos un espacio suficiente para que pase el agua por él sin mojarle. — Ese es el pie del Arabe, el pie del Oriente; vm. es un hijo de estos climas, y ya está cercano el dia en que cada cual volverá á la tierra de

sus padres. — Nos volveremos á ver. — Entró entonces un esclavo negro, y postrándose delante de ella, la frente sobre la alfombra y las manos sobre la cabeza, le dijo, algunas palabras en árabe. — Vaya vm., me dijo; ya está dispuesta la comida; coma vm. aprisa y vuelva pronto; voy á ocuparme en vm., y á ver mas claro en la confusion de mis ideas acerca de su persona y su porvenir de vm. Yo nunca como con nadie; vivo muy sobriamente; pan y un poco de fruta, á las horas en que se deja sentir la necesidad, me bastan, y no debo poner á un huesped á mi regimen. — Condujéronme á una glorieta de jazmin y adelfa, á la puerta de sus jardines, donde estaba puesta una mesa para M. de Parseval y para mí; comimos muy aprisa, pero lady Ester no esperó á que acabáramos, y envió á Leonardi á decirme que me aguardaba. — Acudí al instante y la encontré fumando una larga pipa oriental; me hizo traer otra. Ya estaba yo acostumbrado á ver fumar á las mugeres mas elegantes y hermosas del Oriente, y no me chocaban en manera alguna aquella graciosa é indolente actitud ni aquel aromático humo que se exhala en leves columnas de los labios de una hermosa, interrumpiendo la conversacion sin enfriarla. — Mucho tiempo hablamos así sobre el asunto favorito, sobre el tema único y misterioso de aquella mu-

ger extraordinaria, moderna maga, que recuerda enteramente las famosas magas de la antigüedad! — Circe de los desiertos. — Parecióme que las doctrinas religiosas de lady Ester eran una mezcla habil, aunque confusa, de las diferentes religiones en medio de las cuales se ha condenado á vivir; misteriosa como los Drusos, cuyo secreto místico ella sola acaso conoce en el mundo; resignada como el musulman, y fatalista como él; con el judío, aguardando el mesías, y con el cristiano, profesando la adoracion de Cristo y la práctica de su caritativa moral. Añádanse á esto los colores fantásticos y los sueños sobrenaturales de una imaginacion teñida de Oriente y acalorada por la soledad y la meditacion, algunas revelaciones, tal vez, de los astrólogos árabes, y se formará una idea de aquel singular y sublime compuesto que es mas cómodo llamar locura que analizar y comprender. — No, esta muger no está loca. — La locura, que se escribe en caracteres harto evidentes en los ojos, no está escrita en su hermosa y recta mirada; la locura, que se revela siempre en la conversacion, cuyo hilo corta siempre con arranques bruscos, desordenados, escéntricos, no se percibe ni aun remotamente en la conversacion elevada, mística, nebulosa, pero sostenida, lógica y vigorosa de lady Ester. — Si yo hubiera de pronunciar un

juicio, diria mas bien que es una locura voluntaria, estudiada, que se conoce á sí misma, y que tiene sus razones para parecer locura.— La poderosa admiracion que su genio ha ejercido y ejerce todavia sobre las poblaciones árabes que rodean las montañas, prueba suficientemente que esa supuesta locura no es mas que un medio. Los hombres de esta tierra de prodigios, estos hombres de las rocas y de los desiertos; cuya imaginacion es mas colorada y brumosa que el horizonte de sus arenales ó de sus mares, necesitan la palabra de Mahoma ó de lady Stanhope! ¡Necesitan el comercio de los astros, las profecías, los milagros, la segunda vista del genio!— Lady Stanhope lo ha comprendido, primeramente por la alta capacidad de su inteligencia, verdaderamente superior; luego, tal vez, como todos los seres dotados de vastas facultades intelectuales, ha acabado por seducirse á sí misma, y por ser la primera neófita del símbolo que se habia creado para otros.— Tal es el efecto que esta muger ha producido sobre mí; no se la puede juzgar ni clasificar con una sola palabra; es una estatua de inmensas dimensiones que no se puede juzgar mas que desde su punto de vista.— No me sorprenderia que algun dia, no lejano, realizase una parte del destino que se promete á sí misma, un imperio en la Arabia, un trono en

Jerusalen!—La menor conmocion política, en la region del Oriente que habita, podria elevarla hasta ese grado.— No tengo sobre ese punto, le dije, mas que una reconvencion que hacer á su genio de vm., y es la de haber sido demasiado tímido con los sucesos y no haber empujado bastante á su fortuna hasta donde podia conducirla.— Vm. habla, me respondió, como un hombre que cree todavia demasiado en la voluntad humana, y no bastante en el irresistible imperio del destino solo; mi fuerza reside solo en él. Yo le espero, no le llamo; voy envejeciendo, mi caudal ha disminuido mucho, ahora me hallo sola y abandonada á mí misma sobre esta roca desierta, espuesta á ser presa del primer atrevido que quisiera forzar mis puertas, rodeada de un puñado de criados infieles y de esclavos ingratos que me despojan todos los dias y á veces amenazan mi vida; no hace mucho que se la debí á este puñal, del que tuve que servirme para defender mi pecho de un esclavo negro á quien he criado! Pues bien, en medio de todas estas tribulaciones, soy feliz; á todo respondo con la palabra sagrada de los musulmanes: ¡Alá Kenim! ¡la voluntad de Dios! y aguardo con confianza el porvenir de que le he hablado á vm., y del que quisiera inspirarle la certidumbre que debe vm. tener.

Despues de haber fumado varias pipas y tomado varias tazas de café que nos traian los esclavos negros de cuarto en cuarto de hora:—Venga vm., me dijo, que quiero llevarle á un santuario donde no dego penetrar á ningun profano; hablo de mi jardin.— Llegamos á él bajando unos escalones, y recorrí con ella, verdaderamente encantado, uno de los mas hermosos jardines turcos que he visto todavía en Oriente.— Sombrios emparrados, cuyas bóvedas de verdura sostenian, como millares de arañas, las espléndidas uvas de la tierra prometida; kioskos en que los arabescos esculpidos se entrelazaban con los jazmines y las plantas rastreras, enredaderas del Asia; estanques adonde un agua artificial, es cierto, iba desde una legua á murmurar y alzarse en los caños de marmol; calles de arena ribeteadas de todos los árboles frutales de Inglaterra, de Europa, de aquellos hermosos climas; verdes praderas sembradas de arbustos, y de compartimentos de tiestos de marmol cubiertos de flores nuevas para mis ojos:— tal era aquel jardin. Sentámonos en varios de los kioskos que le adornan, y nunca la inagotable conversacion de lady Ester perdió el tono místico y la elevacion de argumento que habia tenido por la mañana. — Una vez que el hado, me dijo en fin, le ha enviado á vm. aquí, y que una simpatía tan admirable en-

tre nuestros astros me permite confiarle á vm. lo que ocultaria á tantos profanos, venga vm. que quiero hacerle ver con sus ojos un prodigio de la naturaleza, cuyo destino solo es conocido de mí y de mis adeptos; — las profecías del Oriente le habian anunciado hace muchos siglos, y vm. mismo va á juzgar si se han cumplido esas profecías. — Abrió, esto diciendo, una puerta del jardin que daba sobre un pequeño patio interior donde ví dos magníficas yeguas árabes de primera raza y de una rara perfeccion de formas.— Acérquese vm., me dijo, y mire esa yegua baya; vea si la naturaleza no ha consumado en ella todo lo que está escrito acerca de la yegua que ha de llevar sobre sus lomos al mesías: — nacerá ensillada. — Vi en efecto en aquel hermoso bruto un capricho de la naturaleza bastante singular para fomentar la ilusion de una credulidad vulgar entre pueblos semi-bárbaros: — la yegua tenia entre los cuartos delantero y trasero una cavidad tan espaciosa, y que imitaba tan perfectamente la forma de una silla turca que se podia decir con verdad que habia nacido ensillada, y salvo la falta de los estribos, se la podia en efecto montar sin que necesitase una silla artificial: — aquella yegua, bellissima por todo lo demas, parecia acostumbrada á la admiracion y al respeto que le manifestaban lady Stanhope y sus esclavos, y

presentir la dignidad de su futura mision ; nadie la ha montado nunca, y dos palafreneros árabes la cuidan y la vigilan constantemente sin perderla de vista un solo instante. Otra yegua blanca, y en mi concepto infinitamente mas hermosa, divide, con la yegua del mesias, el respeto y los cuidados de lady Stanhope ; nadie la ha montado tampoco. Lady Ester no me dijo, pero me dió á entender que, aunque el destino de la yegua blanca era menos santo, tenia tambien sin embargo un destino misterioso é importante, y creí comprender que lady Stanhope la reservaba para montarla ella el dia en que efectuase su entrada, al lado del mesias, en la Jerusalem reconquistada. Despues de haber hecho pasear un rato aquellos dos hermosos animales por un prado fuera del recinto de la fortaleza, y gozado de la admirable flexibilidad y gracia de sus movimientos, volvimos al jardin, y reiteré á lady Ester mis instancias para que me permitiese enfin presentarle á M. de Parseval, mi amigo y mi compañero de viage, que me habia seguido, á pesar mio, á su casa, y que esperaba en vano desde por la mañana un favor de que estaba tan deseoso. — Consintió al cabo en ello, y los tres pasamos juntos la tarde y parte de la noche en el saloncito que ya he descrito. Volvieron á aparecer el café y las pipas con la profusion propia del

Oriente, y pronto se llenó la estancia de una humareda tal que no veiamos á lady Stanhope sino al traluz de una atmósfera semejante á la atmósfera mágica de las evocaciones. Habló con la misma energía, con la misma gracia, la misma fecundia, pero con infinitamente menos énfasis y misterio que cuando estaba sola conmigo, sobre asuntos menos sagrados para ella. — Supongo, me dijo de pronto, que es vm. aristócrata ; no lo dudo al verle á vm. — Se engaña vm., milady, le respondí. No soy ni aristócrata, ni demócrata ; he vivido bastante para ver las dos caras de la medalla del hombre, y para hallarlas tan vanas una como otra ; no soy ni aristócrata ni demócrata ; soy hombre, y partidario esclusivo de todo lo que puede mejorar y perfeccionar al hombre todo entero, ya haya nacido en lo alto, ya al pie de la escala social ! No estoy ni por el pueblo, ni por los grandes, sino por la humanidad entera, y no creo que exista ni en las instituciones aristocráticas ni en las instituciones democráticas la virtud esclusiva de perfeccionar á la humanidad ; esa virtud no reside más que en una moral divina, fruto de una religion perfecta ! ¡ La civilization de los pueblos es su fe ! — Verdad es eso, me respondió ; pero sin embargo yo soy aristócrata á pesar mio, y vm. convendrá en que, si hay vicios en la aristocracia, á lo menos

hay al lado de ellos altas virtudes para rescatarlos y compensarlos, al paso que en la democracia veo los vicios, y los vicios mas bajos y envidiosos, pero busco en vano las altas virtudes.

— No es eso, milady, le dije; por ambas partes hay vicios y virtudes, pero en las altas clases, hasta esos mismos vicios tienen un lado brillante; en la clase inferior, por el contrario, esos vicios se manifiestan en toda su desnudez, y hieren mas el sentimiento moral en la mirada que los contempla; la diferencia está en la apariencia, y no en el hecho; — pero en realidad de verdad, el mismo vicio es mas vicio en el hombre rico, elevado é instruido, que en el hombre sin luces y sin pan, — porque en uno el vicio es de elección, en el otro, de necesidad: — despreciémosle pues donde quiera, y mas aun en la aristocracia viciosa; y no juzguemos á la humanidad por clases sino por hombres; los grandes tendrían los vicios del pueblo si fueran pueblo, y los pequeños tendrían los vicios de los grandes, si fueran grandes! La balanza es igual, no pesemos. — ¡Bien! será así, me dijo, pero déjeme vm. creer que es vm. aristócrata como yo; me sería doloroso creerle á vm. del número de esos jóvenes franceses que levantan la espuma popular contra todas las ilustraciones que han hecho Dios, la naturaleza y la sociedad, y que derriban

el edificio para formarse, con sus ruinas, un pedestal para su envidiosa bajeza! — No, le dije, tranquilícese vm.; no soy de esos hombres; solo soy de los que no desprecian lo que está debajo de ellos en el orden social, aunque respetando siempre lo que está encima, pero cuyo deseo ó cuyo sueño sería llamar á todos los hombres, independientemente de su grado en las gerarquías arbitrarias de la política, á la misma luz, á la misma libertad y á la misma perfección moral! Y pues que vm. es religiosa, pues cree que Dios ama igualmente á todos sus hijos, y espera un segundo mesías para enderezar todas las cosas, sin duda piensa vm. como ellos y como yo. — Sí, repuso, pero yo ya no me ocupo en política humana; ya he visto bastante, demasiado en los diez años que he pasado en el despacho de M. Pitt, mi tío, cuando todas las intrigas de Europa venían á resonar al rededor de mí; — joven, he despreciado á la humanidad, y no quiero volver á oír hablar de ella: todo lo que hacen los hombres para los hombres es infructuoso, las formas me son indiferentes. — Y á mí tambien, le dije. — El fondo de las cosas es Dios y la virtud. — Exactamente lo mismo pienso yo, le respondí, con que así no hablemos mas de ello, pues estamos de acuerdo.

Pasando á asuntos menos graves, y bromeando

do sobre la especie de adivinacion que la hacia comprender á un hombre todo entero á la primera mirada y á la sola inspeccion de su estrella, puse su sabiduría á prueba, y la consulté sobre dos ó tres viajeros conocidos míos que en el discurso de quince años la habian visitado : admiróme la perfecta lucidez de su juicio sobre dos de aquellos hombres. Analizó entre otros con una prodigiosa perspicacia de inteligencia el caracter de uno de ellos, que yo conocia perfectamente, carácter difícil de comprender á primera vista, grande, pero velado bajo las mas seductoras apariencias de bondadosa vulgaridad ; y lo que mas me sorprendió, y me hizo admirar mas la inflexible memoria de aquella muger fué que aquel viajero no habia pasado mas que dos horas con ella, y que habian trascurrido diez y seis años entre la visita de aquel hombre y la cuenta que yo le pedía de la impresion que su vista habia producido en ella. — La soledad concentra y robustece todas las facultades del alma. — Los profetas, los santos, los grandes hombres y los poetas lo han comprendido maravillosamente, — y á todos su naturaleza les hace buscar el desierto ó el aislamiento entre los hombres.

Como siempre, el nombre de Bonaparte ocurrió en la conversacion. — Yo creia, le dije, que su fanatismo de ym. por ese hombre pondria una

barrera entre nosotros. — No he sido fanática, me respondió, mas que de sus desgracias y de compasion hácia él. — Y yo tambien, repliqué, de modo que tambien en eso estamos de acuerdo.

No podia yo esplicarme como una muger religiosa y moral adoraba la fuerza sola sin religion, sin moral y sin libertad ! Bonaparte fué un gran reconstructor, sin duda ; rehizo el mundo social, pero no se cuidó mucho de los elementos con que le recomponia ; amasó su estatua con barro é interés personal, en vez de labrarla en los sentimientos divinos y morales, la virtud y la libertad !

Así se nos pasó la noche recorriendo libremente y sin afectacion por parte de lady Ester todos los asuntos que trae una palabra y se lleva en la conversacion á la ventura. Conocia yo que ninguna cuerda faltaba á aquella alta y firme inteligencia, y que todas las teclas del clave espedian un sonido entonado, fuerte y lleno, — excepto tal vez la cuerda metafisica, que un exceso de tension y soledad habia desentonado ó elevado á un diapason demasiado alto para la inteligencia mortal. — Separámonos con sincero sentimiento por mi parte y con muestras del mismo por la suya.

— Nada de despedida, me dijo, nos volveremos á ver muchas veces en este viaje, y mas aun en

otros viages que vm. no proyecta siquiera todavía. Vaya vm. á descansar, y acuérdesse de que deja una amiga en las soledades del Líbano. — Preséntome su mano, yo puse la mia sobre mi corazón, á la manera de los Arabes, y nos retiramos.

Al dia siguiente, á las cuatro de la madrugada, estábamos M. de Parseyal y yo á caballo en la escarpada pendiente que baja de su monasterio al profundo valle del torrente Belo; vadeamos sus aguas menguadas por los calores del verano, y empezamos á subir las altas montañas del Líbano que separan á Djioun de Deir-el-Kammar, ó el convento de la Luna, palacio del emir Beschir, príncipe soberano de los Drusos y de todas las montañas del Líbano. Lady Ester nos habia dado su médico para servirnos de dragoman, y uno de sus palafreneros árabes por guia. — Llegamos, al cabo de dos horas de camino, á un valle mas profundo, mas angosto y mas pintoresco que ninguno de cuantos habiamos ya recorrido. A derecha é izquierda se alzaban, como dos murallas perpendiculares, de tres á cuatrocientos pies de altura, dos cordilleras de montes que parecian haber sido separadas recientemente una de otra por un martillazo del hacedor de los mundos, ó acaso por el terremoto que sacudió el Líbano hasta en sus cimientos, cuando el Hijo

del Hombre, entregando su alma á Dios, no lejos de aquellos mismos montes, exhaló aquel último suspiro que ahuyentó el espíritu de error, de opresion y de mentira y esparció la verdad, la libertad y la vida sobre un mundo renovado. — Los gigantescos peñones, desprendidos de las dos laderas de las montañas, sembrados como guijarros por la mano de los niños, en el cauce de un arroyo, formaban el cauce horrible, profundo, inmenso, erizado, de aquel torrente en seco; algunas de aquellas piedras formaban moles mas elevadas y mas largas que altas casas. Unas estaban colocadas á plomo como cubos sólidos y eternos; otras, suspendidas sobre sus ángulos y sostenidas por la presion de otras peñas invisibles, parecia que estaban cayendo aun y querodaban siempre, y presentaban la imagen de una ruina en acción, de una caída incesante, de un caos de piedras, de una inagotable avalancha de peñascos: — peñascos de color fúnebre, gris, negros, jaspeados de fuego y de blanco, opacos: — olas petrificadas de un río de granito; ni una gota de agua en los profundos intersticios de aquel cauce calcinado por el sol ardiente de la Siria; — ni una yerba, ni un tallo, ni una planta rastrera en aquel abismo ni en sus erizadas laderas; era aquello un océano de piedras, una catarata de peñascos, á la que parecian prestar el

movimiento de la fluidez la diversidad de sus formas, la variedad de sus accidentes, la estrañeza de sus caídas, el juego de las sombras ó de la luz sobre su superficie. Si el Dante hubiera querido pintar en uno de los círculos de su infierno el infierno de las piedras, el infierno de la aridez, de la ruina, de la caída de las cosas, de la degradacion de los mundos, de la caducidad de las edades, esta es la escena que hubiera debido copiar simplemente: — esto es un rio de las últimas horas del mundo, cuando el fuego lo habrá consumido todo, y la tierra, abriendo sus entrañas, no será mas que un mutilado montón de piedras calcinadas bajo las pisadas del terrible juez que vendrá á visitarla. Seguimos aquel valle de las lamentaciones por espacio de dos horas, sin que variase la escena mas que por los diversos circuitos que seguia el torrente entre las montañas, y por el modo mas ó menos terrible como se agrupaban los peñascos en su pedregoso cauce. — Jamas ese valle se borrará de mi imaginacion. Esta tierra ha debido ser, la primera, la tierra de la poesía terrible y de las lamentaciones humanas; el patético y grandioso acento de las profecias se hace sentir aquí en su agreste, patética y grandiosa naturaleza. Todas las imágenes de la poesía bíblica estan grabadas en letras mayúsculas en la arada frente del Lí-

bano, y en sus valles animados todavía, y en sus valles mudos y muertos. El espíritu divino, la inspiracion sobrehumana que derramó su aliento en las almas y en las arpas del poético pueblo á quien Dios hablaba por símbolos é imágenes, heria así mas reciamente los ojos de los bardos sagrados desde su infancia, y los amamantaba con una leche mas sustanciosa que á nosotros, viejos y pálidos herederos de la arpa antigua; — á nosotros, que no tenemos á la vista mas que una naturaleza graciosa, suave y cultivada, naturaleza civilizada y descolorida como nosotros.

A medio dia llegamos á las mas altas montañas que teniamos que atravesar, y empezamos á bajar por los mas escarpados senderos, donde los pies de nuestros caballos temblaban sobre las piedras movedizas que eran lo único que nos separaba de los precipicios. — Despues de una hora de bajada, vimos al revolver una colina el palacio fantástico de Dptedin, cerca de Deir-el-Kammar. Prorumpimos en un grito de sorpresa y admiracion, y, por un movimiento involuntario, paramos nuestros caballos para contemplar la escena nueva, pintoresca, oriental que se abria ante nuestras atónitas miradas.

A pocos pasos de nosotros, una inmensa superficie de agua espumante salia de la esclusa de

un molino, y caía, desde una altura de cincuenta á sesenta pies, sobre peñascos que la quebrantaban en mil ramales; el ruido de aquella cascada y la frescura que esparcía en el aire, y que venia á humedecer nuestras abrasadas frentes, preparaba deliciosamente nuestros sentidos á la admiracion de que disfrutaban con encanto. — Encima de aquella cascada que se perdía en los abismos cuyo fondo no podíamos ver, se abría en forma de embudo un espacioso y profundo valle, cultivado desde el pie hasta la cima, lleno de moreras, de viñas y de higueras, y cuyo suelo estaba todo alfombrado de la mas fresca y ligera verdura; varias lindas aldeas estaban suspendidas á manera de terrados en los declives de todas las montañas que rodeaban el valle de Deir-el-Kammar. — Por un solo lado el horizonte se entreabría y dejaba ver, por cima de las cumbres menos elevadas del Libano, el mar de Siria. ; *Ecce mare magnum!* — dijo David, he allí el gran mar azul con sus olas, y sus bramidos y sus inmensos reptiles! — David estaba allí acaso, cuando lanzó esta poética exclamacion! — En efecto, se ve el mar de Egipto, teñido de un azul mas oscuro que el cielo, y confundiéndose á lo lejos con el horizonte entre la vaporosa y morada bruma que vela todas las playas de esta parte del Asia. En el fondo de este inmenso valle, la

colina de Dptedin, sobre la que se alza el palacio del emir, nacia y se elevaba, como una inmensa torre, flanqueada de peñascos cubiertos de yedra, y dejando pender, de sus hendiduras y de sus naturales almenas, penachos de verdura flotante. Aquella colina subía hasta el nivel del camino, verdadero precipicio, en que estábamos nosotros suspendidos; un estrecho y rugiente abismo nos separaba de ella. En su cumbre, y á algunos pasos de nosotros, el palacio morisco del emir se estendía magestuosamente sobre toda la meseta de Dptedin, con sus torres cuadradas, horadadas con arcos diagonales almenados en su cima; las largas galerías, alzándose unas sobre otras, y presentando largas hileras de airosos y ligeros arcos como los tallos de las palmeras que los coronaban con sus penachos aereos; sus espaciosos patios descendían en inmensos escalones, desde la cima de la montaña hasta los últimos muros de las fortificaciones; en la estrechidad del mas espacioso de aquellos patios, que veíamos, á vista de pájaro, desde la altura en que estábamos colocados, la fachada irregular del palacio de las mugeres se presentaba á nosotros, adornado de ligeras y graciosas columnatas cuyos troncos sutiles y de formas irregulares y desiguales, se alzaban hasta los tejados, y sostenían como un parasol los ligeros doseles de madera pinta-

da que servian de pórtico á aquel palacio. — Una escalera de marmol, decorada de balaustradas esculpidas formando arabescos, conducia de aquel pórtico á la puerta de aquel palacio de las mugeres; aquella puerta labrada, de madera de varios colores, encajada en el marmol, y coronada de inscripciones árabes, estaba rodeada de esclavos negros, magníficamente vestidos, armados de pistolas plateadas y de alfanges de Damasco embutidos de oro y de cinceladuras; los espaciosos patios que hacian frente al palacio estaban llenos tambien de una muchedumbre de criados, de cortesanos, de sacerdotes, ó de soldados con todos los variados y pintorescos trages que distinguen á las cinco poblaciones del Líbano: — el Druso, el Cristiano, el Armenio, el Griego, el Maronita, el Metualis. — Quinientos ó seiscientos caballos árabes estaban atados por la cabeza y los piés á unas cuerdas tendidas que atravesaban los patios, ensillados, con los frenos puestos, y cubiertos de magníficas gualdrapas de todos colores; algunos grupos de camellos, unos tendidos, otros de pie, otros arrodillados para que los cargaran ó los descargaran; y en la azotea mas elevada del patio interior, varios jóvenes pages, corriendo á caballo unos tras de otros, se tiraban el *dgerid*, se evitaban tendiéndose sobre sus caballos, volvian á todo escape sobre su adversario

desarmado, y hacian, con una gracia y un vigor admirables, todas las evoluciones que exige aquel juego militar. — Despues de haber contemplado algunos instantes aquella escena oriental tan nueva para nosotros, nos acercamos á la inmensa y maciza puerta del primer patio del palacio, guardada por Arabes armados de fusiles, y de largas espadas semejantes á largas y flexibles cañas. — Allí hicimos llevar al príncipe las cartas que llevábamos para él. Pocos momentos despues, nos envió su primer médico, M. Bertrand, nacido en Siria, de una familia francesa, y que ha conseryado la lengua y el recuerdo de su patria. — Condújonos á la habitacion que nos ofrecia la hospitalidad del emir, y varios esclavos llevaron nuestra comitiva y nuestros equipages á otra ala del palacio. Consistia nuestra habitacion en un lindo patio decorado con pilastras arabescas, con una fuente en medio, que corria en un ancho pilon de marmol; al rededor de aquel patio, tres piezas y un divan, es decir, una pieza mas espaciosa que las otras, formada por una serie de arcos que se abren sobre el patio interior, y que no tienen ni puertas ni cortinas que la cierran; es una transicion entre la casa y la calle, que sirve de jardin á los perezosos Musulmanes, y cuya inmovil sombra reemplaza para ellos la de los árboles, que no tienen ni la in-

dustria de plantar ni la fuerza de ir á buscar donde la naturaleza los ha hecho nacer para ellos. Nuestros cuartos, aunque en aquel magnífico palacio, hubieran parecido demasiado maltratados por el tiempo almas pobre patan de nuestras cabañas; las ventanas no tenían vidrieras, lujo desconocido en el Oriente, á pesar de los rigores del invierno en estas montañas; ni camas, ni muebles, ni sillas; solo las paredes peladas, decrepitas, acribilladas de nidos de ratones y de lagartos, y por piso, tierra rastrillada, desigual, mezclada con paja picada. — Trajeron los esclavos unas esteras que tendieron sobre aquel piso, y unas alfombras de Damasco, con que cubrieron aquellas esteras; luego trajeron una mesita de Belen, de madera embutida de nacar; esas mesitas no tienen medio pie de diámetro sobre la misma elevación; parecen un fragmento de columna truncada y no pueden sostener mas que una bandeja en que colocan los Musulmanes los cinco ó seis platos de que se compone su comida.

La nuestra, puesta sobre aquella mesa, se componia de un *piló*¹, de un plato de leche aceda

¹ Llaman así los Turcos (á lo menos así pronuncian esta voz) á un plato de arroz mezclado con pedacitos de carnero, que es uno de sus manjares mas usuales y apetitosos. Permitásenos usar esta

que se mezcla con aceite, y de calabacines rellenos con pedazos de carnero picado que se machacan con arroz cocido. Este es en efecto el manjar mas apetecido y sabroso que se puede comer en todo el Oriente; por bebida, agua pura que se bebe en unas especies de jarras de barro con largos picos, que se pasan de mano en mano y de las que se hace caer el agua en la boca entreabierta, sin que el barro toque á los labios¹. Ni cuchillos, ni cucharas, ni tenedores; se come con las manos, pero las continuas abluciones hacen menos repugnante esta costumbre entre los Musulmanes.

Apenas acabamos de comer, el emir nos envió á decir que nos aguardaba. Atravesamos un gran patio adornado de fuentes, y un pórtico formado por altas y sutiles columnas que arrancan desde el suelo y sostienen el techo del palacio. — Introdujéronnos en una hermosísima sala cuyo pavimento era de marmol, y cuyos techos y paredes estaban pintados de vivos colores y elegantes arabescos por pintores de Constantinopla. — Varios surtidores de agua murmuraban en

voz que los Franceses han adoptado (*pilau*) y que nos evitará repetir un circunloquio inutil. — N. del T.

¹ A lo que parece, los jarros que describe aquí el autor no son otra cosa mas que nuestros botijos ó alcarrazas. — N. del T.

los ángulos de la estancia, y en el fondo, detras de una columnata cuyos intercolumnios estaban enrejados y vidriados, se veia un enorme tigre, durmiendo con la cabeza apoyada sobre sus patas cruzadas. — La mitad de la estancia estaba llena de secretarios con sus largas ropas y sus finteros de plata, metidos en el cinto á guisa de puñales; de Arabes lujosamente vestidos y armados; de negros y de mulatos aguardando las órdenes de su amo, y de algunos oficiales egipcios con chaquetas europeas y con el gorro griego de paño colorado con una gran borla azul que les cuelga hasta los hombros. — La otra parte de la estancia estaba elevada á cosa de un pie sobre el nivel de la primera, y le daba vuelta un ancho divan de terciopelo colorado, en la esquina del cual estaba sentado el emir con las piernas cruzadas. — Era aquel un hermoso anciano de ojos vivos y penetrantes, tez fresca y animada, barba entrecana y ondeante; un ropon blanco, ceñido con un cinturón de cachemira, le cubria de pies á cabeza, y el espléndido mango de un largo y ancho puñal salia de entre los pliegues de su ropon á la altura del pecho, y presentaba una mazorca de diamantes del grueso de una naranja. — Saludámosle á la usanza del pais, poniendo la mano primero en la frente y luego sobre el corazon; volviéonos nuestro saludo con afabilidad

y sonriendo, y nos hizo señal de que nos acercáramos y nos sentáramos junto á él en el divan. — Un intérprete estaba de rodillas entre él y nosotros. — Tomé la palabra, y le manifesté el placer que experimentaba en visitar el interesante y hermoso pais que él gobernaba con tanta firmeza y sabiduría, y le dije, entre otras cosas, que el mejor elogio que podia hacer de su administracion era hallarme allí; que la seguridad de los caminos, la riqueza de la agricultura, el orden y la paz de los pueblos eran elocuentes testimonios de la virtud y de la habilidad del príncipe. Dióme las gracias, y me hizo, acerca de Europa, y principalmente sobre su política en la lucha entre Turcos y Egipcios, una multitud de preguntas que manifestaban juntamente todo el interés que tenia para él aquella cuestion, y sus conocimientos é inteligencia de los negocios, poco comunes en un príncipe del Oriente. Trajeron el café y las largas pipas de costumbre, que se renovaron con frecuencia, y la conversacion prosiguió por espacio de una hora.

Encantado quedé de la sensatez, las luces y los modales nobles y dignos de aquel anciano príncipe, y al cabo de una hora, me levanté para acompañarle á sus baños, que quiso enseñarnos él mismo. Aquellos baños consisten en cinco ó seis salas con pavimentos de mármoles, y cuyas

bóvedas y paredes estaban estucadas y pintadas al temple, con mucho gusto y elegancia, por pintores de Damasco. Multitud de srutidores de agua caliente, fria ó tibia salian del pavimento y derramaban su temperatura en las salas. La última era un baño de vapor donde no pudimos estar ni un minuto. Varios esclavos blancos, muy bizarros, el tronco desnudo y las piernas rodeadas de un chal de seda cruda, estaban en aquellas salas, prontos á ejercer sus funciones de bañadores. El príncipe nos hizo proponer que nos bañásemos con él, pero no aceptamos, y le dejamos en manos de sus esclavos que se preparaban á desnudarle.

De allí fuimos, con uno de sus escuderos, á visitar los patios y las caballerizas donde estaban atados sus magníficos caballos padres árabes. Es preciso haber visitado las caballerizas de Damasco, ó las del emir Beschir, para formarse una idea del caballo árabe. Este soberbio y gracioso bruto pierde mucha parte de su hermosura, de su mansedumbre y de su forma pintoresca cuando se le trasplanta, de su pais natal, y de sus hábitos familiares, á nuestros climas frios y á la sombra y soledad de nuestras cuadras. Es preciso verle á la puerta de la tienda de los árabes del desierto, la cabeza entre los brazos, sacudiendo su larga melena negra, como un parasol

movil, y barriendo sus lomos tersos como cobre ó plata, con el tornatil látigo de su cola, cuya estremidad está siempre teñida de púrpura con el *hené*; es preciso verle vestido con sus espléndidas gualdrapas, recamadas de oro y de perlas; la cabeza cubierta de una redecilla de seda azul ó colorada, ó de hilillo de oro ó plata, con agujetas sonoras y flotantes que caen de su frente sobre su nariz, y con que cubre y descubre sucesivamente, á cada ondulación de su cuello, el globo inflamado, inmenso, inteligente, manso y altanero de sus ojos; es preciso verle, sobre todo, en grupos, como estaba allí, de dos á trescientos caballos; unos tendidos en el polvo del patio, otros trabados con maniotas de hierro y atados á largas cuerdas que atravesaban aquellos patios, otros escapados sobre la arena y saltando de un brinco las hileras de camellos que se oponian á sus libres carreras; estos llevados de la mano por jóvenes esclavos negros, vestidos de chaquetas de escarlata, y apoyando sus cariñosas cabezas en los hombros de aquellos muchachos; aquellos jugando entre sí, libres y sin bocado como potrillos en una dehesa, poniéndose de manos uno delante otro, ó frotándose frente con frente, ó lamiéndose mutuamente su hermoso pelo reluciente y plateado; todos mirándonos con una atencion inquieta y curiosa á causa de

nuestros trages europeos y de nuestra lengua estrangera, pero familiarizándose pronto y viniendo graciosamente á tender su cuello á nuestras caricias y á las palmadas que les dábamos en el cuello. Es cosa increíble la movilidad y la transparencia de la fisonomía de esos caballos cuando no se ha visto: todos los pensamientos se pintan en sus ojos y en el movimiento convulsivo de sus sienes, de sus labios, de su nariz, con tanta evidencia, con tanto caracter y movilidad como las impresiones del alma en el rostro de un niño. Cuando nos acercábamos á ellos por primera vez, hacian visages y gestos de repugnancia y curiosidad en un todo semejantes á los que hubiera podido hacer un hombre de impresiones vivas á la vista de un objeto imprevisto é inquietador; nuestro language sobre todo les chocaba en estremo, y el movimiento de sus orejas aguzadas y echadas hácia atras ó tendidas hácia adelante, manifestaba su sorpresa y su inquietud: — lo que mas me admiró fué varias yeguas sin precio, reservadas para el mismo emir. Hice proponer por mi dragoman al escudero hasta diez mil piastras por una de las mas bonitas, pero por ningun precio se le decide á un Arabe á deshacerse de una yegua de primera sangre, y nada pude comprar entonces.

Volvimos al anochecer á nuestra habitacion,

adonde nos llevaron una cena semejante á la comida: varios oficiales del emir fueron á visitarnos de parte suya, y M. Bertrand, su primer médico, pasó la noche con nosotros. Gracias á un poco de italiano y de francés que habia conservado del recuerdo de su familia, pudimos conversar, y nos dió los mas interesantes pormenores acerca de la vida interior del emir de los drusos. Este príncipe, aunque de edad de setenta y dos años, habiendo perdido recientemente á su primera esposa á quien debia toda su fortuna, acababa de contraer segundas nupcias: sentimos no poder ver á su nueva muger, que es, segun dicen, muy hermosa, y no tiene mas que quince años; es una esclava Circasiana que el emir envió á comprar á Constantinopla, y á quien ha hecho abrazar el cristianismo antes de casarse con ella, porque el emir Beschir es cristiano y aun católico, ó mas bien, es como la ley en todos los paises de tolerancia, es de todos los cultos oficiales de su pais; musulman para los musulmanes, druso para los drusos, cristiano para los cristianos. En su palacio hay varias mezquitas y una iglesia; pero hace algunos años, su religion de familia, la religion de su corazon, es el catolicismo. Su política y el terror que inspira su nombre son tales, que su fe cristiana no causa ni desconfianza ni despego á los Arabes mu-

sulmanes, á los Drusos ni á los Metualis que viven bajo su imperio; á todos administra justicia, y todos le respetan igualmente.

Acabada la cena, el emir nos envió algunos de sus músicos y de sus cantores que improvisaron versos árabes en honor nuestro. El emir tiene entre sus servidores algunos Arabes únicamente consagrados á esta especie de ceremonias, que son exactamente lo que eran los trovadores en los castillos de la edad media, ó en Escocia los poetas populares. En pie detras del almohadon del emir ó de sus hijos mientras comen, cantan versos en alabanza de los amos á quienes sirven ó de los huéspedes á quienes el emir quiere agasajar. Hicimos que nos tradujese M. Bertrand algunos de aquellos brindis poéticos, que eran en general muy insignificantes ó de pensamientos tan alambicados, que seria imposible traducirlos en ideas é imágenes apropiadas á nuestras lenguas de Europa.

Hé aquí el único pensamiento algo claro que hallo anotado en mi album :

« Vuestro bajel tenia alas, pero el caballo del
« Arabe tiene alas tambien : su nariz, cuando
« vuela por nuestras montañas, forma el rumor
« del viento en las velas del buque. El movimiento de su rápido galope es como el balance

« para el corazon de los débiles, pero regocija el
« corazon del Arabe. ¡ Ojalá sean para vos sus
« lomos un puesto de honor y os lleven con frecuencia al divan del emir! »

Entre los secretarios del emir hallé entonces uno de los mas grandes poetas de la Arabia; yo lo ignoraba, y solo mas adelante lo he sabido. Cuando supo por otros Arabes de Siria que yo tambien era poeta en Europa, me escribió versos siempre impregnados de aquella afectacion y de aquel esmerado estudio, siempre echados á perder por aquellos retruécanos que son el caracter de las lenguas y de las civilizaciones decrepitas, pero en los que se percibe no obstante una grande elevacion de ingenio y un orden de ideas muy superior á lo que nos figuramos en Europa.

Dormimos toda la noche sobre almohadones del divan tendidos sobre una estera, al rumor de los surtidores que murmuraban por todas partes en los jardines, en los patios y en las salas de aquella ala del palacio. Cuando amaneció, ví por entre las rejas á varios musulmanes que estaban haciendo oracion en el gran patio del palacio : tienden una alfombra en el suelo, para no estar en contacto con el polvo; están un momento de pie, luego inclinan todo el cuerpo de

una vez, y tocan varias veces la alfombra con la frente, siempre vuelta la cara del lado de la mezquita; luego se echan boca abajo sobre la alfombra, golpean el suelo con la frente, se levantan y repiten muchas veces las mismas ceremonias, volviendo á las mismas actitudes y murmurando sus oraciones. Nunca he podido hallar ni aun asomos de ridiculidad en esas actitudes ni en esas ceremonias, por mas estrañas que le parezcan á nuestra ignorancia. La fisonomía de los Musulmanes está á tal punto penetrada del sentimiento religioso que espresan con aquellos ademanes, que siempre he respetado profundamente su oracion; el motivo lo santifica todo. Adonde quiera que la idea divina desciende y obra en el hombre, le imprime una dignidad sobrehumana. Se puede decir:

— Yo no imploro como tú, pero imploro contigo al padre comun, al padre en quien crees y á quien quieres reconocer y honrar, como tú quieres reconocerle y honrarle bajo otra forma. No me toca á mí reirme de tí; á Dios le toca juzgarnos.

Pasamos la mañana visitando los palacios de los hijos del emir, que están á corta distancia del suyo, una pequeña iglesia gótica, en un todo semejante á nuestras iglesias modernas de los lugares de Francia ó de Italia, y los jardines del

palacio. El emir Beschir ha hecho construir otro palacio de campo á cosa de una milla de Dptedin, que es casi el único término de sus paseos á caballo, y casi el único camino por donde un caballo, aunque sea árabe, puede galopar sin peligro; por todos los demas lados, los senderos que conducen á Dptedin son tan escarpados y están tan suspendidos á la vera de inmensos despeñaderos que no se puede pasar por ellos, ni aun al paso, sin temblar.

Antes de salir de Dptedin y de Deir-el-Kammar, escribo unas notas verídicas y curiosas que he recogido en estos mismos sitios, relativas al anciano habil y guerrero que acabamos de ver.

NOTAS ACERCA DEL EMIR BESCHIR.

Cuando murió el último descendiente del emir Fakardin, el mando de la montaña pasó á manos de la familia Chab, familia que no se halla establecida en el Líbano mas que desde cosa de unos ciento diez años á esta parte. Veamos lo que cuentan de ella las antiguas crónicas árabes del desierto de Damasco.

Hacia principios del primer siglo de la egira,

una vez, y tocan varias veces la alfombra con la frente, siempre vuelta la cara del lado de la mezquita; luego se echan boca abajo sobre la alfombra, golpean el suelo con la frente, se levantan y repiten muchas veces las mismas ceremonias, volviendo á las mismas actitudes y murmurando sus oraciones. Nunca he podido hallar ni aun asomos de ridiculidad en esas actitudes ni en esas ceremonias, por mas estrañas que le parezcan á nuestra ignorancia. La fisonomía de los Musulmanes está á tal punto penetrada del sentimiento religioso que espresan con aquellos ademanes, que siempre he respetado profundamente su oracion; el motivo lo santifica todo. Adonde quiera que la idea divina desciende y obra en el hombre, le imprime una dignidad sobrehumana. Se puede decir:

— Yo no imploro como tú, pero imploro contigo al padre comun, al padre en quien crees y á quien quieres reconocer y honrar, como tú quieres reconocerle y honrarle bajo otra forma. No me toca á mí reirme de tí; á Dios le toca juzgarnos.

Pasamos la mañana visitando los palacios de los hijos del emir, que están á corta distancia del suyo, una pequeña iglesia gótica, en un todo semejante á nuestras iglesias modernas de los lugares de Francia ó de Italia, y los jardines del

palacio. El emir Beschir ha hecho construir otro palacio de campo á cosa de una milla de Dptedin, que es casi el único término de sus paseos á caballo, y casi el único camino por donde un caballo, aunque sea árabe, puede galopar sin peligro; por todos los demas lados, los senderos que conducen á Dptedin son tan escarpados y están tan suspendidos á la vera de inmensos despeñaderos que no se puede pasar por ellos, ni aun al paso, sin temblar.

Antes de salir de Dptedin y de Deir-el-Kammar, escribo unas notas verídicas y curiosas que he recogido en estos mismos sitios, relativas al anciano habil y guerrero que acabamos de ver.

NOTAS ACERCA DEL EMIR BESCHIR.

Cuando murió el último descendiente del emir Fakardin, el mando de la montaña pasó á manos de la familia Chab, familia que no se halla establecida en el Líbano mas que desde cosa de unos ciento diez años á esta parte. Veamos lo que cuentan de ella las antiguas crónicas árabes del desierto de Damasco.

Hacia principios del primer siglo de la egira,

en la época en que las armas de Abubeker invadieron la Siria, un hombre de gran valor, llamado Abdalla, vecino de la aldea de Bet-Chiabi, en el desierto de Damasco, se cubrió de gloria en el sitio de esta ciudad y fué muerto bajo sus murallas : el general musulman colmó de beneficios á su familia, que entonces dejó la aldea de Bet-Chiabi para ir á establecerse en Housbaye, en el Anti-Líbano, donde todavía se halla el tronco primitivo de esta familia, de donde ha salido la rama que reina actualmente en el Líbano.

El emir Beschir, uno de los descendientes de Abdalla, quedó huérfano de tierna edad. Su padre, el emir Hassem, habia sido revestido del manto de kakem y habia recibido el anillo del mando cuando su tío, el emir Milhem dejó los negocios de estado por ir á acabar pacíficamente sus dias en el retiro; pero la administracion de Hassem fué inhabil y floja, y Milhem, precisado á tomar de nuevo el mando, tuvo que reparar las faltas de su sobrino y sosegar los disturbios que habia ocasionado su impericia.

Como ha dicho Volney, el poder pasó despues y sucesivamente de Mansur á Jusef, padre el uno, é hijo el otro de Milhem. Cuando Jusef tomó el mando por primera vez, el emir Beschir no tenia mas que siete años : Jusef le agregó á su persona y le hizo criar con esmero : algunos años des-

pues, habiendo reconocido en él un caracter vivo y alentado, le hizo tomar parte en los negocios de su gobierno.

En aquella época, Djezar, bajá de Acre, que habia sucedido á Dahoz, tenia cansada, hacia muchos años, la paciencia del emir Jusef, con ataques é impuestos exorbitantes. Estalló la guerra, pero Beschir no pudo seguir á su tío en aquella expedicion, y solo en 1784 tomó parte en otra que se efectuó contra el mismo Djezar-Bajá. El joven Beschir, de edad entonces de veintiun años, corrió un gran peligro en la ciudad de Ride, de que se habian apoderado los drusos : perseguido por un cuerpo de tropas del bajá, y precisado á evacuar la ciudad, se halló, en su retirada, rodeado por el enemigo. La situacion era muy crítica; Beschir picó prestamente su caballo dirigiéndole hácia una muralla, desde lo alto de la cual se arrojó bajo un granizo de balas que por fortuna no le alcanzaron, pero su caballo se mató en el salto.

De vuelta en el Líbano, el emir Beschir se dedicó esclusivamente á los negocios y quiso restablecer el orden en la administracion del emir Jusef. Pronto se despertó la ambicion en su alma; acordóse de quien era hijo, y aunque pobre, aspiró al poder soberano; sus buenos modos y su valor le habian grangeado la amistad de muchas

familias poderosas; trabajó por captarse la voluntad de otras á quienes tenia disgustadas la mala administracion del emir Jusef, y logró poner en sus intereses á una familia considerable y muy influyente, la de Kantar, cuyo gefe, el hombre mas habil que habia entonces en el Líbano, era inmensamente rico y tenia el título de jeque Beschir, es decir, grande é illustre. Solo le faltaba ya al emir una ocasion, y no tardó en presentarse.

Desde el año 1785, época en que Djezar-Bajá volvió á Jusef el mando de que le habia privado por espacio de mas de un año, las hostilidades habian cesado completamente entre aquellos dos príncipes. El emir Jusef enviaba todos los años á San Juan de Acre oficiales que le traian el manto con los cumplimientos acostumbrados; sin embargo siempre temia que ocurriese alguna desavenencia entre él y el bajá, y con efecto así sucedió.

En 1789, estalló entre aquellos dos príncipes un furioso rompimiento, y el emir Jusef, incapaz de resistir, resolvió abdicar. Beschir tenia mucho crédito; Jusef le queria bien; llamóle, pues, y le aconsejó que fuese á San Juan de Acre á pedir el anillo del mando. Beschir se negó al principio, y dió á entender á su tio que entonces tendria precision de alejarle de sus estados, porque

el bajá lo exigiria, y porque su presencia en el Líbano seria un eterno pábulo para el furor de las facciones. Jusef, al proponer aquel paso á su pariente, tenia dos motivos, — impedir que saliese el poder de su familia, y conservar el mando luego que Beschir hubiera allanado las dificultades, ya por via de conciliacion, ya por medio de las armas.

Insistió, pues, y mediante la promesa que hizo Jusef de dejar el pais apenas el emir Beschir hubiese recibido el mando, salió el joven príncipe para San Juan de Acre. Djezar-Bajá le recibió con bondad, le confió el mando del Líbano y le dió ocho mil hombres para establecer su autoridad y apoderarse del emir Jusef. Beschir, llegado que hubo al puente de Geser-Cadi, escribió secretamente á su tio, le comunicó las instrucciones que habia recibido del bajá, y le escitó á retirarse, con lo que el emir Jusef se replegó sobre Gibel, en el Kosruan, donde reunió sus partidarios. Beschir reunió á sus soldados los que habia sacado de Acre y marchó contra Jusef, á quien encontró en el Kosruan; dióle una batalla, y le hizo perder mucha gente, pero todavía pasaron muchos meses sin resultados definitivos.

Para ajustar aquellas desavenencias, envió Jusef á San Juan de Acre un espreso que prometió al bajá un tributo mas crecido que el que pa-

gaba Beschir, si queria volverle el mando. Djezar consintió en ello, le llamó á Acre, le entregó el manto, y le dió, para echar á Beschir, los mismos ocho mil hombres que habian peleado contra él. El emir Beschir se retiró al distrito de Mar-Meri, desde donde trabajó para derribar á su rival, ofreciendo todavía mas de lo que habia prometido el emir Jusef; aceptó el bajá y de nuevo tuvo que ceder el puesto; volvióse á Acre para intentar nuevos amaños, pero Beschir ofreció al bajá 4,000 bolsas (de sobre 600 reales cada una), si daba muerte á Jusef, resuelto de este modo á acabar de una vez con los disturbios que tenian revuelta la montaña.

Hallábase entonces Djezar en Damasco. Su aduanero (Griego que poseia toda su confianza, y que era considerado, en su ausencia, como bajá de Acre), trató en su nombre é informó á su amo del convenio que habia ajustado. Djezar al principio aprobó mucho la proposicion, ratificó el empeño y mandó ahorcar al emir Jusef y á su ministro Gandar.

Apenas espidió Djezar aquella orden, se arrepintió de lo que habia hecho; parecióle que la enemistad de los dos príncipes era util á sus intereses, y envió una segunda orden que revocaba la primera, pero, ya fuese porque llegase tarde, ya porque el ministro estuviese soborna-

de, el emir Jusef fué ahorcado. Irritado el bajá, pasó á Acre, se hizo dar cuenta del negocio, dijo que se le habia engañado, é hizo ahogar á su aduanero, y con él á toda su familia y á otras muchas personas acusadas de haber tomado parte en aquel manejo.

Confiscó Djezar los inmensos bienes de su favorito, y escribió una carta llena de reconvenciones al emir Beschir. El tono en que estaba concedido aquel pliego manifestó al joven príncipe que estaba comprometido; procuró justificarse cerca del bajá, quien disimuló hasta la época de la reeleccion del gobernador; entonces Djezar invitó al príncipe á pasar á San Juan de Acre á tomar la investidura.

Fué en efecto sin desconfianza con su ministro el jeque Beschir, pero no bien hubieron llegado cuando los sepultaron á ambos en un calabozo donde sufrieron toda especie de calamidades por espacio de diez y ocho ó veinte meses. El objeto de Djezar, tratándolos de aquella suerte, era reducirlos á pagar un rico rescate; pero el príncipe no poseia nada, pues su gobierno habia durado harto poco para que hubiese podido allegar grandes riquezas: por fortuna su ministro era poderoso. Envió este secretamente cerca del bajá á la viuda de un príncipe druso, llamado Sest-Abbous, con la que habia tenido íntimas rela-

ciones, y la encargó que ofreciese al bajá la suma exigida, y aparentase empeñar ademas sus propias alhajas para completar el rescate. Aquella muger era hermosa y astuta; halló al bajá en Acre, y le cautivó tan bien con las gracias de su persona y de su ingenio, que Djezar redujo considerablemente la suma que al principio habia exigido. El emir Beschir recibió de nuevo la investidura y volvió á la amistad del bajá.

Durante aquella cautividad, el hermano del emir Jusef y su primo el emir Kaidar de Bubda, se habian apoderado del poder, y habian tomado las medidas necesarias para impedir al emir Beschir que volviese á sus estados, si Djezar le ponía en libertad. Apenas salió de su prision, el príncipe, no conceptuando prudente volver á presentarse en medio de los suyos, envió á su ministro, el jeque Beschir, para que sondeara el espíritu público, y se retiró á la aldea de Homs para aguardar el efecto de sus negociaciones: trabajó ademas por captarse la voluntad del emir Abbets, príncipe druso de Solima, que hasta entonces se habia conservado neutral, y que gozaba de la mas alta consideracion entre los Drusos y los cristianos, sobre todo, entre los del distrito de Marcaeutre.

El emir Abbets, considerando justa la causa del emir Beschir, tomó partido por él y le llamó

á su palacio. Como las comunicaciones eran muy difíciles, trasmitióle su despacho por medio de un Italiano, lego de un convento de Solima. Beschir pasó en medio de sus partidarios, cuyo número habia aumentado el jeque Beschir con sus larguezas y su habilidad, cayó impetuosamente sobre el ejército de sus enemigos, le dispersó, se apoderó de los dos príncipes y los hizo ahorcar sin mas forma de proceso.

Pacífico posesor del poder, el emir Beschir se casó con la viuda de un príncipe turco, de la familia de Chab, como él, y á quien habia hecho morir dos años antes: aquel enlace le hizo dueño de inmensos bienes. Antes de casarse con aquella princesa, que era hermosísima, la hizo bautizar. Aquel matrimonio fué de los mas felices, y aunque á la edad de sesenta y ocho años la princesa estaba llena de achaques y sufría una parálisis que la privaba del uso de las piernas, ambos ofrecian sin embargo el ejemplo del mas vivo cariño y de la mas perfecta union.

Al morir, el emir Jusef dejó tres hijos de tierna edad. Giorgios-Bey y su hermano Abdalla los criaron con sumo amor, con la esperanza de que algun dia reanimarian el partido de Jusef y derribarian al emir Beschir; pero este triunfó de todos aquellos obstáculos y disfrutó pacíficamente del poder hasta el año 1804.

Ocurrían por entonces en Egipto sucesos de la mas alta importancia : Bonaparte, recién llegado á Siria con un ejército, se acercaba á San Juan de Acre que debía abrirle las puertas del Oriente. El general francés escitó con el mayor ahínco, por medio de despachos y de emisarios, al príncipe del Líbano á entrar en sus intereses y á ayudarle á hacerse dueño de la plaza, á lo que el emir respondió que estaba dispuesto á unirse á él, pero que no lo haría sino despues de la toma de Acre. Echaba en cara un día al emir un Francés el no haber abrazado con entusiasmo la causa del ejército francés y de haber así tal vez impedido la regeneracion del Oriente, á lo que él respondió : « A pesar del vivo deseo que yo tenía de unirme al general Bonaparte, y á pesar de mi inveterado odio al bajá, no pude abrazar la causa del ejército francés. Los quince ó veinte mil hombres que yo hubiera enviado de la montaña en nada hubieran contribuido al logro del sitio. Si Bonaparte hubiera tomado la plaza sin mi asistencia, hubiera invadido la montaña sin disparar un tiro, porque los Drusos y los cristianos lo deseaban con ardor, y por consiguiente yo hubiera perdido el mando ; por el contrario, si yo hubiera ayudado al general Bonaparte y no hubiéramos tomado la plaza (lo que hubiera sucedido de cierto), el bajá de Acre me hubiera mandado

ahorcar ó meter en un calabozo. ¿ Quien me hubiera socorrido entonces ? ¿ Qué proteccion hubiera yo implorado ? ¿ La de la Francia que estaba tan lejos, que tenía que habérselas con la Inglaterra y con toda Europa, y que estaba además desgarrada por la guerra civil y las facciones ? »

El general Bonaparte comprendió la posicion del príncipe Beschir, y, en prueba de su amistad, le regaló una soberbia escopeta que Beschir ha conservado en memoria del gran capitán.

Antes de proseguir la historia de los sucesos que siguieron á la ruina del partido del emir Jusuf, no estará de mas contar una aventura que acaso hizo al bajá Djezar tan feroz y cruel.

En los primeros años de su mando, iba un día, segun la costumbre, al encuentro de la caravana que volvía de la peregrinacion de la Meca. (Despues, el bajá de Damasco quedó encargado de esta ceremonia, y el de Acre solo estuvo obligado á costear los gastos de la caravana, y á pagar un tributo á los Arabes del desierto.) Los Mamelucos á quienes, en su ausencia, había confiado Djezar la custodia del serrallo, rompieron sus puertas y se entregaron á toda la brutalidad de sus pasiones : volvió el bajá, y lejos de huir al acercarse él, los Mamelucos se apoderan del tesoro y cierran las puertas de la ciudad, resueltos

á rechazar la fuerza con la fuerza. Con la escasa escolta que le acompañaba, Djezar no podia esperar vencerlos; sin embargo los Mamelucos le enviaron á decir que si queria dejarlos retirarse con sus armas y sus caballos, le abririan las puertas de la ciudad, y que si no, aceptaban la guerra y moririan con las armas en la mano primero que rendirse.

Djezar-Bajá no tenia tiempo que perder en reflexiones; sabia que era aborrecido por los Turcos lo mismo que por los cristianos, á causa de sus rapiñas; tampoco se le ocultaba que si el emir Jusef llegaba á tener noticia de su situacion se coligaria con los Mamelucos y le haria una guerra que podria serle fatal.

Concedió á los Mamelucos lo que pedian y estos se alejaron rápidamente mientras el bajá entraba en la ciudad. Apenas llegó Djezar á su palacio, envió á su caballería en persecucion de los fugitivos, pero en vano; los Mamelucos llegaron sanos y salvos á Egipto. Djezar se vengó entonces en sus mugeres; hízolas azotar á todas, y luego mandó echarlas en una grande hoya y cubrirlas con cal viva, esceptuando solo de aquella atroz venganza á su favorita, á quien hizo ataviar con sus mas ricas joyas y galas, meter en una caja y arrojar al mar.

Este suceso exacerbo en estremo el caracter de

Djezar. Avaro ya y rapaz, se hizo bárbaro y cruel, á tal punto que no hablaba mas que de cortar narices y orejas, y sacar ojos. En el momento de su muerte, no pudiendo ya hablar ni decretar suplicios, hacia señal á los que le rodeaban señalando la cabecera de su cabeza; afortunadamente no se le entendió. Despues de su muerte se encontró una larga lista de personas á quienes habia condenado á morir para cuando recobrase la salud. Su ferocidad le siguió hasta el sepulcro.

Volvamos al príncipe Beschir. Apenas los hijos del emir Jusef fueron bastante grandes para disputar el poder, Giorgios-Bey y Abdalla resolvieron llevar sus proyectos á ejecucion: aprovecharon un momento de tibieza entre Djezar y el príncipe Beschir, y sublevaron el partido de sus pupilos. El emir, cogido de improviso, tuvo que retirarse al Huran é invocó la mediacion del bajá, cuya avaricia y rapacidad lisongeó cual habil cortesano: Djezar intervino é impuso un tratado que concilió á los dos partidos, pero que favorecia mucho mas á Beschir, á quien daba el pais de los Drusos, dejando á los hijos de Jusef el de Gibel y de Kosruan.

Pocos años se observó aquel tratado. Los hijos de Jusef buscaban todos los medios posibles de derribar á su enemigo; como eran los mas

fuertes, lo consiguieron, y como no quisiera Djezar dar oídos á las representaciones de Beschir, sancionó la usurpacion, con lo que no le quedó mas arbitrio al emir que echarse en los brazos del virey de Egipto.

Hallábase por entonces el almirante inglés Sidney-Smith con algunas naves en las aguas de Siria; Beschir le suplicó que le recibiese á su bordo y le llevase á Egipto. Despues de haber pasado algunos meses en el mar, y de haber tocado en Chipre, Esmirna, Candia y Malta, desembarcó en Alejandria, donde fué á verse con el virey, seguido de algunos amigos leales.

Recibióle el virey del modo mas lisonjero, tratóle con todas las atenciones debidas á su desgracia, le colmó de regalos y le hizo volver á Siria en uno de los buques del almirante Sidney-Smith, con una carta para Djezar, llena de reconvencciones y de amenazas, en la que le intimaba la orden de restablecer en su mando al emir Beschir.

El virey era poderoso; Djezar-Bajá se dió prisa á obedecer, porque el tono del despacho le hizo conocer que no debía perdonar medio para satisfacer al príncipe Beschir. Intimó pues á los hijos de Jusef, que no se atrevieron á oponer ninguna resistencia, que se conformasen en todo

al tratado, y, hasta su muerte, la mas profunda paz reinó en ambos partidos.

No confiaba sin embargo enteramente el emir Beschir en la sola proteccion de Mehemet-Ali; veia aumentar por dias el partido de los tres príncipes, y temia sucumbir bajo alguna trama, porque conocia la ardiente sed de venganza que los animaba contra él: la habilidad de sus ministros Giorgios-Bey y Abdalla daba nueva fuerza á sus temores, por lo que resolvió acabar de una vez con ellos con un golpe decisivo, capaz de imprimir el terror en el alma de sus enemigos. Aprovechó, para consumir su proyecto, el momento de la investidura de Soliman-Bajá, que sucedia á Djezar. En aquella época, todo parecia sosegado en el Líbano; los tres príncipes gobernaban en paz sus provincias, y parecian someterse francamente á la supremacia que concedia el tratado á su enemigo, mientras que sus ministros lo preparaban todo secretamente para un nuevo ataque.

El emir Beschir tomó la delantera. Instruido por sus satélites del momento favorable, llamó á Giorgios-Bey á Deir-el-Kammar so pretexto de tratar de negocios; al mismo tiempo su hermano, el emir Hassem, se precipita sobre Gibel, se apodera de los príncipes y hace ahorcar á Abdalla: los tres hermanos fueron llevados á Yong-

Michael, donde les sacaron los ojos : sus bienes fueron confiscados en beneficio del emir Beschir. A la nueva de estos sucesos, Giorgios-Bey se precipitó desde una ventana de su prision, y se mató, lo que no impidió al emir hacerle ahorcar para escarmiento de sus enemigos. Cinco jefes de Deir-el-Kammar, todos de la casa de Gruimbelad-el-Bescantar, acusados de haber ayudado á los príncipes vencidos, fueron ajusticiados y se les confiscaron sus bienes.

Efectuadas estas sangrientas ejecuciones, alzóse el príncipe Beschir con la autoridad suprema en todo el Libano, dando á su hermano Hasssem el mando del Kosruan, cuya capital era Gazyr; pero como muriese poco tiempo despues, se acusó al emir Beschir de haberle envenenado, porque le atribuía proyectos ambiciosos. Esta sospecha era infundada, y como tal la consideraron todos.

Hácia el año 1819, los paises de Gibel-Biscarra, de Gibes y de Kosruan se insurreccionaron con motivo de una contribucion que escitó el descontento general. Los rebeldes, por dictamen del obispo Josef, resolvieron ir á atacar el emir Beschir al pais de los Drusos, donde se hallaba á la sazón. El príncipe, sin dar á los insurgentes tiempo para reunir sus fuerzas, les salió al encuentro al frente de un pequeño cuerpo de ejército,

despues de haber mandado á su lugar teniente general, el jeque Beschir, que le siguiese con tres mil hombres que reunió á la ligera. El emir entró en el pais de Gibes, y se acampó en un valle del distrito de Agusta, entre Djani y el territorio de Gazir. A la noche y á la mañana siguientes recibió un vivo tiroteo de varios destacamentos enemigos que ocupaban las alturas : su tienda quedó acribillada de balas, y á pesar de las instancias de su hijo Halil, no quiso mudar de posicion. Conforme fué entrando el dia, fué aumentando la violencia del ataque, tanto que Beschir creyó que los rebeldes habian recibido algun gran refuerzo y querian cerrarle el paso; entonces se levantó de la alfombra en que habia estado sentado durante todo el tiroteo, montó á caballo y cargó vigorosamente al enemigo, seguido de su pequeña escolta. Al verle, los insurgentes se dispersaron sin resistencia, y llegó á Gibes donde dictó medidas enérgicas para impedir que tomase cuerpo la faccion rebelde.

Su lugar teniente general el jeque Beschir, que le seguia á jornadas cortas, pasó el rio del Perro, y se apoderó, con sus 5000 hombres, de las dos primeras aldeas del Kosruan, el Yong-Michael y el Yong-Monsbak, que se encontraban á su paso; el mismo dia en que efectuó aquella ocupacion, los puestos avanzados prendieron á un sacerdo-

te que llevaba despachos al obispo Jusef, y habiéndolos leído el jeque Beschir, presentó su alfanje al que se los había traído y le mandó que degollase al sacerdote y le enterrase en el sitio en que había sido preso.

Pocas horas despues, otro mensagero secreto esperimentó la misma desastrosa suerte.

Al dia siguiente, el jeque Beschir se puso en marcha, invadió sin obstáculo el Kosruan é hizo ahorcar á todos los que el emir Beschir había inscrito en una lista que le envió : así llegó hasta Gibel-Biscarra, donde se reunió con el príncipe que venia de Gibel. Nueve dias se detuvo el emir Beschir en aquella provincia, durante los cuales acabó de sofocar la rebelion haciendo ahorcar y degollar á todos los rebeldes de distincion de los tres distritos de Gibes, de Kosruan y de Gibel-Biscarra : á otros muchos se les dieron crueles palizas, y se les exigieron cuantiosos rescates.

Entre estos infelices habia un pobre viejo de setenta y cinco años, condenado á pagar setenta bolsas, y como no las tenia, su hijo le escribió que iba á tomarlas á préstamo, suplicándole que le autorizase á ello, á lo que respondió el anciano que no pagaria nada, añadiendo algunas espresiones injuriosas para el príncipe. Interceptóse la carta y el anciano fué condenado al tormento

llamado perrillos¹, y no pudiendo resistir á tantos dolores, y habiendo sucumbido á los veinte dias, su hijo heredó la pena del padre, se le confiscaron sus bienes en beneficio del emir y solo se le dejaron 4000 piastras.

El emir Beschir subió á Eden, pasó los Cedros, y bajó á Balbeck por el otro lado de la montaña, mientras que el jeque Beschir ocupaba la provincia insurreccionada. Al llegar á Balbeck, mandó el príncipe á su lugar teniente general que volviese por el mismo camino que había traído, y echase sobre las tres provincias una contribucion de 400 bolsas (de 500 piezas cada una).

Milagroso seria que con 5000 hombres hubiese podido el príncipe del Líbano sofocar una sedicion en tres provincias tan dilatadas, si no se considerase que las insurrecciones eran parciales, y que el partido de Beschir en aquellas provincias cooperó mucho á su triunfo.

En aquel intervalo, el bajá de Damasco habia enviado al Bkaa un aga² encargado de recoger, segun la costumbre, las cosechas de las tierras que estaban bajo la dependencia de su bajalato. Penetró aquel oficial en la aldea de Haunie, que

¹ Tormento que se daba en las coyunturas de las manos y de los pies. — N. del T.

² Especie de gobernador. — N. del T.

dependia del principado del Libano, y echó contribuciones de cabezas de ganado y de dinero; los vecinos, resueltos á no pagarlas, avisaron al príncipe Beschir, quien escribió al aga manifestándole su descontento; pero este no hizo ningun caso de sus representaciones, cometió las mas escandalosas rapiñas y se volvió á Damasco; el príncipe Beschir, irritado, dió parte al bajá de Acre, espresando con la mayor energía su resentimiento. Abdalla, fuese por consideracion á Beschir, fuese por rencor personal contra el aga, escribió al bajá de Damasco que le castigara severamente; este respondió en términos evasivos, admirándose del interés que se tomaba el bajá de Acre en un asunto que concernia á gente cristiana, y Abdalla comunicó aquella respuesta á Beschir, escitándole á tomar venganza del bajá de Damasco. Reunió el príncipe del Libano á la ligera 10.000 hombres, y se dirigió sobre Damasco; el bajá le salió al encuentro, y habiéndose trabado varias veces la batalla entre ambos ejércitos, siempre salió victorioso el príncipe Beschir.

Entre tanto Abdalla fulminó un firman falsificado que declaraba al bajá de Damasco destituido de su bajalato que quedaba reunido al de Acre; pero habiéndose dirigido el bajá de Damasco á los bajás vecinos y á la corte de Constanti-

nopla, esta condenó á muerte al bajá de Acre y destituyó de su gobierno al príncipe Beschir: ya estaba el emir en las puertas de Damasco cuando llegó el firman; vió entonces que el de Abdalla era supuesto, y conceptuó prudente retirarse á la provincia de Deir-el-Kammar, desde donde, sabiendo que le estaba reservada la suerte de Abdalla, fué á refugiarse en las cercanías de Berut, pidiendo al gobernador que le recibiese con su escolta, cosa á que se negó este, diciendo que la presencia del emir en la ciudad ocasionaria una sedicion. Habiendo entonces el príncipe hecho saber á su hermano, el emir Abets, á quien habia dejado el mando de la montaña, que queria volver á sus estados y probar la via de las armas contra los bajás enviados por la Sublime Puerta, su hermano le respondió que la montaña carecia de víveres y de dinero, y que le aconsejaba con vivo empeño que no acometiese un proyecto tan arriesgado.

En aquel apurado trance, volvió de nuevo el príncipe los ojos á Egipto, y se dirigió á un Franco, rogándole que le facilitase los medies de salir de Siria. M. Aubin le hizo embarcar, entre Berut y Saide, en un buque francés que daba la vela para Alejandria. Despues de su partida, el jeque Beschir y su hermano el emir Abets se unieron con los bajás coligados y solicitaron el mando

de la montaña, lo cual fué el origen de las divisiones que desgarraron el Líbano en 1825.

Las tropas combinadas pusieron sitio á San Juan de Acre en julio de 1822, y le continuaron sin resultado hasta abril de 1825, época en que le levantaron: entonces el joven bajá de Acre, sumamente avaro, discurrió un medio de dispensarse de pagar el tributo que debía á la Puerta. Para esto, hizo asesinar, cerca de Latakíé, á los oficiales que llevaban el tributo, se hizo devolver el dinero por los asesinos, y luego se quejó á la Puerta del asesinato cometido sobre sus agentes y del robo de un tributo perteneciente al Gran Señor, esperando, con tan odiosa conducta, eximirse del tributo y comprometer al bajá de Latakíé, á quien el Gran Señor enviaria el cordon, reuniendo su bajalato al de Acre; pero Abdalla-Bajá se engañó.

Noticioso el Gran Señor de la perfidia del bajá de Acre, pidió su cabeza por segunda vez; — pero ¿qué podían contra Acre los bajás de Damasco, de Alepo y de Adana con un ejército de 12,000 hombres de todas armas, mal disciplinado, sin artillería que pudiese abrir una brecha, sin tener mas que algunas piezas de grueso calibre á que no correspondia el tamaño de las balas, 5 ó 4,000 ginetes sin bagages, y una infantería que pasaba el día y la noche fumando bajo las tien-

das? Así fué que Abdalla-Bajá, dueño de la primera plaza fuerte del Oriente, se preparó con confianza á una defensa vigorosa.

Una corveta inglesa, anclada en la rada, ofreció un oficial de su bordo para dirigir la artillería de los tiradores. Aceptaron los bajás, y pusieron las piezas bajo su mando; pero al cabo de tres días vió que jamas tomaria la plaza con Turcos que no querian acercarse á las murallas con sus cañones, único medio sin embargo de abrir brecha.

Apesar del ejército de los bajás, Abdalla continuó en posesion de su gobierno. Nada tenia que temer, por el lado de tierra, de parte de unas tropas tan mal organizadas, y respondia á sus cañonazos con descargas de mosquetería para mostrar cuanto despreciaba sus ataques. Tenia buenos soldados bien pagados; los viveres y las municiones de guerra llegaban con abundancia en buques, ya de Europa, ya de Asia, y aun se sospechó que andaba en tratos con los Griegos de la Morea.

El emir Beschir que, en aquella época, estaba ya bajo la proteccion del virey de Egipto, seguía una correspondencia regular con Abdalla, quien, por medio de Mehemet-Alí, solicitó la paz y su perdon de la Puerta. Si el bajá no tenia nada que recelar por el lado de tierra, debia temer que el

divan de Constantinopla, bloqueando la plaza por mar, interceptase sus comunicaciones con los países extranjeros, lo que hubiera reducido á su pueblo al hambre, insurreccionado sus tropas, y le hubiera obligado á él á tender el cuello al cordon de la Sublime Puerta. El divan le perdonó, sabiendo que Abdalla podía entregar la plaza á los insurgentes de la Morea, pero le condenó á una multa de 5,000 bolsas y á pagar los gastos de la guerra.

El virey, obtenido ya el perdon de Abdalla-Bajá, pidió tambien y obtuvo el del emir Beschir, que recobró su mando, y se aprovechó de aquella circunstancia para hacer conocer su crédito al divan, y para tomar una influencia inmediata sobre el príncipe del Líbano, cuyos intereses políticos se hallan hoy unidos á los de Mehemet-Alí.

A fines del año 1825, el emir Beschir desembarcó en San Juan de Acre para ajustar con Abdalla los gastos del sitio de la plaza, y fijar la suma á que debía ascender su parte en la deuda.

De vuelta en el Líbano, echó una contribucion de mil bolsas, pues se hallaba bastante necesitado de resultas de su destierro y de los gastos que le habia ocasionado su residencia en Egipto. Tambien su pueblo estaba empobrecido, y no

queriendo el emir indisponerle contra él con un impuesto tan considerable, resolvió hacérsele pagar á su antiguo lugarteniente general, el jeque Beschir, á fin de vengarse así de los tratos que habia tenido con su hermano Abets para quitarle el mando de la montaña. El jeque Beschir se negó á pagar, y se retiró al Karan, provincia del Líbano; luego volvió á su palacio de Moctura, desde donde se concertó con el príncipe Abets para derribar á Beschir, y aun logró hacer entrar en la conspiracion á tres jóvenes hermanos del príncipe, que hasta entonces se habian estado quietos en sus provincias.

Aquella conspiracion hubiera podido ser fatal al emir Beschir sin el auxilio de Abdalla-Bajá.

El jeque Beschir fué perseguido y preso en las llanuras de Damasco, con una escolta de doscientas personas; fácilmente hubiera podido salvarse, pero habiéndole asegurado un oficial turco, en nombre del bajá de Damasco, que el príncipe del Líbano le perdonaba, se puso en sus manos, y fué conducido á Damasco donde le despojaron de sus vestidos, le ataron las manos, una sobre el pecho y otra sobre la espalda, y le metieron en una carcel, donde pasó muchos meses: formósele causa en Constantinopla, y fué condenado á muerte. Cuando le presentaron el cordon, ni siquiera mudó de color, y solo pidió

hablar al bajá y al príncipe; respondiéronle que era inútil, que ni uno ni otro podían ya hacer nada, mediando una sentencia emanada de Constantinopla. Entonces el jeque Beschir se sometió á su destino; le ahorcaron, luego le cortaron la cabeza, y su cuerpo descuartizado fué arrojado á los perros.

Ejecutóse esta horrible sentencia á principios de 1824. Los tres hermanos del príncipe fueron presos despues; cortóseles la lengua y se les sacaron los ojos; luego los desterraron con sus familias, cada cual á una aldea, distantes uno de otro. Desde entonces reinó la tranquilidad en el Líbano, y los Chab gozaron en paz del poder, merced á la activa policía que estableció el emir en su gobierno, y á la amistad de Abdalla-Bajá, que no ignoraba sin embargo las íntimas relaciones que unían al gran príncipe con Mehemet-Ali.

Tal es la política que ha seguido hasta el día el emir Beschir, y todo anuncia que la seguirá todavía con buen resultado en la nueva crisis en que le ha colocado la lucha de Mehemet-Ali contra el imperio otomano; el emir no ha tomado ninguna parte en la guerra hasta el momento en que Ibrahim-Bajá, vencedor de San Juan de Acre, ha enviado á Abdalla-Bajá, vencido y prisionero, á su padre, á Egipto, y ha entrado en Siria; en-

tonces el príncipe de Líbano ha debido declararse: segun la costumbre de los Orientales, ha visto el dedo de Dios en la victoria, y se ha puesto del lado del vencedor: sin embargo lo ha hecho como á pesar suyo, y reservándose los medios de reconciliarse con la Puerta. Es de creer que si Ibrahim-Bajá experimentase reveses, el emir Beschir se declararia por los Turcos, y los ayudaria á aniquilar á los Arabes; Ibrahim, que sospecha esta política de dos caras, compromete cuanto puede al príncipe: le ha obligado á darle uno de sus hijos y algunos de sus mejores ginetes, para acompañarle hácia la parte de Homs, y sus otros hijos, abandonando la montaña, gobiernan militarmente, en nombre de los Egipcios, las principales ciudades de la Siria.

La cabeza del emir Beschir pende del triunfo de Ibrahim en Homs; si este es vencido, la reaccion de los Turcos contra los cristianos del Líbano y contra el mismo príncipe, será implacable; por otra parte, si Ibrahim permanece dueño de la Siria, no podrá ver mucho tiempo sin zelos un poder independiente del suyo, y procurará, ó destruirle por medio de la política, ó derribarle para siempre acabando con la familia de Chab. Si el emir Beschir fuera mas joven y mas activo, podría resistir á estas dos agresiones, y constituir por mucho tiempo, y acaso para siem-

pre, su dominio y el de sus hijos en la parte mas inaccesible, mas poblada y rica de la Siria; los montañeses que manda son valerosos, inteligentes, disciplinados; los caminos, para llegar al centro del Líbano, son intransitables; los Maronitas, que son muy numerosos en el Líbano, se sacrificarían por el emir, en virtud del lazo comun del cristianismo, y por el odio y el terror del dominio turco. El único obstáculo para la creacion de un poder nuevo en aquellos países, es la diferencia de religion entre los Maronitas, los Drusos y los Metualis, que pueblan, en número casi igual, las montañas sometidas á la autoridad del emir; el mas firme vínculo de nacionalidad, es la comunidad de las ideas religiosas, ó por mejor decir lo ha sido hasta aquí. La civilizacion, á medida que progresa, reduce el pensamiento religioso al individualismo, y otros intereses comunes forman la nacionalidad; como estos intereses son menos graves que el interés de religion, las nacionalidades van debilitándose, — porque ¿qué cosa hay mas fuerte para el hombre que el sentimiento religioso, que su dogma, que su fe íntima? Ese sentimiento es la voz de su inteligencia, es el pensamiento en que resume todos los demas; costumbres, leyes, patria, todo reside para un pueblo en su religion; eso es lo que motiva, en mi concepto, que sea tan

dificil que el Oriente se constituya en una sola y gran nacion; por eso se desmorona el imperio turco. No se ven signos de una existencia comun, síntomas de una nacionalidad posible, mas que en las partes del imperio en que están aglomeradas las tribus de un mismo culto, — entre la raza griega, asiática, entre los Armenios, entre los Búlgaros y entre los Servios; — fuera de ahí, se ven hombres, pero no se ve nacion.

5 de octubre 1852.

Hoy he bajado las últimas pendientes del Líbano que van de Deir-el-Kammar al Mediterraneo, y he venido á pasar la noche en un kan aislado de estas montañas.

A las cinco de la mañana montábamos á caballo en el patio del palacio del emir. Al salir de la puerta del palacio, se empieza por bajar á un sendero labrado en la peña y que gira alrededor del cerro de Dptedín. A derecha é izquierda de estos senderos, los cuadros de tierra que sostienen los terrados artificiales estan plantados de moreras, y admirablemente cultivados: la sombra de los árboles y de las vides cubre por do

pre, su dominio y el de sus hijos en la parte mas inaccesible, mas poblada y rica de la Siria; los montañeses que manda son valerosos, inteligentes, disciplinados; los caminos, para llegar al centro del Líbano, son intransitables; los Maronitas, que son muy numerosos en el Líbano, se sacrificarían por el emir, en virtud del lazo comun del cristianismo, y por el odio y el terror del dominio turco. El único obstáculo para la creacion de un poder nuevo en aquellos países, es la diferencia de religion entre los Maronitas, los Drusos y los Metualis, que pueblan, en número casi igual, las montañas sometidas á la autoridad del emir; el mas firme vínculo de nacionalidad, es la comunidad de las ideas religiosas, ó por mejor decir lo ha sido hasta aquí. La civilizacion, á medida que progresa, reduce el pensamiento religioso al individualismo, y otros intereses comunes forman la nacionalidad; como estos intereses son menos graves que el interés de religion, las nacionalidades van debilitándose, — porque ¿qué cosa hay mas fuerte para el hombre que el sentimiento religioso, que su dogma, que su fe íntima? Ese sentimiento es la voz de su inteligencia, es el pensamiento en que resume todos los demas; costumbres, leyes, patria, todo reside para un pueblo en su religion; eso es lo que motiva, en mi concepto, que sea tan

dificil que el Oriente se constituya en una sola y gran nacion; por eso se desmorona el imperio turco. No se ven signos de una existencia comun, síntomas de una nacionalidad posible, mas que en las partes del imperio en que están aglomeradas las tribus de un mismo culto, — entre la raza griega, asiática, entre los Armenios, entre los Búlgaros y entre los Servios; — fuera de ahí, se ven hombres, pero no se ve nacion.

5 de octubre 1852.

Hoy he bajado las últimas pendientes del Líbano que van de Deir-el-Kammar al Mediterraneo, y he venido á pasar la noche en un kan aislado de estas montañas.

A las cinco de la mañana montábamos á caballo en el patio del palacio del emir. Al salir de la puerta del palacio, se empieza por bajar á un sendero labrado en la peña y que gira alrededor del cerro de Dptedín. A derecha é izquierda de estos senderos, los cuadros de tierra que sostienen los terrados artificiales estan plantados de moreras, y admirablemente cultivados: la sombra de los árboles y de las vides cubre por do

quiera el suelo, y numerosos arroyos, dirigidos por los Arabes cultivadores, bajan de lo alto del monte á dividirse en tageas y á regar el pie de los árboles y los huertos. La gigantesca sombra del palacio y de las azoteas de Dptedin se estiende sobre toda esta escena, y le sigue á uno hasta el pie de este cerro, donde empieza uno á subir otra montaña que sostiene en su cumbre la ciudad de Deir-el-Kammar : en un cuarto de hora de camino llegamos allá. Deir-el-Kammar es la capital del emir Beschir y de los Drusos ; la ciudad encierra una poblacion de diez á doce mil almas ; pero, escepto un antiguo edificio adornado de esculturas moriscas y de altos balcones en un todo semejantes á los restos de uno de nuestros castillos de la edad media, Deir-el-Kammar nada tiene de ciudad y menos de capital ; parece un miserable lugaron de Saboya ó de Auvernia. Acababa de amanecer cuando le atravesamos ; las manadas de yeguas y de camellos salian de los patios de las casas, se derramaban por las plazas y las calles no empedradas de la ciudad : en una plaza algo mas espaciosa que las otras, estaban levantadas algunas tiendas de zingaros ó gitanos ; hombres, niños, mugeres medio desnudos ó embozados en la inmensa manta de lana blanca que es su único vestido, estaban acurrucados alrededor de una hoguera, y se peinaban unos á otros

ó buscaban los insectos que los devoraban. Algunos Arabes al servicio del emir pasaban á caballo con su magnífico trage, con armas soberbias en la cintura y una lanza de doce á quince pies de larga en la mano. Unos iban á llevar al emir nuevas del ejército de Ibrahim ; otros bajaban hácia la costa para transmitir las órdenes del príncipe á los destacamentos mandados por sus hijos y que estan acampados en el llano. Nada es mas imponente y rico que el trage y la armadura de estos guerreros Drusos. Su turbante inmenso, y sobre el cual serpentean, en graciosas vueltas, chales de colores brillantes, proyecta sobre su tostado rostro y sus negros ojos una sombra que realza la magestad y agreste energía de sus fisonomías ; largos bigotes cubren sus labios y les caen por ambos lados de la boca ; una especie de tunicela corta y de color rojo es una vestimenta uniforme para todos los Drusos y para todos los montañeses ; esta túnica, segun la importancia y la riqueza del que la lleva, está tejida con algodón y oro, ó solamente con algodón y seda, y elegantes dibujos en que la diversidad de los colores contrasta con el oro ó la plata del tejido, brillan sobre el pecho ó sobre la espalda. Inmensos pantalones de pliegues cubren las piernas ; los pies van calzados con borceguies de tafílete rojo y pantuflas de tafílete amarillo por en-

cima del borceguí: sobre los hombros llevan una chaqueta forrada de pieles, con las mangas colgando, como nuestros húsares. Una faja de seda ó de tafilete, semejante á la de los Albaneses, rodea el cuerpo con sus numerosos pliegues y sirve al jinete para llevar sus armas: siempre se ven los puños de dos kangiars ó yataganes, puñales y alfanges cortos de los orientales, salir de aquel cinturón y brillar sobre el pecho; generalmente las culatas de dos ó tres pistolas embutidas de plata ó de oro completan aquel arsenal portátil: todos los Arabes llevan además una lanza muy larga y de madera muy dura, delgada y flexible, como una caña. Esta lanza, su arma principal, está adornada de borlas flotantes y de flecos y cordones de seda; la llevan generalmente en la mano derecha, la punta hácia arriba, y el cuento casi tocando al suelo, pero cuando lanzan sus caballos á galope, la vibran horizontalmente, y en sus juegos militares la arrojan á una distancia enorme y van á recogerla inclinándose hasta el suelo. Antes de arrojarla, le imprimen largo rato un movimiento de oscilación que da mucha fuerza al tiro y la hace alcanzar al blanco que designan. Gran número de estos jinetes hallamos en todo el día: el emir Beschir nos habia dado además algunos para guiarnos y hacernos fiesta: todos nos saludaron con suma cortesía

y pararon sus caballos para cedernos el paso.

A cosa de dos millas de Deir-el-Kammar se disfruta unas de las mas hermosas vistas del Líbano que es posible imaginar. A un lado sus profundas gargantas á las que vamos á bajar, se abren de repente bajo nuestras pisadas; al otro, el castillo de Dptedin se alza en la cima de su cerro vestido de verdura y surcado de espumantes aguas, y enfrente las montañas que bajan gradualmente hasta el mar, unas negras, otras bañadas de luz, se desarrollan como un catarata de colinas y van á esconder sus pies ya en las verdes orillas de los bosques de olivos que cubren las llanuras de Sidon, ya en playas de arena de color de ladrillo, en las costas de Berut. Aquí y allí, el color de las laderas de aquellas montañas y las líneas variadas de su inmenso horizonte en declive, están cortados por cimas de cedros, de abetos ó pinos de anchas copas, y en sus bases ó en sus altas cumbres brillan numerosas aldeas.

El mar termina este horizonte; uno sigue con la vista, como en un inmenso mapa ó en un plano de relieve, las recortaduras, los sesgos, las ondulaciones de las costas, de los cabos, de los promontorios, de los golfos de su litoral, desde el Carmelo hasta el cabo Batrum, en una estension de cincuenta leguas. El aire es tan puro que cree uno que en pocas horas de bajada

llegaria á puntos de que le separan tres ó cuatro dias de camino. A estas distancias, el mar se confunde de tal modo, á primera vista, con el firmamento que linda con el horizonte, que no se pueden distinguir al principio los dos elementos, y que parece que la tierra nada en un inmenso y doble océano: solo fijando con mas atencion sus miradas en el mar, y viendo brillar las velitas blancas sobre su superficie azul, puede uno esplicarse lo que ve. Una bruma ligera y mas ó menos dorada ondea en la estremidad de las olas y separa el cielo y el agua. A veces, leves nieblas levantadas de las vertientes de las montañas por las brisas de la mañana, se desprendian como blancas plumas que un pajarillo hubiera dado al viento, y caían en el mar ó se evaporaban en los rayos del sol que empezaba á abrasarnos. Dejamos con sentimiento aquella magnífica escena, y empezamos á bajar por un sendero tal que jamas he visto otro mas peligroso en los Alpes. El declive es casi perpendicular, el sendero no tiene dos pies de ancho; por un lado le ciñen precipicios sin fondo, y por otro tapias de peñascos: la superficie del sendero está cubierta de piedras movedizas y tan alisadas por las aguas y por las herraduras de los caballos y los pies de los camellos, que estos animales tienen que buscar con sumo cuidado los sitios donde han de poner los pies, y

como siempre los sientan en los mismos puntos, han acabado por abrir en la piedra cavidades donde se encaja su casco ó su pezuña á algunas pulgadas de profundidad, y solo merced á esas cavidades, que ofrecen un punto de resistencia, pueden sostenerse los animales. De cuando en cuando se hallan escalones labrados tambien en la peña á dos pies de altura, ó pedazos de granito redondos por cima de los cuales no se puede pasar, y que es preciso torcer con gravísimo peligro; tales son casi todos los caminos en esta parte del Líbano. De trecho en trecho las laderas de las montañas se separan ó se achatan, y se anda con mas comodidad sobre capas de polvo amarillo, de greda ó de tierra vegetal: no se concibe como semejante pais está poblado de tan gran número de hermosos caballos y como es tan habitual su uso. Ningun Arabe, por mas inaccesible que sea su lugar ó su casa, sale como no sea á caballo, y continuamente los vemos bajar ó subir con la mayor indiferencia, con la pipa en la boca, por derumbaderos por donde apenas podrian trepar los corzos de nuestras montañas.

Al cabo de hora y media de bajada, empezamos á entrever el fondo de la garganta que teniamos que atravesar y seguir. Un rio resonaba en sus profundidades veladas todavía por la nie-

bla de sus aguas y por las copas de los nogales, de los algarrobos, de los plátanos y de los álamos de Persia que crecían en las últimas pendientes de la barranca : hermosas fuentes salían á la derecha del camino de las grutas de peñas entapizadas con mil plantas rastreras desconocidas, ó del seno de las herbosas praderas salpicadas de flores de otoño. Pronto descubrimos una casa, entre los árboles, en la margen del río ó del torrente que vadeamos ; allí nos detuvimos para que descansaran los caballos, y para disfrutar un momento de una de las mas extraordinarias perspectivas que hemos encontrado en nuestra escursión.

La garganta á cuyo fondo habíamos bajado, estaba llena toda entera por las aguas del río que hervían al rededor de algunas moles de peñascos derrumbados en su cauce. De trecho en trecho, algunas islas de tierra vegetal daban pie á gigantescos álamos que se alzaban á una altura prodigiosa y proyectaban su sombra piramidal sobre las laderas de la montaña en que estábamos sentados. Las aguas del río se encajonaban á la izquierda entre dos paredes de granito que parecían haber rajado para abrirse calle ; aquellas paredes se alzaban á cuatrocientos ó quinientos pies, y juntándose por su estremidad superior, parecían un inmenso arco que el tiem-

po hubiera hecho desplomarse sobre sí mismo. Allí, anchas copas de pinos de Italia se extendían como matas de alelies sobre las ruinas de las tapias viejas, y su color verde sombrío se destacaba sobre el vivo y crudo azul del cielo. A la derecha, la garganta serpenteaba por espacio de un cuarto de milla entre márgenes menos angostas y escarpadas ; las aguas del río se extendían en libertad, abrazando una multitud de isletas ó de verdes promontorios ; todas aquellas islas, todas aquellas lenguas de tierra estaban cubiertas de la mas rica y graciosa vegetación. Aquella era la primera vez que yo veía el álamo desde que dejé las orillas del Ródano y del Saona. Este hermoso árbol tendía su pálido y movil velo sobre todo aquel valle del río ; pero como allí no le podan ni le planta la mano del hombre, crece en grupos y estiende libremente sus ramas con mucha mas magestad, diversidad de formas y gracia que en nuestros climas. Entre los grupos de esos árboles y algunos otros grupos de juncos y de espadañas que cubrían también las islas, veíamos los machones arruinados de un añoso puente construido por los antiguos emires del Libano y desmoronado hace siglos. Mas allá de los machones de ese puente arruinado, abriase del todo la garganta sobre una inmensa escena interior de valles, llanuras y colinas sem-

bradas de aldeas habitadas por los Drusos, y todo estaba rodeado como un anfiteatro, por una cordillera circular de altas montañas : — aquellas colinas eran casi todas verdes y estaban cubiertas de bosques de pinos. Las aldeas, suspendidas unas encima de otras, parecia á la vista que se tocaban ; pero luego que hubimos atravesado algunas, reconocimos que la distancia entre una y otra era considerable por la aspereza de los senderos y por la necesidad de bajar y subir los profundos barrancos que las separan. Aldea hay de aquellas desde la cual se puede oír fácilmente la voz de un hombre que habla en otra aldea, y sin embargo se necesita una hora para ir desde una á otra. Lo que todavía hacia mas pintoresco el efecto de aquel hermoso pais era dos vastos monasterios plantados, como dos fortalezas, en las cimas de dos colinas, detrás del rio, y que parecian dos colosos de granito ennegrecido por el tiempo : uno está habitado por Maronitas que se consagran á la instruccion de los jóvenes Arabes destinados al sacerdocio : el otro estaba desierto, y habia pertenecido en otro tiempo á la congregacion de los lazaristas del Líbano ; — á la sazón servia de asilo y de refugio á dos jóvenes jesuitas enviados allí por su orden, á solicitud del obispo maronita para dar reglamentos y modelos á los maestros árabes : allí

viven en una completa soledad, en la pobreza y en la práctica de una santidad ejemplar. (Mas adelante los he conocido). El uno está aprendiendo el árabe y procura inútilmente convertir á algunos Drusos de las aldeas vecinas ; es un hombre de mucho talento y saber ; el otro se ocupa en medicina, y recorre el pais distribuyendo medicamentos gratuitos : ambos son queridos y respetados por los Drusos y aun por los Metualis, pero no pueden esperar ningun fruto de su residencia en Siria. El clero maronita es muy adicto á la Iglesia romana ; sin embargo este clero tiene sus tradiciones, su independencia, su disciplina propia, que no dejaria invadir por el espíritu de los jesuitas ; él es la verdadera autoridad espiritual, el gobernador de las almas en todo el Líbano ; pronto tendria rivales en corporaciones europeas activas y militantes, y esta rivalidad le inquietaria con razon.

Despues de haber descansado media hora en aquel sitio encantado, volvimos á montar á caballo y empezamos á subir la escarpada cuesta que se alzaba delante de nosotros. El sendero era cada vez mas áspero á medida que se elevaba sobre la última cordillera del Líbano que nos separaba de las costas de Siria ; pero conforme íbamos subiendo, el aspecto del inmenso valle que dejábamos á nuestra dere-

cha, iba siendo mas imponente y grandioso.

El rio que habiamos dejado en el sitio donde habiamos hecho alto, serpenteaba en medio de aquella llanura ligeramente ondulada con numerosos collados, y á veces se estendia en grandes charcas de agua azul y brillante como los lagos de Suiza. Las colinas negras, coronadas en sus cimas de grupos de pinos, interrumpian á cada paso su corriente y la dividian á nuestros ojos en mil luminosos ramales. De escalon en escalon, frecuentes cerros, que arrancaban del llano, se alzaban, se acumulaban, se apoyaban unos sobre otros, todos cubiertos de brezos en flor, y salpicados de trecho en trecho, de copudos árboles que proyectaban anchas sombras sobre sus laderas. Grandes bosques de cedros y abetos descendian mas arriba de las altas cumbres, é iban á morir en especillos y claros al rededor de las numerosas aldeas drusas, cuyas azoteas, cuyos balcones y ventanas en arco diagonal veiamos alzarse entre la verdura de los pinos. Los habitantes, cubiertos de su airosa capa de escarlata, y la frente ceñida con su turbante de anchos pliegues rojos, subian á sus azoteas para vernos pasar, y daban nuevo realce con el brillo de sus vestidos y la magestad de sus actitudes al efecto grandioso, singular, pintoresco del país. En todas partes manaban hermosas fuentes tur-

cas á la entrada ó á la salida de aquellas aldeas: las casadas y las doncellas que iban á buscar agua en sus largas y angostas cántaras estaban agrupadas al rededor de los pilones y separaban una punta de sus velos para entrevernos. La poblacion nos ha parecido soberbia; hombres, mugeres, niños, todos tienen el color de la fuerza y de la salud. Las mugeres son hermosísimas; todas las fisonomías llevaban estampado el sello de la altivez y de la nobleza sin espresion de ferocidad.

En todas partes nos saludaban con bondad y cortesía: en todos aquellos pueblos nos ofrecieron la hospitalidad: no la aceptamos en ninguna parte, y continuamos subiendo, por espacio de tres horas, escarpadas pendientes entre bosques de abetos. Llegamos por fin á la última cresta blanca y pelada de las montañas, y el inmenso horizonte de la costa de Siria se desarrolló de repente ante nuestros ojos, presentándonos un aspecto del todo distinto del que veiamos hacia muchos días: aquel era el horizonte de Nápoles visto desde la cumbre del Vesuvio ó desde las alturas de Castellamare. El inmenso mar estaba á nuestros pies, sin límites, ó solo con algunas nubes aglomeradas en la estrechidad de sus olas: bajo aquellas nubes hubiera podido creerse que se veía una tierra, la tierra de Chipre, que está á treinta leguas mas aden-

tro, el monte Carmelo á la izquierda, y á una distancia á que apenas alcanzaba la vista, á la derecha, la interminable sucesion de las costas de Berut, de Trípoli, de Siria, de Latakié, de Alejandreta; en fin, confusamente, y bajo las doradas brumas de la tarde, algunas resplandecientes agujas del monte Tauro; pero podia ser ilusion, porque la distancia es enorme. Inmediatamente bajo nuestros pies empezaba la bajada; primero entre las rocas y los brezos secos de la cumbre en que estábamos colocados, luego, cada vez menos áspera, desarrollándose de cima en cima entre pedregosos collados y verdes copas sombrías de pinos, cedros, robles y algarrobos; luego, por declives mas suaves, entre la verdura mas pálida y amarilla de los plátanos y de los sicomoros: luego seguian en fin colinas grises cubiertas de olivos: todo iba á rematar y morir en la estrecha llanura que separa al Líbano del mar. Allí, en los cabos, se veian antiguas torres morunas que guardan la ribera; en el fondo, golfos, ciudades ó pueblecillos con sus tapias brillantes bajo los rayos del sol, sus ensenadas abiertas entre la arena, y sus barcas atracadas en la playa, ó saliendo de los puertos ó entrando en ellos á toda vela. Saide y Berut sobre todo, rodeadas de sus ricas llanuras de olivos, de limoneros, de moreras, con sus minaretes, sus cimborios de

las mezquitas, sus castillos y sus murallas almenadas, salian de aquel océano de colores y de líneas y fijaban las miradas en dos puntos avanzados en las olas. Mas allá de la llanura de Berut, el gran Líbano, interrumpido por el curso del rio, empezaba de nuevo á elevarse, primero amarillo y dorado como las columnas de Pesto; luego gris, sombrío, mate; luego verde y negro en la region de las selvas; luego en fin alzando sus agujas de nieve que parecian fundirse en la transparencia del cielo y donde los blancos rayos de la luz dormian en una eterna serenidad, sobre capas de eterna blancura. No tienen un horizonte semejante Nápoles ni Sorrento, Roma ni Albano.

Despues de haber bajado cosa de dos horas, hallamos un kan aislado bajo magníficos plátanos á la vera de una fuente. Es preciso describir una vez para siempre lo que se llama un kan en la Siria y en general en todos los paises de Oriente: — es una cabaña cuyas tapias son de piedras mal unidas entre sí, sin argamasa, y que dan paso al viento ó á la lluvia; estas piedras estan generalmente ennegrecidas por el humo del fagon que filtra continuamente por sus rendijas. Las paredes tienen de siete á ocho pies de altura, y están cubiertas de algunas piezas de madera sin labrar, con la corteza y las principales ramas del

arbol : el techo está formado con fagotes secos y retamas; el piso no está empedrado, y segun la estacion, es una capa de polvo ó de barro. Uno ó dos postes sirven de sosten al techo de enramada, y de ellos se cuelgan la capa ó las armas del viajero. En un rincon hay un pequeño fogon levantado sobre algunas piedras en bruto; en él arde continuamente una lumbrada de carbon, y hay una ó dos cafeteras de cobre, siempre llenas del café espeso y farinaceo, refresco habitual y única necesidad de los Turcos y de los Arabes. Generalmente hay dos piezas semejantes á la que acabo de describir. Uno ó dos Arabes están autorizados, en virtud de un censo que pagan al bajá, á hacer los honores de esa hospitalidad y á vender el café y las tortas de harina de cebada á las caravanas. Cuando el viajero llega á la puerta de estos kanes, se apea del camello ó del caballo, hace bajar las esteras y las alfombras de Damasco que han de servirle de cama; se extienden en un rincon de la estancia; se sienta sobre ellas, pide café, hace encender su pipa ó su narguilé, y espera á que sus esclavos hayan cogido un poco de madera seca para prepararle su comida, que consiste comunmente en dos ó tres tortas apenas cocidas sobre un guijarro puesto á la lumbrera, y en algunos pedazos de carnero picado que se cuecen en una olla de cobre con arroz. Las

mas de las veces no se halla ni arroz ni carnero en elkan, y hay que contentarse con tortas y excelente agua muy fresca que nunca falta en las cercanias de los kanes. Los criados, los esclavos, los mukres (conductores de los camellos) y los caballos se quedan á cielo raso alrededor del kan. Generalmente hay en las inmediaciones algun arbol famoso y secular que sirve de lejos de punto de reconocimiento á la caravana; casi siempre es una inmensa higuera — sicomoro, arbol que nunca he visto en Europa; es tan grande como los mas gruesos robles y vive mas todavía; su tronco suele tener hasta treinta ó cuarenta pies de circuito, y á veces mucho mas: sus ramas, que empiezan á abrirse á quince ó veinte pies del suelo, se extienden horizontalmente, primero á una distancia inmensa, luego las ramas superiores se van agrupando en conos cada vez menos anchos, y presentan de lejos la forma de nuestras hayas. La sombra de estos árboles, que la Providencia parece haber puesto en estos sitios de trecho en trecho como nubes hospitalarias sobre el suelo abrasador del desierto, se extiende á una gran distancia del tronco, y no es raro ver hasta sesenta camellos y caballos y otros tantos Arabes acampados durante el ardor del dia bajo el abrigo de uno solo de esos árboles; pero en esto, como en todo, se ve con dolor esa habitual desi-

dia de los orientales y de su gobierno. Estos plátanos, que deberían conservarse con particular cuidado, como posadas naturales, para las necesidades de las caravanas, están abandonados á la estúpida imprevisión de los que se guarecen bajo su sombra; los Arabes encienden la lumbre al pié del sicomoro, y la mayor parte de estos hermosos árboles tienen el tronco todo ennegrecido y tajado por la llama de las hogueras. Nuestra pequeña caravana se estableció debajo de uno de aquellos magestuosos sicomoros, y pasamos la noche embozados en nuestras capas y tendidos sobre una estera en un rincón del kan.

4 de octubre 1832.

Salimos esta mañana del kan, y, al cabo de algunas horas de camino por las rápidas pendientes del Líbano, llegamos á las graciosas aldeas que se hallan á mitad de la cuesta. Allí desaparece toda la aspereza de las montañas, y se anda por espacio de dos horas, en medio de los collados mas risueños y mejor cultivados que es posible imaginar. Este país se parece á la Toscana: pequeñas tapias sostienen por todas partes azoteas de tierra donde las vides y los árboles se

entrelazan, cubriendo de sombra, sin impedir las florecer, cosechas de todo género. Estas colinas están salpicadas de aldeas, donde todo anuncia el orden, la paz, el trabajo, la riqueza; las casas, ó por mejor decir, los castillos de los jeques, los dominan como nuestros castillos góticos dominaban en otro tiempo nuestras villas y lugares: inmensos conventos de monges maronitas ocupan las cimas de los collados como fortalezas. Se ve entrar y salir á los monges que conducen el arado por los campos, ó van á recoger la hoja de las moreras. Los Arabes, sin distinción de sexo, van á trabajar tranquilamente á los prados, y nos miran pasar sonriéndose como admirados de nuestros trages europeos. El jeque y sus principales servidores estan generalmente sentados sobre una alfombra á la puerta de su castillo ó bajo un gran sicomoro en mitad del camino; el jeque está fumando y nos hace un saludo poniendo la mano sobre su corazón y diciéndonos: ¡*Sala el kaer!* ¡ Bendito sea el día para vosotros, viajeros!

Llegamos en fin al llano, que atravesamos bajo una bóveda de verdura formada por los largos cañaverales, las palmas, las higueras, las vides y las moreras de que está cubierto. De cuando en cuando una casa aislada de cultivador árabe ó greco-sirio sale de aquella espesa enramada; los

dia de los orientales y de su gobierno. Estos plátanos, que deberían conservarse con particular cuidado, como posadas naturales, para las necesidades de las caravanas, están abandonados á la estúpida imprevisión de los que se guarecen bajo su sombra; los Arabes encienden la lumbre al pié del sicomoro, y la mayor parte de estos hermosos árboles tienen el tronco todo ennegrecido y tajado por la llama de las hogueras. Nuestra pequeña caravana se estableció debajo de uno de aquellos magestuosos sicomoros, y pasamos la noche embozados en nuestras capas y tendidos sobre una estera en un rincón del kan.

4 de octubre 1852.

Salimos esta mañana del kan, y, al cabo de algunas horas de camino por las rápidas pendientes del Líbano, llegamos á las graciosas aldeas que se hallan á mitad de la cuesta. Allí desaparece toda la aspereza de las montañas, y se anda por espacio de dos horas, en medio de los collados mas risueños y mejor cultivados que es posible imaginar. Este país se parece á la Toscana: pequeñas tapias sostienen por todas partes azoteas de tierra donde las vides y los árboles se

entrelazan, cubriendo de sombra, sin impedir las florecer, cosechas de todo género. Estas colinas están salpicadas de aldeas, donde todo anuncia el orden, la paz, el trabajo, la riqueza; las casas, ó por mejor decir, los castillos de los jeques, los dominan como nuestros castillos góticos dominaban en otro tiempo nuestras villas y lugares: inmensos conventos de monges maronitas ocupan las cimas de los collados como fortalezas. Se ve entrar y salir á los monges que conducen el arado por los campos, ó van á recoger la hoja de las moreras. Los Arabes, sin distinción de sexo, van á trabajar tranquilamente á los prados, y nos miran pasar sonriéndose como admirados de nuestros trages europeos. El jeque y sus principales servidores estan generalmente sentados sobre una alfombra á la puerta de su castillo ó bajo un gran sicomoro en mitad del camino; el jeque está fumando y nos hace un saludo poniendo la mano sobre su corazón y diciéndonos: ¡*Sala el kaer!* ¡ Bendito sea el día para vosotros, viajeros!

Llegamos en fin al llano, que atravesamos bajo una bóveda de verdura formada por los largos cañaverales, las palmas, las higueras, las vides y las moreras de que está cubierto. De cuando en cuando una casa aislada de cultivador árabe ó greco-sirio sale de aquella espesa enramada; los

muchachos juegan con los carneros de Siria de ancha cola delante de la puerta; hermosas jóvenes, con la cara descubierta, llevan sus cántaros de agua sobre la cabeza, y el padre y la madre trabajan, al pie de las moreras, en aquellas hermosas telas de seda de mil colores cuyos hilos atan de un arbol y que tejen andando á su sombra. La Escocia, la Sajonia, la Saboya, la Suiza no presentan al viagero mas escenas de vida, de ventura y de paz que las faldas de estas montañas del Líbano donde no se espera uno á encontrar mas que tribus bárbaras.

5 de octubre 1852.

He hallado á mi muger y á mi hija en buena salud y ocupadas en adornar y hermostear nuestra residencia de invierno. He pasado algunos dias con ellas antes de salir para la Palestina y el Egipto. Ibrahim-Bajá ha alcanzado una victoria decisiva en Homs, avanza hácia la Caramania, y pasará el Tauro arrollando á los Turcos; ya no hay ninguna inquietud en cuanto á la tranquilidad y la seguridad de este país: viajaré sin ningun cuidado por lo que mas amo en este mundo. Nuestros nuevos amigos de Berut, los señores

Bianco, Jorelle, Faren, Laurella, Abost, proveerán, en mi ausencia, á cuanto pueda ocurrir. Voy á organizar definitivamente mi caravana, y me pondré en camino apenas la primera lluvia calme el calor de treinta grados que hace ahora en la costa de Siria.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



NUEV
LIOTE